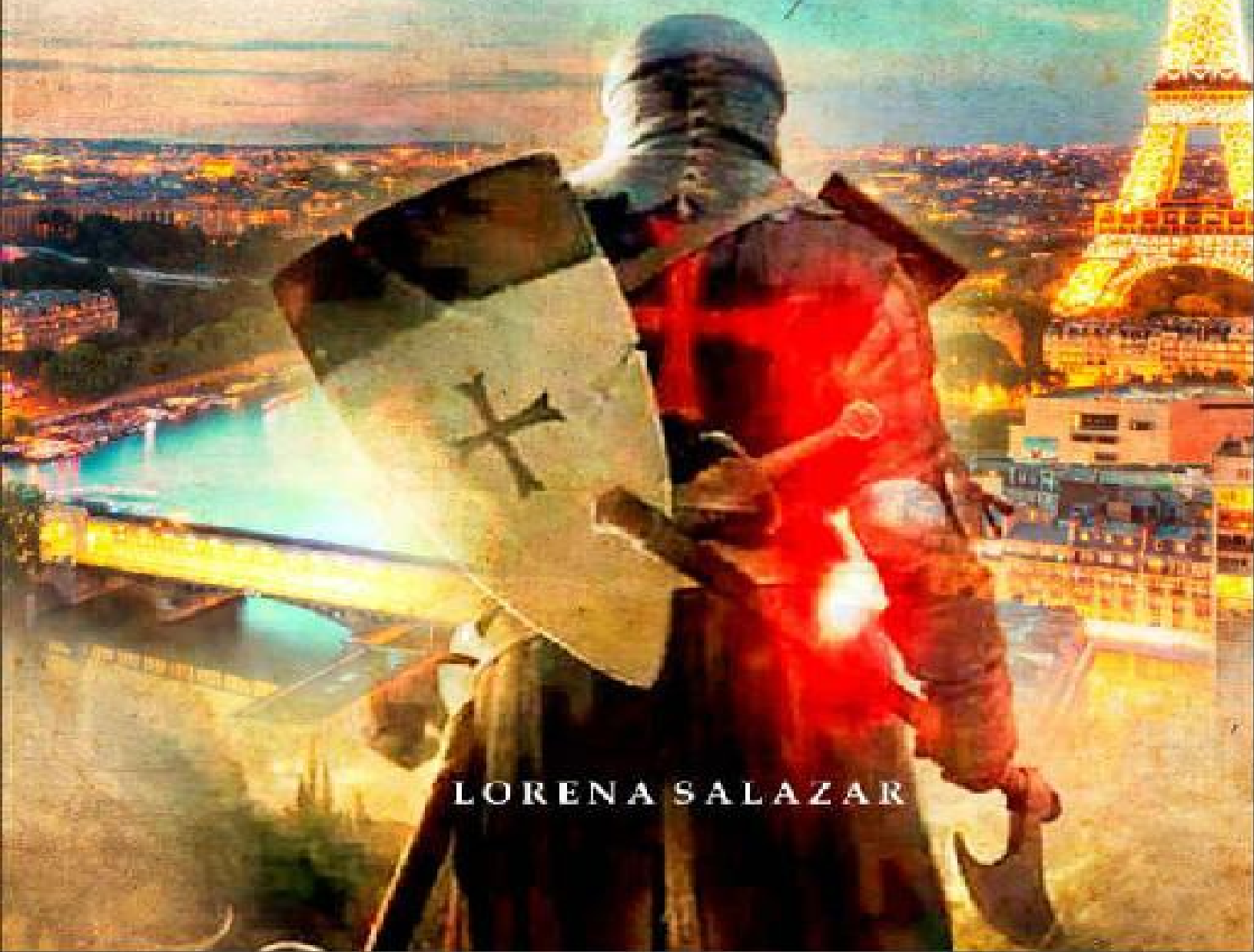


**CABALLEROS
MALDITOS**

**MUERTE A
MEDIA NOCHE**



LORENA SALAZAR

Caballeros Malditos

Muerte a Media Noche

Desmond

Lorena Salazar

Título Original:
Serie Caballeros Malditos
Muerte a Media Noche

Libro 01
Desmond



Diseño y maquetado: Lorena Salazar
Diseño de tapa: Kurt Nuño / Alta Resolución
1ra Edición – Agosto 2020

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Aclarando esto, los eventos narrados en la presente obra no necesariamente deben ser considerados reales o ajustados a los que llevan adelante personas o agrupaciones mencionadas.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN: 9798650077879

Contenido

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[¡Feliz cumpleaños!](#)

[Capítulo 2](#)

[París a media noche.](#)

[Capítulo 3](#)

[Un callejón en tinieblas.](#)

[Capítulo 4](#)

[Una luz en la oscuridad.](#)

[Capítulo 5](#)

[Una revelación divina.](#)

[Capítulo 6](#)

[Remordimientos y culpa.](#)

[Capítulo 7](#)

[Tienes parte de mi alma.](#)

[Capítulo 8](#)

[Perdiendo la cabeza.](#)

[Capítulo 9](#)

[A través de los ojos del pasado.](#)

[Capítulo 10](#)

[El despertar de la bestia.](#)

[Capítulo 11](#)

[Un amor más allá del tiempo.](#)

[Capítulo 12](#)

[El sabor amargo de la traición.](#)

[Capítulo 13](#)

[Dejando todo atrás.](#)

[Capítulo 14](#)

[Un descubrimiento desafortunado.](#)

[Capítulo 15](#)

[Errores imperdonables.](#)

[Capítulo 16](#)

[Luchando por su vida.](#)

[Capítulo 17](#)

[Sangre y desesperación.](#)

[Capítulo 18](#)

[El sacrificio de un inocente.](#)

[Capítulo 19](#)

[Entre las alas de un ángel.](#)

[Capítulo 20](#)

[El asalto a la fortaleza del infierno.](#)

[Capítulo 21](#)

[Muerte a sus enemigos.](#)

[Capítulo 22](#)

[El renacer a una nueva vida.](#)

[Capítulo 23](#)

[De vuelta a casa.](#)

[Capítulo 24](#)

[Dejando todo atrás.](#)

[Capítulo 25](#)

[Una despedida pendiente.](#)

[Capítulo 26](#)

[Planes de boda.](#)

[Capítulo 27](#)

[Un salto de fe.](#)

[Capítulo 28](#)

[El salón azul.](#)

[Capítulo 29](#)

[Compartiendo la eternidad.](#)

[Capítulo 30](#)

[Los milagros existen.](#)

[Epílogo I](#)

[Revelaciones.](#)

[Epílogo II](#)

[En la boca del lobo.](#)

“Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer... vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro
de piedras preciosas y de perlas,
y en su frente un nombre escrito, un misterio:

BABILONIA LA GRANDE

... y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el
misterio de la mujer...”

(Apocalipsis 17:3-7)

Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y
te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas;
con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su
fornicación. (v. 1-2)

Agradecimientos

Esta novela me costó bastante escribirla, y no por la historia en sí, sino por la forma de narrarla. Ya que no es mi estilo usar un narrador, y me encontré con que es bastante complicado. Sin embargo, fue una experiencia que me dejó mucho aprendizaje.

Como siempre agradezco a mis amigas, que me apoyan en este tipo de obsesiones, gracias Carolina y Rosalba. No es fácil encontrar a personas que les apasionen los libros, y estén dispuesta a releer varias veces una historia para brindarnos una perspectiva diferente, a los que las escribimos.

Introducción

La primera expedición que marchó a tierra santa en el año de 1096, estuvo formada por una multitud de hombres reclutados por la iglesia, ninguno de ellos tenía nada que perder. Con delitos y crímenes a cuestas que les aseguraba estadías de por vida en la cárcel y algunos incluso les esperaba la horca. Por eso aceptaron en embarcarse en ese viaje tan arriesgado sin pensarlo. Pero nadie en ese momento estaba dispuesto a morir en un viaje sin retorno.

Eran hombres sin escrúpulos, delincuentes de la peor calaña, por lo que era de esperarse que el grupo desordenado hiciera tropelías por donde pasaba y por eso, fue un rotundo fracaso. La iglesia recibió un duro revés, la mayoría pereció a manos de los turcos y muy pocos llegaron a alcanzar su objetivo.

Sin embargo no cesarían hasta cumplir con su misión. El occidente liberaría a la tierra que vio nacer a Cristo de los infieles que la tenían tomada. Siglos habían pasado desde que el hijo de Dios caminó entre los hombres hasta que fue condenado a morir por la humanidad.

Ese sacrificio sería atesorado por la clase clériga, que creía fervientemente que tenía la responsabilidad de recuperar las ciudades de los herejes que ahora los ocupaban. En un intento desesperado por tomar una de las ciudades más ricas e importantes, se convocó a siete caballeros pertenecientes a la nobleza. No serían hombres que se deslumbrarían por las riquezas que encontrarían o se perderían en la lujuria.

Eran individuos educados, con principios y altos valores morales. Ese grupo liderado por un Duque al que le fue asignada dicha empresa por el propio Rey de Inglaterra. Los demás caballeros, provenían de otros países que apoyaban la causa cristiana, pero también eran nacidos de cunas aristocráticas.

Estos, se reunieron en Roma, donde emprendieron el viaje para dirigirse directamente a las afueras de Antioquía, con el cometido destruir un templo. Pero no era cualquier templo, era un lugar de perdición en donde corrompían el alma de hombres inocentes que eran manipulados convirtiéndolos en marionetas. Rindiendo tributo a una diosa pagana, más peligrosa incluso que los musulmanes contra los que tenían años luchando.

Cuando el Papa escuchó de esta secta, que crecía y crecía en adeptos, hizo su prioridad detener esta afrenta a todos los preceptos morales y cristianos que la iglesia promovía.

Afueras de Antioquia año 1101 D.C.

La columna de humo negro era visible desde cualquier rincón de la ciudad. El templo de la diosa *Ištar* ardía en el horizonte, totalmente arrasado. Las mujeres y hombres que se encontraban en el interior, cuando los caballeros templarios llegaron hasta sus puertas estaban muertos. Fue una masacre brutal. El olor a carne quemada era nauseabundo e impregnaba todo el valle.

Los siete caballeros miraban a lo lejos el acto atroz cometido. Nunca esperaron ver mujeres ejecutando ritos satánicos. Sangre y vísceras arrancadas de hombres que se prestaban a ello, sumidos en un profundo trance, mientras se realizaban actos sexuales.

En un intento por detener esa barbarie, arremetieron contra las instigadoras de tales depravaciones dando como resultado un baño de sangre en donde todos perecieron. Las mujeres estaban fuertemente armadas y aunque al principio no querían atacarlas, todo terminó en una cruenta carnicería.

El resultado, más de treinta mujeres muertas y una docena de hombres caídos junto a ellas. A pesar de que no se enfrentaron contra guerreros entrenados, los caballeros no salieron ilesos. Estaban heridos. Esas cicatrices en sus cuerpos, no serían nada en comparación a las que se quedarían grabadas con fuego en sus almas, si es que no las habían perdido ya.

Se convirtieron en asesinos. Fueron enviados con el propósito de difundir los mandatos divinos y ahora estaban manchados de sangre. Sus pecheras blancas de algodón con la cruz roja, distintiva de los templarios que cubrían sus cotas de malla, estaban teñidas de escarlata.

El Duque de Rothgar, hincado con una mano apoyada en la empuñadura de su espada, clavada sobre la tierra, sopesaba las consecuencias de sus acciones, ¿Cómo regresaría a casa al lado de su familia?, ¿cómo podría ver a la cara nuevamente a su padre y a su madre?, era indigno de retornar a su hogar, en donde era considerado un hombre justo, que seguía los caminos de Dios.

El resto de los caballeros se encontraban a su alrededor, en las mismas condiciones, ¿acaso a eso los habían mandado?, ¿por qué fueron enviados sin conocimiento de lo que hallarían entre las paredes de ese lugar?

—¡Hoy hemos perdido nuestras almas! —exclamó con desconsuelo, dándoles la espalda a sus compañeros, el dolor goteó en sus palabras. El cómo su líder, y los llevo directo a su condena.

Alexandrus Massimo se acercó a su amigo y puso su mano sobre su hombro, solidarizándose con el sentimiento de devastación que en ese momento los unía. Este era un noble italiano, que provenía de la casa Pacelli, una de las más allegadas a Roma. Su padre se enorgullecía de servir al pontífice, ¿qué pensaría ahora que su hijo había asesinado a sangre fría un puñado de mujeres por servir a Roma?

La adrenalina poco a poco abandonó sus cuerpos heridos. Provocando que resintieran el cansancio y dolor en sus extremidades lesionadas de blandir su espada durante la lucha. Pero nada se comparaba contra la culpa que se cernía como una nube negra impregnando sus conciencias. Eso se reflejaba en sus rostros atormentados.

El Duque se levantó para dirigirse al resto de sus compañeros, pero antes que pudiera darles alguna palabra de alivio, un tronido estalló en el cielo. Un sonido espeluznante, semejante a un chillido de una mujer que agonizaba, hizo que la piel se les erizara.

Una luz roja descendió de los cielos, estallando el templo que ardía en llamas todavía. Un vórtice de fuego arrasó la ciudad. Estupefactos se levantaron apoyados unos contra otros. Los gritos de la gente que estaba en la ciudadela eran siniestros. La figura de una mujer se materializó en el aire. Su cabello rojo rubí ondulaba suspendido, moviéndose como si tuviera vida propia.

Escaneó los alrededores hasta que los encontró, acercándose con rabia. Los estudió por un momento uno a uno, con ojos enardecidos. Nunca habían visto nada igual en sus vidas. Todos eran mitos de gente ignorante. Esto no podía ser real. La mujer levitaba ante unos aturridos hombres que la contemplaban sin dar crédito.

—*Ustedes pagarán por la aberración que han cometido. Sufrirán el peor de los castigos. Se convertirán en las bestias que realmente son. Sedientos de sangre y venganza, masacrarán inocentes a su paso en su propia tierra. Para que sientan en carne propia la destrucción de sus actos. Han venido en una cruzada sin sentido, mancillando ciudades a su paso en nombre de su Dios falso. Les ordeno regresar a Roma y destruirla hasta sus cimientos. Yo, la Diosa madre, los*

maldigo por toda la eternidad.

Juró como una plegaria invocando a las fuerzas de la naturaleza. Una explosión se precipitó por el cielo, provocando un temblor que movió la tierra en el proceso. Como un nubarrón la Diosa se desvaneció en el aire.

Los caballeros levantaron sus escudos y espadas listos para marchar, como si minutos antes no estuvieran acabados. Todos parecían estar sumidos en un trance. Como zombies impulsados por una fuerza sobrenatural, emprendieron su camino de regreso, como ella les había ordenado.

Capítulo 1



¡Feliz cumpleaños!

Valencia, España – época actual.

Con un clic del mouse, Helena grabó la última gráfica que tenía que enviar al doctor Dominic Tresson, su jefe inmediato. Abrió el correo electrónico y redactó un mensaje simple, en donde le anexaba las ligas de cada una de las cincuenta gráficas que elaboró durante la última semana, para que las revisara y aprobara. Contenían los resultados de la investigación, en la que tenía trabajando el mes entero.

Colaboraba como analista en un laboratorio alemán de investigación del genoma humano, en donde se desarrollaban vacunas para muchas enfermedades que hasta el momento parecía imposible que tuvieran cura, pero que seguían en pruebas esperando ver la luz para beneficio de miles de personas.

Dos años atrás, recibió una beca para estudiar un master en bioinformática en España. Como requisito, un año entero asistió a clases para incorporarse como parte del equipo de un investigador. Luego de varios exámenes y pruebas exhaustivas, por fin estaba inmersa totalmente en el trabajo de campo. Se sentía orgullosa, ya que solo el veinte por ciento de los matriculados en la especialidad eran elegidos, y ella además había sido enviada con el investigador estrella.

Ahora estaba bajo su tutela como becaria. Su trabajo de análisis, consistía en recopilar los datos que su equipo obtenía durante las pruebas que se aplicaban. Dicha información era ingresada a un sistema, encargado de darles forma y validaba los resultados.

El trabajo era muy minucioso y delicado, tenía que hacerse con sumo cuidado. Localizar un error en los metadatos podía llevar semanas, y eso podía provocar un atraso desastroso para la investigación en la que participaba. Ella era muy cuidadosa en cada tarea que realizaba, intentando no caer en errores. No podía darse el lujo de dar un paso en falso que echaría por tierra todo su esfuerzo por labrarse un futuro.

Sin embargo, aunque era satisfactoria su labor, era extenuante. Su tiempo lo distribuía entre algunas pocas clases a las que todavía debía asistir, y su trabajo en el laboratorio. Apenas dormía cinco horas diarias para poder cumplir con sus obligaciones. Haciendo un esfuerzo mayúsculo, corría alrededor del campus, para luego encerrarse en su cubículo hasta altas horas de la noche. Así llevaba cerca de un año sin descanso.

Aunque se sentía agradecida por tal oportunidad, físicamente estaba agotada. Ese día era importante porque era el último que estaría entre esas cuatro paredes. Por fin tendría vacaciones. Al menos seis días sin tener que presentarse al trabajo o en la escuela le sabrían a gloria.

Todos hablaban de sus planes. Algunos regresarían a casa para estar con sus familias y otros simplemente aprovecharían los días libres para descansar cerca del mar, los destinos preferidos eran Ibiza, Tenerife o Mallorca.

Helena no tenía ninguna de esas posibilidades. Si pudiera elegir, sin dudarlo iría a casa, lamentablemente no podía darse el lujo de pagar un boleto de avión que costaba más de dos mil euros para volver a México, de donde era originaria. Extrañaba muchísimo a su madre, pero se resignaba con llamarla y platicar con ella cada semana. Ahora se conformaba con descansar y dormir, que era lo que pedía a gritos su cuerpo.

Tomó la mochila de mezclilla, en donde cargaba sus libros y su tableta. Guardó sus pertenencias y se dirigió a la oficina del doctor Tresson. Tenía que salir pitando del lugar. Su amiga Mariela la estaba esperando en su restaurante favorito, y conociéndola, ya estaría impaciente.

Sin mencionar que tenía tanta hambre, que podía comerse a un lechón ella solita. Con solo el pensamiento de ese delicioso manjar, su estómago gruñó en protesta. Respiró profundo serenándose frente al despacho de su mentor, y golpeó la gruesa puerta de acero, esperando que le indicara que entrara.

—Adelante... —una voz resonó desde el interior del despacho.

Al escuchar la orden, Helena deslizó la pesada puerta con cuidado y la cerró detrás de ella sin azotarla. Tresson levantó la mirada y se quitó los lentes, tallándose los ojos despreocupadamente, para colocarlos de nuevo sobre su nariz.

El doctor era un hombre realmente joven, para los grados universitarios con los que contaba. Pero no era una sorpresa, ya que terminó la universidad a la corta edad de 17 años. Era considerado un joven prodigio, prácticamente un genio. Ahora con 30 años, tenía dos doctorados y varias especialidades. Toda una eminencia en el campo de la medicina y la investigación.

—Hola Helena, toma asiento por favor —le sonrió y le indicó que ocupara la silla frente a su moderno escritorio de vidrio y acero inoxidable. Si ella pensaba que trabajaba muchas horas, el hombre prácticamente vivía en el laboratorio. Era brillante y su trabajo asombroso, por eso lo admiraba tanto.

—Gracias doctor —contestó tímidamente, sentándose retraídamente frente a su jefe que tanto le imponía. Por más que intentaba mostrarse de una forma más audaz, no sabía que tenía ese hombre que no podía sostenerle la mirada por mucho tiempo, y la hacía sentir torpe e insegura, así que se esforzaba por minimizar su falta de valor y presencia con su trabajo.

Al principio fue difícil trabajar con él y seguirle, pero después todo ese esfuerzo dio resultados, ya que el doctor siempre reconocía su dedicación con palabras de agradecimiento. En realidad no entendía que era lo que la intimidaba tanto de él, ya que era amable, pero había algo en sus ojos difícil de explicar que hacía que su mirada le pusiera los pelos de punta.

—¿Terminaste con los resultados? —le sonrió, descansando sus brazos sobre el escritorio.

—Sí, le envié un correo con las ligas de todos los resultados procesados. Ya están cargados en el sistema. Desde su cuenta puede consultarlos, y además hice una presentación en power point. Me imaginé que quería algo más accesible.

—¡Excelente!, como siempre tan eficiente. Es precisamente lo que necesitaba, ya que salgo para Múnich la próxima semana y estas gráficas son vitales. ¿Ya decidiste a donde irás de vacaciones? —le cuestionó con mucho interés de conocer los planes de la muchacha.

Helena, sonrió por la pregunta. En su mente se visualizó en una gran cama con cómodos almohadones, un buen libro en la mano y una taza humeante de té de manzanilla. Esa era su idea de vacaciones. Al menos hasta que tuviera fondos suficientes, pero eso no llegaría hasta que no consiguiera el puesto permanente en la farmacéutica que tanto anhelaba.

—Sí, ya tengo todo planeado.

—¿No pensaste en mi propuesta? sé que estás interesada en trabajar permanente en los laboratorios. Acompañarme sería muy benéfico para ti —las palabras quedaron flotando en el aire, mientras el doctor la miraba con un gesto entre esperanza y emoción.

Él ya le había ofrecido visitar las instalaciones unas semanas atrás, pero Helena declinó su invitación, alegando que estaba planeando salir de viaje como una excusa.

La farmacéutica que la había becado. Ofrecía apoyo a jóvenes que cursaban un máster en genética, bioquímica o bioinformática. Esperando que una vez que terminaran sus especialidades, se incorporaran como parte de la compañía. Tenía oficinas dispersas por Europa, pero trabajar en Múnich o en Berlín era solo para los mejores. Y aunque era lo que anhelaba, se iría con pies de plomo. Su propuesta fue muy tentadora al principio, pero era una joven muy cautelosa. No se dejaba deslumbrar por promesas, por muy irresistibles que parecieran. La situación económica de Helena era precaria y por alguna razón, el doctor lo sabía, aunque nunca había hecho mención alguna.

Por lo que el buen doctor la invitó a este viaje, ofreciéndose costear su boleto de avión y pagar su alojamiento, alegando que eran gastos que tenía cubiertos y eran costeados por la empresa, pero ella no permitiría que él pagara nada, era algo inaceptable.

A pesar que el doctor siempre se había portado como un hombre muy respetuoso por ningún motivo, le daría señales equivocadas, ella no estaba interesada en tener un conflicto con su jefe. Su relación siempre sería única y exclusivamente laboral. Él había soltado insinuaciones disfrazadas en sus palabras, pero Helena no había tomado ningún anzuelo de los que le había lanzado.

Dominic, era un hombre larguirucho, con el cabello castaño y los ojos grises. Atractivo a su manera, pero definitivamente no era su tipo. Era consciente del poder que tenía dentro de *Zukunft*, que su opinión pesaba lo suficiente para que consiguiera o no, el puesto por el que había estado trabajando tan arduamente, pero nunca aprovecharía una ventaja como esa.

Desde que llegó a Valencia y le informaron de las oportunidades de empleo, puso todo su empeño por tomar un curso intensivo de alemán dentro del campus. El idioma en el que hablaban dentro del laboratorio era inglés, pero sabía que tarde o temprano necesitaría hablar alemán. A fin de cuentas, las oficinas centrales estaban en Alemania.

—Gracias por el ofrecimiento, nuevamente, pero será en otra ocasión. Le deseo un buen viaje —le contestó, con toda sinceridad. Él le sonrió resignado.

—También para ti. Descansa. Te lo mereces, pero por favor piensa lo del viaje, mi propuesta queda abierta —ella recogió su bolso le tendió la mano en agradecimiento como siempre y salió de la oficina para llegar a su cita.

Con las prisas, en el pasillo prácticamente se tropezó con Harry. Otro de los becados que fueron asignados a un investigador. El provenía de Estados Unidos, de una pequeña Universidad en Connecticut.

Harry, era un chico muy agradable. Alto, pelirrojo con los ojos color avellana. Desde el primer día, entró en su cubículo y se presentó el mismo como su vecino. A partir de esa ocasión, todos los días se escapaban veinte minutos y se tomaban un café, mientras le narraba historias de su hogar y hablaba de lo deliciosas que eran las tartas de manzana que hacía su madre, y lo que las extrañaba.

El muchacho, era uno de los pocos compañeros que no intentaba meterle zancadilla a nadie, por lo que se convirtió rápidamente en su mejor amigo y único aliado. Se convirtieron en buenos compañeros que se apoyaban mutuamente. Harry hablaba muy bien el alemán, el cual había

aprendido gracias a su abuela desde pequeño, por lo que ayudaba a Helena en sus clases, y ella a su vez lo asesoraba con su español, que era un completo desastre.

—Hola Helena, ¿Lista para salir a respirar aire puro? —preguntó caminando a su lado, mientras arrastraba los pies pesadamente. El traía auestas tantas horas de trabajo como ella, con la diferencia que su situación financiera era inmejorable.

—¡Totalmente!, Y tú, ¿entusiasmado para volar 14 horas? —lo cuestionó con una nota de sarcasmo. Harry, platicó con ella semanas atrás sobre sus intenciones de regresar a casa.

—Es lo único que no me gusta. Odio los aviones, pero valdrá la pena por ver a mi familia.

Helena se sintió triste, sabía que valdría la pena. Ella estaba dispuesta a volar las horas que hicieran falta con tal de ver a su madre también, pero no se quejaría, vendrían tiempos mejores.

—Te deseo un excelente viaje, que disfrutes mucho de tu familia y si es posible, tráeme un buen trozo de tarta de tu madre —exclamó con una sonrisa, que no llegó a sus ojos. Echaría de menos la rutina que habían impuesto entre los dos.

—Lo haré. Cuídate, nos vemos en dos semanas —Harry se acercó y le dio un ligero abrazo. Además de los días de descanso, él solicitó una licencia para realizar ese viaje. No interferiría en su trabajo, ya que la investigación en la que participaba había concluido y sería reubicado a otro proyecto.

Helena no lo sabía, pero a Harry le gustaba y mucho. Desde que la vio entrando a su cubículo quedó flechado por ella. Para su desgracia nunca fue bueno para entablar relaciones con nadie, y ahora se encontraba con una jodida etiqueta de amigo permanente sobre su frente. Disfrutaba de su compañía y no perdía las esperanzas que algún día pudieran llegar a ser algo más, pero por el momento se conformaba con ser su amigo, y pasar tiempo a su lado.

Para ella, fue difícil al principio confiar en un hombre, pero descubrió que Harry era increíblemente bondadoso, que se preocupaba por sus amigos y que estaría a su lado en las buenas y en las malas. No era fácil encontrar esas cualidades hoy en día en nadie.

Harry, que era mucho más alto que ella, ladeó su cabeza y aspiró el aroma de su cabello. Nunca había conocido a ninguna mujer que oliera como Helena lo hacía. Su aroma inundaba y le nublaban los sentidos. Era un olor a flores con toques de lavanda y a limpio. Parecía que su fragancia emanaba de todos los poros de su piel. Esa piel inmaculada, de un tono apiñonado perfecto que a tanto le encantaba. Pero no había hecho ningún movimiento sobre ella. No quería perder esos meses de amistad, seguía esperando el momento adecuado.

—Descansa y duerme, cada vez te veo más ojerosa. Te voy a extrañar pero regresando nos pondremos al día, ¿te parece? —el muchacho la vio ilusionado con una sonrisa.

Helena asintió alegre, y le dio un beso en la mejilla alejándose de su amigo. Corrió por los pasillos que parecían un laberinto, hasta que alcanzó la salida. El aire revolvió su cabello que caía libre sobre sus hombros. Los árboles y los jardines de la universidad eran hermosos, nunca se cansaría de ellos, aunque solo los admirara fugazmente.

Luego de abandonar los terrenos del campus, prosiguió unas cuadras adelante, hasta que se encontró con las dos puertas de madera antigua con remaches de hierro tan emblemáticas de *Casa Clemencia*. En cuanto entró, los murmullos y repiqueteos de los cubiertos contra la losa y las copas de cristal la recibieron. Era un restaurante en donde podías tener una buena comida y pasar un buen rato con los amigos.

La mayoría de los comensales, eran jóvenes que provenían de la universidad, ya que se encontraba a solo unas cuadras de la Facultad de Biología y del campus en general. La

especialidad de la casa, paella a la leña desde 1966. La cocinaban en un gran horno artesanal que se encontraba en el patio. Su amiga Mariela, era una férrea aficionada a la paella Valenciana, y aunque Helena no era tan fan como ella, le encantaba el pan que horneaban y que servían acompañados de un queso crema con alcachofas que estaba para chuparse los dedos.

Estaba de pie desde las 6 de la mañana y solo había comido un emparedado en el almuerzo, y cantidades industriales de café: culpable del insomnio que la acompañaba desde hacía meses. La falta de sueño ya le estaba pasando factura a su cuerpo, pero ese líquido era indispensable para seguir con su día a día, y prefería beberlo a tomar bebidas energéticas que hacían que su corazón palpitara como si hubiera corrido un maratón.

El rugir de sus tripas, le recordó que se estaba muriendo de inanición. Tantas horas de trabajo, estaban mermándola físicamente. Llegó con unos buenos kilos de más, pero ahora después meses de mal pasadas y hambreadas constantes por el exceso de trabajo, había perdido peso sin darse ni cuenta ni proponérselo.

Se encontraba más delgada que nunca. De hecho su bajada de peso, era la culpable de que su ropa le quedara holgada, a pesar de sus intentos por reducir las prendas, y aunque su madre era muy habilidosa con el hilo y la aguja, ella no tenía los mismos dones.

Cargando a cuestas su bolso, serpenteo entre las mesas hasta que encontró a su amiga. Mariela devoraba un trozo de pan, sobre el que descansaba una lámina de queso, un trozo de jamón serrano y tiritas de tomate deshidratado. Helena siempre se preguntaba cómo era humanamente posible, que su amiga comiera tanto y no engordara ni un gramo.

Mariela, cerró los ojos mientras masticaba con pasión su bocadillo. Las tapas eran su adicción, como buena madrileña que era.

—Veo que no pudiste esperarme —le reclamó exageradamente, colocando sus manos sobre sus caderas. Las chicas se conocían tan bien, que era fácil hacerse comentarios a veces agresivos para los demás, pero que ellas sabían que eran una broma.

—Joder contigo, estaba desfalleciendo de hambre. Solo es un bocadillo pequeñito —contestó sonriendo cínicamente. Helena, colocó su morral debajo de la mesa y se sentó frente a su amiga, que seguía sin darle tregua al jamón serrano. Hasta la cestita de pan se había acabado.

Las mujeres, no podían ser más opuestas: Mariela era alta, rubia y con ojos verdes, además de ser muy extrovertida y un poco teatrera, por otro lado Helena era bajita, tez morena, con el pelo castaño y los ojos color marrón claro, con una personalidad más sosegada y taciturna, que no externaba fácilmente sus sentimientos. Los cuales había aprendido a esconder gracias a su madre, que sin querer le había transmitido todas sus inseguridades y frustraciones con los hombres y con la vida.

Helena vino de México, su padre era español y lo único bueno que hizo antes de morir, fue buscarla, darle su apellido y concederle la ciudadanía española. Aunque al principio se negaba a recibir nada de él porque las abandonó. Su madre le hizo ver que el tener el apellido de su padre, a la larga le daría beneficios. Sus padres nunca se casaron por eso no tenía su apellido. Ya que él, en cuanto supo que estaba embarazada, la dejó y regresó a Canarias de donde era originario. Unos años después contrajo matrimonio y formó una familia, con su esposa solo tuvo un hijo varón el cual murió en un accidente de auto cuando tenía 18 años.

Helena, entendió que la muerte de su medio hermano removió sentimientos de culpa en su padre, que fueron los que provocaron que la buscara, no porque le importara ya que nunca antes intento contactarse con ellas, y aunque le dolió su indiferencia, estaba consciente que gracias a ese lapsus, ella había accedido a esa beca que la tenía estudiando en Valencia. Ya que era otorgada

solo a españoles.

Su madre fue su principal motivación para embarcarse en esa aventura. Le dolió dejarla, pero creía que un futuro sería de beneficio para las dos. Buscando trabajo luego de terminar la universidad en México, se dio cuenta, de las pocas oportunidades que estaban disponibles.

Por lo que cuando uno de sus tutores en la universidad, le informó de la oportunidad de irse a estudiar un máster en una rama que siempre le había apasionado, pensó que fue un golpe de suerte que no podía dejar pasar.

Ahora que ya estaba dentro y trabajando, su meta era conseguir un empleo definitivo, y cada vez estaba más cerca de lograrlo. Cuando llegara ese momento, enviaría por su madre para que vivieran juntas, sin tener que preocuparse por nada.

—Yo también muero de hambre —le dijo mientras cogía un trozo de pan y se lo llevaba a la boca. Un mesero se acercó y ordenaron la paella que tanto adoraba Mariela y un plato de lechón para ella.

—Has estado muy misteriosa esta semana, ¿me vas a decir a que se debe todo esto? —Mariela se cruzó de brazos y la miró con una sonrisa torciendo la boca.

A Helena, no le gustó nada la expresión que tenía su amiga en el rostro. Siempre que se traía algo entre manos, no podía ocultar lo contenta que estaba por salirse con la suya y esa era la cara que tenía en ese momento.

—¿Creías que no me daría cuenta? —Mariela le preguntó ladeando la cabeza y aguardando una respuesta, que aunque ya conocía, esperaba que su amiga le contestara.

—¿No entiendo a qué te refieres? —Helena contestó quedito, con un gesto de nervios comenzó a frotarse el cuello, cerrando los ojos por un momento. Sabía perfectamente a que se refería.

Era su cumpleaños. El cual odiaba festejar, todo gracias a su exprometido. El día de su cumpleaños se convirtió años atrás en una fecha dolorosa, que solo le traía malos recuerdos. Desde entonces, ese día lo pasaba evitando recordar el pasado.

—No te hagas la tonta conmigo, sé que cumples años el próximo sábado.

—¿Cómo te enteraste? —la miró entrecerrando los ojos. Ella nunca le había dicho nada, pero su amiga era insistente hasta que conseguía lo que quería.

—Uno tiene sus contactos en la facultad.

—Eres una cotilla —Mariela se sonrió con cara de inocencia.

—Bueno no voy a negarlo. Te recuerdo que el año pasado, te quedaste calladita y no me enteré de tu cumpleaños. Ah, pero tu sí me festejaste, con una cena de rechupete y un pastel de zanahoria que casi me comí yo solita.

Helena miró a Mariela con agradecimiento. Siempre quiso tener una hermana o un hermano, pero su madre nunca rehízo su vida, ni deseo tener más hijos, así que se quedó sola. Mariela más que su amiga, se había convertido en la hermana que nunca tuvo. Era irreverente, divertida y poco irresponsable, pero tenía un corazón de oro.

—No te conocía bien...no quería que pensaras que era una encajosa.

—Tú y tus palabritas Helena. —le contestó arrugando la nariz. A pesar de que hablaban castellano, definitivamente usaban un vocabulario muy diferente. Mariela se divertía a sus costillas, haciendo hincapié en su forma rara de expresarse.

—¿Yo soy la que habla raro?

—Pues claro, que te has creído, estás en mi país así que te jodes. —exclamó con una carcajada.

—Ya en serio. No me gusta festejar mi cumpleaños, tengo recuerdos dolorosos de ese día... —

le recordaba el día que rompió su compromiso con Miguel, todo porque lo encontró con otra. Creyó que era el amor de su vida y siempre la estuvo traicionando y lo peor que no se dio cuenta.

Nunca olvidaría ese fatídico día, regresó antes a la ciudad luego de un viaje de estudios, hizo hasta lo imposible por volver un día antes y celebrar junto a su prometido su cumpleaños, para darle una sorpresa y la sorpresa se la llevó ella.

—Bueno, eso lo vamos a cambiar con unos recuerdos nuevos. No pasará otra vez en blanco y no me pongas esos ojitos de borrego. Porque esto no es el festejo, es solo el preámbulo de lo bien que no la vamos a pasar. Vamos a festejar a lo grande.

—Pero tú sabes que yo... —antes que pudiera replicar, el mesero las interrumpió con la comida.

—Buenas tardes señoritas. ¿Os apetece el vino de la casa?

—Por supuesto que nos apetece, gracias —su amiga le contestó al chico con una gran sonrisa en los labios, que hizo el joven se pusiera nervioso y casi derramara el vino sobre el mantel. Helena resignada tomó la servilleta blanca que se encontraba sobre el plato y la colocó sobre su regazo, mientras esperaba que su amiga terminara con su despliegue de encantos.

El mesero como pudo controló sus manos temblorosas, y colocó diestramente dos platos humeantes, uno con paella y otro lechón troceado y salió corriendo hacia la cocina. La comida despedía un olor que las hizo salivar. Mariela, levantó su copa hacia Helena y la vio con los ojos brillantes, iluminados por la emoción.

—Vamos a brindar, porque tú y yo guapa, nos vamos a ir a París este fin de semana y nos la vamos a pasar bomba. Cuatro días de pura emoción y aventuras.

—¿A París? —Helena tosió con la noticia, casi ahogándose con el vino.

—Sí, y no acepto un no por respuesta. Mis padres que están más que agradecidos contigo por mantener a su hija descarriada dentro del redil, me enviaron dinero como regalo hacia ti. Ya compré los boletos de avión y reservé una habitación en un hotelito muy majo cerca de la torre Eiffel —le soltó emocionada.

—¿Estás loca?!

—¿No te habías dado cuenta?, por supuesto que estoy un poco loca cariño.

—Mariela, estoy hablando en serio. Eso no puede ser.

Era demasiado que los padres de su amiga le pagaran un viaje de placer, suficiente hacían con mantener un piso que prácticamente costaban, ya que su aportación era ridícula, pero luego de tantas penurias en los dormitorios del campus, su amiga la había invitado a compartir departamento.

—Por supuesto que puede ser, no veo cual es el problema.

—Mira, no quiero parecer malagradecida, pero es muy incómodo para mí aceptar que tus padres gasten dinero en este viaje.

—Pues no lo seas, tú sabes que lo hacen de corazón, mi madre te adora.

Helena se ruborizó, no es que no lo agradeciera, es que le avergonzaba que pudieran pensar que era una aprovechada. Su madre siempre fue una mujer muy orgullosa que nunca acepto ninguna caridad o dádiva, prefería morirse de hambre y esos pensamientos se los había inculcado desde pequeña.

—Yo también la quiero mucho y agradezco todo lo que han hecho por mí...

—Y lo hacen con gusto, ¿quieres romper el corazón de mi madre?, estaría muy triste, ¿no quieres eso verdad? —le cuestionó en tono lastimero.

Helena miró a fijamente a su amiga, ella no quería abusar de lo bondadosos que eran los

padres de Mariela, que aunque tenían dinero no era su obligación cargar con ella, pero esa batalla la tenía perdida. Exhaló y le sonrió a su compañera, que esperaba su aprobación. Con un movimiento de cabeza aceptó, ya que no era capaz de hacerle daño a su madre. Esa mujer era una santa.

—Será maravilloso, vas a ver qué buena juerga nos vamos a coger.

—Siempre he soñado con ir a París —la emoción se desbordaba de los ojos expresivos de Helena. Se prometió que en cuanto tuviera dinero conocería París, pero ya habían pasado casi dos años desde que había llegado a España y no había sido posible. Cuidaba mucho el poco dinero que tenía. Se tenía que ajustar a ese presupuesto, porque tener un trabajo que fuera remunerado no era una opción.

—Además, este regalo también es para mí, ¡porque me aceptaron la tesis! —le dijo con una gran sonrisa y un gritito de emoción.

—No puedo creerlo, te felicito amiga, sabía que lo lograrías. Has trabajado muchísimo.

—Es un sueño estar a un paso de terminar. Así que no me vas a dejar sola con este suceso tan importante.

—Nunca lo haría, estoy muy orgullosa de ti. Estás a un paso de terminar.

Mariela era abogada, y cursaba una especialidad en derecho criminalístico, sus próximos seis meses la pasaría encerrada día y noche en guardias en los juzgados. Como no deseaba dejar a su amiga, sus pasantías las harían en Valencia, pero al terminar, se regresaría a Madrid, en donde deseaba conseguir empleo y establecerse.

—Sí, a un paso de encerrarme otros seis meses de trabajo sin parar, por eso te advierto, que este fin de semana nos vamos a conseguir a dos buenos mozos y nos vamos a echar un buen polvo, que tanto nos hace falta.

—¡Estás loca! —exclamó Helena que casi se atraganta con un trozo de pan.

—No mujer. Necesito algo de acción. Estoy desesperada, aquí he conocido puro idiota. Que mejor que ir a la ciudad del amor y conseguir un poco de buen sexo. Te conozco desde que llegaste y no has hecho más que estudiar y trabajar, y mira que ese doctor anda detrás de tus huesitos igual que ese pecoso de Harry.

—No digas tonterías.

Helena no era tan ingenua para no darse cuenta, pero no era acertado liarse con ninguno de los dos. El primero era su jefe y el segundo era su mejor amigo.

—No son tonterías, es la verdad. Le gustas, bueno a los dos. Pero por mi parte voto a favor del doctorcito. Te apuesto que insistió con el viaje a Múnich.

Helena se sonrojó y cogió la servilleta doblándola cuidadosamente, para jugar con ella nerviosa.

—Lo ves, tengo razón, tu silencio me lo dice todo, ese tío quiere follarte —le dijo más fuerte de lo que Helena le hubiera gustado, los chicos de la mesa de a lado, la miraron con complicidad y se sonrieron.

—Baja la voz, ¿quieres que todo el restaurante se entere? —le cuestionó murmurando—. Además una cosa es lo que él quiera y otra cosa es lo que yo permita que ocurra. Sé que le gusto no te lo niego, pero aunque no lo creas él no me gusta, ni me interesa. Lo respeto y lo admiro es un hombre brillante, pero escúchalo bien, yo nunca entraría en una relación con él porque pondría en entredicho mi trabajo. No puedo poner en peligro mi futuro.

—Bueno, en eso tienes razón, no sería muy recomendable meterte en líos, si no funciona sería

incómodo y tú saldrías perdiendo ¿pero qué pasa con Harry?

—Tampoco es una opción, es mi amigo pero no me siento atraída. Hemos pasado mucho tiempo a solas estudiando, muy cerca uno del otro, pero no hay química y eso no se puede forzar.

—Vale, está bien. Buscaremos en otros lugares entonces —levantó la copa en dirección de Helena y exclamó—. Por un fin de semana inolvidable que cambiara nuestras vidas en donde espero que encuentres al hombre que te folle tan fuerte y salvajemente que no puedas caminar a otro día.

Helena, hizo una mueca. No era que no quisiera encontrar a alguien que la hiciera feliz, pero simplemente no había llegado su tiempo.

—¿Estás segura que en lugar de ser abogada no eres actriz?

—Una que nació con múltiples talentos —exclamó la rubia, acomodando su pelo sobre su hombro dramáticamente y soltó una risotada.

Helena rodó los ojos y cogió otro trozo de pan de la cestita. Quiso dar el tema por zanjado pero evidentemente su amiga no quitó el dedo del renglón.

—Ya hablando en serio, no solo es por el polvo. Nunca sales. No te diviertes, necesitas vivir.

—Claro que lo hago, que estamos haciendo.

—No seas pesadita, hablo de salir con tíos.

—¿En serio me preguntas eso, tu que conoces mi horario?

—Vale, tenéis un punto, pero digo en dos años no habéis encontrado ni una oportunidad.

Helena negó con la cabeza.

—Como tú dices, aquí nos hemos topado con puro idiota que tiene el ego más grande que su cabeza.

—Por lo menos no estás negándote con la idea.

—No lo hago, oye soy mujer y también tengo mis necesidades, no estoy muerta. Pero te repito no voy a salir con nadie de mi entorno, solo acarrearía problemas.

—Tenéis toda la razón. Estoy harta de lidiar con estos tipejos que quieren que les chupes la polla porque son doctores en gilipolleses —dijo un poco fuerte mirando a los de la mesa de enseguida, que era obvio pertenecían a la universidad, los hombres giraron las cabezas hacia otro lado disimuladamente.

—¡Mariela!, No hables así. —Helena contestó, ahogándose con el sorbo de vino que había tomado.

—Pero es la verdad, ¿de qué nos sirve la maldita liberación femenina y la igualdad de derechos si las empresas las controlan los hombres? —espetó con desesperación. Helena lo entendía completamente.

—Es tan injusto —suspiró con enfado—. Por eso mi admiración por *Zukunft*, ¿sabes que la CEO es una mujer así como la mayoría de su consejo?

Mariela formó una gran sonrisa en sus labios, aprobando lo que acababa de compartir su amiga.

—Salud, por eso guapa —chocaron las copas y tomaron un buen trago de vino tinto—. Vamos a festejar tu cumpleaños 28 a lo grande. Esta noche haremos maletas que París nos espera.

Las chicas terminaron su comida y otra botella de vino, se fueron directo a su departamento y se prepararon para su viaje.

Capítulo 2



París a media noche.

A rribaron al aeropuerto *Charles de Gaulle*. Luego de un viaje de dos horas, que resultó ser de lo más tranquilo. El clima frío de la ciudad de la luz las recibió, con una mañana gélida y brumosa. El aire estaba cargado de una humedad densa. Menos de 5 grados marcaba el termómetro del reloj del aeropuerto. Pero las chicas venían preparadas. Enfundadas cada una, con un abrigo de lana hasta las rodillas, bufanda, gorro y guantes que las cubrían eficientemente.

Una vez que tomaron sus maletas, salieron a coger un taxi. La siguiente parada fue el *hotel Eiffel Seine* que se encontraba a solo 500 metros de la Torre Eiffel y a menos de 100 metros del Río Sena. Un hotel tres estrellas, modesto pero con lo suficiente para pasar una noche comfortable. Incluía desayuno continental, en donde ofrecían lo justo para arrancar el día.

A pesar de llegar tan temprano, la chica de la recepción fue muy considerada y les permitió entrar a la habitación, ya que no había muchos huéspedes. En la pequeña habitación doble, Mariela soltó su maleta apenas entró y se dejó caer en una de las camas, que a pesar de no ser muy grande era bastante cómoda. Levantó los brazos y los pasó debajo de su cabeza, con una gran sonrisa de triunfo.

—¿Quieres dormir un rato? —le preguntó Helena, al tiempo que se acomodaba en la cama libre y tomaba una de las almohadas para descansar su mejilla sobre ella.

—Sí, necesito un sueñito reparador. —Mariela tomó una almohada y la abrazó, haciéndose una bola y jalando el edredón esponjoso sobre su cuerpo.

Por la emoción un día antes, se durmieron tarde charlando y haciendo sus maletas.

—Yo no tengo sueño, voy a aprovechar para planear nuestros próximos días. Prométeme que iremos al museo de Louvre, al museo de Orsay y al de Rodín. —Helena deseaba salir y verlo todo, pero tenían muy poco tiempo.

—Os lo prometo, a menos que me cargue una resaca y que no pueda ni con mi alma —respondió poco convencida, Helena tomó un cojín y lo lanzó en contra de Mariela, dándole en la cabeza.

—Ah no señorita, te advierto que vamos a salir por la noche, pero no nos la pasaremos estos días hasta altas horas de la madrugada para terminar machacadas por la desvelada. —Mariela emitió un sonido de enojo, evidentemente no estaba de acuerdo con los planes de su amiga—. Por el amor de Dios, estamos en París. Esta ciudad es hermosa, hay muchos lugares que visitar y conocer —exclamó exasperada.

La chica levantó la cabeza y le dio un vistazo travieso a Helena, que la miraba con el ceño fruncido.

—Mira, guapa, primero nos tenemos que conseguir un par de tíos que estén más buenos que el pan y luego me llevas al museo que quieras.

Antes de que Helena pudiera protestar, Mariela roncaba a pierna suelta, sin importarle la

opinión de nadie, no le quedó más remedio que sonreír. Siempre había admirado la capacidad de su amiga de conciliar el sueño de un segundo a otro, como si presionara un botón de apagado.

Así que decidió que era bueno intentar dormir un rato y cerró los ojos, luego de unos minutos cayó en un sueño profundo. La habitación estaba en penumbras, gracias a las gruesas cortinas que cubrían las ventanas y que aislaban la habitación del ruido exterior.

Al cabo de una hora, Helena despertó y comenzó con la planeación de sus visitas. Era más que obsesiva con la organización, lo sabía, pero era difícil dejar viejos hábitos. Después de unas horas de relajación por parte de Mariela y de investigación por parte de Helena, salieron con dirección a la *Torre Eiffel*. Ya casi era hora de comer, por lo que entraron a comprar viandas, en un mercadito que encontraron de camino hacia su destino. Un par de baguettes, queso, algo de jamón y una buena botella de vino bastaron para armar un picnic improvisado.

Cargadas con una bolsa de tela color canela de esas reciclables, se dirigieron hasta el pie de ese lugar tan emblemático. Helena estaba asombrada al encontrarse con una de las maravillas modernas en todo su esplendor. Sonreía como un niño en navidad. El lugar, estaba atestado de turistas. La fila para subir hasta los últimos pisos de la atracción más importante de la ciudad, era larguísima, por lo que resignadas por el tiempo que les tomaría esperar, decidieron saciar primero su apetito.

Caminaron por la calzada hacia Campo Marte. Se sentaron sobre una enorme pashmina que extendió Helena en el césped y procedieron a sacar las viandas que llevaban consigo. El clima era gélido, pero ellas no se preocuparon por eso. Habían planeado un pequeño picnic y lo tendrían. No perderían tiempo en un restaurante, ni locas se encerrarían entre cuatro paredes, cuando tenían tanto que ver.

Helena cogió dos vasos de plástico, y los llenó de vino tinto, que amablemente el tendero había descorchado para ellas. El buen hombre no hablaba ni jota de español, pero las había atendido con mucha amabilidad. Mientras Mariela cortaba el pan, ella procedió a preparar los bocadillos.

—Este vino está delicioso —gimió Mariela, degustándolo lentamente. Era experta conocedora de vinos, su padre gran aficionado a las catas y desde pequeña le había enseñado como identificar un buen vino, sin importar lo joven y la marca que fuera. Siempre le decía, que un vino no tenía que ser caro para ser bueno.

—Ves, fue buena idea después de todo —señaló a Mariela que tuvo sus dudas cuando le propuso comer ligero para no perder tiempo.

—Vale está bien, tengo que aceptarlo, fue una buena idea. No soy fan de comer en el piso, pero qué diablos esto es París.

Helena tomó la baguette que estaba cortada en cuatro partes, que aunque solo tenía queso y jamón estaba deliciosa, y con el vino sería suficiente. Además compraron un poco de fruta, era la comida perfecta en un escenario esplendido. Mariela tomó un par de uvas y las rodó dentro de su boca, saboreándolas.

—Dime, ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un chico?

—Mmmm, creo que hace cuatro años —esa pregunta hizo que Helena recordara a su ex y no fue un recuerdo agradable.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, la última vez fue con mi ex prometido —no comprendía como se había equivocado tanto con ese hombre.

—¿No me digas que fue con el primero?

—Pues sí te digo. Nos hicimos novios desde el primer año en la universidad y estuvimos casi cuatro años juntos.

—Eso es muchísimo tiempo.

—Yo estaba enamorada, pero desgraciadamente me di cuenta que él no —respondió con tristeza. Helena no le tenía coraje o rabia a su ex, pero sentía una desilusión en su corazón, que no había podido sanar.

—¿Te engañó? —dijo un sorbo a su vaso y asintió torciendo la boca—. Pero que pedazo de imbécil. Mira que no valorarte que eres una lindura de tía y con un corazón tan grande que aguanta a esta descocada.

—Gracias amiga. Efectivamente era un mal hombre, pero tarde mucho en darme cuenta. Ahora me alegro de haberlo hecho, si no fuera por eso, estaría casada con un hombre infiel. No te hubiera conocido, ni estaría aquí en este lugar fantástico compartiendo este momento. Que se joda, él se lo perdió —levantaron sus vasos de plástico y los chocaron al aire, riendo por su declaración.

—Me dejas sin palabras, ¿Eso significa que estás lista para tener una aventura?

—Lo estoy. Voy a cumplir 28 años y tengo que hacer algo loco por primera vez en mi vida.

—Así se habla. No te preocupes, que lo vamos a hacer.

Al terminar, se levantaron y tiraron los restos de su comida, vaciaron la botella y caminaron para subir a lo alto de la torre. Luego de una fila de casi una hora, por fin lo consiguieron.

Helena entró con miedo en el elevador, pero era peor subir por las escaleras. Recorrieron los tres niveles y cuando se abrieron las puertas del ascensor, las piernas de Helena seguían inestables por el viajecito. Las alturas no eran lo suyo, pero no podía ir a París y no admirar la ciudad desde un punto como ese.

La ciudad se levantaba imponente. Como hipnotizada Helena caminó hasta la orilla del barandal de protección. Podías andar alrededor, consiguiendo un ángulo de 360 grados. Helena avanzaba tan exhorta ante tanta belleza, que no se dio cuenta que se estrellaría con la espalda de alguien. Rebotó contra el hombre, pero cuando creyó que caería de nalgas contra el suelo, alguien evitó su caída.

—¿Estás bien? —aturdida, giró su cabeza para encontrarse con un joven muy alto, con el pelo rubio un poco despeinado, los ojos verde brillante y una sonrisa que mostraba unos dientes perfectos. Era guapo, pero más que guapo era sexy.

—Sí, gracias por ayudarme —Helena se movió con torpeza tratando de recuperar el control de su cuerpo.

—Hola, soy Cass. El muchacho le dio la mano y esperó su reacción.

—Helena —contestó apenada y tomó su mano extendida.

—¿Qué hace una mujer tan hermosa sola en una ciudad tan romántica como esta? —le coqueteó descaradamente.

—No estoy sola —respondió con firmeza, recuperándose de su casi caída.

—Perdón, yo pensé que... —Cass se puso nervioso, esperando que su novio o esposo apareciera en cualquier momento, pero cuando miró a la chica rubia que llegó junto a ella, se regocijó. <<¿A menos que fueran pareja?, no eso no podía ser >>, alejó ese pensamiento de su cabeza.

—Helena, ¿Dónde te metes? —le reclamó su amiga.

—Lo siento, caminé sin darme cuenta...

Mariela, miró a Cass barriéndolo de pies a cabeza. Confirmado, no eran pareja, de ninguna manera podían serlo, luego de ver como la rubia se lo comió con la mirada.

—¿Y tú quién eres? —le espetó con descaro y sonriéndole.

—Soy Cass, mucho gusto —el joven le tendió la mano que Mariela estrechó encantada.

—Lo acabo de conocer, choqué contra él, por ir distraída y evitó que cayera sobre mi trasero. Ella es mi amiga Mariela.

—Hay que lindo, todo un caballero, ¿No habrá más como tú? —Helena, pasó su brazo detrás de la espalda de Mariela y le dio un pellizco.

—Oye no me pellizques —su amiga no era nada prudente. Helena sacudió la cabeza, rindiéndose con ella.

—Mira qué casualidad, porque si hay. Vengo con mi amigo Gary.

—Bueno, eso suena bastante bien para mí.

Un chico casi tan alto como Cass se acercó a ellos. Su cabello era castaño, muy corto y tenía los ojos azules. Era bien parecido, pero Helena pensó que no se comparaba con Cass.

—Hola amigo. Te estaba buscando, te me perdiste —efectivamente Cass estaba a su lado cuando miró a Helena salir del elevador. Por eso había estado tan cerca cuando estuvo a punto de caer. Su cabello castaño brillaba con intensidad. Sus ojos enormes, eran color miel, pero eran exóticos, fueron como un imán, así que la siguió deslumbrado. Quería saber quién era esa mujer, que parecía un pecado envuelto en ropa de invierno.

—Gary, ellas son Helena y Mariela.

—Hola señoritas, un placer, ¿Qué hacen dos lidas chicas solas en París?

Mariela batió sus pestañas haciendo un despliegue de sensualidad como solo ella sabía hacer, y lo miró provocativamente, antes de contestar con una enorme sonrisa.

—Estamos en busca un poco de amor y creo que esta es la ciudad indicada, ¿Qué no? —Mariela le contestó con osadía. Helena se sonrojó como un tomate, pero esa era su amiga. No podía hacer nada para que cambiara, siempre decía lo que pensaba.

—Entonces, han llegado al lugar indicado y encontrado a los tipos indicados —exclamó Gary, seductoramente. Helena pensó que era el hombre perfecto para su amiga.

Helena se cruzó de brazos y movió la cabeza sin dar crédito a lo que había dicho Mariela. Antes la había metido en situaciones bochornosas, pero hoy se estaba superando a ella misma. Cass entendiendo la incomodidad de Helena, retomó el hilo de la conversación cambiando de tema.

—Gary y yo participamos en una convención, pero decidimos quedarnos unos días más, no podíamos irnos sin visitar este monumento tan emblemático.

Cass miraba a Helena, muy interesado pero no de forma vulgar o demasiado intensa y eso le gustó.

—Eso es maravilloso, nosotros llegamos hoy —le dijo Helena sonriendo ya más relajada, después de lo directa que había sido su amiga.

Era cierto que buscaban una aventura, pero nunca pensó que su amiga se lo dijera a los primeros chicos que conocía, tan a raja tabla.

—¿Qué harán hoy por la noche? —preguntó Cass mirando con anhelo a Helena.

—No tenemos plan —contestó Mariela.

—Pensamos ir a *Le Cab*, nos hicieron una reserva porque es difícil entrar sin tener una. Será un placer que nos acompañen.

Mariela sonrió de oreja a oreja. *Le Cab*, era considerada uno de los clubs de moda en París,

totalmente renovado, con una decoración futurista y con un DJ diferente cada noche. Si tu gusto era la música electrónica, era el lugar para ti.

—Claro que vamos con ustedes —chilló Mariela, era toda una oportunidad que no dejaría pasar.

Pasearon alrededor admirando el paisaje. Cass no se despegó de Helena. Quería conocerla. No era como las otras chicas, además de su aspecto y sus hermosos ojos, era reservada, pero podías mantener una conversación con ella. Luego de pasar la tarde juntos las acompañaron hasta su hotel. Con la promesa de regresar más tarde para llevarlas a cenar y después a club.



Helena, entró a la ducha y se bañó con rapidez. Mariela le había advertido que la peinaría y la maquillaría para la ocasión. Después de acicalarse, salió ataviada con una bata de baño blanca, debajo de ella llevaba un juego de lencería que Mariela le había regalado por su cumpleaños y un par de medias que le llegaban a medio muslo.

—Bien, veo que te pusiste las medias ¿y la ropa interior?

—Sí, también me la puse —Helena rodó los ojos, ante la pregunta de su amiga.

—¡Enséñamela! —le dijo con una sonrisa pícaro.

—Estás loca. No te voy a enseñar nada.

—¿Cómo se la mostrarás a Cass si no me las puedes mostrar a mí?

—No es lo mismo.

—Anda, que no te de pena. Tú no eres mi tipo —Helena se abrió la bata para que Mariela la mirase.

—Te quedó divina, ya quisiera que se me vieran así las tetas. Las tienes enormes.

—Gracias por decirme que tengo las tetas enormes, ahí va mi autoestima por el piso —Mariela se carcajeó.

—A los tíos, les encantan las tetas grandes, jodida yo que tengo que usar wonderbras. Tú las tienes naturalitas y te quejas.

—Me hacen ver gorda, ya quisiera tener las piernas que tú tienes.

—Lo siento, pero sería cómico ver mis piernas en tu cuerpecillo. Digamos que vienes en un empaque pequeño, amiga —le dijo con sonora carcajada.

Helena cerró la bata, atándose alrededor de la cintura y se sentó en la cama. Mirándola con indignación y se comenzaron a reír. Sin tiempo que perder, Mariela comenzó en el arreglo de Helena. Dos horas tardó en completar su obra, pero valió la pena. Helena llevaba un vestido rojo a la rodilla, con un cinturón que marcaba su cuerpo, tenía tirantes delgados y un escote pronunciado que mostraba parte de sus senos en todo su esplendor.

Mariela, eligió un vestido azul eléctrico satinado, que mostraba sus largas piernas y el color contrastaba con su piel lechosa, parecía modelo de pasarela. Sus ojos verdes se miraban impresionantes con las sombras color humo que aplicó sobre ellos y unas pestañas espesas. Cogieron sus abrigos para salir, en ese momento Gary les envió un mensaje avisándoles que las

esperaban en el lobby.

Luego de verse por última vez, las chicas salieron al encuentro de los dos galanes que las esperaban impacientes.

Gary y Cass usaban traje pero sin corbata, con los primeros botones de la camisa abiertos. Cass completamente de negro y Gary de color azul marino con una camisa con delgadas líneas grises.

Cass se aproximó hasta Helena y le dio un beso en la mejilla. Sin maquillaje era hermosa, pero ahora se miraba impresionante. Su cabello oscuro colgaba sobre sus hombros, como una cortina de rizos gruesos.

—Te ves hermosa —le dijo al oído, y la piel de Helena se puso de gallina. El calor de su aliento sobre su cuello la estremeció. No podía esperar verla fuera de ese abrigo que le cubría.

—Gracias, tú también te ves muy guapo.

Cass, la tomó del brazo y subieron al taxi que los aguardaba. Luego de cenar en un restaurante que se encontraba a solo una cuadra del club, fueron a pie directo al local que estaba abarrotado. A pesar de que había una larga fila sobre la acera, entraron sin ningún problema. Helena miró como Cass le deslizaba un billete al portero que los dejó ingresar, casi escoltándolos. Dejaron los abrigos en la entrada y caminaron al interior, mientras una chica con un vestido pequeñísimo los guiaba a su mesa. Cuando Cass, vio el vestido que traía puesto Helena, sintió que su piel se calentaba. Era un cabrón afortunado y esperaba que esa noche ella le permitiera ver que había debajo de ese pequeño trozo de tela.

Colocaron una botella de whisky en la mesa y el alcohol comenzó a fluir. Luego de tres tragos Helena tuvo el valor de bailar. Agarró a Cass de la mano y lo arrastró a la pista de baile. Aunque no era fan de la música. Había una euforia en el ambiente que prendería a cualquiera.

Bailaron casi hasta el agotamiento, entrada la noche Mariela apareció con Gary de la mano y les informaron que regresarían al hotel. Mariela le susurró a su amiga al oído, que no se le ocurriera regresar hasta la mañana siguiente. Helena se dio cuenta, que lo había hecho para empujarla a los brazos de Cass, que no podía dejar de tocarla. Los chicos se despidieron y los dejaron bailando en la pista.

—¿Te quieres ir? —Cass le preguntó casi gritándole. El ruido era demasiado alto. La música sonaba excesivamente elevada. Cuando le dijo que sí, la rodeo con sus brazos para protegerla de la masa de cuerpos que bailaban atropelladamente los unos contra los otros, con prisa por abandonar el lugar cuanto antes.

Recogieron sus abrigos y salieron disparados buscando un taxi. Como Gary se fue con Mariela, ellos se dirigieron a su hotel. Helena estaba nerviosa, nunca se había acostado con otro que no fuera con su novio, y solo lo hizo porque que estaba comprometida. ¿Y de qué le había servido mantener su virginidad tanto tiempo para un hombre que no la valoró? Simplemente de nada, igual la había engañado desde el principio y al final se quedó con una mujer que tenía una larga lista de amantes en su historial, cosa que a su ex no le importó.

Helena estaba envalentonada por el alcohol. Tendría una aventura por primera vez y no se arrepentiría de ello, al menos eso esperaba. Su atracción hacia Cass era innegable. Estuvieron bailando y él nunca alejó las manos de su cuerpo, le dio pequeños besos en el cuello y mordió su oreja.

Todo sin ser ofensivo. Le había encantado cada segundo que estuvo con él en esa pista de baile. Nunca había hecho nada así y se sintió casi en las nubes. Su lívido estaba encendido como una hoguera.

Llegaron al hotel y con prisa se dirigieron al segundo piso, tomando el elevador. Entraron a la habitación tropezándose. Las manos de Cass vagaban libremente sobre el cuerpo de Helena, que respondió bajo su tacto. Se sentía nerviosa, pero no se detuvo a pensarlo. Se abandonaría a las caricias del hombre que estaba sobre ella. Él rápidamente le quitó el abrigo y lo tiró sobre la silla. Helena se quitó los zapatos y cuando bajó casi diez centímetros se dio cuenta que su cabeza no alcanzaba la barbilla de Cass.

Tuvo que levantar el rostro para verlo a los ojos, pero no se sintió intimidada. Cass sonrió casi adivinándole el pensamiento y la levantó sin esfuerzo. Para sentarla sobre la cama. Se arrodilló frente a ella, tomó su cara con sus manos y comenzó a besarla. Casi sin aliento, la miró a los ojos. Helena no parecía asustada pero temblaba cada vez que la tocaba.

—Eres tan hermosa...temo preguntarte esto, pero tengo que hacerlo... —suspiró con miedo de que se arrepintiera. —¿Estás segura?

Cass nunca se aprovecharía de una mujer, por más que la deseara. Ella estaba achispada por el whisky que habían bebido. Helena por un momento miró a su alrededor, no podía ocultar su nerviosismo, pero también lo deseaba. Era como liberar un asunto pendiente de su pasado. Ella sabía que luego de esa noche no lo volvería a ver, pero no le importó. Armándose de valor, respiró profundo y le contestó con una sonrisa tímida.

—Sí...estoy segura.

—Hemos estado bebiendo y no quiero... —Helena lo cayó estrellando sus labios sobre lo de Cass, que gimió en respuesta.

Se separaron por un momento y Cass se deshizo de su saco y luego se quitó la camisa, mostrando un pecho ligeramente marcado y unos brazos fuertes. Helena lo miraba con admiración, su ex prometido no era tan grande ni tenía un cuerpo como el de él.

Se levantó y la tiro de un brazo, para ponerla de pie, haciéndola girar, para bajar el cierre de su vestido. Bajó la cremallera con cuidado, y lo deslizó por sus hombros dejándola solo en ropa interior. Le dio la vuelta para admirarla, no podía creer lo que miraba. La lencería que Helena vestía era pecaminosa, y su cuerpo era una tentación. La miraba con ojos de deseo.

La levantó de las caderas, mientras la besaba y la acostó sobre la cama, colocando su cuerpo sobre el suyo. Cass abrió su sostén liberando sus preciosos senos y comenzó a devorarla. Chupaba y lamía sus pezones ávidamente mientras que sus manos se deslizaron tomando sus nalgas acunándolas. Helena era como un sueño erótico. Necesitaba sentirla. Ella gemía con su contacto y ante esos sonidos, se puso duro y listo para entrar en ella. La diferencia de tamaño era grande, pero tendría cuidado.

Se siguieron besando, las manos de Cass acariciaban con fervor el cuerpo de Helena. Se sentía bien, más que bien pensó la muchacha, sin embargo un sentimiento de culpa se comenzó a construirse en su cabeza. La imagen de su madre le llegó de golpe y miró sus enormes ojos negros desaprobando lo que estaba haciendo. No es que no lo estuviera disfrutando, pero Cass era un chico que acababa de conocer y que además no volvería ver, no había sentimientos de por medio.

<<¿Qué demonios estoy haciendo?>>, gritó en su mente.

Sus sentidos empezaron a despabilarse, el efecto del alcohol comenzó a desaparecer de su sistema y la realidad le cayó como un balde de agua helada. Ahí está ella en un hotel con un hombre que tenía apenas unas horas de conocerlo y ya la tenía desnuda sobre la cama. Eso no estaba bien definitivamente, no estaba bien, es lo que su mente repetía una y otra vez.

Su cuerpo se puso rígido y el tacto de las manos de Cass dejaron de ser agradables, ahora se

sentía incómodo, ya no era placentero, la euforia del momento se desvaneció.

Al sentir los dedos de Cass intentando entrar en su cuerpo, dio un grito de sorpresa e intento apartarse, con miedo de que no quisiera detenerse, después de todo ella le había dado luz verde para que le hiciera lo que le estaba haciendo.

El muchacho se detuvo y la miró expectante, su pecho subía y bajaba por la excitación, los ojos de Helena estaban llenos de angustia. Sacó sus manos de sus bragas entendiendo lo que estaba ocurriendo y la chica se cubrió los senos con sus brazos en un intento de ocultar su torso desnudo.

—¿Qué te pasa Helena?

—Perdóname... yo... yo... no... puedo... es que... —balbuceo afligida por el momento.

El rostro del joven se enrojeció lleno de frustración y furia, sin entender que era lo que pasaba, él le había preguntado si estaba segura y ella había dicho que sí, como era posible que se arrepintiera, ¿acaso había hecho algo mal?

—¿Cómo que no puedes? —dijo entre dientes, en un tono amenazante, que ni siquiera se dio cuenta que había usado, no podía pensar, solo sentir una jodida erección que lo estaba matando. Helena se estremeció y trató de alejarse asustada, pero él no lo permitió. La tomó con demasiada fuerza de las muñecas para pegarla a su cuerpo y besarla.

De pronto sin darse cuenta, Cass estaba otra vez sobre Helena, que comenzó a sollozar por no poder quitárselo de encima. Sus manos la sujetaban con rudeza, sus dedos quedarían marcados en sus piernas y en sus brazos.

De repente Cass, escuchó el llanto de la muchacha que le suplicaba que se detuviera, el sonido lastimoso hizo que saliera de ese estado de estupor en donde no era consciente de lo que estaba haciendo, totalmente obsesionado por la necesidad de poseerla.

Se quedó congelado sobre el cuerpo delgado que se estremecía y temblaba de pánico y en un momento de valentía, Helena lo mordió sacándole sangre, el dolor hizo que emergiera de esa neblina que lo cegaba. Horrorizado se alejó y vio la espantosa escena de la que era el protagonista, él nunca había obligado a nadie a tener relaciones sexuales, no lo necesitaba. Comenzó a pasar sus manos por su pelo, en un intento de procesar lo ocurrido.

Levantó la mirada cuando un ruido llamó su atención y se encontró a Helena que se había bajado de la cama y se cubría con su vestido. Su rostro estaba manchado por el rímel corrido de sus ojos y su cabello estaba revuelto en una maraña. Temblaba y su cuerpo se sacudía.

—Helena, perdona, no quise dañarte...

Desesperado, intento acercarse, pero la chica se hecho hacia atrás hasta toparse con el mueble de la cómoda que se encontraba a un lado de la cama.

—No por favor... —le suplicó temerosa.

El siguió caminando y Helena se agachó haciéndose una bola en la esquina de la habitación, cubriendo su cabeza con sus manos en forma de protección y siguió llorando. Cass se miraba amenazante desde la perspectiva de ella y se sintió perdida.

Ella tenía la culpa, eso se lo había dicho su madre una y otra vez que podía pasar, que no podía jugar con un hombre en la cama para luego rechazarlo y menos con un hombre que tenía varias copas encima. Había sido tan estúpida, su comportamiento había sido vergonzoso, lo único que quería era dejar la habitación y olvidarse de que alguna vez estuvo ahí.

—Te juro que no te voy a hacer daño. No sé lo que me pasó...

—Yo tuve la culpa, yo tuve la culpa... —comenzó a decir una y otra vez.

Cass se sintió vil, pero no sabía qué hacer para que Helena se calmara. Se arrodilló a su lado, pero no le tocó.

—Helena, escúchame tu no tuviste la culpa, me pediste que me detuviera pero no lo hice, no es una excusa, pero no me di cuenta de lo que pasaba, tú tienes que perdonarme a mí. Por favor, tranquilízate no te voy a hacer daño.

Helena, levantó la cabeza y se encontró con un Cass muy preocupado sentado sobre sus talones frente a ella. Luego de unos minutos, se calmó y se talló los ojos para quitar las lágrimas que colgaban de sus pestañas.

—Yo solo quiero irme —le contestó negando.

—Te llevo a tu hotel es muy tarde...

—No, esto es bastante embarazoso, no te preocupes sé cómo regresar...

—No te vayas todavía, recupérate antes de salir, yo me marchó. Perdóname Helena, no quería que esto terminara así.

Un silencio perturbador se estableció en la habitación mientras se colocaba la ropa, cogió su abrigo y se dirigió a la puerta. Cass salió el lugar muy afectado y maldiciéndose. Una noche que parecía perfecta terminó en una jodida catástrofe.



Cuando la adrenalina abandonó el cuerpo de Helena, esta se quedó dormida sentada en el piso, solo fueron unos instantes, pero parecieron horas. Abrió los ojos y se encontró en penumbras en una habitación desconocida. La resaca moral la golpeó. En sus 28 años, nunca se había marchado con un hombre al que no tenía ni 24 horas de conocer para acostarse con él. Lo hizo en un impulso y ahora se arrepentía de querer por una vez en su vida ser atrevida.

Recordó el dolor en los ojos de Cass y como se había descontrolado todo. A pesar de que fue grandioso al principio, se sintió abrumada por sentimientos que no pudo manejar. Eso hizo que su excitación se rompiera, y ese momento que se suponía era de gozo, se convirtió en algo doloroso.

Había traicionado sus principios, esos que tanto le había inculcado su madre. Se había ido a la cama con un chico al cual no quería. Le atraía mucho. Era muy guapo y tenía un cuerpo fantástico, pero definitivamente no había amor de por medio.

Ahora la culpa se cernía sobre sus hombros, por primera vez se alegró de que su madre no estuviera cerca para enterarse del comportamiento desvergonzado de su única hija, la que había educado para ser una mujer responsable y con valores religiosos.

Apretó los ojos y respiró despacio, tranquilizándose. Se armó de valor y se levantó del suelo buscando su ropa. Corrió hacia la puerta y la cerró con llave, colocando una silla para asegurarla. Se dio cuenta que Cass seguía fuera y lo más seguro es que no regresaría, al menos eso esperaba. Quería salir zumbando de ahí, pero no podía hacerlo en esas condiciones. Se escabulló al cuarto de baño y cerró la puerta con sumo cuidado, se miró al espejo y optó por darse una ducha ligera. Abrió la regadera, permitiendo que el vapor inundara el pequeño espacio. No podía lavarse el cabello, si salía a la calle con el cabello mojado le daría pulmonía. Odiaba el olor del humo que se había adherido a su cuerpo, durante las horas de baile, pero tendría que lavarlo después.

Dejó que el agua y el jabón lavaran su piel. Limpió su cuerpo como si necesita una purificación por lo que había hecho horas antes. Cerró la llave de la regadera y tomó una toalla de la pila que se encontraba en una repisa metálica. Se secó con cuidado y enredó la toalla alrededor

de su cuerpo. Una vez fuera del área húmeda, se paró enfrente del espejo que estaba empañado por el vapor condensado, levantó el dorso de su mano y lo limpió, despejando una pequeña área del espejo, por el que corrían hilos de agua.

Helena miró un rostro que era difícil de reconocer bajo esa capa de maquillaje estropeado. El agua no había limpiado lo suficiente. Cogió una toalla de papel y la empapó de crema humectante que encontró en el lavabo cortesía del hotel, y quitó todo rastro de maquillaje sobre su piel.

Tomó el jabón haciendo espuma en su mano y frotó enérgicamente su rostro para eliminar los residuos de rímel y delineador sobre sus ojos, se miraba espantosa. Enjuagó su cara y cuando se vio nuevamente al espejo, encontró a la Helena a la que estaba acostumbrada.

Recuperó su ropa interior y se vistió. Una necesidad imperiosa de huir, se apoderó de ella. Cass estuvo a punto de violarla, aunque ella había aceptado ir con él por su voluntad no pudo y no quiso tener relaciones sexuales con él. Era tan ingenua que creyó que estaba preparada para intimar de forma casual. Ella no juzgaba a las mujeres que lo hacían, pero definitivamente nunca podría hacerlo.

Mariela, estaba feliz pensando que eso la ayudaría, pero ocurrió todo lo contrario. ¿Cómo ignorar años de prejuicios y reglas arraigadas en su mente?

Tal vez era una corta de miras, pero a su edad, no había mucho que pudiera hacer.

¿Cómo le diría a su amiga lo ocurrido?

Todavía era de noche, pero necesitaba irse antes que Cass regresara. Salió de la habitación cerrando la puerta suavemente. Caminó por el pasillo hasta los elevadores y revisó con cautela que nadie la mirara. Gracias a la divina providencia, todo mundo estaba dormido a esa hora. El hotel estaba en silencio. Cuando bajó a la recepción, el hombre que se encontraba detrás del mostrador, la miró con una sonrisa retorcida en los labios, era evidente por su aspecto lo que había estado haciendo horas antes. Eran apenas las 3 de la mañana y todo estaba sumido en un sigilo abrumador.

El tipo la miró con ojos lujuriosos, por lo que ni si quiera se acercó para que le pidiera un taxi. Prefería caminar antes de hablar con ese hombre desagradable. Se apresuró a dejar el hotel, casi corrió por la acera para alejarse lo más rápido posible. La calle estaba completamente desierta. El hotel se encontraba bastante alejado del suyo. La noche era gélida con una neblina espesa. El vapor salía por la piel de su rostro. Apenas 15 minutos antes, se había duchado con el agua casi a punto de ebullición y ahora el frío la golpeaba con furia.

Sacó su celular y trazó una ruta para llegar a su hotel. De noche todo le parecía igual. No conocía París y sería una tragedia perderse. Los zapatos que llevaba eran jodidamente altos, pero los podría soportar. Todo lo que anhelaba era entrar en un lugar caliente. Pensó en la pequeña sala de espera a un lado de la recepción, y hasta le pareció acogedora. Ahí tendría que pasar la noche, hasta que Gary abandonara la habitación de Mariela.

Helena no se detuvo. Tenía un frío de los mil demonios, pero si permanecía en movimiento esperaba que su cuerpo generara un poco de calor. Cerca de media hora después, pensó encontrarse cerca de la torre Eiffel. Al menos se miraba muy cerca. Pero era engañoso, las distancias eran enormes en París. En cuanto tuvo oportunidad siguió el Río Sena, su hotel estaba a solo 100 metros de la rivera.

Cruzó por unas pequeñas calles que antes no había notado, pero que ahora entre la oscuridad y la neblina que la acechaba, le parecieron escalofrantes. Apretó el paso inquieta. De pronto juró que alguien la observaba desde la oscuridad. Estaba cruzando la acera, cuando escuchó gritos desgarradores que provenían de uno de los callejones. Sin poder evitarlo, corrió en dirección de

ellos. Su instinto le decía que se alejara, pero su conciencia no se lo perdonaría, tal vez alguien necesitaba ayuda y estaba herido.

Con paso vacilante, encontró la fuente de los lamentos. Lo que miró, la dejó estupefacta. Un gran hombre estaba tirado en el suelo a media calle y se retorció agónicamente. Como si tuviera un ataque epiléptico, su cuerpo se sacudía con violencia. Asustada ante tal visión, giró su cabeza en todas las direcciones, pero no encontró a nadie más a su alrededor.

El desconocido dejó de moverse, un gran charco de sangre rodeaba su cuerpo. A pesar de que había luna llena su brillo era opacado por las nubes y la neblina contribuía para que la ciudad siguiera en penumbras, cuando ya debía estar amaneciendo. El callejón era lúgubre y oscuro, por lo que se acercó con cautela. Alarmada se agachó al cuerpo que seguía rígido en el piso, esperando que la cercanía le permitiera ver qué era lo que le ocurría.

Helena no pudo dejar de notar que el hombre herido era impresionante, vestido con un pantalón de piel negro, botas negras y un abrigo del mismo material. Sus manos estaban sobre su pecho manchadas con sangre. Su boca estaba abierta y un hilo de sangre corría por su mejilla perdiéndose en su cuello, eso no era nada bueno.

Sus ojos estaban cerrados y a pesar de su gesto de dolor, pudo ver sus rasgos fuertes. Una mandíbula cuadrada. Una nariz grande, recta y afilada. Sus labios eran carnosos en forma de corazón y una barba rubia algo espesa cubría parte de su rostro. Era rubio y su cabello le llegaba casi a los hombros.

Sin pensarlo se arrodilló a su lado y colocó dos dedos sobre su cuello buscando su pulso. Un estremecimiento se apoderó del cuerpo del sujeto que yacía casi muerto. Helena soltó un grito que acalló con sus manos, cuando el abrigo se abrió, mostrando el mango de un gran cuchillo enterrado en su pecho a la altura de su corazón. El hombre comenzó a sacudirse nuevamente como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Helena cayó de nalgas resbalando con su sangre.

—¡Oh Dios mío!, ¿Qué fue lo que te hicieron? —Helena estaba aterrorizada y se debatió entre ayudar a ese pobre hombre o salir corriendo. No se quería meter en problemas. Sacó su celular con las manos temblorosas para pedir ayuda, pero su celular estaba sin carga. Al prender el GPS para ubicar de nuevo al hotel, su batería se agotó.

Helena se levantó y se alejó unos pasos con intenciones de irse, pero en ese momento la imagen de su madre llenó su mente. Se llevó las manos a la cabeza, estaba en una encrucijada: irse o quedarse para intentar ayudarlo. ¿Qué haría su madre?, no tuvo que pensarlo mucho, se dio media vuelta y se arrodilló nuevamente junto al desconocido.

Todo lo que podía pensar era en extraer esa arma de su cuerpo, con la esperanza de salvarlo. Tomó el arma por la empuñadura y desesperada intentó sacarla, pero no lo logró, estaba atascada dentro del enorme cuerpo.

Las dudas la asaltaron, ¿y si empeoraba más en lugar de ayudarlo? Helena recurrió a lo único que se le vino a la mente. Con una de sus manos, sujetó el cuchillo y la otra la colocó sobre el pecho para tomar impulso y comenzó a rezar. Pidiéndole a Dios, que le diera la fuerza suficiente para poder ayudar a este pobre hombre desafortunado. Nadie merecía morir de esa forma tan violenta, en un callejón oscuro luego de ser atacado despiadadamente.

—Dios, por favor ayúdame. Que no se muera...por favor que no se muera —repitió una y otra vez como un mantra.

Cerró los ojos y rezo mientras tiraba del mango con toda la fuerza que pudo y milagrosamente el objeto retrocedió abandonando la caja torácica de poco a poco. El sonido de carne y huesos desgarrándose durante el trayecto de su salida la estremecieron.

La sangre comenzó a salir a borbotones. Helena palideció por un momento. Sus manos temblaban presa del pánico, pero ya no podía detenerse. Estaba en un camino sin retorno. Regresar el objeto no era una opción, por lo que no se detuvo y siguió jalando hasta que logró extraerlo completamente de su cuerpo.

Por unos segundos parpadeó, mirando asombrada la enorme daga que tenía en su mano. La empuñadura era de color negro, la hoja parecía como si estuviera hecha de ónix y tenía grabadas dos serpientes entrelazadas. Le sorprendió que no lo hubiera atravesado dada su longitud. Su aspecto era muy antiguo, aunque no era una conocedora.

De pronto la empuñadura se iluminó, calentándose en su palma. Helena intentó soltarla, pero no pudo. El arma parecía estar en llamas. Gritó cuando sintió como si sostuviera un brasa encendida, quemándole y chamuscándole la piel. Pudo oler su dermis fundiéndose con el metal de la daga. En un instante el cuchillo se convirtió en luz líquida, que perforó su mano y comenzó a introducirse debajo de su piel, corriendo como un río de lava atravesando su brazo e integrándose con su sangre, que ahora sentía como derretía sus venas.

Desesperada se quitó el abrigo. Incrédula ante lo que veían sus ojos. No era posible, eso no podía estar pasando. Pero el dolor era real, el ardor era agonizante. Pudo ver como ese río de luz recorría su antebrazo abriéndose camino por su cuerpo, dejando a su paso una herida lacerante que irradiaba calor. Palpó sobre su brazo por donde sus venas eran desgarradas por el dolor.

—No, no, por favor... —gritó entre sollozos, presa del pánico.

Los quejidos salían de su garganta, pero la luz siguió y siguió, hasta su hombro, cuando llegó a su corazón. Sintió una punzada de dolor, el sonido espeluznante de algo desagarrándose la sumió en un espiral de tormento. Deseaba que alguien se apiadara de su alma y terminara con su sufrimiento, su cuerpo desmadejado y destrozado se convulsionó. Como si estuviera siendo devorado por el fuego del infierno.

Lágrimas salían por sus ojos, en lo único en lo que podía pensar era en su madre y que nunca la miraría otra vez. Un dolor la atravesó, fulminándola y dejándola sin aliento. Lanzó un último grito desgarrador y se desplomó sobre el cuerpo inerte, que estúpidamente intentó salvar.

Capítulo 3



Un callejón en tinieblas.

Para Desmond, todo marchaba con normalidad esa noche. Cerca de la Torre *Eiffel*, un grupo de turistas borrachos que festejaban el triunfo de su equipo de fútbol, vestidos con el jersey de su equipo y las faldas icónicas de su país. Un puñado de ebrios escandalosos escoses, caminaban tambaleantes, nada raro por esos lares. Los siguió, ya que eran las víctimas favoritas de los monstruos que merodeaban en la oscuridad, aprovechando la impudencia de los hombres.

Estos eran altos y fuertes, pero en su estado eran presa fácil para esas abominaciones. Desmond, caminó detrás de ellos sin ser detectado. Solo unas cuerdas adelante detectó varios *necros*: estos eran los esbirros que trabajaban para el clan buscando víctimas y asesinando a quien fuera necesario. Fueron llamados así por los caballeros, porque eran necrófagos. Después de matar cruelmente a sus víctimas, devoraban sus cuerpos, por ese motivo: su piel se tornaba mortecina, sus ojos se tornaban azules casi transparentes, perdiendo toda su humanidad, además olían a podredumbre.

Vio que se encontraban agazapados entre los edificios listos para atacar. Los incautos eran como un rebaño de ovejas pastoreadas por dos bastardos mezclados entre los cinco hombres que no se daban cuenta de nada, mientras otros tres los esperaban. Como siempre los humanos en un ambiente festivo y relajado caminaban confiados abrazados a esos demonios sin sospechar que los llevaban como reses al matadero.

Pero, eso no iba a pasar, no delante de sus narices. Se abrió mostrándose sin temor, los turistas se seguían riendo sin importarles su presencia, y como lo sospechó los dos hombres que tenían intenciones ocultas, cuando lo vieron cayeron en pánico y corrieron para librarse de él.

Inmediatamente, les persiguió varias calles, las cuales se volvieron cada vez más sinuosas y tenebrosas. Desenfundó la espada que llevaba sujeta a su espalda y entró al callejón con cautela. El crujido de unos vidrios hizo que bajara la vista por un instante, y en ese momento se dio cuenta que había cometido un grave error. Las lámparas habían sido estrelladas a propósito para mantener ese lugar en penumbras.

Caminó otros pasos y las botas de combate siguieron quebrando en pequeños pedazos los restos de las lámparas que tapizaban el suelo del callejón. Aun con la oscuridad reinante, su sentido de localización era su aliado en el combate.

Sintió como varios cuerpos se movían a su alrededor, rodeándolo para atacarlo. Era una emboscada y él había corrido directamente hacia ella. El primer golpe le fue propinado por la espalda, los cinco hombres estaba ocultos aprovechándose de la oscuridad. Sin embargo al sentir una presciencia, se giró con extrema rapidez cogió a uno y le quebró el cuello en el acto y lo atravesó con su espalda convirtiéndolo en un charco purpuro y nauseabundo.

Los *necros* no dejaban cadáveres. En cuanto morían, sus cuerpos se descomponían en una masa sanguinolenta y espesa, como un desperdicio tóxico y putrefacto, tal como los cuerpos que

consumían. Eran unos malditos sádicos, que jugaban con sus víctimas torturándolas para luego asesinarlas desmembrándolas. Una vez que estaban muertos se alimentaban de sus víctimas ya en proceso de descomposición. La tortura y caza era parte de su ritual. Solo la sangre era entregada a las líderes del clan.

Las sacerdotisas eran la elite y los *necros* los peones. Ellas no probaban la carne, solo tomaban la sangre de los inocentes. Entre más sufría la víctima mejor era su sabor, y aunque no eran inmortales, su vida se prolongaba por cientos de años. En total había siete mujeres que lideraban los clanes, dos dirigían cada clan, y una de ellas era el jerarca supremo de todos los clanes. Una niña era elegida como la reencarnación de la diosa Ishtar y era esperada cada 500 años, cuando este tiempo llegaba, la jerarca que estaba en turno era sacrificaba y con su sangre alimentaban a la nueva portadora que recibía el espíritu de la diosa madre.

En un descuido por librarse de otro de esos hijos de puta, recibió una puñalada mortal, que no vio venir. No pudo mirarlo, pero sintió que el filo de un puñal se deslizó en su pecho perforando su esternón y abriéndose paso por sus tejidos. El dolor fue como nunca antes había sentido, era como si la hoja afilada estuviera recubierta de ácido y a su paso quemaba como el infierno.

Ningún arma tenía ese efecto en su cuerpo, solo había una, pero según Alexandrus, ¡era una maldita leyenda! Ellos solo la habían visto dibujada en pergaminos muy antiguos *¡No podía ser verdad, era solo un jodido mito!*

Se llevó la mano al pecho intentando sacarlo pero no fue posible, su cuerpo se paralizó en cuestión de segundos y cayó al piso. Uno de ellos se acuclilló a su lado y lo miró con desprecio y una sonrisa de triunfo.

—¿Creíste que somos unos simples carroñeros? —escupió con ira. —La *Diosa Madre* te manda saludos, imbécil. Todos ustedes caerán y por fin tomaremos el control que nos pertenece y que nos han negado todos estos siglos.

Desmond, lo observó incrédulo. ¡La daga oscura! El único objeto sobre la faz de la tierra que podía acabar con su vida. Estaba en posesión de esos sanguinarios, que con una estocada certera atravesaron su corazón.

El tipejo se levantó y arremetió contra su cuerpo pateándolo con fervor, hasta que otro de los secuaces lo jaló.

—Tenemos que irnos, es hombre muerto, déjalo ya hemos cumplido nuestra misión.

—¡Este maldito mató a mis hermanos! —gritó enardecido.

—Ahora se irá al infierno, pero tenemos que regresar a dar cuentas y que se nos recompense como es debido.

El brillo de la avaricia se reflejó sus ojos. Los hombres salieron corriendo del callejón y lo dejaron tirado agonizando.

Desmond se sintió impotente, no podía moverse ni emitir un solo sonido. Que fácil había caído en su juego. Confiando en su destreza se arriesgó a enfrentarse a ellos, había pecado de soberbio. Él que había vivido cientos de años creyéndose indestructible, sentía como la vida se le escapaba.

La muerte sería lenta y dolorosa. La daga evitaba que su cuerpo sanara y moriría una vez que se desangrara por completo. Esta arma milenaria fue concebida únicamente para darles muerte a los caballeros. Era inaudito que luego de tantos siglos que estuvo perdida, ahora estuviera en posesión del clan rojo.

El dolor lo desgarraba por dentro y su cuerpo entró en shock, impotente ante tanta agonía. En lo único que podía pensar, fue en el juramento que hizo siglos atrás, cuando regresó a casa y encontró a su familia y criados masacrados por los mismos que lo habían enviado en una tarea que no era

propia.

Como un castigo a los actos atroces que habían cometido de regreso a Roma, donde él y sus hermanos dejaron muerte y destrucción en cada pueblo que cruzaron. Los líderes de los templarios, no podían dejar rastro de sus errores, así que lo destruyeron todo.

Juró que la muerte de su familia no sería en vano, no descansaría hasta acabar con el último monstruo que estuviera con vida. Durante años, muchas veces deseó morir y descansar para librarse de esa pesadilla, hastiado de tanta ruina y soledad, pero era un hombre honorable. No flaquearía hasta concluir con su campaña y reparar el daño que había provocado. Ahora ya no podría cumplirlo, por su propia estupidez e imprudencia, porque estaba muriendo.

Pasaron lo que parecieron horas, cuanto entre tinieblas escuchó las suplicas de una mujer. Sintió su toque en su pecho y luego pareció oír una plegaria. A eso le siguió el dolor más atroz al que había sido expuesto. Todavía peor que cuando hundieron la daga en su pecho.

Sus costillas se fracturaron, su pecho se desgarró y su corazón se hizo trizas, mientras la daga era tirada fuera de su cuerpo. No pudo soportar más y fue abrazado por la penumbra, su cerebro se desconectó. Se sumió en un vacío, parecido al sueño. Pero no podía serlo porque él no podía soñar, tenía más de nueve siglos sin poder hacerlo. Eso no era posible, sin embargo ocurrió, Desmond se perdió dentro de su cabeza.

Cuando arrancaron del corazón de Desmond, la daga que lo estaba llevando a la muerte, este comenzó a repararse lentamente. Una vez que el material que lo atravesaba dejó su cuerpo, sus poderes de sanación, iniciaron el proceso de reconstrucción de sus heridas. Fibra por fibra se fue cerrando y cicatrizando ese órgano destrozado, aunque debido a la gravedad de sus lesiones no sería rápido.



Arthur, se paseaba impaciente en el salón del cuartel en donde se encontraban Rupert, Howard, Fredic y Alexandrus. Estaban esperando a Edward y Liam que venían de Praga. La reunión se convocó de emergencia, debido a que encontraron algunas pistas, en el último allanamiento que hicieron a una casa de seguridad del clan rojo. Era necesario hablar de lo que tramaban, pero tenían que hacerlo en persona.

Estaban en una de las mansiones, en donde se alojaban cuando viajaban a París. Tenían propiedades en casi toda Europa, y siempre se mantenían en movimiento para no ser detectados. Tiempo atrás, permanecieron separados alejados unos de otros, pero con los siglos aprendieron que lo mejor era estar juntos. Era más fácil ayudarse estando cerca.

Arthur era un muchacho mortal, que se encargaba de sus asuntos y cuidaba de ellos. El joven miraba a Desmond como la figura paterna que perdió. Llegó a Francia de Uganda veintidós años atrás. Su madre pereció en un campo de explotación, por lo que su padre huyó de su país, buscando una vida mejor para su pequeño hijo. Con la promesa de un hombre en el que confió, ofreciéndole techo y comida a cambio de trabajo.

Su padre ilusionado por sacar a su hijo de la miseria en la que vivía, aceptó. Pero cuando llegaron a Francia, se encontraron en una prisión peor que en la que estaban en su país. Su padre fue sometido a experimentos terribles durante casi un año. Mientras Arthur que tenía 3 años de

edad, fue enviado a un pabellón común, en donde había más niños, de los hombres y mujeres que como ellos eran engañados. De vez en cuando iban por uno de pequeños y nunca más regresaban. Él tuvo suerte, ya que nunca fue elegido y apenas recordaba los horrores que padeció.

Sin embargo, su padre fue torturado y utilizado como conejillo de indias, junto con otros cientos de presos, para después ser asesinados y ser consumidos como un banquete al clan dorado. Seguidores que venían del otro lado del Atlántico. En una de las reuniones, que se celebraban anualmente.

Había tres clanes situados por continentes: el clan rojo en Europa, el clan dorado en América y el clan negro en medio oriente. Los clanes eran dirigidos por una mujer que era elegida como la reencarnación de la diosa Ishtar, y dos sacerdotisas por clan de dirigían a cada clan, debajo de estas había cortesanas o doncellas que se encargaban de llevar a cabo los rituales de adoración, luego seguían los protectores, hombres que juraban lealtad eterna a la diosa madre y que proveían la sangre que era el sustento de las mujeres, y por ultimo estaban los necros, el grupo de menor rango que era la fuerza de choque, los primeros que eran sacrificados en los enfrentamientos. Estos hombres que eran convertidos en rituales para sustituir a los que eran eliminados por los caballeros.

Las mujeres, manejaban toda la maquinaria que mantenía a los clanes funcionando. Eran muy importantes, ya que con el paso de los siglos se colaron en los niveles más altos del gobierno y de las empresas de los países más poderosos del mundo. El dinero les brindaba el poder suficiente para comprar muchas voluntades, y su expansión estaba en pleno apogeo.

La motivación de estos hombres convertidos en viles sirvientes era: el dinero, el placer y la longevidad, que al rendirse a las fuerzas malignas de la diosa les acarrearía. Algunos luego incorporarse al clan y después de realizar los suficientes actos de sumisión, tenían acceso al grupo de cortesanas y eran privilegiados con los placeres que les eran otorgados gracias a sus acciones.

En ese conclave en particular, los llamados protectores, desmembraron a esos inocentes todavía vivos y fueron consumidos durante las horas que duró el banquete. Los niños eran uno ofrenda y serían sacrificados un día después en un ritual especial, pero eso no ocurrió, porque Desmond y los otros caballeros llegaron a tiempo para salvar a esos inocentes.

Todos fueron enviados a diferentes orfanatorios, pero Desmond miró algo en Arthur, algo en sus ojos que le fue imposible abandonarlo y decidió llevarlo con él. En aquella época, Antoine era su hombre de confianza, cuando este murió, Arthur se hizo cargo de todas sus responsabilidades. El chico consideraba a Desmond como un padre y a Antoine como su abuelo.

El joven recorría el salón inquieto, con un mal presentimiento sobre su tutor. Nunca se había sentido tan inseguro, Desmond podía regresar muy lastimado, casi mutilado, pero sabía que con unas horas de descanso, era suficiente para que su cuerpo se regenerara. Después de todo no podía morir. Ni él, ni el resto de los caballeros.

Pero ahora, esa sensación de desolación lo invadía. Desmond, tenía datos de un grupo de protectores y necros, que se estaban congregando cerca de la Torre Eiffel. No era un área común para ello, y por eso llamó su atención. No quiso que nadie lo acompañara, ya que solo sería una misión de reconocimiento. Esa noche, no tenía intención de mancharse las manos de sangre.

Salió a media noche y todavía no regresaba. Arthur le marcó por enésima vez y su móvil lo envió al buzón de voz. Desesperado, encendió el programa de rastreo, mostrando a Desmond en un punto muerto. La lucecita roja que se mostraba sobre un mapa en un enorme monitor, se encontraba estática, no se movía un solo centímetro de su posición. No era normal que estuviera quieto por más de diez minutos en el mismo sitio, y menos en el centro de un callejón.

Los otros hombres, estaban sentados en el sofá tomando coñac, sin preocuparse por su amigo y líder. Esto molestó a Arthur todavía más. ¿Por qué no se preocupaban por su amigo?

Agarró las llaves del Land Rover decidido a buscarlo. Aunque le había ordenado categóricamente que no dejara la casa, esta vez no le haría caso. Tenía la corazonada que había pasado algo desastroso. Se acercó a ellos cruzándose de brazos, con un semblante decidido.

—Voy a ir a buscar a Des, porque parece que a ustedes no les importa —les dijo con reproche.

—Chico, te va a patear el culo. Te dijo que no dejaras la casa. Sabes que es un hijo de puta autoritario —espetó Fredic, con su acento cantarino. Sacudió la cabeza y le dio un trago a su copa. Era de origen escocés, pelirrojo, casi un metro noventa y con ojos verdes. En su época como mortal fue conocido como Fredic Gordon de Claverhouse Vizconde de Dundee, un hombre de las tierras altas escocesas.

Todos los caballeros, se convirtieron en hombres feroces, con una fuerza sobrenatural y músculos impresionantes, una vez que se volvieron inmortales. Lo necesitaban para poder enfrentarse a esos engendros que poseían una fuerza descomunal.

—No me importa, tengo un mal presentimiento. Rastreé su móvil y tiene más de diez minutos en las mismas coordenadas.

—Déjame ver eso —Alexandrus se levantó y le arrebató el artefacto. Este hombre fue el heredero de una de las casas más importantes de Italia.

Después de Desmond, era el noble más importante del grupo, Alexandrus Massimo III Duque de Ferrara, guapo y varonil, aunque no usaba más el cabello largo, seguía llevando barba y bigote. Alto, moreno, y con unos ojos color verde olivo que embelesaban a cualquiera, incluso a su propia madrastra, por eso fue enviado por su padre a las cruzadas.

—¿Estás seguro? —preguntó mirándolo con duda. Alexandrus sabía que Arthur quería a Desmond como un padre, y a veces el chico exageraba un poco.

—Por supuesto, por eso estoy preocupado. Además, ¿qué carajos está haciendo en medio de un callejón? —dijo alterado. A pesar de su corta edad y de no ser más que un simple mortal, era un tipo realmente alto, no era tan musculoso como ellos, pero se esforzaba por hacer tanto ejercicio como podía. El estar o no en forma, era la diferencia entre vivir o perecer en un enfrentamiento.

—¡Oye!, no es como si lo fueran a matar —contestó Rupert, minimizando el hecho que Des, permaneciera inmóvil.

Rupert Kingsale, Conde de Gasford era irlandés, y por lo tanto su título no era tan importante como los ingleses. Aunque su padre dedicó su vida para servir a la corona inglesa, el apenas había heredado el título cuando fue enviado a Roma.

—Lo sé, pero pueden estarlo torturando, piensa eso —arremetió Arthur.

Alexandrus bufó, entrecerrando los ojos. El además de Desmond, era el más desconfiado del grupo. No se fiaba de nadie, solo de sus hermanos.

—El chico tiene un buen punto. Yo voy con él a buscarlo —declaró Alexandrus, que dejó la copa a un lado y se levantó del sofá en el que estaba sentado plácidamente frente al fuego.

—Concuerdo contigo, te acompaño, si algo está pasando necesitaremos que alguien se quede dentro del auto, para salir jodidamente rápido y ese serás tú Arthur, ¿Está claro? —espetó Howard.

Charles Howard, Barón de Effingham, era un tipo duro, que mantenía sus sentimientos y expresiones siempre ocultas, solo bastaba verlo para darte cuenta. Su apariencia era la de un militar, siempre con el cabello extremadamente corto y con la cara rasurada.

De hecho todos seguían siendo jóvenes, ya que ninguno superaba los treinta años cuando fueron

maldecidos y no habían envejecido ni un solo día, en todos los siglos transcurridos.

—Totalmente —aceptó Arthur ante la exigencia de Howard. Si eran atacados, él cómo mortal no tendría muchas esperanzas de sobrevivir.

Salieron al garaje y subieron al auto. Arthur manejó por París, quebrando toda ley a su paso. Tenía que llegar hasta su tutor, antes que lo hicieran las autoridades. No faltaba mucho para que amaneciera, pero con la bruma tan espesa y un frío que calaba los huesos, se retrasaría el amanecer.

Se acercaron a la calle en donde marcaba el rastreador que se encontraba Desmond, pero no pudieron ingresar porque el acceso al callejón estaba delimitado por tubos de acero que lo impedían, por lo que Arthur, tuvo que aparcar el auto en la esquina. Cuando intentó apagar la camioneta Alexandrus lo detuvo.

—Te dijo Howard que te quedarías aquí —le recordó molesto casi con un gruñido. Alexandrus era un hombre de pocas palabras, con voz de mando que lo hacía parecer peligroso.

—Pero todo se ve tranquilo —protestó el muchacho, desesperado.

—Puede ser una trampa, quédate aquí y apaga las luces —recalcó Howard.

Se bajaron del vehículo y caminaron sigilosamente. Howard pisó vidrios que se quebraron bajo sus pies, levantó su cabeza y se percató que las lámparas estaban estrelladas. Eso no era obra de la casualidad. Cuando se adentraron en la penumbra, se encontraron con dos cuerpos en medio del callejón.

Un cuerpo pequeño y delgado, estaba sobre otro. Corrieron precipitándose a su lado. Alexandrus, levantó el cuerpo que era de una mujer. Sus manos estaban ensangrentadas y parte de su rostro también. La chica estaba inconsciente y respiraba con dificultad.

—Joder, es Desmond —murmuró Howard asombrado. Al ver a su hermano inconsciente.

—Sí y ella quien sabe quién será. Está llena de sangre —observó Alexandrus que tenía a Helena en brazos.

—Llévala al auto. Tendrás que regresar para ayudarme, este cabrón pesa más de 100 kilos —anotó, viendo el enorme cuerpo, aparte de su peso estaba la altura.

Alexandrus, corrió hacia el auto con Helena en brazos y abrió la puerta.

—Arthur, sube la calefacción, esta mujer está a punto de morir de hipotermia —anunció y la recostó con cuidado en el asiento trasero.

—¿Quién es ella?, ¿En dónde está Desmond?

—Tirado en medio de la calle, ella estaba sobre su pecho desmayada. Él está inconsciente, voy con Howard para ayudarlo. Habla a la mansión, que preparen sangre. Parece que perdió varios litros —agregó preocupado. Si le hacían una transfusión, se recuperaría más rápido. Lo que no entendía era, ¿por qué estaba desmayado? Ellos nunca perdían la conciencia.

El auto seguía en marcha, los cristales polarizados estaban empañados por el frío casi polar que abrazaba a la ciudad. Un descenso de temperatura inusual en esa época del año. Arthur aumentó la temperatura de la calefacción y se volteó para observar detalladamente a la mujer que estaba en el asiento trasero, su cabello espeso caía como cortina haciendo un contraste contra la piel color marfil de los asientos.

Valoró por unos instantes sus facciones. Su piel era bronceada, su nariz delicada y sus labios carnosos. No llevaba maquillaje y se miraba muy joven. Sus ojos eran muy grandes y las cejas arqueadas y delgadas, ¿Quién sería y qué hacía con Desmond?, su jefe tendría que dar muchas explicaciones.

En todos los años que había vivido con ellos, ningún espécimen del sexo femenino había

estado tan cerca de ninguno de los caballeros. Cuando miró a Alexandrus caminar con ella en brazos, fue casi una conmoción.

Se giró y desde su volante hizo un marcado rápido a la mansión. Habló con Rupert y le pidió que tuviera la sangre lista. Howard y Alexandrus surgieron del callejón, llevando a cuestas a Desmond, su cuerpo estaba lánguido entre los brazos de los dos hombres. Se estremeció verlo tan desvalido. Siempre había sido duro como una roca, una en la que todos se apoyaban.

Lo acomodaron en el asiento del copiloto, reclinándolo y sujetándolo con el cinturón de seguridad, para que se mantuviera estable. Arrancaron y salieron a toda velocidad a la mansión.

Sortearon las calles adoquinadas en silencio. París comenzaba a despertarse. A su paso se encontraron con las barredoras que limpiaban con agua a presión las calles por la madrugada, y que por medio del desagüe regresaban al río Sena, pero que permitía mantener las calles immaculadas.

Camionetas repartidoras de víveres se estacionaban frente a los pequeños mercados para dejar sus productos a tiempo, para que los clientes iniciaran sus compras matutinas. Trabajadores que se dirigían hacia sus centros laborales, subían y bajaban por los accesos al metro.

Recorrieron varios kilómetros velozmente, el tráfico era escaso, con dirección al distrito de *Montparnesse*. En donde se encontraba la casona, oculta de la vista de los curiosos y situada estratégicamente para pasar desapercibida por sus enemigos.

Entraron por un callejón que parecía el acceso a un viejo edificio, era el camuflaje perfecto. Rupert y Fredic ya los aguardaban. Abrieron la puerta trasera y Alexandrus bajó con Helena en brazos. El par de hombres se sorprendieron tanto como lo había hecho Arthur, pero no dijeron una sola palabra.

Una guerra comenzó en el interior de Alexandrus, ¿Que tenía esta mujer que le atraía tanto?, Durante el trayecto la sentó sobre su regazo, frotando sus manos a lo largo de sus brazos para darle calor. Se inclinó varias veces oliéndola. Era lo más delicioso que había olido en su vida. Desde hacía siglos, no sentía ese deseo por nadie.

<<¿Cómo era posible que esas sensaciones apagadas por cientos de años, hubieran despertado de repente?>> no dejaba de cuestionarse.

La falta de anhelo y sentimientos hacia el sexo femenino, había sucumbido junto con su mortalidad, pero ahora ahí estaban de vuelta. Con la necesidad de no soltar a esa mujer, de la que no sabía nada. El bolso que estaba en el piso a su lado, contenía: un lápiz labial, unos cuantos euros y un celular que parecía frito por una descarga eléctrica.

Sin pensarlo, caminó hasta su habitación y la acostó en la cama. Le quitó los zapatos de tacón y acarició una de sus piernas, llevaba medias que eran tan suaves que se estremeció. Necesitaba tomar su presión y revisar si estaba herida. La habitación era cálida, pero aun así la arropó.

Salió para verificar como estaba Desmond. Entre Howard y Rupert lo cargaron y lo llevaron a su habitación, le quitaron el abrigo y la camiseta dejando su cuerpo desnudo e inmediatamente le engancharon una intravenosa con una bolsa de sangre. Alexandrus entró sintiendo las miradas escrutadoras de los demás.

Fedric, Howard, Rupert y Arthur lo miraban esperando respuestas, pero los ignoró.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó cruzándose de brazos, en señal de no querer dar explicaciones a sus compañeros.

—Bien dentro de lo mal que está. No entiendo de donde salió tanta sangre, no tiene ninguna herida. Pero esa sangre es definitivamente de él —explicó Rupert intrigado.

Arthur limpiaba el torso de Desmond con una toalla húmeda, y dejó a la vista una cicatriz que

antes no tenía. Se acercó tomando la mano de Arthur, que al parecer no se había percatado de ello.

—¿Qué pasa? —preguntó Arthur, confundido por la acción de Alexandrus.

—Permíteme —tomó la toalla y la arrastró sobre su pecho, descubriendo lo que antes creyó haber visto.

—¿Qué es eso? —preguntó Howard, acercándose.

—No lo sé, es una especie de cicatriz —Alexandrus se inclinó analizando con detalle, no era una simple cicatriz, parecía un símbolo.

Recordaba haberlo visto antes. Parecía un tatuaje grabado en la piel, pero era profundo. Una práctica que estaba muy de moda en los últimos años, sin embargo era imposible que Desmond lo tuviera, las heridas no dejaban cicatrices en su cuerpo y si le hubieran hecho un trabajo así, no le duraría ni un día. Pero ahí estaba tallado en su piel, como si de un trozo de madera se tratase.

Le pidió a Rupert que fuera por tinta de uno de sus sellos a la biblioteca y trajera papel, quería el estampado de esa imagen. Rupert regresó con lo que le había pedido. Embarró con tinta el pecho de Desmond, tomó una hoja y la colocó encima, permitiendo que la absorbiera.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Fredic confundido.

—Esto no es una cicatriz, parece un tatuaje —señaló y levantó la hoja de papel. Miró con los ojos abiertos. Era la *Tau*.

—Parece la cruz templaria, pero le falta un extremo —comentó Arthur.

Howard era un erudito en historia religiosa. Estudió exhaustivamente, leyendas y mitos alrededor de los caballeros templarios. También sobre las deidades sumerias y babilónicas. Esperando encontrar algo que pudiera ser de provecho.

—No, no es una cruz templaria, es la *Tau* —observó Howard.

—Venga maestro de historia —dijo Fredic con sorna, por el contrario él se declinó por el estudio de otras áreas más modernas, en los últimos años se especializó en tecnología, era experto en telecomunicaciones y seguridad.

—La tau, es el último símbolo del alfabeto hebreo. Que muchos han relacionado con el símbolo de la salvación. Según las escrituras, los hombres que sean los elegidos para ser salvados por Dios, cuando llegue el fin de los tiempos, serán marcados con este símbolo en sus frentes, y ellos serán los únicos que entrarán al reino celestial —Howard prosiguió con la explicación sin darle importancia a su comentario.

—¿Y qué demonios tiene que ver con nosotros?, recuerda que estamos malditos, no habrá cielo ni recompensa por nuestros actos —la voz de Fredic estaba cargada de amargura, sabía que su alma estaba perdida igual que la del resto.

—Estoy tan sorprendido como tú. Nunca había visto este símbolo relacionado con los templarios. Creo que hemos pasado por alto algo —acotó Howard, que estaba sin dar crédito a lo que veía.

—Y esa mujer, ¿por qué estaba con él? —le reclamó Rupert a Howard.

—Tampoco lo sé, la encontramos sobre su pecho desmayada. Tendremos que esperar hasta que Desmond despierte, por cierto ¿A dónde la llevaste? —Howard, le preguntó a Alexandrus intentando no sonar irritado, porque no estaba actuando con mucha coherencia. Aunque sospechaba que la había llevado a su habitación, quería que lo dijera abiertamente.

—¿Por qué?, ¿cuál es tu jodido problema? —de inmediato reaccionó a la defensiva, como era de esperar.

—Amigo, solo tengo curiosidad. Entraste con ella en brazos y bueno tú estás aquí... —Fredic intervino.

—¡Está descansando!, tengo que regresar para ver cómo se encuentra —clamó molesto.

—¿La llevaste a tu habitación? —Arthur le cuestionó, con preocupación.

—Sí, no le veo el problema —Alexandrus contestó, con voz calmada y cruzándose de brazos. Pero sintió la ira que emergía de su interior.

—No, ni yo tampoco, ahora vamos a ver quién es esta mujer y a revisar si está herida... —ni si quiera alcanzo a terminar la oración cuando un Alexandrus se le fue encima.

—Ni se te ocurra acércate a ella —Alexandrus gruñó y empujó a Howard. Era lo que sospechaba.

—¿Que te ocurre? —le preguntó Fredic que seguía sin comprender, lo que Howard había adivinado.

Alexandrus, se alejó horrorizado por su arranque, ¿Qué le ocurría?, Nunca había atacado a ninguno de los hombres a los que consideraba sus hermanos.

—Nada, es solo que no quiero que te le acerques. Yo me ocuparé de ella, es mi responsabilidad.

—¿Seguro que no es una cortesana?, recuerda que el clan rojo está en la ciudad —contestó Rupert, aclarándose la garganta.

—¿Por qué dices eso? —le cuestionó Alexandrus, no quería ni pensar que ella perteneciera a uno de los clanes.

—No la viste, es mujer es hermosa y exótica —Arthur señaló, era el que menos entendía lo que ocurría, ya que él no sabía de la pérdida de lívido en los caballeros.

—¿Cuándo nos habían atraído antes las mujeres de los clanes? —Howard se cruzó de brazos y movió negativamente la cabeza.

—Carajo, tienes razón —Rupert resopló, pasando sus dedos por sus cabellos rubios.

—¿Así que aceptas que te atrae? —Alexandrus miraba a Howard, con ojos llenos de furia. Arthur se interpuso entre los hombres.

—Oigan, creo que hay demasiada testosterona en el ambiente. ¿No se dan cuenta que ustedes que estuvieron en contacto con ella se sienten así? —los interrumpió atinadamente.

Alexandrus y Howard miraron a Arthur con desconcierto, el chico tenía razón. Por algún motivo ella era el catalizador que había despertado a estos hombres después de siglos de celibato.

—Podría ser un hechizo o algún tipo de magia de la que no teníamos conocimiento —propuso Howard.

—Puede ser, eso podría explicar porque Desmond, sigue inconsciente —Fredic señaló. No era normal que siguiera inconsciente.

—Bueno, puesto que pueden convertirse en unos perros lujuriosos cerca de ella, yo voy a ir a revisarla —declaró Arthur, pero antes que pudiera salir de la habitación fue atrapado por Alexandrus que lo levantó del cuello estrellándolo contra la pared.

—Joder, contigo. El chico tiene razón —Fredic, llegó hasta Alexandrus, para proteger a Arthur antes que Alexandrus le quebrara la columna. Se lo quitó de las manos y lo alejó.

—No confié en él. No quiero que esté a solas con ella —señaló desesperado, ¿Esos sentimientos eran acaso celos?

—Haremos lo siguiente. Todos vamos a entrar pero solo Arthur la va a tocar. Antes de que nos matemos entre nosotros. Tú estás mostrando síntomas muy graves de celos y posesividad, Howard solo se siente atraído, pero tú además de eso estas dispuesto a destrozar al imbécil que se atreva a tocarla —propuso Rupert.

—No entiendo que me pasa. Cuando la levanté en brazos del piso, sentí una descarga por todo

mi cuerpo. El poco tiempo que estuve con ella en el auto y la abracé para darle calor, algo dentro de mí se despertó, que no sé cómo explicarlo...

Alexandrus, se retiró sacudiendo la cabeza. Bastante contrariado.

—Eso amigo, son ocho jodidos siglos de abstinencia —dijo Arthur.

—Arthur, no lo provoques —le advirtió Fredic.

—Está bien. Solo quiero dejarles claro, que yo no me convertiré en un hombre del medioevo solo por verla o tocarla —Arthur, soltó una sonora carcajada. Ya que esos hombres eran precisamente eso —Sin ofender por cierto.

—Déjate de estupideces. Vamos a la habitación de Alexandrus y tú contrólate o no te vamos a dejar que te le acerques —le advirtieron a hombre que parecía cada vez más descontrolado. Abandonaron la habitación y se dirigieron hacia Helena. Con tantas preguntas, que sería tan difícil contestar.

Capítulo 4



Una luz en la oscuridad.

Entraron en la habitación de Alexandrus y contemplaron a la menuda mujer dormida. Se miraba más pequeña, por el contraste entre su cuerpo y el tamaño tan monstruoso de la cama. Cuatro postes de madrera tallada y pulida, bordeaba la base que contenía el colchón. Arthur caminó hasta ella y levantó el edredón que la arropaba, no podía negar que era hermosa, pero no perdería los estribos como Alexandrus. Él era un simple hombre.

—Ahora, voy a abrirle al abrigo —dijo en voz alta, para que Alexandrus y los demás lo escucharan, pero principalmente el moreno que la miraba como si estuviera poseído.

—¿Para qué? —gritó enfadado Alexandrus, apenas podía soportar que Arthur estuviera tan cerca inspeccionándola.

—¿No quieres saber si está herida?

—Está bien, pero no la toques. No sé lo que me pasa pero estoy a punto de perder la cabeza.

Arthur se giró viéndolo con los ojos abiertos, Alexandrus era un gran hijo de puta y si se enfadaba con él fácilmente le rompería el cuello.

—Cálmate, solo quiero revisarla, puede ser grave.

El chico, abrió el abrigo y dejó al descubierto el vestido pequeño con tremendo escote. Sus ropas estaban llenas de sangre al igual que su cara y su cabello.

—Tengo que limpiarla. Está llena de sangre. No sabemos si es de ella o de Desmond —exclamó Arthur, estaba preocupado por ella, más allá de cualquier atracción.

Pero Alexandrus, no lo permitiría, era demasiado. Lo peor era que no entendía lo que estaba pasándole, era desconocido para él. Hacia tanto tiempo que no sabía lo que era sentir deseo por nadie y ahora tenía tantos sentimientos corriendo por su cuerpo que eran difícil de controlar.

Era el más sereno de todos y no concebía como una mujer lo tenía al borde del colapso luego de siglos de indiferencia. Siglos de estar muerto en vida, de no sentir más que ira y desolación. El deseo, la necesidad de sentirla, de saltar sobre su cuerpo y poseerla era casi doloroso. Eso no estaba bien, alguna clase de magia lo había atrapado y tenía que luchar con todas sus fuerzas contra ella. No podía sucumbir. Él era fuerte, debía resistir.

—No, no lo harás, yo lo haré —sin embargo tampoco permitiría que Arthur la tocara.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Puedo manejarlo, pero si veo tus manos en su cuerpo, no respondo de lo que pueda hacerte.

—Muy bien, nos estamos entiendo. Es preferible ser honestos. Dime lo que te molesta en lugar de arrancarme la cabeza —acotó Arthur un poco asustado.

Rupert, corrió al cuarto de baño. Antes que Alexandrus desmembrara al muchacho y regresó con varias toallas húmedas. Las había metido debajo del chorro del agua caliente. Las dejó en la mesilla de a un lado de la cama y dio un paso hacia atrás. No tocaría a esa mujer, que

visiblemente tenía a Alexander a punto de perder la cordura. Él no sentía nada todavía y no se arriesgaría. Un hombre enloquecido era suficiente, además no podía olvidar a su amigo Desmond, no quería ni pensar que ocurriría cuando se despertara.

Alexandrus, cogió una toalla y limpió su rostro. Con cuidado bajó por su cuello, eliminando los restos de sangre. Llegó hasta su pecho y bordeó un poco su escote, pero no la tocó con las manos desnudas y a pesar de eso, sus manos temblaban.

Su cuerpo se estremeció con solo imaginarse lo que quería hacerle. Notó una cicatriz, que apenas se asomaba.

¿Sería posible que también tuviera un tatuaje de carne igual que Desmond?

—Hay que quitarle el vestido —dijo Alexandrus sin siquiera parpadear, miraba fijamente el punto sobre la copa de encaje.

—¿Qué? —Rupert inquirió, asombrado y asustado.

—Parece que ella también tiene un tatuaje —Alexandrus habló pero seguía en trance viéndola fijamente.

—Joder, ¿la quieres desnudar? —replicó Howard, que estaba parado a los pies de la cama con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados muy atento mientras Alexandrus realizaba su tarea con dedicación.

—No, totalmente, la dejaremos en ropa interior, primero hay que descubrirle el pecho. Necesito saber que tiene ella tatuado. Nos puede dar una pista de lo que les pasó.

—Está bien, te capto —contestó Rupert, dándose por vencido.

—Yo la tomaré de los hombros y tú le bajarás el cierre —Alexandrus le dijo a Arthur que dudo por un segundo. Nunca había visto a este hombre tan furioso con él y era atemorizante.

Alexandrus levantó a Helena y la pegó contra su pecho. El cuerpo de la chica estaba flácido y lánguido, su cabeza colgó hacia un lado. Tomó su cabeza descansándola sobre su hombro y apartando su cabello de la espalda para que no se enredara con el cierre. Su libido despertó con furia, lanzando punzadas a su entrepierna. Sin poder evitarlo, bajó su cabeza enterrando su nariz en su cabello. Respiró pesadamente, llenado sus pulmones con su esencia.

Arthur cogió el cierre con los dedos y lo deslizó. Bajó su vestido por sus brazos y lo dejó en la cintura. Todos habían dado un paso adelante, intrigados por lo que verían. Pero lo que vieron fue un sostén de encaje rojo translucido igual que su vestido, que mostraba sus pezones. Con la toalla en la mano Alexandrus, deslizó el encaje del sostén y limpió su pecho.

Una cicatriz cerca del corazón fue develada. Era más delicada que la de Desmond. Fredic se acercó y le pasó la tinta a Alexandrus, este realizó la misma operación y luego mostró la imagen del tatuaje.

—¿Esa si es una cruz? —preguntó to Arthur, que no era experto en el tema.

—Ahora sí estás en lo cierto, es una cruz —Howard, estaba sorprendido. No era posible lo que estaba pasando, esa era una simple leyenda que había muerto con el paso de los siglos.

—¿Cómo les hicieron esas marcas?, Ella es una simple mortal, pero su cicatriz está completamente curada, como si hubieran pasado semanas —Rupert preguntó sin dar crédito.

—No tengo idea. Esas cicatrices son muy dolorosas y tardan mucho en sanar —Howard, era un experto con años estudiando todo lo referente a su maldición y al culto de la diosa que los había maldecido, pero tenía más preguntas que respuestas.

Bueno el único que podía disipar sus dudas no se encontraba en la tierra y desde hacía siglos cortó todo contacto con ellos. El arcángel Miguel, como todos los otros ángeles, se alejó de los mortales que se volvieron demasiado peligrosos para los seres divinos.

Durante la época de oscuridad, fue fácil manipular a la humanidad, pero conforme avanzaron y se convirtieron en hombres más racionales, que no se dejaban llevar por las supersticiones, se les prohibió volver tener cualquier tipo de revelación.

Con ello, los siete hombres fueron dejados a su suerte, con una gran carga sobre sus hombros. Miguel les prometió que el día que acabaran con la última de las sacerdotisas llegaría su final. Nunca les dijo si con eso se ganarían el cielo o el infierno, pero era suficiente para ellos con saber que dejarían de ser inmortales. Al menos era lo que especulaban.

Con el paso de los años Howard, encontró libros donde recopilaba la historia de los caballeros templarios malditos. Leyendas surgieron a su alrededor. Hablaban de profecías, a favor y en contra. Algunas decían cómo la diosa madre ayudada por su séquito, acabarían con la humanidad y otras detallaban como los caballeros terminarían con la plaga que azotaría a los hombres por más diez siglos y como serían enviados a su eterno descanso luego de ser perdonados.

Por seguridad, habían recolectado todo libro, manuscrito y carta que encontraron durante el paso del tiempo. Temiendo que cayeran en manos enemigas. Era un peligro que supieran sobre su existencia y sus debilidades. La iglesia disfrazó todo lo que ocurrió y lo enterró como una vergüenza. Era un pasaje oscuro que nadie deseaba recordar. Ese episodio de terror fue olvidado en el pasado, pero ellos seguían vivos luchando a espaldas de los hombres.

A pesar de que actualmente contaban con tantos avances tecnológicos, la humanidad seguía en el oscurantismo como hacia tantos siglos, presos de la ignorancia gracias a su escepticismo. Como por instinto, Alexandrus, bajó su cabeza y llegó hasta la carne suave y tersa del pecho de Helena. Posó sus labios sobre la marca y abrió los labios, chupando parte de su seno.

Imágenes se proyectaron en su mente, miró a su amigo agonizando con una daga en el pecho. Miraba lo ocurrido a través de los ojos de la mujer, que tenía entre sus brazos mientras devoraba su tierna carne.

Una ola de calor lo inundó y la impaciencia por sentirla se apoderó de sus sentidos. Su mano se trasladó hacia su otro seno y lo tomó sin reparos. Palpando su exquisitez. Siglos sin tocar a nadie hizo que casi tuviera un orgasmo con el puro tacto. Cerró los ojos deleitándose y abrió la boca tomando aún más de lo que tenía entre sus labios.

Escuchó el grito de advertencia de los otros tres caballeros y un Arthur pasmado, que lo miraba con asombro. Antes que pudieran arrancarle a Helena de los brazos. La puerta de su habitación se estrelló estrepitosamente contra la pared.

Los hombres se giraron para ver quien había entrado como un tornado. Era Desmond. Estaba más que despierto. Estaba furioso. Mostraba los dientes como un animal listo para atacar.

—¡Suéltala! —Desmond gritó y se le fue encima a Alexandrus quien se alejó de la chica. Como si hubiera cometido un pecado capital. Sabía que había hecho algo muy malo, pudo verlo unos instantes antes de cortar la conexión con la mujer. No tenía derecho a tocarla.

—¡Cálmate! —exclamó Fredic, se puso en medio interceptando a su amigo levantando las manos en un intento por tranquilizarlo.

—Este maldito hijo de puta, ¿Cómo te atreves a tocarla?

Todos se miraban, sin comprender que era lo que ocurría. Entre Howard y Rupert agarraron a Desmond por la espalda antes que se fuera a los golpes contra Alexandrus.

—Suéltense inmediatamente —les exigió con autoridad, era el líder del grupo, era un arreglo tácito entre ellos. La palabra de Desmond era ley aunque no era impositivo.

El no solo fue un caballero al servicio de Roma, fue un descendiente directo de la corona

inglesa. Gracias a su riqueza ahora gozaban de propiedades en todo el mundo, ya que no perdió sus posesiones. Al contrario, estas crecieron a proporciones inimaginables con el transcurso del tiempo.

Por lo que aparte de su posición de líder, era el hombre que costaba los cuarteles y todo el funcionamiento en general. Aunque todos los caballeros era muy ricos.

—Alexandrus no se le acercará otra vez, pero cálmate. Explícanos qué demonios pasó —le pidió Howard muy interesado, ya que la atracción crecía y eso no le gustaba.

Alexandrus se dio cuenta, que se dejó llevar por la lujuria y de un hambre que había despertado en su cuerpo, pero tocarla de esa forma tan sexual, fue casi como tocar el cielo.

Desmond, asintió y los hombres lo soltaron. Volteó y miró a Helena extendida sobre la cama todavía dormida, con los pechos expuestos. Notó un ligero chupetón en donde Alexandrus había tenido la osadía de poner sus labios, en ella. Ella era suya.

—Primero tengo que sacarla de aquí.

Molesto subió a la cama y la jaló recogiéndola entre sus brazos, escondiendo su cuerpo de las miradas lujuriosas de los que consideraba sus hermanos, pero esta era su mujer y no dudaría en defender lo que le pertenecía. Se dirigió a la salida sin dar explicaciones. Los hombres seguían sin moverse, contemplando la escena.

Cuando salió, azotó la puerta y los cinco se estremecieron con el sonido de la puerta estrellándose contra el marco de madera, del que se desprendieron varias astillas.

Capítulo 5



Una revelación divina.

La oscuridad se tragó a Desmond cayendo en un vacío pasmoso, pero de pronto abrió los ojos. Estaba en un lugar inerte y totalmente desierto. Una neblina invadía todo a su alrededor. Era difícil ver más allá de unos cuantos pasos. Seguía postrado sobre su espalda, por lo que se sentó de golpe y sintió un ardor sobre el pecho. Pasó sus dedos sobre este y palpó una cicatriz que antes no tenía. Tenía puestos sus pantalones de piel pero su camisa y abrigo se habían ido.

Aun así, no sintió ningún dolor, y el dolor era lo último que recordaba, bueno además de la voz de una mujer, pero no había entendido bien lo que decía, solo que sabía que su plegaria era en español.

Giró la cabeza en todas las direcciones en un intento por ubicarse en donde se encontraba, pero solo veía la blancura de la neblina espesa. Se levantó y caminó unos metros. Una luz brillante lo atrajo y se dirigió hacia ella. Encontró unas puertas de nogal oscuro muy altas que casi doblaban su tamaño.

Se asombró cuando miró dos grandes manijas de hierro forjado en forma de serpientes. La luz provenía de debajo de las puertas, sin dudar lo tomó una de ellas y la jaló. Las bisagras rechinaron como señal de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que fueron abiertas. La puerta era muy pesada, y a pesar de su fuerza le costó trabajo deslizarla hasta hacer el espacio suficiente para entrar.

Dio un paso dentro de la habitación, y se encontró con la biblioteca de su castillo. Todo estaba tal cual lo recordaba. El piso de bloques de piedra estaba cubierto de alfombras persa que había traído su padre de medio oriente.

Los estantes de roble macizo rodeaban toda la habitación que era circular. El techo remataba en vigas y al final había una bovedilla con una cúpula.

¿Cómo era posible que estuviera en esa habitación?, parte de su castillo fue arrasado por el fuego que el mismo provocó cuando se enteró de la pérdida de su familia. Era imposible que ese lugar existiera más que en su mente. Ya que cuando lo reconstruyó fue imposible conseguir los muebles originales que tenía la biblioteca, quinientos años después su castillo fue renovado y ahora tenía un aspecto diferente.

El gran escritorio de caoba tallada tenía los libros apilados que la última vez había utilizado y una lámpara de cobre con alcohol estaba encendida. El sillón en donde había pasado innumerables noches trabajando, estaba de espaldas hacia los vitrales por donde se colaba la luz de las mañanas. Tantas mañanas que lo habían encontrado todavía ensimismado en sus números.

Se acercó y un hombre se levantó del sillón. Era alto con el cabello largo y vestía una túnica de color blanco. El hombre rodeó la silla y quedó de frente a él. Desmond no lo conocía, nunca lo había visto, sin embargo había algo familiar en sus ojos. El hombre misterioso le sonrió maliciosamente.

—Hola Desmond. Ha pasado mucho tiempo —esa voz era conocida.

—¿Te conozco? —sabía que sí, pero no recordaba de dónde o de cuándo.

—Me duele que no me reconozcas. Bueno, la última vez era un poco diferente, era mi apariencia de batalla —le dijo con una sonrisa. —Siéntate, tenemos mucho de qué hablar.

Desmond, agarró la silla que estaba frente al escritorio y se sentó sin protestar. Seguía confundido. Lo suficiente para obedecer sus instrucciones sin preguntar.

—En vista de que no me recuerdas tendré que decirte quien soy —exclamó con una mueca.

Las facciones del hombre eran hermosas. Sus ojos azul cielo reflejaban una paz casi imposible de contemplar, ¿No era posible? Tuvo un deja vu y pudo verlo. Era el mismo hombre, sus ojos eran los mismos, pero su rostro se venía un poco más adulto, pero no tenía duda que era él.

—¿Miguel? —susurró incrédulo.

—Parece que ya estás recordando... sí, ese soy yo.

Desmond se sobresaltó y se agarró de los reposabrazos con fuerza. Su corazón latió desbocado, ¿Eso significaba que estaba muerto?

—Tranquilo, no estás muerto. Al menos no todavía. No te asustes.

—¿Eres un lector de mentes?

—Puedo leer tus pensamientos, soy un arcángel o ¿ya lo olvidaste?

—¿Por qué estoy aquí?, ¿por qué puedo verte después de tantos siglos en donde hemos sido abandonados? —tenía tantas preguntas que había acumulado por tanto tiempo.

—No han sido abandonados. Siempre he estado en su vida aunque no me puedan ver, pero no puedo intervenir, ¿o que pensaban que luego de lo que hicieron tendrían ayuda divina?

Desmond bajó la cabeza y miró directamente al suelo, abochornado por las palabras del ángel.

—Después de lo que ustedes provocaron, se nos prohibió volver a la tierra y tener contacto con los hombres. Solo en un lugar así, podemos tener comunicación. Ustedes están privados de este estado de conciencia, así que no me fue posible volver a acercarme.

—¿Y qué cambió?, yo no sueño, ¿por qué estoy aquí?

—Yo los hice inmortales, pero la diosa Ishtar, a la que ofendieron, buscó una forma de destruirlos.

—Lo sé, forjó una daga para acabar con nosotros. Esa historia es bien conocida. Al menos es lo que hemos encontrado en varios escritos en medio oriente. —el ángel asintió, entrecerrando los ojos.

—En parte tienes razón, pero no es solo una daga, son siete, una para cada uno de ustedes.

—¿Siete? —sí que estaban jodidos.

—Sí, además no sabías que para que esas dagas funcionen, deben ser usadas durante la luna llena, ¿verdad?

Desmond, recordó con horror, esa noche había luna llena, aunque estaba tan nublado que no podía apreciarse.

—¿Entonces si estoy muerto?

—No, no lo estás. Estuviste a punto de morir, pero alguien te salvó, así como esa daga podía matarte, también podía hacerte más poderoso —Desmond, no comprendió sus palabras.

—¿Cómo es eso posible?

—Piensa, nueve siglos han pasado desde su maldición. Sus sentimientos se apagaron. Su deseo fue olvidado. Ishtar, también los condenó a no sentir otra vez amor, al menos no amor hacia una mujer, para recibir el placer y la liberación del sexo.

Desmond, lo miró boquiabierto, ¿Qué sabía un ángel de esos sentimientos tan mundanos? Después de todo era ser divino. Miguel se carcajeó y miró con una sonrisa enarcando una ceja hacia él.

—No te equivoques Desmond, no somos ajenos a ese tipo de placeres. Durante siglos los seres divinos como tú nos llamas, hemos sucumbido a ese tipo de gozo y algunos han sido desterrados por la misma causa. Solo es cuestión de ser discreto —le dijo guiñándole un ojo.

Odiaba que fuera transparente para Miguel, así que ya sin tapujos le dijo lo que pensaba, de todas formas era como si estuviera gritándolo.

—Bueno, déjame ver si entiendo esto. Esta mujer nos jodió. Nos infectó y provocamos una devastación aberrante que tú detuviste, pero me dices que aparte nos quitó el placer más grande de todos y nos convirtió en monjes tibetanos. Así que estos malditos siglos de no sentir nada más que ira y rabia, es regalo de la misma maldición.

—No pude explicarlo mejor. Un hombre lleno de rabia y frustración es una bomba de tiempo. Ustedes han resistido milagrosamente, debo decirte que estoy orgulloso. Otros se han perdido por mucho menos.

—¿Pero qué tiene que ver la mujer en todo esto? —los ojos de Miguel se iluminaron.

—¿Ahora la recuerdas?

Asintió, Desmond por reflejo se llevó la mano hacia su corazón y trazó la cicatriz, era como si la sintiera a través de ella.

—Así como una vez las mujeres los condenaron, solo el sacrificio de una mujer digna y pura de corazón podía salvarte.

—¿Me salvó?

—Claro, si no, no estarías aquí.

—¿Pero cómo?

—Ella se sacrificó por ti. Sin tener ningún conocimiento terminó el ritual. Tomó la daga de tu cuerpo y le pidió a Dios que no te dejara morir.

—¿Pero si no me conoce?

—Para que veas que aún hay personas piadosas en el mundo. Ella llegó hasta ti poniéndose en peligro, por un hombre que no conocía. Utilizó el arma más poderosa. La fe. La ayuda de Dios — Desmond, deslizó su dedo sobre la cicatriz una vez más.

—¿Qué significa esta marca?, no la tenía.

—Ella con ese acto desinteresado, limpió tus pecados. Esa marca es la que te da un boleto de primera clase para el día final. Hay miles de millones de personas en el mundo, sin olvidar los que ya han muerto y esas marcas serán repartidas cuando llegue el momento. Tu amigo mío, has tenido un pase adelantado. Digamos que es un caso especial.

—Pero, ¿qué pasa con la mujer?, ¿por qué puedo sentirla?, ¿ella murió por mí?, puedo escuchar sus gritos en mi cabeza —puso sus codos sobre sus rodillas y agarró su cabeza con sus manos, un dolor lo invadió, no era posible que una inocente muriera por su culpa. Ellos mataban a los malos, su deber era proteger a los vulnerables.

—No te atormentes, ella no está muerta, pero sacrificó parte de su alma por ti. Ahora los dos son un solo paquete. Está unida a ti para siempre. Ya no envejecerá y vivirá mientras tú lo hagas. Si cometes un pecado imperdonable la arrastrarás contigo al abismo. Recuérdalo, ahora esa responsabilidad cae en tus hombros.

—Pero, yo no puedo...yo no he... ¿Cómo es posible?

—Sí puedes, tienes una segunda oportunidad pero debes de completar el ritual. Helena debe

entregarse a ti por libre albedrío. Será peligroso. Ella es como un imán para los demás caballeros, pero debes cuidarla. Si tienen tanta suerte como tú, encontrarán la mujer que los redimirá.

—¿Se llama Helena? —su nombre se sintió erótico en sus labios. Su Helena.

—Es un hombre hermoso, para una mujer hermosa. Tuviste suerte. —Miguel lo miró con ojos de malicia. Sabía a qué se refería.

<<¿Otra oportunidad?>>

Era increíble lo que escuchaba. Tener a otra mujer. Tener la ilusión de una mujer cálida que lo amara y aceptara, era difícil de asimilar.

—Habrá cambios importantes, todo para mal. Necesitamos que sean capaces de detener lo que se avecina. Aún con su inmortalidad, no ha sido posible terminar con esta plaga. Si no lo hacen, puede ser el fin de la humanidad. Hay una profecía mayor que debe cumplirse.

—¿El día final?

—Sí y Dios no quiere que ese día llegue. Si perdemos a la civilización completa no habrá nada que salvar. Creo que está harto de empezar todo de nuevo —explicó Miguel encogiéndose de hombros. Este miró las dudas de Desmond, reflejada en sus ojos.

—¿Crees que son los primeros que crea el señor?, siempre tan pagados de sí mismos —antes que pudiera hablar Miguel lo cortó. —Y no preguntes. Sabes mucho más que cualquier otro ser que no es divino —resignado, Desmond cambió de tema.

—Entonces ahora explícame, ¿cuál es la trampa?, esto es demasiado bueno. Ya me salvé y todo será felicidad para mí.

Miguel se sonrió y se cruzó de brazos observando a Desmond. Había un gran pero todavía.

—Siempre hay algo que debes superar, no va a ser tan fácil. Ella ya hizo una parte, viene lo más difícil. Toda su sangre deberá entrar en tu sistema y luego retornar a su cuerpo. Es la única forma de cerrar el nudo en sus cuerpos, sus almas ya están enlazadas.

—¿Pero la voy a matar!

—Parece horrible, considerando que ahora respirarás y vivirás por ella. Será tan difícil para ella aceptar ciegamente y confiar en tu palabra, como lo será para ti.

—¿Amor?, ¿Estás seguro?

—Es parte de la póliza que nos asegurará que nunca harías algo que ella no desea. Antepondrás tus necesidades a las suyas. Se te ha regalado ese amor profundo y desinteresado que es capaz de sacrificarse por el ser amado.

—¿Y entonces como esperas que acabe con su vida causándole una agonía tan horrible?, ¿Qué pasa si no lo hago?

—En ese caso, si el tiempo pasa y no completas la unión. Te convertirás en una abominación peor que los necros seguidores de Ishtar, y tus hermanos deberán acabar contigo. Por supuesto que no queremos que esto ocurra, necesitamos toda la ayuda posible.

—¿Cómo voy a convencer a una mujer que se entregue a mí en cuerpo y alma, si ni siquiera me conoce?, solo porque ayudó a un pobre infeliz muriéndose en un callejón.

—Lo sé, desgraciadamente a lo largo de la historia, las almas inocentes han sido las que más sufren. Confió que encuentres como hacerlo, por el bien de todos. Tienes hasta la siguiente luna nueva para hacerlo.

—Es muy poco tiempo.

—Es todo lo que puedo darte, nos volveremos a ver.

Miguel le sonrió y la habitación desapareció, cayó al piso cuando la silla se desintegró. La neblina otra vez lo rodeaba y Miguel había desaparecido. Un dolor profundo en su corazón lo sacó

del trance en el que se encontraba.

Abrió los ojos y se dio cuenta que estaba en la mansión acostado en su cama. La cicatriz comenzó a punzar como si estuviera recibiendo un golpe que lo sofocó. Entonces entendió lo que pasaba, algo le estaba ocurriendo a Helena. Se arrancó la intravenosa de su brazo y de un brinco salió corriendo. Atravesó el gran pasillo y como si tuviera las coordenadas en su GPS personal, se dirigió hasta donde estaba ella.

Era la habitación de Alexandrus, lanzó las puertas impetuosamente estrellándolas contra las paredes. Nunca tuvo intención de provocar tal daño, pero era como si sus fuerzas se hubieran incrementado cien veces.

La escena que encontró lo horrorizó. Sus hermanos Howard, Rupert y Fredic estaban de pie viendo sin hacer nada por detener a Alexandrus, que estaba mancillando el cuerpo inerte de Helena. Ni si quiera Arthur el que había acogido como su hijo, detuvo tal agravio.

Su ira se catapultó a niveles antes insospechados. Quería matarlo, cuando lo miró a los ojos, el terror se asomó por ellos. Fue consiente que lo que estaba haciendo era incorrecto, pero aun así, no se había detenido.

Alexandrus sabía que Helena era suya, que estaban enlazados por sus almas y a pesar de eso no se alejó, siguió con sus lascivas intenciones.



Desmond dejó a Helena sobre el colchón mullido y trabó la puerta para que no lo molestaran. Pobre de aquel que se atreviera a irrumpir en su habitación. Había arrancado las sábanas y colocado una piel de cordero tan suave que parecía una caricia. Le quitó el vestido y se encontró con un cuerpo hermoso.

Se arrodilló a un lado de la cama mientras la admiraba sin poder decir una palabra. Pasó un dedo por la piel de su brazo y llegó hasta su clavícula. Era suave. Su piel era ligeramente bronceada.

Estudió su cara con detenimiento. Su rostro era pequeño, sus ojos grandes, bordeados por largas pestañas espesas y oscuras. Una boca pequeña, pero bien delineada en forma de corazón, con un labio inferior más grueso que el superior, deslizó la yema de su dedo índice sobre ellos, imaginando como sería besarla y con ese breve contacto, sintió una descarga eléctrica que entró por la punta de sus dedos y se propagó hasta sus huesos.

Seguía sumergido en el estupor, recordando las palabras de Miguel, *“Esa mujer es tu segunda oportunidad”*

¿Realmente era posible encontrar una mujer que lo amara?

Olió su cuello y se estremeció con su esencia. Olía a jazmín con tonos delicados de lavanda. Eran tantos sus sentimientos que temió herirla si no se podía controlar. Su cuerpo vibró enviando ondas expansivas de deseo.

Luego de siglos se sintió vivo. Ni si quiera se masturbaba porque no tenía ninguna necesidad de hacerlo. No era algo que platicaran durante el desayuno, pero sabía que a sus hermanos les ocurría lo mismo. Y de repente su sangre corría por sus venas aceleradamente, su pulso se había vuelto errático y su corazón latía desbocado.

Se dio cuenta, que lo estaba excitando al punto de tener un orgasmo solo con estar cerca de ella, ¿era una jodida broma?, parecía como si tuviera quince años otra vez y fuera un adolescente calenturiento que descubriría el cuerpo de una mujer.

Pero no tenía quince, su edad se había congelado a los treinta años y ya era un hombre viejo para su época. Subió a la cama y la atrajo entre sus brazos, sentir su cuerpo sobre su pecho, fue como estar en el paraíso. No la tocaría de forma sexual, tenía que estar consciente. Solo quería descansar y por alguna razón sabía que tendría que hacerlo con ella. Por primera vez en siglos durmió y comenzó a soñar.

Capítulo 6



Remordimientos y culpa.

Eran casi las seis de la tarde y Helena no regresaba. Algo estaba muy mal. Mariela caminaba de un lado a otro, desconsolada sin saber que más hacer. Ella había alentado a su amiga a cometer una locura, y ahora estaba pérdida. Sobre sus hombros se cernía una losa de culpabilidad.

Se había presentado en la comisaría a eso de las dos de la tarde para levantar una denuncia por desaparición, pero fue ignorada y enviada a su hotel de regreso. El imbécil que la atendió, le dijo que lo más seguro era que su amiga estuviera retozando con otro chico que conoció la noche anterior. Que así eran todas las turistas que llegaban a París con ganas de vivir una aventura.

Era inverosímil que no la tomaran en cuenta. Eso que le había sugerido el policía, era imposible. Helena nunca haría algo así, estaba segura que algo debió ocurrirle. Todo por su insistencia de que viviera un poco y no pensara en las consecuencias. La había dejado sola con Cass y ahora estaba desaparecida.

Cass le aseguró que Helena abandonó el hotel alrededor de las dos de la mañana y que no insistió que se quedara, porque su amiga no quería estar ahí. Nunca pensó que algo malo pudiera ocurrirle. Lo único que tenía que hacer era bajar a la recepción y pedir un taxi.

Mariela estaba convencida que el joven no tuvo nada que ver con la desaparición de Helena, ya que desde el principio cuando le habló a Gary preguntándole por su amiga, se mostró preocupado y muy dispuesto a ayudarla. Cass y Gary estuvieron acompañándola, pero tuvieron que marcharse por la tarde, o perderían el vuelo a casa, debían presentarse a primera hora al día siguiente en su trabajo.

Cass le pidió su número de teléfono y le dijo que se comunicaría con ella en cuanto tocara tierra. El joven no le comentó a Mariela exactamente lo ocurrido con Helena la noche anterior, y se sentía responsable por su partida tan abrupta. Si no se hubiera portado como un cabrón, ella no se habría marchado, pero por cobarde no se atrevió a decirlo en voz alta.

Mariela, se quedó sola sin saber qué hacer. No tenía nadie a quien recurrir. Helena estaba sola y era muy mala idea hablar con su mamá para preocuparla, además no podía hacer nada desde otro continente.

Así que hizo lo único que se le ocurrió. Le llamó a su padre. Él siempre sabía qué hacer cuando se sentía perdida. Marcó a su móvil y contestó de inmediato.

—*Hola princesa, ¿se están divirtiendo?* —*su padre le preguntó con una sonrisa en los labios. Su hija era su adoración y no había nada que no hiciera por ella.*

—*Papi necesito tu ayuda* —*la chica sollozó y se llevó una mano sobre la boca para controlarse.*

Gonzalo el padre de Mariela, se enderezó preocupado por el estado en el que se encontraba su hija.

—*¿Qué te pasa hija?, me asustas, ¿Te ocurrió algo?*

—Yo estoy bien papá, es Helena...ella no regresó anoche y no la encuentro por ningún lado. Es mi culpa... —las palabras salieron como un parloteo sin control, mientras hipaba y lloraba.

—*Hija tranquilízate, ¿Estás segura que está desaparecida?*

Respiró profundo y se limpió la nariz congestionada, para poder hablar.

—Estoy segura, anoche fuimos a cenar con unos chicos que conocimos y luego fuimos a bailar —era vergonzoso decirle eso a su padre, no era como si creyera que su hija a sus casi treinta años, era la reencarnación de María, pero de todas formas era un tema delicado. —Gary y yo pasamos la noche juntos, y Helena se fue con Cass, ella salió de su hotel en la madrugada y desde entonces no se sabe nada de su paradero. Fui a la policía pero no me hicieron caso.

—*Solo han pasado algunas horas. En cualquier país te piden más de 48 horas para reportar a una persona desaparecida. El hombre con el que pasó la noche, ¿no estará involucrado?*

—No. Estaba tan preocupado como yo. Me acompañó a levantar la denuncia. Los tres recorrimos París buscándola —chilló desesperada.

Mariela lloró en el teléfono y su padre se conmovió por el sufrimiento de su hija. Ni él ni su esposa conocían en persona a la amiga de su hija, pero les había hablado tanto de ella que creían hacerlo. Su alocada hija tenía razón, Helena era una joven muy centrada y seria.

—*¿Qué piensas hacer?*

—No lo sé, no quiero irme sin ella, ¿y si aparece de repente?, tal vez solo se perdió...y si me busca tengo que estar aquí.

—*Si necesitas que alguien esté a tu lado, tu madre puede volar hoy mismo. No tienes que estar sola.*

—Papá, mi mamá tiene mucho trabajo en el hospital. Esos niños lo necesitan. Estaré bien, solo ocupaba escucharte.

—*No dudes en llamarme, y por favor no busques por tu cuenta. Deja que las autoridades hagan su trabajo.*

—Sí papá, te quiero.

—*Yo también te quiero mi amor.*

Mariela, entró al cuarto de baño y se duchó. Su cara estaba hinchada de tanto llorar. Aunque su padre le había pedido que no saliera, no podía quedarse sentada esperando.

Una vez que se limpió, se cambió con ropa cómoda y gruesa. Salió a la calle y tomó un taxi para regresar al hotel en donde se habían hospedado los muchachos. Tenía que hablar con el hombre que estuvo de guardia durante la madrugada. Era de noche y tenía la esperanza de que ya hubiera cambiado su turno.

El taxi se detuvo enfrente del hotel Les Rives de Notre-Dame. Las puertas eran verdes y la entrada era minúscula, pero no se sorprendió, los hoteles eran jodidamente pequeños en París aunque funcionales.

La recepción era apenas un pasillo, las paredes eran color crema con piedras incrustadas pintadas del mismo tono. El techo era bajo con tablones de madera en el cielo raso. Detrás de una pequeña barra en L. Una mujer pelirroja, estaba sentada totalmente absorta viendo su móvil. Mariela, se acercó y se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Buenas noches. Unos amigos se hospedaron aquí ayer. En la madrugada mi amiga salió de este hotel y no ha regresado. Me gustaría hablar con la persona que estaba de guardia.

La chica la miró sin ningún interés en su historia. Ella no entendió como los parisinos eran tan hijos de puta, ensimismados sin preocuparse por lo demás. Tal vez estaba dramatizando, pero a cada paso que daba en busca de ayuda, solo recibía reveses.

—¿Podrías ayudarme?, por favor —fue lo más amable que pudo. Aunque quería darle unas buenas bofetadas.

—Mira, la persona que buscas es Bruno. El no regresará hasta dentro de tres semanas. Salió de vacaciones hoy —contestó quitada de la pena.

—Pero es necesario que hable con él. Mi amiga está perdida, necesito preguntarle si ella se fue sola o se fue con alguien más...

—Lo siento, pero no te puedo dar esa información. Si quieres hablar con él, tendrás que esperar hasta que regrese —Mariela estaba a punto de volverse loca.

—Creo que no me entendiste, mi amiga está desaparecida, y ese hombre es mi única esperanza de saber que paso, por favor ayúdame.

—Lo siento pero no puedo... —después de eso bajo su cabeza y siguió escribiendo un mensaje en su teléfono ignorando a la chica que tenía enfrente

—Eres una perra desgraciada —bramó encolerizada.

—Mira a mí no me insultes, te voy a pedir que te vayas o voy a llamar a seguridad.

—Llámallo, es más quiero hablar con el gerente de esta pocilga.— Mariela comenzó a despotricar, hasta que un hombre de seguridad entró y encontró a Mariela insultando a la mujer que parecía no importarle lo que le pedía. Sin mucho tacto la sacaron del lugar y le prohibieron que regresara o llamarían a la policía.

Mariela furiosa, cruzó la calle y camino por la banqueta. Estaba lleno de puestos de vendedores que exponían litografías de pintores famosos. Libros viejos y baratijas para los turistas. Levantó la vista y miró que la Catedral de Notre-Dame estaba muy cerca. Se dirigió hasta la iglesia que a pesar de la hora seguía llena de turistas y sacó su teléfono. De pronto, tuvo una epifanía. Abrió el navegador de google y trazó una ruta hacia el hotel.

Seleccionó como opción de transporte caminar y de inmediato un trayecto apareció en la pantalla de su móvil. Si Helena tenía que caminar recurriría a lo único en lo que confiaba, en *google maps*. Desde que llegó a Valencia lo había utilizado porque no conocía la ciudad. Su amiga era muy predecible, tuvo que haberlo usado para ubicarse, ya que era pésima para saber en dónde estaba el norte o el sur.

Mariela siguió las indicaciones que el asistente le fue mostrando, hasta que llegó a su hotel, pero no encontró nada durante todo el camino. Cuando volvió derrotada, se sorprendió al encontrar a su madre sentada en la recepción. Corrió a sus brazos sintiéndose como una niña otra vez. Estaba desolada y no sabía qué hacer. Todas sus ideas estaban agotadas.

—Mamá, lo siento tanto —balbuceó sollozando.

—Shh, la encontraremos tesoro. No te preocupes. Vamos a hallar a Helena.

Capítulo 7



Tienes parte de mi alma.

Helena poco a poco recobró la conciencia. Se sentía drenada físicamente. Abrió los ojos lentamente y se percató que unos brazos la rodeaban, ¿dónde estaba y quién era el hombre que la abrazaba?, sus manos eran enormes y la sostenían con firmeza.

<<¿Cómo he llegado a este lugar?>>

Lo último que recordaba era caminar alejándose del hotel de Cass, luego del episodio tan amargo que vivió, y ahora estaba en la cama con un desconocido. El pánico se apoderó de ella.

<<¿Por qué no puedo recordar nada?>>

Comenzó a temblar sin poder evitarlo y eso provocó que el tipo detrás de ella se diera cuenta de que ya no dormía. Un aliento cálido cubrió su cuello, Desmond tenía una hora de estar despierto, pero no podía soltarla. La tenía abrazada por la espalda. Su cuerpo se amoldó al suyo y sentirla era lo mejor que había experimentado en siglos, ahora estaba despierta y temblaba entre sus brazos. Debía ser muy cuidadoso con lo que le decía.

—Shhh, no tengas miedo preciosa estás a salvo.

Helena se paralizó. La voz era profunda y ronca. Tenía miedo de voltear y ver a quién pertenecía. No tenía ni idea de cómo saldría de ese lugar, pero era en lo único que podía pensar. Debía salir de ahí lo antes posible. Mariela, su amiga estaría vuelta loca de preocupación.

—Por favor necesito irme... —su voz era una súplica. Un sollozó escapo de su garganta.

—Eso no es posible.

El hombre se levantó y ella se quedó tan quieta como pudo, pero su cuerpo la traicionó. Los temblores de terror sacudieron su figura que seguía de lado con los brazos pegados a sus costados. Como un escudo protector, cerró los ojos con fuerza y su cuerpo se puso rígido como si esperaba ser atacada.

—Helena, mírame —Desmond le pidió amablemente.

La voz estaba frente a ella, pero no podía verlo, sintió algo que no entendía, pero se negaba a enfrentarlo.

—Abre los ojos para mí por favor —le ordenó con dulzura y Helena no tuvo más remedio que obedecerlo.

Con timidez, abrió sus ojos, enfocando el rostro que tenía delante de ella. Lo que vio, la dejó pasmada. Un gran hombre estaba arrodillado a un costado de la cama y la miraba de una forma desconcertante.

Como si ella fuera lo más hermoso que él había visto nunca. Esa mirada que toda mujer esperaba encontrar en un hombre, pero eso no era posible. No lo conocía, ni él tampoco a ella, ¿entonces por qué la miraba así?, Era una locura.

Por un momento se permitió observarlo. El sujeto no tenía camisa, estaba con el torso desnudo. Su cuello era ancho, y todos los músculos de su pecho eran impresionantes, bajando hasta unos

abdominales que no creyó que existieran. Tenía el cabello revuelto, lo llevaba un largo penes rozando sus hombros y una barba de candado bien recortada. Era rubio con unos impresionantes ojos azules, algunos mechones dorados y algo ondulados caían sobre su rostro.

A ella particularmente no le parecía atractivo, el cabello largo y menos la barba, pero sin embargo le pareció el hombre más guapo que había visto en su vida. A pesar de que la miraba con dulzura. Había algo en él, que le decía a gritos que era peligroso. Se reprendió mentalmente por ser tan superficial y deslumbrarse tan fácilmente. Después de todo, los asesinos y secuestradores también podían ser guapos y aun así eran malvados. Además no podía olvidar, que le dijo que no la dejaría ir.

—Muy bien, es bueno ver esos hermosos ojos. Tenía curiosidad por saber de qué color serían —los ojos de Helena eran color marrón muy claro con pequeñas líneas de un verde olivo oscuro.

Helena agarró la sábana que estaba sobre sus piernas y se cubrió con ella. Estaba en ropa interior pero se sentía desnuda. El hombre la miraba con tal intensidad que la intimidó.

—¿Cómo llegué aquí? —le preguntó con temor.

—¿No lo recuerdas?

Helena negó con la cabeza y Desmond se acercó, provocando que ella se retirara pegándose a la cabecera de la cama. Esa noticia desconcertó a Desmond, que no lo recordara era malo y peor que le tuviera miedo.

¿Cómo la convencería de que tenía que quedarse con él, si ni siquiera recordaba que lo había salvado?, albergaba la esperanza de que cuando despertara pudieran hablar de lo ocurrido. Pero no contaba con nada que partir, estaba en serios problemas.

—No te voy a hacer daño —dormir con ella fue una malísima idea, ahora de seguro pensaba que era una especie de secuestrador. Miró en sus ojos por un momento como lo contempló con descaro. Evidentemente le gustó lo que vio, pero fue muy breve porque luego se puso otra vez a la defensiva.

Dejar que se fuera no era una opción. Aunque no estaban ligados totalmente, si algo le pasaba a ella lo arrastraría a la muerte. Ahora entendía las palabras de Miguel, dormir con Helena, era como estar conectado a un enchufe de carga. Se había despertado con más fuerza y vitalidad que nunca, no quería pensar que pasaría si se alejaba de ella.

—Te creo...pero necesito irme. Mi amiga debe estar preocupada. Necesito mi celular, tengo que llamarla —Helena estaba nerviosa y no confiaba en él. Era un hombre que no conocía, que la había llevado a un lugar desconocido, quien sabe cómo, la había desnudado y metido en su cama sin preguntarle.

—Helena, vamos a tomarnos las cosas con calma. Si quieres hablar con ella para que no se preocupe, está bien.

No pasó desapercibido por la muchacha, que el hombre conocía su nombre. ¿Cómo sabía su nombre? No llevaba ninguna identificación consigo, sabía que no la necesitaría para entrar a la discoteca, no era como si pareciera adolescente.

¿Sería prudente mencionárselo y cuestionarlo? No quería tentar a su suerte y prefirió no decir nada. Todo lo que necesitaba era encontrar una salida y de inmediato correría sin mirar atrás.

—¿Me podrías traer mi bolso?, por favor —Desmond, asintió y se levantó. Necesitaba darle espacio.

—¿Tienes hambre?

—No, ¿podríamos llamarle a mi amiga? —insistió Helena, así que Desmond se dio por vencido, y salió de la habitación. Aunque le dijo que no tenía hambre, le pediría a Arthur que le

consiguiera algo de comer. Se miraba pálida.

Cuando la puerta se cerró, escuchó el sonido de un cerrojo. Helena se bajó de la cama y corrió hasta la puerta, donde movió la perilla pero no se abrió. La había encerrado con llave.

Encontró otras dos puertas, pero una daba a un vestidor y la otra a un baño. No había otra salida. La gran habitación no tenía ventanas. El lugar era muy cálido, ya que estaba solo con sujetador y un pequeño bikini, y no tenía frío. Se giró y vio una chimenea de gas encendida. Se hallaba empotrada en una de las paredes frente a la gran cama. Una línea de flamas individuales danzaban detrás de una pantalla de vidrio templado.

¿Qué diablos iba a hacer? Decepcionada, hizo lo único que se le ocurrió. Entró al cuarto de baño. Si no podría salir, por lo menos se sentiría menos inmundada. Su cabello estaba alborotado y algo pegajoso, se pasó la mano por su frente y encontró restos de algo seco.

Se despojó de su ropa interior y abrió las llaves. Sus brazos le dolían. Todo su cuerpo se sentía aporreado. El agua caliente se deslizó por su espalda y suspiró cuando su cabeza se empapó, recargó las manos sobre la pared y miró sus pies. Lo que vio la asustó demasiado. El agua comenzó a salir roja.

¿Acaso era sangre?

Llevó su mano a su cabeza buscando alguna herida pero no la encontró. Imágenes explotaron en su cabeza, recordando lo que había ocurrido la noche anterior en ese callejón oscuro. Helena se arrodilló sobre el piso y se dobló por el cúmulo de información que parecía descargarse de golpe en su cerebro, que se esforzaba por procesar todas las imágenes que se le presentaban una sobre otra.



Desmond salió de la habitación, pero no podía arriesgarse que Helena saliera y vagara por la mansión buscando una salida. Por lo que bloqueó la puerta. No le gustaba hacerla sentir como una prisionera, pero no tuvo otra opción. No hasta que ella recordara lo ocurrido en ese callejón y aceptara quedarse con él para siempre.

Entró en la cocina de la mansión y encontró a sus hermanos sentados alrededor de la gran mesa circular. Arthur se levantó en cuanto lo vio. Su lenguaje corporal era claro. Estaba avergonzado por lo sucedido horas antes.

—¿Cómo estás?, llevas tres días encerrado con esa chica —Fredic fue el primero en hablar. Los demás esperaban que el respondiera, pero aguardaron por su reacción. Al igual que Arthur era evidente su desasosiego.

—Ahora estoy bien. De hecho más que bien, ¿Ha pasado tanto tiempo? —al dormirse, perdió la noción del tiempo.

—Sí, no quisimos molestarte, evidentemente tu cuerpo necesito todo ese tiempo para regenerarse —le contestó Fredic. Arthur quería entrar a su habitación para ver porque no salía, pero se lo prohibieron.

—¿Qué ocurrió en ese callejón?, te encontramos inconsciente con esa mujer sobre tu cuerpo —Rupert casi escupió las palabras, cuando mencionó a Helena.

—Esa mujer se llama Helena y es mía —Desmond miró a Rupert con una amenaza intrínseca.

No le gustó nada como se refirió a su mujer, porque aunque todavía no lo era, lo sería muy pronto. Al menos eso era lo que esperaba.

—¿De qué demonios hablas?, ¿Cómo que es tuya? La acabas de conocer, bueno lo que eso signifique. Además nosotros no tenemos mujeres, ¿Se te olvida nuestra situación? —Rupert le riñó molesto.

Desmond le dio la espalda y se sirvió una taza de café. Necesitaba una buena dosis de cafeína, antes de comenzar a hablar. Ellos utilizaban la sangre para regenerarse y mantener su eterna juventud, pero podían ingerir comida sin problemas y disfrutaban de ella.

La sangre que primero habían bebido de sus víctimas, ahora la metían en sus cuerpos por medio de transfusiones. No necesitaban mucha, apenas un par de litros al mes eran suficientes, a menos que fueran heridos durante una batalla.

Todos lo observaban asombrados por su parsimonia. Regresó a la mesa y se sentó. Les tenía que explicar para que entendieran a lo que se iban a enfrentar. Alexandrus estaba sentado frente a él, en el lado opuesto de la mesa con los brazos cruzados y los labios apretados, visiblemente enfadado. Lo vio entrar con el pecho desnudo y eso le molestó. Era obvio que estaba pensando en Helena.

—No se me olvida, no tengo todas las respuestas, pero espero conseguirlas muy pronto —le contestó a Rupert, luego se volvió para ver directamente a Alexandrus y se dirigió a él sin tapujos. —Tengo que decirte que estoy muy decepcionado Alexandrus. No te quiero cerca de ella otra vez, no la mires siquiera, porque si le vuelves a tocar un solo pelo, no voy a detenerme. No te pido que te vayas, porque esto es demasiado grave, pero no quiero que ni siquiera estés en la misma habitación que ella, ¿me comprendes?

Alexandrus, asintió sin decir nada más. Sabía que sus días estaban contados, tendría que marcharse pero antes ayudaría al que consideraba su hermano.

—Esto es demasiado extremo —dijo Fredic. —Entiendo que estés molesto Des...

—En este momento no alcanzas a entender la gravedad de lo ocurrido, pero pronto lo harás, —Fredic guardó silencio al ver la ira que su amigo apenas contenía. —ahora lo que tengo que contarles es muy grave ya que nos afecta a todos.

—Continua, estamos todos confundidos —Rupert le respondió estaba tan perdido como los demás y Alexandrus se negó a aclarar que era lo que había visto cuando asaltó a la mujer.

—Cometí un error muy grave. Fui a investigar como acordamos, pero vi la oportunidad de atacar y lo hice —les confesó.

Arthur lo miró con desaprobación, aunque él no tenía la última palabra en cuanto a las decisiones que Desmond tomaba, se sentía incluido en las operaciones porque siempre seguía el plan que convenían. Ahora se sentía descartado, como si no fuera parte del equipo.

—Pero todo fue una trampa. Entré en ese callejón oscuro detrás de un grupo de seguidores, y estos aprovechándose de las tinieblas se me fueron encima. Me agarraron por la espalda y antes que me diera cuenta uno de ellos me clavó la daga directo en el corazón.

Todos estaban desconcertados, ¿acaso hablaba de la única arma que podía aniquilarlos?

—Cuando dices la daga, ¿te refieres a esa daga? —Howard exclamó con mucha preocupación.

—Sí, esa puta daga, ¿Cómo la tenían en su poder?, no lo sé, pero la tenían. Una vez que la enterraron hasta la empuñadura dentro de mi cuerpo, me dejaron tirado y salieron corriendo. Comencé a desangrarme lentamente, no podía moverme, me quedé paralizado. Sentí como mi organismo intentaba regenerarse, pero esa daga no lo permitiría. En un momento creí que moriría. Fue una agonía como nunca había sentido antes, me pareció que estuve ahí tirado por horas.

—¿Y qué tiene que ver esa mujer?

—Ella me salvó.

—¿Como una mujer pudo salvarte? —lo cuestionó Rupert, bastante desconcertado, esa mujer no tenía la fuerza suficiente para cometer tal proeza.

—Le pidió a Dios que se apiadara de mí, que no me dejara morir. Elevando una oración sacó la daga de mi cuerpo. No entendí bien las plegarias que dijo con exactitud, porque estaba medio inconsciente.

—¿Es una broma?

—No, es la verdad. Conocíamos la historia en donde podíamos morir si nos apuñalan con esa daga, que la Diosa creo para destruirnos, pero nunca escuchamos que durante el proceso, podíamos ser salvados. Ella lo hizo. Caminó directamente a mí, en ese callejón oscuro y me libró de la muerte.

—¿En dónde está la daga? No encontramos nada cuando los recogimos. —Fredic se removió en la silla, inquieto.

—Dentro de Helena. Al momento que la sacó de mi pecho su cuerpo se fusionó con ella. Helena, se convirtió en mi talón de Aquiles. Eso significa que no podrá irse nunca. Si se llegan a enterar los hombres del clan irán tras ella.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Hablé con Miguel mientras estaba inconsciente. —Howard viró su rostro y miró intensamente a Alexandrus, todos estaban conmocionados, solo él actuaba como si fuera algo que ya supiera con antelación.

—¿Tú lo sabías y te quedaste callado? —le espetó con coraje.

—Solo en parte. Lo vi en su cabeza de ella, cuando...

—Lo sé... —Desmond sabía que Alexandrus fue vencido por la lujuria, uno de los pecados por los que estarían tentados todos los caballeros alrededor de Helena y aunque en su mente se decía que no era su culpa. No podía olvidar la imagen de su hermano con su mujer en brazos.

Siglos de vivir juntos habían forjado nexos de amistad y lealtad muy fuertes. Los únicos sentimientos que no habían perdido y Alexandrus los había desdeñado.

—Miguel me dijo que Helena los afectaría a todos. Es una forma más de jodernos y ponernos en contra. Esa necesidad que crece dentro de ti, se detendrá una vez que termine el ritual que inicio —prosiguió Desmond.

—¿Eso qué significa?, ¿Que no dijiste que ya estaban unidos?

—Ella unió nuestras almas, entregando la mitad de la suya para salvar la mía, por eso tengo esta marca —dijo señalando la tatuaje sobre su pecho, cerca del corazón. —Ahora tenemos que unir nuestros cuerpos. Debo darle de mi sangre para hacerla inmortal. Mientras yo viva ella también vivirá, y si muero se ira conmigo. Pero debe aceptarme libremente.

—Eso está tan jodido a todos los niveles. —Fredic se pasó las manos por su cabello rojo oscuro.

—¿Qué pasa si ella rechaza unirse a ti? —Howard lo cuestionó.

—Si para la próxima luna llena no me he unido a Helena, perderé mi marca y me convertiré en el monstruo que una vez fui cuando la diosa nos maldijo.

—¿Miguel intervendrá otra vez?

—No, ahora ustedes tendrán que detenerme...para siempre —los hombres se sobresaltaron con la noticia.

—¿Cómo vamos a acabar contigo?, Lo único que podía matarte ya no existe.

—Te equivocas, hay más dagas por ahí, la diosa creo una para cada uno de nosotros.

—¡Eso está de puta madre! —Howard soltó furioso, fue un Barón, pero todos decían que tenía el lenguaje de un estibador de puerto. Era el más joven de los caballeros y se había embarcado en esa campaña empujado por su padre. Él no dejó atrás ni esposa ni hijos y no tuvo una novia formal, solo aventuras. La última imprudencia que cometió fue acostarse con la nueva esposa de su tío un conde protegido por el rey, por eso tuvo que salir huyendo de su casa a la que nunca regresó. —Esa maldita hija de puta.

—Cuida tu boca Howard. —le reprendió Fredic, echó la cabeza hacia atrás con hartazgo y dejó que Desmond siguiera hablando.

—La buena noticia, es que luego de la unión seré más poderoso. Mis habilidades se potenciarán.

—Nos dimos cuenta por como destrozaste la puerta. —Rupert, junto con Alexandrus quitaron la puerta hecha añicos, porque quedó inservible.

—Eso es apenas un esbozo de lo que seré. Cuando la unión se concrete, tendré más fuerza y poder que todos ustedes juntos. Miguel me dijo que habrá cambios muy malos, y que necesitamos ser más fuertes que nunca.

—Es increíble que todavía vayas a tener más fuerza. —Arthur lo miraba con los ojos abiertos. El como un simple hombre, no podía enfrentarse contra ninguno de los caballeros.

—El problema es convencerla que vincularse conmigo por toda la eternidad es una buena idea.

—De alguna forma ya lo hizo —señaló Fredic.

—Pero no lo recuerda.

—¿Nosotros vamos a pasar por lo mismo que tú? —Howard le cuestionó interesado.

—No lo sé con certeza, pero es una posibilidad.

—Yo no quiero estar cerca de ninguna mujer. He vivido siglos así, además no puedo romper mi juramento de lealtad —exclamó Fredic y se levantó arrojando su silla al suelo.

Él había jurado después de perder a su esposa que nunca estaría con otra mujer, por eso se aventuró en esa misión suicida y sin sentido porque no tenía nada porque vivir. Lo perdió todo cuando murió el amor de su vida. Fredic furioso, dejó la cocina con la convicción de que nunca permitiría estar en la misma situación que su amigo. Prefería morir, antes que deshonrar la memoria de Bethia. Todos conocían su historia y respetaban sus sentimientos.

Desmond le pidió a Arthur que fuera a su restaurante favorito por una sopa para Helena. Mientras le llevaría zumo de naranja y fruta picada, necesitaba comer y no le importaba lo que ella opinara. Ahora él se encargaría de cuidarla.

Capítulo 8



Perdiendo la cabeza.

Helena luego de recuperarse del shock, se dio cuenta de la marca que tenía sobre su pecho. Parecía como si hubiera sido hecha por un hierro fundido, la tocó detenidamente sintiendo los bordes y crestas, pero no tenía sentido, la cicatriz parecía que tuviera meses grabada en su piel y estaba segura que antes de ayer no la tenía en su cuerpo.

Era como un tatuaje pero sin tinta, estaba tallado como si hubiera sido extraída con un escalpelo. Estaba desconcertada. El hombre que estaba acostado con ella en la cama, era el mismo que yacía en el piso de ese callejón al borde de la muerte, ahora lo recordaba

<<¿Cómo se había recuperado tan rápido? >>

La sangre que había lavado de su cabello, sin duda era la de él, porque ella no estaba herida. Cerró la llave y deslizó la puerta de cristal de la gran ducha. El cuarto de baño era enorme. El agua era tan caliente que fue suficiente para llenar de vapor todo el lugar, creando una neblina de humedad. Había necesitado el agua casi a punto de hervor, para relajar sus músculos que dolían horrores.

Cogió dos toallas que colgaban de un tirador de acero inoxidable. Con una de ellas se secó para luego enrollársela en su cuerpo y con la otra escurrió su cabello y se hizo un turbante.

Abrió las puertas buscando alguna loción o crema hidratante para su cuerpo que picaba por la resequedad que había provocado sobre su piel. Encontró un tubo negro con letras blancas. Era una especie de gel. Intentó leer la etiqueta pero estaba en francés. Era lo único que había, así que se arriesgó y se vació un poco sobre su palma. Esparció el gel sobre su brazo y sintió como fue absorbido por su piel en el acto. El olor era delicioso, pero olía a hombre, aunque eso era mejor que nada.

Cubrió su cuerpo y dejó que su piel se rehidratara, retiró la toalla de su cabeza y cepilló su cabello que seguía húmedo. Dejó el baño buscando sus ropas, pero cuando las encontró estaban tan sucias que no fue posible que las usara otra vez. Estaban cubiertas de sangre con un olor desagradable, de ninguna manera las utilizaría. Así que entró al vestidor que había encontrado antes, y rebuscó entre los cajones.

Tomó una camiseta negra de cuello redondo. Eso le serviría por el momento y la pasó sobre su cabeza, arrastrándola sobre su cuerpo. La camiseta era tan grande, que le llegó hasta los muslos cubriendo su trasero. Como no encontró ningún bóxer, tuvo que quedarse así.

<<¿Acaso este hombre no usaba ropa interior?>>

La puerta del vestidor se abrió y lo miró, estaba de pie en el marco de la puerta y se dio cuenta que erguido, era más alto de lo que había creído. Casi era tan alto como la propia puerta. Él la

barrio de arriba abajo, y al sentir su escrutinio Helena deseó tener un poco más de ropa encima.

—Ya envié por ropa para ti, para que estés más cómoda. Ven tienes que comer —le informó invitándola a que lo acompañara.

—Gracias —agachó la cabeza y lo siguió con obediencia. A pesar de ser un hombre imponente, no se sentía temerosa con su presencia.

Consiente de su desnudez, se sentó en el sillón que estaba frente a la chimenea y jaló la camiseta tapándose lo más que pudo. Sobre una mesita había una charola. Un plato contenía fruta fresca, pan tostado y queso para untar. Junto a una botella de agua con gas *San Pellegrino* estaba un vaso de jugo de naranja.

Su estómago hizo un ruido gracioso, como si gatos estuvieran pelando en medio de la noche. Se avergonzó por esos sonidos tan escandalosos. Era un hecho que estaba hambrienta.

Desmond se acomodó frente a ella y abrió la botella de agua. La sirvió en un bonito vaso de cristal y se lo entregó. Helena lo tomó sin dudar y le dio un buen trago. Estaba sedienta. No era fan del agua mineral, pero estaba fría y le sentó de maravilla a su estómago. Cogió el pedazo de pan, le untó queso generosamente y le dio un buen mordisco. Tomó la servilleta de la charola y se limpió los labios mientras bajaba la cabeza.

—En el baño recordé lo que pasó —dijo despacio.

—¿Te acordaste?

—Sí...bueno una parte —dijo dudando, sus recuerdos eran confusos. —Recuerdo el callejón y la daga enterrada en tu pecho...yo creo que la saqué, después de eso todo se vuelve borroso —levantó la vista hacia él, que la miraba asombrado. —Prácticamente estabas muerto, ¿cómo es posible que estés frente a mi como si nada hubiera pasado? —balbuceo nerviosa.

Desmond se acercó y se arrodilló frente a ella, en un intento de parecer menos intimidante.

—Me hirieron pero no fue tan grave. Tuve una contusión por eso estaba en el piso. El callejón estaba oscuro. Me atacaron y cuando te acercaste a ayudarme, también te hirieron —le mintió Desmond, no podía decirle de golpe que era un ser inmortal que se había vinculado con ella, por toda la eternidad.

—Pero no había nadie. No me acuerdo... —Desmond le dio el vaso de jugo y le quitó el vaso de agua de las manos. Helena sin oponer resistencia se lo llevó a los labios y le dio un sorbo. En la mente de Desmond, solo importaba que en ese momento ella comiera y dejara de pensar, no era bueno que hiciera tantas preguntas, tendría más días para adaptarse.

—Así fue, créeme. Mis amigos nos encontraron y nos trajeron a aquí. Por eso te dije que no puedes irte. Desgraciadamente esos hombres querían secuestrarme, y aunque no lo lograron, lo volverán a intentar. Temo por tu seguridad.

Esa fue la excusa perfecta que se le ocurrió para mantenerla a su lado, mientras se completaba la unión y entonces ella no desearía irse nunca.

Helena, tomó otro trago de su jugo y se recargó en el sofá, mientras Desmond, comenzó a alimentarla y ella se lo permitió sin hacer más preguntas.

<<¿Qué tenía este hombre que la manejaba a su antojo? >>

Parecía tan sincero, aunque algo le decía que no era del todo cierto lo que le había dicho, pero era difícil resistirse a él. No solo era su apariencia, era algo que no podía explicar que la atraía irremediabilmente, y cada vez que la tocaba aunque fuera de forma fugaz su corazón se agitaba y su piel hormigueaba sintiendo una revolución en su estómago.

Aunque, no podía perder la objetividad de todo el asunto. Era tentador, pero su prioridad era

salir de ese sitio y buscar a Mariela para regresar a Valencia y seguir con su vida y sus planes. Ella no podía estar en peligro, fue solo una desconocida que estuvo en el lugar y momento equivocado.

Helena, esperaba que en un año estaría trabajando, ocupando un puesto permanente en la farmacéutica y seis meses después, traería a su madre a vivir con ella. No podía perder eso de vista. Eso no era un juego, era su plan de vida y no podía desviarse de su objetivo.

Terminó su comida y entró al baño para lavarse los dientes. Tenía que ser inteligente. Ella se orgullecía de serlo. Tal vez este hombre estaba siendo un poco paranoico, pero no creía que fuera mala persona. Le inspiraba confianza, por alguna razón desconocida se sentía a salvo con él. Y a pesar de que le agradecía que se preocupara por ella, no podía quedarse. Lo primero era hablarle a su amiga para informarle que estaba bien y avisarle que regresaría en cuanto pasara el peligro.

Desmond seguía sentado en el sillón y ahora tenía una pequeña copa en la mano y la esperaba pacientemente. Cuando salió del baño, encontró sobre la cama: un pantalón negro de lana, un suéter de cachemir color gris perla, ropa interior, medias y unas botas color negro con tacón plano. Sus ojos se abrieron con sorpresa y agradecimiento.

—Esa ropa es para que te cambies, aunque me gusta cómo te ves, no quiero que tengas frío. Esta casa es vieja y no tiene buen sistema de calefacción —le explicó Desmond con una sonrisa. Había pedido a Arthur que hablara a su personal chopper en los almacenes Bon Marché para que le enviaran ropa adecuada.

—Gracias... —le dijo con una sonrisa tímida. Tomó las prendas y las metió dentro de la bolsa que se encontraba a un lado, y entró al baño de nuevo para vestirse.

Se sintió maravillada cuando se enfundó los pantalones por sus piernas. La lana nunca era de su elección, porque le parecía molesta, pero esta tela era fantástica. Suave, cálida y cómoda. El suéter fue otra delicia, era el tejido más suntuoso que había tocado, como una caricia. Y no podía olvidar la ropa interior, de seda blanca con encaje del mismo material.

Además dentro de la bolsa se encontró un estuche de maquillaje que contenía lo básico, lo sorprendente era que el polvo y la base eran exactamente para su color de piel, sin olvidar crema corporal y para el rostro.

Si su amiga la viera en ese momento, hubiera flipado como ella decía. Ya con su nuevo atuendo y hasta con un poco de maquillaje dejó el cuarto de baño. El hombre estaba sentado viendo las llamas de la chimenea.

—Siéntate Helena, tenemos que hablar.

Asintió y se acercó, sentándose a su lado. Consciente de su presencia, cruzó los brazos sobre su cintura como protección.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —soltó sin poder evitarlo. Desmond se deslizó a su lado, acercándose hasta rozar su pierna contra la suya.

—Adelante, pregunta lo que quieras.

—¿Cómo sabes mi nombre? No traigo ninguna identificación conmigo y no recuerdo haberte visto antes.

—Tú lo dijiste anoche —era una mentira piadosa, pero Desmond no podía decirle que un ángel le había dicho como se llamaba.

—¡Oh Lo siento!, es que eso no lo recuerdo... —se pasó la mano por tocándose la cabeza buscando alguna evidencia de un golpe, no era normal que hubiera perdido la noción de los acontecimientos, todo se veía como un rompecabezas que apenas empezaba vislumbrar.

—Perdón por la descortesía. No, nos hemos presentado adecuadamente. Mi nombre es Desmond Rothgar —originalmente su familia lo llamaba William como su padre, pero ese hombre ya estaba muerto, por lo que comenzó a usar su segundo nombre.

Era bastante extraño. Nunca había oído el nombre Desmond. Su acento era profundo.

—¿Eres...inglés?

—Sí, de Gales. —Helena, recordó a Cass, él también era inglés, pero no hablaba tan marcado como este hombre.

—Soy, Helena Álvarez... —cerró los ojos y negó con la cabeza, todavía era difícil acostumbrarse al apellido de su padre. —Helena Baute Álvarez.

—¿Eres española?

—En parte, de padre español y madre mexicana —le explicó.

Desmond, la miró con una sonrisa. Así que de esa mezcla, había salido esta mujer tan hermosa. Tenía tantas preguntas, pero se lo tomaría con calma.

—Bueno ahora que ya nos conocemos —declaró con una sonrisa. Ni si quiera recordaba, la última vez que había sonreído tanto, pero se sentía feliz después de muchísimo tiempo.

Helena asintió y le sonrió de regreso. Desmond se giró y tomó a Helena de las manos, estudiando sus facciones. Él era un experto en saber si alguien estaba mintiendo. Sentiría su pulso si se aceleraba y detectaría un cambio de color en su rostro.

—Te agradezco profundamente por ayudarme, pero lamento haberte arrastrado a este desastre y que salieras lastimada.

—Yo lamento de no haber sido de mucha ayuda, ya que si perdí el conocimiento creo que mi intervención no sirvió de mucho.... —la chica guardo silencio y medito pensativa. —¿por qué me desmayé?

—Te golpeaste la cabeza.

¿Con que pudo haberse golpeado la cabeza? No lo comprendía además de que no había encontrado ninguna herida. Helena suspiró, no le había salido nada bien su rescate, de ser salvadora terminaron rescatándola de su propia estupidez.

—Agradécele a tus amigos por encontrarnos a tiempo —su comentario fue sincero.

—Ellos te agradecen a ti por ayudarme a mí. Es difícil encontrar a una persona que tenga el valor y coraje de entrar a un callejón oscuro para ayudar a un desconocido. Hoy en día, la indiferencia es nuestro peor enemigo.

Helena no entendía como ella pudo ayudarle a un hombre como él y menos cuando otros lo atacaron, pero no lo contradecía, si él estaba agradecido que así fuera.

—No podía dejarte ahí, aunque no hice mucho, lo intente. Mi madre siempre me inculcó ayudar al prójimo.

—¿Eres católica?

—Sí, ¿Por qué la pregunta? —avergonzada bajó la mirada frotándose los dedos como lo hacía cuando estaba nerviosa. Helena se sonrojó, ¿acaso la había oído pedirle a Dios en voz alta que lo ayudara y no lo dejara morir?, ahora solo faltaba que pensara que estaba desquiciada o que era una fanática religiosa.

—Escuché que decías algo pero no te entendí.

—Es que mi lengua materna es el español. Mi madre me enseñó esa oración desde pequeña, siempre estuvimos solas. Ella trabajaba muchas horas fuera de casa, así que cuando me asustaba y no estaba conmigo, rezaba. Siempre me decía que Dios me escucharía y me protegería —ahora Desmond, entendía muchas cosas.

—¿Entonces oras muy seguido?

Helena le extrañó que le hiciera preguntas sobre su religión, ella sabía que los ingleses no eran católicos, al menos no la mayoría, ya que eran protestantes y la verdad no conocía muy bien las diferencias entre las dos religiones.

—Es una costumbre muy arraigada, intento hacerlo cada noche —ella se comenzó a sentir incomoda, ¿acaso la estaba criticando?

Desmond se dio cuenta que Helena creyó que estaba juzgándola por lo que había hecho, pero no podía estar más equivocada, su curiosidad radicaba, en el poder que tuvo la chica para romper el hechizo que lo llevaba a la muerte.

—Oye, no estoy juzgándote por pedir un poco de ayuda divina en un momento difícil. Yo también soy católico —le dijo con una sonrisa de empatía.

—Oh, pero yo pensé que...

—¿Qué era protestante? —ella asintió sin decir nada más.

Lo que no sabía Helena, es que Desmond era más antiguo que la religión protestante que se profesaba en Inglaterra. Como no fue partidario de dichos movimientos se alejó de su país por casi 50 años, precisamente en el periodo en donde Elizabeth I, realizó esos cambios en el gobierno relegando a la religión católica por medio de la llamada reforma anglicana. Él y su familia eran católicos al servicio de Roma, sus creencias a pesar de sus actos y pecados cometidos seguían intactas, así que se refugió en Italia viviendo en Venecia.

—Bueno, mi familia era católica, yo crecí bajo esos dogmas religiosos, mi madre era muy allegada a la iglesia.

El castillo que pertenecía a la familia de Desmond, tenía su propia capilla en la propiedad y ellos eran los benefactores del párroco que oficiaba misa. Su madre básicamente se encargaba de proporcionarle al sacerdote en turno todo lo que necesitara. Helena sonrió con empatía, sabía de primera mano lo que era crecer bajo una doctrina tan establecida.

El silencio reino nuevamente entre ellos, era una situación complicada. Desmond le había hecho esas preguntas a Helena, porque quería conocer que tan fácil sería aceptar lo que tenía que contarle. Esperaba que su fe, fuera suficiente para creer todo lo que le esperaba.

—¿Que va a pasar entonces conmigo? —preguntó la chica con incertidumbre. Desmond quería decirle que él se encargaría de darle y proveerle todo lo que necesitara, además de entregarse por completo a ella. Desde el primer momento que despertó, reconoció el amor enorme que albergaba por Helena a pesar de no conocerla. Eso era totalmente de locos, pero no podía hacer nada contra ese sentimiento que llenaba su corazón.

Por primera vez en mucho tiempo, anhelaba un futuro al lado de la mujer de la que estaba enamorado y ahora sabía que su alma había muerto junto con su humanidad siglos atrás, pero en ese momento todo era diferente, se sentía completo. Ese era el regalo más valioso que ella le había entregado.

—Entonces, ¿cuándo me podre ir?, Necesito regresar a mi casa. Vine de fin de semana con una amiga para festejar mi cumpleaños, pero debo volver. Tengo clases en unos días y si no regreso puedo perder mi beca.

Helena comenzó a balbucear nerviosa. Desmond le tomó de las manos invitándola a hablar sobre su vida. No la conocía pero quería hacerlo. La muchacha le contó, como había llegado a España y de los planes que tenía en el corto plazo.

El hombre la escuchaba atentamente, era una mujer sorprendente, además de hermosa. No solo una cara bonita, era inteligente y compasiva con metas bien claras. Ella tenía una familia, su

madre era muy importante en su vida, el inconveniente sería que una vez que se uniera a él, no envejecería y no se podría ocultar por mucho tiempo.

—Te entiendo, pero debemos esperar unos días todavía.

Como explicarle que habían pasado más de dos días desde la madrugada del sábado, y que ese tiempo su cuerpo había dormido, recuperándose de lo que perdió. No podía aislarla del mundo, ella tenía amigos, familia que se preocuparía y la buscarían.

—¿Podría hablar con Mariela?, debe estar preocupada —ella intentó retirar sus manos de las de Desmond, pero este no lo permitió. Sus dedos acariciaban suavemente sus nudillos y eso le provocó que sintiera cosas extrañas. Ladeó la cabeza y resignada le preguntó por su bolso. Él asintió, salió de la habitación y volvió con el objeto, en las manos. Era pequeño de color metálico, tan pequeño que no llevaba su cartera encima, el móvil ocupaba todo el espacio. Helena lo abrió y encontró que su celular estaba inservible, totalmente frito. Lo ilógico era que la tela de la bolsa no tenía un solo rasguño. —Mi teléfono no sirve —declaró afligida. Desmond sacó un celular de última generación y se lo entregó.

—Voy a confiar en que harás lo correcto para tu amiga. No puedes regresar todavía porque los hombres que me atacaron pueden estar buscándonos, y no se detendrán hasta acabar con lo que empezaron. Debemos ser muy cautelosos, ¿me entiendes?

Helena asintió, sin poder creer lo que le estaba escuchando, ahora tenía miedo. ¿Cómo iba a escapar con ese riesgo sobre sus espaldas?, por lo pronto lo único que deseaba era hablar con su amiga y tranquilizarla, no era justo asustarla.

—No sé dónde estoy, ¿Seguimos en París?

—Sí, pero la ubicación es confidencial. Tengo muchos enemigos y es peligroso que tu amiga lo sepa, puede ponerla en un gran riesgo.

—Está bien, no le diré nada, pero tiene que saber que estoy bien o irá a la policía. Si no es que ha ido ya.

Marcó el número que conocía de memoria. Esperaba que contestara, porque era un número desconocido. Odiaba cuando la gente no contestaba teléfonos desconocidos, alegando que no tomarían una llamada de un número que no estaba entre sus contactos, ¿pero qué tal y llamabas de un teléfono público o si alguien que te prestaba su móvil porque tenías una emergencia?, una total insensatez.

Escuchó que tomaron la llamada y Helena se apresuró a contestar.

—¡Mariela soy Helena! —exclamó, esperanzada. Parecía que habían transcurrido meses desde la última vez que vio a su amiga. Tenía miedo, mucho miedo.

—*¡Por el amor de Dios, Helena!, ¿Dónde diablos estás?, te he buscado por toda la ciudad.*

—Lo siento, no era mi intención preocuparte, mi móvil se estropeó y no pude hacerlo antes.

—*Pero dime que pasó, ¿en dónde estás?, ¿cuándo vas a regresar?*

—Discúlpame, soy una mala amiga. Es que conocí a un hombre y me invitó a su casa... —era mala diciendo mentiras aunque se esforzó, no sonó muy convincente.

—*¿En qué momento?, ¿qué no se supone que estuviste con Cass? —se talló los ojos y pensó. No debía sonar algo muy fantástico o no se lo tragaría.*

—Saliendo del hotel caminé hasta *Notre Dame*, quise entrar pero estaba cerrado, me quedé ahí por unas horas. En el atrio me lo encontré, se me acercó y comenzamos a platicar. Después fuimos

a desayunar, una cosa llevó a la otra y me invitó a su casa.

—*¿Cómo se te ocurre hacer algo así? Es un desconocido —chilló del otro lado de la línea.*

—Estaba muy alterada por lo que pasó con Cass por eso fui a la iglesia...

—¿Qué pasó con Cass, de qué estás hablando?

Helena se quedó callada, era bochornoso decirle a su amiga, sin olvidar que Desmond estaba a un lado escuchando.

—Me da vergüenza contarte —susurró. Pero él escuchaba perfectamente lo que platicaban ambas mujeres, y estaba muy atento a sus palabras.

—*¡Déjate de gilipolleses y explícame que te hizo ese hijo de la gran puta! —le exigió la rubia, la muchacha se encogió de hombros ante los gritos de Mariela que estaba furiosa. Había pasado de la sorpresa a la ira en un segundo.*

Helena le dio la espalda a Desmond para que no escuchara su conversación, pero ella no sabía que él contaba con una audición mejorada, parte de las habilidades que adquirió cuando dejó de ser humano. Sus alarmas se prendieron cuando escucho las palabras de la española que vociferaba impropiedades.

—Yo tuve la culpa Mariela, me fui con él a su hotel... —murmuró entre dientes.

—*No digas estupideces, ¿te forzó?, Dios mío yo soy la responsable, te animé para que te fueras con él —la otra joven comenzó a sollozar.*

—No llores, tú no tienes la culpa, no me violó, gracias a Dios se detuvo, estaba tomado y creo que por eso se molestó tanto...

Un gruñido a su espalda la sobresaltó, cuando giró miró a Desmond cruzado de brazos y con ira reflejada en su rostro. Ese hombre estaba jodido, investigaría quién era ese bastardo que trató de aprovecharse de Helena.

—*No amiga, por más caliente que estuviera no tenía derecho a tratar de abusar de ti. Ahora entiendo, por eso el desgraciado estaba tan preocupado, por su culpa saliste huyendo de su hotel en la madrugada y se sentía responsable de tu desaparición. Hasta me acompañó a la policía y me dejó sus datos.*

—¿Fuiste a la policía? —le preguntó sorprendida.

—*Por supuesto, cuando no regresaste me preocupé muchísimo, fui a levantar una denuncia pero no me hicieron caso, tuve que esperar 48 horas, regresé después con mi mamá —la palabra 48 horas la dejó confusa pero la noticia de que la madre de Mariela estaba en París la desconcertó aún más.*

—¿Vino tu mamá?

—*Sí, pero se acaba de ir, tuvo una emergencia en el hospital. Yo estaba haciendo mis maletas para marcharme también.*

—¿Por qué te vas tan rápido?

—*Helena, hoy es lunes por la tarde. Debo regresar a la Universidad.*

—¿Queeeeé? No puede ser, debe haber un error... —estaba estupefacta, no podía creerlo, en su

mente solo habían pasado unas horas, no tres días.

—Por supuesto que ya pasaron tres días, ¿dónde estás?, dime para ir a buscarte...

Desmond le arrebató el apato de las manos y cortó la llamada. Había sido una pésima idea permitir que hablara con su amiga. Helena gritó y cuando miró hacia la puerta y la encontró abierta, salió corriendo, pero no llegó muy lejos, la alcanzó con facilidad y la aprisionó entre sus brazos.

—Por favor no me hagas daño. Si me dejas ir yo no voy a decir nada, te lo prometo —su voz era una súplica y aunque sabía de antemano que era estúpida su petición, no podía hacer otra cosa más que rogarle que la dejara marchar.

—Calma, no es lo que piensas, nunca te haría daño —le susurró detrás de la oreja.

El cuerpo de la joven se envaró cuando sintió el cálido aliento en su cuello. Su piel se erizó y todo su ser, se alteró al sentir los poderosos brazos a su alrededor. Desmond después de siglos de tener cerca a una mujer despertó de inmediato cuando sintió como la espalda de Helena se restregaba contra la parte frontal de sus pantalones. Un cúmulo de sensaciones se abrió paso por su pecho, su entrepierna respondió con una tremenda erección. Sin poder evitarlo enterró su nariz en su cuello embriagándose con su aroma. Olía como él, debió de haber usado su gel de baño.

Deseaba pasar sus manos por todo su cuerpo y desnudarla, una apremiante necesidad de poseerla comenzó a fraguarse en su interior. Era como un polvorín a punto de reventar. Bajó sus manos y las metió debajo del suéter de cachemir y sintió lo terso de la piel de su estómago, subió hasta encontrarse con un par de senos erguidos, los tomó sin reparos sintiendo el suave material de las copas de su sostén y los quitó de su camino para apresarlos desnudos entre sus dedos, que eran grandes y perfectos para el tamaño de sus manos, con unos pezones bien formados.

Helena sintió como tomaba sus pezones entre sus dedos y dejó caer su cuerpo contra su pecho mientras la sostenía y cerró los ojos entregándose deseosa de su tacto. El aprovechó para besar su cuello y comenzó a lamer detrás de su oreja. Era demasiado, sentirse entre sus brazos mientras sus manos y boca obraban magia fue intenso.

Un quejido involuntario salió de sus labios y trajo de vuelta a la realidad a una Helena enardecida por el deseo y eso la aterró.

<<¿Pero qué diablos estaba haciendo?>>

Se reprendió mentalmente por tener esa respuesta física hacia este hombre que le tenía retenida contra de su voluntad, la había secuestrado y ahí estaba ella permitiendo que la magreara y se restregaba contra su pecho cómo gata en celo. La racionalidad regresó a su mente y el momento de pasión acabo, ella lo empujó deshaciéndose de sus brazos, Desmond estaba tan entregado que permitió que se zafara de su agarre.

Ella lo miró todavía jadeante, sus ojos desbordaban deseo así como la enorme erección que parecía que reventaría sus pantalones y su miedo se incrementó.

—¡No, no, esto no está bien! —exclamó sin aliento.

Levantó sus manos para que no se acercara más hacia ella, ¿En qué momento todo se había vuelto tan confuso?

—Tengo que irme...

Desmond, la aprisionó de nuevo entre sus brazos y Helena comenzó a patallar y retorcerse.

—Lo siento preciosa pero no puedo permitirlo.

No quería que se lastimara, así que con un movimiento rápido hizo presión en un punto del

cuello debajo de su oreja y Helena se desmayó. La levantó y la acostó en el sofá frente a la chimenea, acomodando su cabeza en un cojín para que no se torciera el cuello. Dejó la habitación con una misión bien clara, debía interceptar a Mariela, necesitaba los documentos de Helena para sacarla del país.

En algún momento, tendría explicarle que estaba ocurriendo, convencerla que se debía quedar con él para siempre, y que lo aceptara sería más difícil de lo que creía. Pero daría un paso a la vez, primero tenía recuperar sus documentos y luego abandonar Francia. No era seguro permanecer en París por más tiempo, tenía que regresar a Londres en donde estarían más protegidos.

Capítulo 9



A través de los ojos del pasado.

Un fuerte estruendo asustó a Helena que se despertó desorientada con un ligero dolor de cabeza. Paso sus dedos por el cuello en donde Desmond la tocó antes de que cayera inconsciente. No tenía ni idea de lo que había hecho para que perdiera el conocimiento, pero había sido efectivo.

Abrió los ojos y miró la chimenea que estaba frente a ella, las llamas crepitaban danzantes. Por un segundo no vio la diferencia, pero luego lo notó. Esta chimenea era muy distinta a la que recordaba. No era moderna, ni sus flamas estaban reguladas, era una chimenea rústica con troncos que se quemaban generando un ligero humo negro y estaba llena de hollín.

Definitivamente era un lugar diferente en el que horas antes había caído inconsciente. El sofá ya no era de piel mullida y sedosa, se encontraba cubierto con una colcha áspera de lana. Todo estaba cambiado. La chimenea de piedra gris tenía una cabeza de un león labrada en el centro que sobresalía.

Helena se levantó y se percató que inclusive sus ropas no eran las mismas. Ahora su cuerpo estaba cubierto con un vestido de terciopelo color dorado que llegaba hasta el piso y era muy pesado. Levantó sus brazos y dos largas mangas cubrían hasta sus manos.

Una gruesa alfombra de piel de algún animal, revestía el frío piso bajo sus pies. Al girarse se encontró con una gran cama con dosel que ocupaba la mayor parte de la habitación. Había una tina antigua de cuatro patas como garras en la esquina del dormitorio, tenía agua todavía y rastros de que alguien había tomado un baño.

<<¿Dónde demonios estoy?>>, pensó Helena.

Vio un espejo que estaba a un costado de la gran cama y corrió para verse. Lo que el espejo reflejó la dejó de piedra. Una mujer con la piel pálida y cabello rubio casi blanco, con los ojos azules fríos como el ártico la observaban boquiabierta, era sumamente hermosa con los labios carnosos y unos rasgos delicados. Parecía tan joven, no mayor de veinte años.

Helena acercó su mano al espejo para confirmar que no era otra persona que estaba de pie frente a ella y descansó la yema de sus dedos sobre este.

<<¿Cómo podía tener ese aspecto? >>, Se observó atónita.

Se tocó la cara recorriendo sus mejillas y pudo sentir el roce de sus dedos, ¿Acaso se había vuelto loca?, ¿O era una alucinación?

La puerta se abrió y se giró sorprendida cuando vio que Desmond caminaba con pasos firmes hacia ella, sus ropas eran también extrañas: pantalones de piel marrón, con botas rústicas y una

camisa de lino.

La miraba descolocado. Se acercó nervioso o ¿tal vez estaba alterado?, no lo sabía con certeza. Totalmente se sorprendió cuando el gran hombre, se postró a sus pies y bajó su cabeza.

—Claire, te lo suplico, no lo hagas por favor. Nuestro hijo no tiene la culpa. Dale la oportunidad de vivir. —Helena se quedó muda con tal declaración.

<<¿Por qué le decía eso?, ¿Qué era lo que le estaba pidiendo?, ¿La mujer en la que ahora se encontraba su conciencia acaso estaba embarazada y quería perderlo? >>

Ella no podía concebir un hecho tan atroz.

<<¿Cómo quitarle la vida a un inocente?, ¿pero qué podía hacer?, ¿qué podía decir?>>

Desmond levantó su rostro y pudo ver lágrimas que salían de sus ojos discretamente. Le estaba implorando por la vida de su hijo, sin importarle humillarse en el proceso. Helena se llevó las manos cubriendo su boca para no soltar un sollozo. Eso le partió el corazón. El dolor que mostraba era conmovedor.

—Si no me soportas. Me puedo ir, pero no condenes a un inocente, dale la oportunidad de que nazca, prefiero que el viva, aunque no vuelva a verlo... —el hombre suspiró con fuerza y por un momento guardó silencio, buscando las palabras adecuadas que tocaran el corazón frío de esa mujer, y siguió hablando.

Pudo ver lo destrozado que estaba.

—Te juro por mi vida, que no te voy a volver a tocar. Me han ofrecido comandar un grupo de caballeros que se dirige a tierra santa. Había dicho que no, pero si aceptas quedarte con él, me iré y tal vez no regrese.

Helena seguía sin decir una palabra, no tenía ni idea de lo que él decía o porque se lo decía. Desmond, la jaló del brazo y Helena sintió una descarga eléctrica sobre su cuerpo, como si hubiera metido el dedo dentro de un enchufe de corriente.

Fue como si hubiera caído dentro de un agujero negro que se la tragó. Las imágenes de la vida de Desmond, se le presentaron de tajo, mostrando una imagen tras otra. El día de su boda, la noche de bodas, los días infernales que vivió después de llevarla al castillo y el peor acontecimiento de todos para Claire, la noticia de su embarazo.

Un embarazo que no deseaba, pero no podía atentar contra un ser inocente, ya que era transgredir la voluntad de Dios, lo entendía, pero era tanta su repulsión al hombre que le había arrebatado la vida, que la hacía desdichada y había olvidado lo que un bebé podía darle.

El corazón de Helena latía con fuerza como si estuviera a punto de estallar y su cabeza gritaba, era demasiada información para procesarla de un solo golpe.

La mujer en la que se encontraba, odiaba a Desmond con todas sus fuerzas, ella nunca deseo casarse, pero él se obsesionó con la mujer en cuanto la vio y prácticamente se la compró a su padre. Este a pesar de ser un buen hombre, no tenía dinero, era un noble arruinado con demasiados problemas económicos y una familia de diez hijos que mantener. Claire era la menor de las mujeres y cuando cumplió 14 años se fue a vivir como novicia en un convento cercano, su padre no puso objeción, ya que él sabía que no había dote y nadie se casaría con ella, al menos eso creyó.

Pero cuando la madre de la muchacha enfermó, regresó a casa para cuidarla y en una de las visitas al pueblo buscando unas hiervas para curar la fiebre, Desmond la vio por primera vez. Fue cuando su vida se trastornó por los caprichos de un hombre que no aceptada un no por respuesta.

Ella era feliz en el convento, en donde acogían a niños abandonados por sus padres o eran

entregados porque no podían mantenerlos y preferían dejarlos ahí, antes que murieran de hambre. Dedicar su vida a Dios había sido su deseo desde que era pequeña.

Hasta ese momento, su padre había permitido que se ordenara como novicia y respetó la decisión de convertirse en religiosa, pero cuando el Duque de Rothgar se acercó, ofreciéndole una gran compensación económica por casarse con ella, de inmediato accedió.

El joven cometió un error, ahora lo sabía, pero fue víctima de sus propias decisiones. Su esposa realmente lo aborrecía. Lo miraba como un monstruo que la había forzado y la había arrancado de su vida de paz y humildad al servicio del señor. Pero él no era un mal hombre, solo uno muy equivocado que quería una familia.

De pronto, todo cambió, la imagen de una mujer muy alta con el cabello oscuro y tez blanca como la leche, apareció frente a ella. Un niño pequeño con el cabello rubio y bracitos rechonchos, corrió a sus piernas. Sin duda era Desmond, pero la mujer no lo llamaba así, le decía William. El niño reía inocentemente mientras la mujer lo giraba entre sus brazos y este gritaba de emoción. Tenía una risa hermosa e inocente.

Todo se volvió un borrón y luego se encontró en un salón muy grande. Un candelabro de hierro forjado colgaba cargado con un centenar de velas que iluminaban un salón de piedra, el llanto de un niño la atrajo a un costado de los fuertes sillones de madera que se encontraban detrás de un comedor para una veintena de personas.

Ahí miró a Desmond, entrado en sus diez años, lo reconoció por sus ojos, sus rasgos eran los mismos pero todavía tenía la inocencia de un niño. La madre de Desmond, estaba tirada sobre un charco de sangre con el cuello degollado, inerte y sin vida, él se aferraba a su pecho mientras lloraba con rabia.

Helena se asustó cuando un hombre muy alto y fornido cogió a Desmond del cabello y lo levantó, el chico luchaba y gritaba que lo mataría. Estaban saqueando su casa era evidente. El hombre parecía un bárbaro, su aspecto era sucio y sus dientes amarillentos mostraban una sonrisa retorcida y horrorosa. Recogió el cuchillo con el que supuso habían asesinado a la mujer para matar el pobre niño. Helena corrió para ayudarlo pero no podía hacer nada, en realidad no estaba ahí, era una mera espectadora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio como ese hombre vil clavó el cuchillo en la espalda del niño y gritó de dolor. Helena le suplicaba que lo dejara pero ese mostro estaba decidido a matarlo. El estrépito de una puerta estrellándose contra la pared la asustó, en ese momento entró un hombre tan alto como el Desmond adulto que conocía, bajó la mirada y al ver la mujer en el piso dio un alarido de ira, el hombre corrió para salvar a su hijo.

El niño fue arrojado al piso, cuando inicio la lucha entre los dos gigantes. Helena sintió una punzada en la cabeza y cayó de rodillas al piso, en medio de la vorágine de hombres luchando que llenaron el salón, aunque nadie se percataba de su presencia.

Con la cabeza a punto de explotar, saturada por la cantidad de imágenes que se proyectaban en su mente, comenzó a gritar hasta que se desvaneció. Su pecho dolía, ella sufría por Desmond y aunque era imposible, sabía que esos eran recuerdos, no un sueño o alucinaciones.

Estuvo perdida en un sueño profundo hasta que se despertó nuevamente, al abrir los ojos se sentó abruptamente, al percatarse del lugar en donde se encontraba. Se comenzó a tallar las sienes con sus dedos, en un intento por procesar lo que estaba viviendo.

<<¿Me estoy volviendo loca?>>

No podía dejar de cuestionárselo. Era imposible que estuviera en su habitación, en su casa a

miles de kilómetros de distancia, en un continente diferente. Su mente le estaba jugando una broma macabra. Era de noche, las cortinas de su pequeña recámara estaban cerradas, y todo estaba en penumbras.

Se dio cuenta que tenía puesta su pijama, la que había dejado en casa por ser demasiado vieja y roída. La luz de su escritorio se encendió de repente, sorprendiéndola cuando un hombre mayor le sonrió.

Por alguna extraña razón, Helena no se asustó, era un señor mayor entrado en los sesentas y su rostro era atractivo para su edad, aun lleno de arrugas. Sus ojos eran de un azul profundo y limpio, como un cielo de verano.

—Hola Helena —una voz profunda le transmitió una paz que hacía mucho no sentía. —Sé que es imposible que estés aquí en estos momentos —continuó el anciano.

—¿Quién eres?, ¿puedes explicarme que está pasando?, ¿Estoy soñando?

—Demasiadas preguntas y aunque no puedo darte todas las explicaciones que deseas, trataré de ayudarte a pasar por este momento. No es tan malo como piensas, solo debes abrir tu mente, ¿y en cuanto a si estás soñando?, podríamos decir que sí. Acércate quiero verte.

Ella asintió y se levantó de la cama, se sentó en un sillón a un costado de su pequeño escritorio a unos pocos pasos.

<<¿Quién era ese anciano?>>, la intrigaba de sobremanera, aunque no más el saber que pasaba con Desmond.

—William no es un mal hombre —contestó el hombre. Helena se enderezó en su asiento cuando escuchó el nombre de William. —Yo lo sé todo Helena. Sé cómo tu padre se fue y dejó a tu madre embarazada, como ella te crió sin ayuda de nadie cuando sus padres le dieron la espalda, y a pesar de las carencias y limitaciones nunca se alejó de Dios. Es una mujer de mucha fe y ha tratado de enseñártelo desde pequeña.

Los ojos de Helena se llenaron de lágrimas.

—Es la mejor madre que me pudo tocar —declaró orgullosa.

—Sé que estás asustada y preocupada a parte iguales, pero no debes estarlo.

—¿Cómo no voy a estarlo?, me desperté en un lugar extraño, con un hombre al que no conozco y no me da ninguna explicación, al contrario me di cuenta que me mintió.

—Lo entiendo, ¿pero luego de lo que te revelé, me dices que no lo conoces? —la chica abrió los ojos, sobrecogida.

—Pero eso no puede ser posible, no puede ser su vida, eso paso hace mucho tiempo.

—Muchas cosas no tienen explicación, que estés aquí conmigo en la habitación de tu casa no puede ser posible, y sin embargo lo es. No te ha dicho tu madre que la fe ve lo invisible, cree lo increíble y recibe lo imposible.

Esa era una frase que su madre siempre le repetía, cuando Helena le cuestionaba sobre sus creencias, ella le decía que no todo tenía una explicación lógica, pero si su fe era suficientemente fuerte, era todo lo que necesitaba.

—A mí no me corresponde decirte quien es William y que quiere de ti. Solo te puedo decir que hay una un lazo entre ustedes que se irá fortaleciendo siempre que tú le des la oportunidad. Esa unión ya está ahí, es un buen hombre y si tocas tu corazón dejando de lado la razón, encontrarás las respuestas a tus preguntas.

Se le quedó mirando, pensando ¿cómo era capaz de conocer tantas cosas?, por su mente cruzó la idea de que ese anciano era Dios y Miguel sonrió.

—No soy Dios, te aseguro que está demasiado ocupado, pero no por eso no está al pendiente

de sus hijos. Yo solo soy un mensajero.

<<¿Puede leer mi mente? >>

—Sí, es una de mis ventajas, pero no puedo hacer que aceptes lo que te digo, esa es tu decisión. Para Dios es muy importante, el libre albedrío.

A esas alturas, no tenía dudas que todo era posible. Se quedó pensativa por unos minutos en un intento por digerir lo que le había revelado, aunque en realidad no eran muchas las explicaciones que le había dado. Básicamente era que tenía que aceptar su situación y creer que todo iba a estar bien. Tendría que poner su vida y la de los que amaba, en manos de un hombre al que apenas había visto y aunque en el fondo de su alma sabía que podía confiar en él, tenía muchas dudas. Resignada le contestó con templanza.

—Aceptó lo que me dice, pero no puedo dejar mi vida así nada más. Tengo planes, he trabajado mucho para llegar hasta donde estoy, para alcanzar mis sueños. Además mi mamá depende de mí, ella y yo estamos solas y una de mis metas es darle un futuro mejor. Sé que está cansada de trabajar aunque no lo dice, y no puedo dejarla desamparada. Toda su vida se ha sacrificado por mí...

Helena comenzó a balbucear ansiosa, nunca dejaría tirada a su madre, la mujer que lo había dado todo por su hija, la mujer que dejó su vida para que nada ni nadie la dañara. Ella fue una mujer hermosa, que tuvo varias oportunidades de rehacer su vida, pero antepuso sus necesidades por su papel de madre.

—No dudes que William daría la vida por ti, confía en él y no temas pequeña tu sacrificio te será recompensado. Abraza lo que te fue concedido.

Todo se comenzó a desdibujar, las paredes se desvanecían y un pozo negro pareció que la devoraría, Helena gritó desesperada ante que aquel hombre desapareciera.

—¿Te volveré a ver? —grito asustada.

—Cada vez que me necesites.... —las palabras solo fueron un susurro lejano.



Sintió como unas manos la sacudían con fuerza. Sus ojos se comenzaron a abrir y se encontró con la cara de Desmond frente a ella a unos pocos centímetros.

Pero el hombre al que le temía, ya no era Desmond, era William. Nunca podría olvidar su rostro asolado por el dolor y culpa, arrodillado suplicando por la vida de su hijo, o la imagen del niño llorando por la muerte de su madre, asustado y sufriendo por recibir una puñalada en su abdomen por un maldito bastardo que intentó matar a un pequeño.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por esos recuerdos que inundaban su mente y la azotaban con sentimientos desgarradores, su corazón sufría por él.

<<¿Cuánto dolor había soportado a lo largo de su vida?>>

—¿Te sientes mal? —le preguntó mortificado por sus sollozos ahogados y reprimidos, pero ella era incapaz de articular palabra, sentía que se ahogaba y no podía respirar, era demasiado agobiante.

Al regresar a sus aposentos, la encontró tumbada sobre el sofá, temblando y sollozando. Su

frente estaba perlada de sudor y su cuerpo se estremecía. Él pensó lo peor, tal vez le había hecho daño cuando la hizo perder el conocimiento.

Helena negó con la cabeza, levantó su mano hasta alcanzar su mandíbula y deslizó sus dedos por su rostro. Su piel era suave y olía increíble. Ella sentía su pena, su tristeza, su dolor y por alguna extraña razón, quería aliviar esa carga que tenía sobre sus hombros, y que sabía que no le dejaban avanzar.

Desmond, se tensó bajo las caricias de Helena, que lo miraba embelesada y con amor. Estaba confundido, la única persona en su vida que lo había visto así, fue su madre y la habían arrancado de su lado de una forma miserable. Sus ojos se conectaron y fue como si leyera su mente. Ella conocía sus más oscuros temores y sus peores pesadillas, y todo lo que deseaba era que ese sufrimiento se fuera.

Quería decirle que ya no estaría solo, porque en el fondo de su corazón reconocía que era su alma gemela. Helena se levantó y sin decir una palabra pegó sus labios contra los de él, que la recibió gustoso, le plantó un beso febril, lleno de deseo y lleno de amor que aceptó de inmediato. Pasó sus manos alrededor de su cuello y lo atrajo sobre su cuerpo.

Mientras Helena seguía rebobinando la película de la vida de William. Su mente racional le decía que esas imágenes eran imposibles que fueran reales, pero por algo extraño sabía pero lo eran, no tenía dudas.

Ahora entendía que William desapareció para darle paso a Desmond, el hombre taciturno en el que se convirtió lleno de dolor y culpas, como forma de protección. Se volvió un hombre atormentado que cometió errores, pero seguía siendo digno de ser amado y nunca le haría daño.

Desmond maravillado por la reacción de Helena, la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza, su ritmo cardíaco se disparó y su cuerpo se despertó furioso. No sabía que había ocurrido durante su sueño, pero por el momento no le importó, todo lo que quería arrancarle la ropa y tirarla sobre la cama para devorarla por completo. No solo era su cuerpo lo que deseaba, anhelaba su sangre, quería saborearla y perderse en su esencia. Sus colmillos dolían por salir y clavarlos sobre su pecho en donde estaba la prueba de su entrega y sacrificio.

Pero no iba a hacer eso, le horrorizaba la sola idea de hacerle daño. Tenía que tomarlo con calma, no la quería lastimar ni asustarla. No permitiría que Helena descubriera al monstruo que era, y que quería salir con una desesperación apabullante. Un monstruo sediento de sangre el cual ella había despertado. La ironía era que solo ella podía apaciguar.

Desmond, la miró como si fuera el ser más hermoso sobre la faz de la tierra. Esa mujer era un regalo del cielo, era su regalo. Era un privilegio que le fue concedido gracias a la intervención divina, que a pesar de todo lo malo que hicieron, no fueron abandonados por ese ser supremo que era Dios.

Ahora, ella le había dado la ofrenda más preciada y pura que un ser humano podía tener, su alma. Así que por eso a pesar de su anhelo y necesidad, la trataría como lo que era para él, una reina.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo la cubriera. Su calor era delicioso. Sintió como sus músculos se tensaban bajo su toque. Quería palparlo. Ansiaba sentirlo. Metió las manos debajo de su camiseta y acarició los músculos de su espalda. Encontrando la cicatriz de la herida que le hicieron cuando perdió a su madre.

—Lo siento William, todo va a estar bien. —Helena le susurró al oído, mientras lo arrullaba.

Desmond, se tensó y luego de unos minutos se recuperó de la sorpresa. Abrió los ojos aturdido, lo había llamado ¿William?

Levantó su torso y miró como los labios de Helena estaban hinchados y rojos de los besos compartidos. Asombrado y extasiado como estaba, tenía que saber, <<¿cómo demonios ella sabe mi segundo nombre?>>

—¿Cómo sabes que me llamo William? —la cuestionó un poco alterado.

Helena abrió la boca, pero se quedó sin habla. Por un momento, se dio cuenta, que si le decía lo que había soñado, pensaría que estaba loca.

—Dime como lo sabes —la voz de Desmond estaba llena de desconfianza. Ya no era una pregunta, era una orden.

Helena, suspiró y cerró los ojos. Estaba atrapada. Desmond la tomó de los brazos y la sacudió ligeramente.

—Dímelo mujer... —le exigió, necesitaba saber que pasaba por su cabeza.

Helena se encogió asustada. Desmond, se dio cuenta y puso sus grandes manos sobre sus mejillas, rozando sus pulgares con suavidad.

—Perdón por ser tan brusco. Mírame cariño.

Helena abrió los ojos y lo miró. No estaba enojado, al menos ya no, su interés era legítimo.

—No quiero que pienses...que estoy loca...

El negó con la cabeza. Ella dudo un momento, pero le contestó. Sería lo más honesta que pudiera aunque el creyera que había perdido la razón.

—Hace rato, tuve un sueño muy extraño...yo...soñé contigo...

Desmond, se sentó intrigado y la jaló sobre su regazo. Era más fácil que se abriera a él, si no lo veía directamente a los ojos. Pasó sus brazos y la acunó sobre sus piernas, ella respondió colocando su cabeza sobre su hombro.

—Quiero escuchar tu sueño.

—Fue como estar dentro de una película medieval...pero yo era la protagonista. Aunque me miraba y hablaba diferente, como si mi conciencia estuviera atrapada en el cuerpo de otra persona... de repente entraste en la habitación diciéndome cosas que no entendí. Apareciste suplicándome que no perdiera a tu hijo y te arrodillaste frente a mí.

Desmond, sintió una punzada de dolor en su corazón, era una vieja herida que se estaba abriendo nuevamente, al recordar a su esposa. Helena le narro con lujo de detalle, mientras la escuchaba sin dar crédito. Le describió el día tan espantoso que con los siglos había tratado de olvidar. Lo había enterrado tan profundo en su cabeza como había podido.

La camiseta de Desmond, se empapó con las lágrimas de Helena, que al final del relato sollozaba sin control.

—Sé que es una locura, No puede ser verdad. Pero así lo siento. Y me duele por lo que sufriste. Me duele saber lo que te hirió esa mujer y de alguna manera, yo fui participe...yo...

Desmond, tomó su cara y la miró con sorpresa. Esa empatía que Helena sentía, sabía que se debía a que de una forma mística y celestial compartía su alma con él. Estaban unidos. Solo faltaba para sellar ese vínculo reclamarla como suya y tomar su sangre y su vida. Ella estaría para siempre a su lado, al menos hasta que completaran su misión de exterminar a los clanes. Algo que parecía no tener fin.

No entendía como Dios en su infinita misericordia, le había enviado una mujer tan bondadosa para salvarlo.

¿Después de todo lo que había hecho?

Su mera presencia era un regalo. Su sufrimiento por él, fue lo más hermoso que había experimentado nunca. Nadie lo había amado. Nadie se preocupó por sus sentimientos. Nadie se

compadeció por lo que perdió. Como podía rechazar su ternura. Ella lo miraba como nadie antes lo hizo. Con amor.

El bajó sus labios y la besó con delicadeza. Intentando ser lo más cuidadoso posible. La apretó contra su pecho y se dejó llevar por la pasión. Helena le respondió pasando sus brazos alrededor de su cuello y cerró los ojos. Entreabrió los labios y él aprovechó para reclamar su boca.

Un beso lleno de amor y de vehemencia, bastó para todas las murallas que construyó con tanto esfuerzo, cayeran a pedazos. La levantó entre sus brazos y le depositó en la cama. Sus manos actuaron por puro instinto. Con mente propia. Llegó hasta sus caderas y subió su blusa dejando su estómago expuesto para que sus dedos jugaran con su piel suave y tersa.

Su cuerpo se empequeñeció bajo el suyo y eso le encantó. Las manos de Helena vagaron debajo de la camisa de Desmond, y las yemas de sus dedos se deslizaron a lo largo de su espalda rítmicamente, recorriendo su columna con tal deferencia, que gimió en su boca.

Eso fue suficiente para que se abalanzara sobre lo que ansiaba. Se levantó y se sentó sobre sus talones. La miró con el cabello oscuro desparramado sobre el edredón blanco. Lo veía agitada con los labios entreabiertos, agarrando aire y su blusa enrollada sobre su pecho mostrando apenas un atisbo de su sostén de seda.

Desmond, jadeaba y respiraba con dificultad. No quería detenerse, pero no la forzaría a hacer algo que ella no quisiera. Helena estaba sonrojada y sus ojos brillosos. De repente ella le sonrió y cogió el dobladillo de su blusa sacándola por la cabeza y la arrojó al piso.

El bajó sus manos hasta sus hombros y acarició sus clavículas. Comenzó a trazar con uno de sus dedos un camino hasta llegar a su pecho en donde estaba la marca que lo unía a él.

Sin palabras la miró esperando que ella le diera luz verde y Helena asintió. Sus manos abrieron el botón de sus pantalones y cuando intento bajárselos, la detuvo.

—Permíteme ayudarte —Desmond, estaba fascinado con su cuerpo. Bajó los pantalones y los sacó de sus piernas, dejándola solo en ropa interior. El juego de lencería negro era un espectáculo digno de admirar. Era simplemente perfecta. Su piel hermosamente bronceada y sus curvas generosas eran una tentación. Aunque tendría que hablar más tarde con Arthur, quien se había encargado de comprar la ropa para su mujer.

Se tomó su tiempo admirándola. Sus manos recorrieron su cuerpo, palpando cada curva que parecía había sido hecha solo para él. Las yemas de sus dedos se deleitaron reconociéndola, explorándola. Disfrutando de sentir su suavidad. Tan viva. Tan entregada. Desmond se deshizo de su camiseta y se quitó sus pantalones. Quedándose solo en un par de boxers negros, que se pegaban a su cuerpo como una segunda piel.

En seguida se sentó otra vez sobre el regazo de Helena, con cuidado de no aplastarla y se cernió sobre ella. Era preciosa y era de él. Sus manos llegaron hasta sus pechos, los tomó, abarcándolos completamente con sus dedos. Eran bastante grandes para el tamaño de su torso, sus manos se sentían llenas y eso le fascinó. Estos eran suaves y sus pezones pequeños. Por más que el material fuera hermoso, no quería nada entre él y su cuerpo. Hizo a un lado las copas del sostén y liberó ese par de preciosos montes, erguidos y levantados.

Había olvidado completamente lo que era tocar a una mujer, deseirla y esa simple exploración era fascinante. Sentía deseo y lo estaba disfrutando como si fuera la primera vez.

Su boca se deslizó hasta que tomó un duro pezón entre sus labios y chupó. El cuerpo de Helena se arqueó y sus dedos se enredaron en el cabello de Desmond, invitándolo para que tomara más de ella. Eso lo encendió. Sus manos acariciaron sus pechos amasándolos mientras su lengua lamía una y otra vez entre uno y otro.

Helena comenzó a jadear y cerró los ojos, mientras restregaba su cuerpo contra el suyo. Tallando su pubis contra su regazo con desesperación. Desmond dejó sus pechos adoloridos, después del festín que se dio con ellos, pero él quería llegar más abajo. Hasta que encontró ese triángulo maravilloso. Bajo la pequeña pieza de tela y la eliminó, dejándola desnuda.

Enterró su cara entre sus piernas. Su lengua la penetró. Sus manos separaron sus pliegues que estaban húmedos y resbaladizos por lo excitada que estaba. Para él sería la primera vez en siglos. Tenía que tomárselo con calma. Aunque sentía una furiosa erección no iba a precipitarse. Tomó su clítoris y lo succionó con fuerza, el brote se endureció y se hinchó por la sangre acumulada. Chupó una y otra vez. Las caderas de ella se estrellaban en su rostro y sus manos agarraron sus nalgas simulando vestidas. Helena se estremeció y gritó su nombre cuando un orgasmo la atravesó. Sus piernas rígidas de repente se quedaron laxas mientras se recuperaba.

Desmond, se bajó los boxers y se colocó entre sus piernas. Listo. Estaba tan duro y sensible que le dolía. Se deslizó poco a poco y Helena lo recibió dándole espacio abriendo sus piernas para que se acomodara. Su cuerpo bajo hasta que entró por entero. Su control estaba a punto de romperse. Solo quería perderse dentro de ella.

—Se siente increíble —la voz de Desmond, era ronca, profunda y entrecortada.

Sus caderas cobraron vida y se comenzaron a mecer una y otra vez. Helena cerró los ojos y lo atrajo hasta su boca, que devoró con hambre. Su cuerpo respondió. Se incendió. Era como estar en el paraíso. Cada vez que se estrellaba en lo más profundo, sentía como su pene no podía entrar más y chocaba con una barrera que le indicaba que ya no había más espacio a donde llegar.

Estaba en el tope de lo permitido por ella. Helena era pequeña y su interior era estrecho. Cálido. Delicioso. Su cuerpo lo recibió. Rodeándolo apretadamente. Estaba tan caliente que parecía como si fuera a derretirlo.

Eso solo intensificó su placer. Sus cuerpos encajaban en total armonía. Era el mejor sexo que había tenido en su larga vida. Podía pasar horas dentro de ella, poseyéndola. Montándola con arrebatos.

El éxtasis se disparó. Las manos de Helena llegaron hasta sus nalgas y lo acarició. Nadie lo había tocado en esa zona. Que para un hombre era prohibido. Pero se sentía tan bien. Que lo incitó a enterrarse más duro.

Sus labios llegaron hasta la marca en su pecho y comenzó a chupar. La sincronía entre sus embestidas y las manos que lo empujaban se volvieron frenéticas. Los ruidos del choque de sus cuerpos llenaron la habitación y los gimoteos de ella le indicaban que estaba tan loca de pasión como él. Se negaba a terminar. Quería seguir sintiendo ese placer tan grande. Su cuerpo estaba en llamas.

Los gritos de Helena le indicaron que había llegado otra vez y sus músculos se tensaron a su alrededor. Echó la cabeza hacia atrás y con un grito ronco liberó su cuerpo descargándose dentro de ella. El orgasmo pareció durar una eternidad. Se estremeció y su semen la inundó a raudales. Ella lo apretó con fuerza, y sus paredes se convulsionaron con espasmos que lo ordeñaron hasta casi dejarlo seco.

Pero en ese momento sus colmillos crecieron listos para completar el rito, quería su sangre, su cuerpo gritaba por ella. No podía seguir ahí, tenía que dejar la habitación, su cuerpo no se saciaría hasta que la consumiera por completo.

Su respiración era agitada, pero no se detuvo, saltó de la cama dejando a Helena desorientada y confusa, pero si no se retiraba la mataría, por lo que dejó la habitación aterrorizado por no poder controlarse. Necesitaba más información antes de completar la unión.

Capítulo 10



El despertar de la bestia.

Desmond había olvidado lo que era sentir esa sed de sangre. Entró al salón luego de pasar apenas ponerse los pantalones, sorprendiendo a los caballeros que estaban sentados en el gran sofá de piel en forma de “L”, alrededor de la chimenea de piedra. Abrió el mueble lleno de botellas que servía como bar, cogió una botella de whisky y un vaso.

Rellenó el vaso de cristal cortado, casi a tope y se lo tomó de un solo trago. Todos lo miraban asombrados. Desmond estaba bebiendo como náufrago y sin camisa. Fredic y Alexandrus se miraron sin comprender que estaba pasando. Rupert se aventuró a preguntarle.

—¿Qué te pasa amigo? —Desmond no respondió. Los vio agitado, llenó una vez más el vaso con whisky y se lo bebió de nuevo.

Antes de contestar dejó la botella sobre la mesa y se dobló, agarrándose el estómago. Algo estaba mal. El líquido ámbar quemaba sus entrañas. Emitió un grito de dolor. Comenzó a sudar y sintió como su estómago se despedazaba.

—¿Qué tienes? —Fredic, estaba bastante preocupado mirando cómo se desfiguraba el rostro de su amigo.

—No lo sé. El dolor es insoportable... —gimió cuando otra oleada de dolor lo atrapo. Su sangre bombeaba con fuerza. Abrió la boca y sus colmillos se mostraron.

—¡Tus colmillos crecieron! —exclamó Rupert, abriendo los ojos. Desmond, se llevó la mano al rostro palpándose los dientes crecidos, que se habían vuelto puntiagudos y afilados como agujas.

—Es ella. La necesito. Mi cuerpo...la necesita —bramó con desesperación.

Brincó dejando el sillón en el que estaba sentado, pero se estremeció de nuevo sin poder moverse, hasta que pasaran los espasmos que sacudieron su anatomía. Su cuerpo gritaba por el dolor, como si miles de agujones hubieran perforado su piel, todos a la vez. El rechazo de todo alimento fue claro. La quería a ella. Tenía que alimentarse de ella. Desmond, fue consiente, su estado de excitación mezclado con el hambre feroz lo estaba llevando al borde.

—¡NO ME DEJEN SALIR! —gritó y se aferró al mueble que encontró a su paso. Deteniéndose. Levantó la cabeza y miró a Rupert, con los ojos casi rojos.

Lo último que articuló, fue un deténgame. Arthur llegó por atrás y lo golpeó con la lámpara de hierro que estaba a un lado de la mesa, el hombre cayó inconsciente, pero antes de que tocara el suelo, lo cogieron de los hombros y lo arrastraron hasta el sofá.

Arthur dejó la lámpara en el suelo, se acercó para tocarle el cuello y tomarle el pulso, estaba fuera de combate. Pero era impredecible cuánto tiempo estaría en ese estado. Alexandrus, agarró la botella de whisky y bebió directamente de ella, en estado de shock.

—¿Qué demonios pasó? —Rupert preguntó y miró a Fredic, que estaba tan afectado como ellos. La puerta se abrió y Howard entró con un libro entre las manos.

—Hay que amarrarlo. En unas horas estará bien, al menos por un tiempo.

Arthur y Rupert levantaron a Desmond y lo sentaron en una silla de madera. Lo restringieron de pies y manos, así como su torso. Esperando que fuera suficiente para detenerlo. Howard, se sentó en el centro del sillón y colocó el gran libro sobre la mesa. Todos se situaron a su alrededor y esperaron que hablara.

—¿Qué encontraste? —cuestionó Fredic.

—Recordé una leyenda sobre el resurgimiento de la maldición. Cuando la leí la primera vez no creí que fuera posible. Así que no le tomé importancia, pero guardé el pergamino. Ahora con estos eventos veo que es viable —narró Howard.

Giró el libro y se los mostró a sus hermanos, las hojas parecían que se desintegrarían. Estaban amarillentas y apenas de distinguían los símbolos sobre ellas.

—¿Qué jodido idioma es ese? —preguntó Alexandrus.

—Es una lengua antigua, una especie de asirio. Como todos recuerdan, la maldición fue desactivada por el arcángel Miguel.

Todos asintieron, recordando cuando ocurrió aquel episodio tan desagradable.

—Como era de esperarse. La diosa, montó en cólera y tomó algunas medidas para jodernos nuevamente, de alguna forma.

—¡Maldita perra! —espetó Rupert.

—Cállate idiota —Alexandrus lo reprendió. Aun cuando no sabían si era posible que alguien los estuviera escuchando, era mejor no tentar a su suerte y desatar a un más la furia de una diosa realmente encabronada.

—Bueno, como les decía. No me imaginé, cómo era posible que la maldición resurgiera. Sobre todo, porque una mujer es la que tiene el poder de hacerlo. Tenemos siglos sin contacto femenino, al menos así fue, hasta el día de ayer. Esa mujer es el catalizador para Desmond. Cada día que pasa sin que esté unido a ella. La maldición se fortalecerá, hasta que se apodere nuevamente de su voluntad —prosiguió con la explicación.

—¡De puta madre! —Rupert levantó las manos al aire con un ademán de desesperación. —¿Y qué podemos hacer?

—Necesita sangre para retrasar el proceso. Su cuerpo anhela la sangre de ella, pero por el momento con cualquier sangre bastará. Deben ser pequeñas tomas, si ingiere demasiada sangre que no sea de Helena, la bestia despertará. Es cuestión de encontrar un balance.

—¿Me estás diciendo que ahora que la maldición se activó, su sed de sangre regresó? —Alexander intervino. Howard, asintió cruzándose de brazos.

—Eso es sumamente jodido, ¿será castigado por eso? —Fredic quiso saber.

—Si toma sangre que no sea de Helena sí, pero si solo se alimenta de ella, no habrá consecuencias. Es un arma de doble filo.

—Explícate de una maldita vez y déjate de rodeos Howard —le exigió Alexandrus.

—Nuestros amigos alados, previendo este escenario. Hicieron una profecía. Desmond, está atado a esta mujer. Ella puede ser su perdición o convertirlo en el guerrero más poderoso. La sangre de su compañera, controlará a la bestia, pero tendrá los beneficios, sin lo negativo.

—¿A qué te refieres? —Rupert lo miraba incrédulo. De hecho todos lo hacían.

—Será diez veces más fuerte y rápido. Un caballero casi invencible. Al menos eso dice aquí —señaló el libro que estaba sobre la mesa.

—¡Eso es jodidamente sorprendente! —Rupert expresó maravillado.

—Hasta que tenemos ayuda. Han pasado siglos y seguimos sin poder extinguir a estos malditos, por más inmortales que seamos —exclamó Fedric.

El ánimo general, era de confusión. No solo por la promesa de terminar siglos de lucha. También por volver a tener en sus vidas a una compañera. Una mujer que los amara y con la que podrían compartir los placeres carnales, que les habían negado.

—Se tiene que vincular, no hay opción. Que la tomé aunque sea a la fuerza. No creo que se le resista —gruñó Arthur.

—El único inconveniente, es que el sacrificio es voluntario o de otra manera...no funcionará. Ella debe entregar su vida. Eso fue lo que le dijo Miguel y tiene toda la razón.

—Eso sí que es una mierda —escupió Alexander.

—¿Desmond debe matarla? —Howard, asintió y cerró el libro. Suspiró y se dejó caer en el respaldo del sofá.

—¡Eso no tiene sentido! —Alexander estaba convencido, que su amigo no sería capaz de hacerlo.

—Es un paso a la inmortalidad, ella debe morir para vivir. No nos pueden dar una compañera, que solo estará a nuestro lado unos pocos años. La única forma de permanecer a nuestro lado es por medio de una transición. Su muerte será muy dolorosa. Es parte del sacrificio... además, ahora que el cambio empezó, nosotros tenemos un límite de tiempo para encontrar a la mujer que nos salvará o que nos condenará.

—¡Que putada!, ¿Cómo vamos a encontrar a una mujer que no nos crea dementes, dispuesta a dar su vida por nosotros? —explotó. Rupert se levantó y estrelló un vaso dentro de la chimenea. El alcohol alimentó el fuego y sacó una llamarada. Se giró colérico ante los demás.

—¿Cuánto tiempo? —el rostro de Alexandrus, estaba sombrío. Él había tocado a la mujer. Su cuerpo había despertado. Sabía que estaba en línea después de Desmond.

—En el lapso de un año —Howard, lo miró entendiendo su pregunta y solo asintió confirmando sus sospechas, él era el siguiente.

—Tenemos que informar a los demás.

—Mañana llegan. Tendremos una reunión para determinar nuestro destino y el de Helena. Hay que movernos. No es seguro seguir en París. Somos vulnerables cada día que permanecemos aquí —declaró Alexandrus, si Desmond, estaba fuera de combate el tomaría el control de los caballeros.

Alexandrus, se levantó apesadumbrado y se marchó sin despedirse. Siglos habían transcurrido sin cambios aparentes, con el solo propósito de luchar en contra de la raza maldita y ahora este vuelco, los ponía en el ojo del huracán y no había donde correr o esconderse.



Desmond abrió los ojos y levantó la cabeza. Su cuello estaba torcido en un ángulo incómodo con su barbilla pegada al pecho. Seguía en el salón. Estaba sentado en una silla, con bridas que ajustaban sus extremidades a la madera.

Respiró profundamente y abriendo los brazos, rompió sus ataduras como si fueran de papel. Se

paró y con un movimiento destrozó la silla, lanzando astillas en todas direcciones.

—¡Pero que mierda! —el sonido de una voz lo hizo voltear y se encontró con Rupert sentado con un libro en las manos y con la boca abierta.

—¿Así es como me inmovilizan para detenerme? —le reclamó.

—Son cinchos de acero.

—Pues necesitamos algo más resistente. Esto no va a funcionar. Además, es más fácil despedazar la silla.

—No tenemos nada que te detenga entonces —declaró Howard. Este le entregó un vaso con sangre. Desmond miró el líquido y trago con fuerza. El olor a metálico era como aspirar el más delicioso manjar.

<<¿Desde cuándo le atraía la sangre?>>

Cuando se dio cuenta lo que estaba haciendo, dejó el vaso sobre la mesilla como si estuviera infectado y se limpió la boca con la mano.

—¿Estás loco?, ¿Por qué me entregas esto?

—La vas a necesitar para que no salgas y desangres a Helena. Bueno al menos no así. No puedes tomar su vida a menos que ella te lo pida —Desmond, miró a Howard como si hubiera perdido la razón.

—¿Cómo lo sabes?

—Recordé que lo que nos contaste, lo había leído en alguna parte, así que empecé a buscar en mis manuscritos y lo encontré —aclaró. Howard, se sentó frente a él y le explicó la situación.

Desmond suspiró y se acercó a la chimenea para alimentar el fuego que casi se consumía. Los troncos comenzaron a arder, levantando chispas que se arremolinaban en el hueco de piedra.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que te descontrolaras tanto? —con vergüenza, le dio la espalda a Howard, para hablar. Se sintió como un adolescente con las hormonas fuera de control.

—Estaba con Helena... en la cama.

—¿Te la cogiste? —le preguntó asombrado. Se giró y se abalanzó sobre Howard.

—No me la cogí, hice el amor con ella. Me entiendes, nunca vuelvas a expresarte así de mi mujer... —Desmond siseó con furia estrangulando a Howard que levantó las manos, porque parecía que le arrancaría la cabeza en el acto.

Arthur le gritó y lo sacó de la nube roja de ira en el que estaba envuelto. Soltó a Howard que cayó al suelo intentando agarrar aire.

—Dios, tienes que controlarte —tosió Howard, masajeando su cuello.

Desmond respiró y fue a sentarse, intentando apaciguar sus emociones, que estaban descontroladas.

—Estuve a punto de matarla... —confesó con pesar— me sentí vivo como hacía mucho tiempo no lo hacía. Estar con ella fue como tocar el cielo, pero de pronto sentí como mis colmillos se alargaron y perdí el control de todo. Lo único que quería era drenar su sangre y me asusté, por eso salí de la habitación dejándola confundida. A pesar de todo, mis sentimientos son claros, la amo como nunca he amado a nadie. Daría mi vida antes de dañarla, es abrumador y contradictorio. —deslizó, las manos por su cabello, despeinándolo aún más.

—Pero debes matarla —repitió Howard.

—No sé si podré hacerlo, la quiero tanto que me duele. Mi cabeza no entiende como pudo pasar esto en tan poco tiempo, es como si se hubiera prendido un interruptor que encendió todas mis emociones. En lo único que puedo pensar es en tenerla otra vez, pero temo por su seguridad

—aclaró preocupado y desesperado.

—¿Estás bromeando?, Debes estar caliente. Oye, te entiendo. No he tenido una erección en siglos, esa mala bruja nos jodió. Aunque tú sabes que yo no me quejo. Y ahora estás experimentando otra vez todo de golpe. ¿Pero amor?, ¿Estás seguro? —Rupert, era el único afectado, así que no había sufrido el despertar de ninguna emoción.

—Sé que suena descabellado, yo mismo me lo digo...pero es amor. Todas las señales son claras. No solo es la calentura. Acepto que tenerla entre mis brazos y sentir su cuerpo contra el mío... fue alucinante. Mi cuerpo arrancó como en piloto automático. Solo podía pensar en poseerla. Lo que me atormenta es lastimarla, el hambre que tan bien hemos podido manejar, me domina cuando la tengo cerca. Todo lo que deseaba con desesperación era hundir mis colmillos en su pecho y alimentarme hasta quedar saciado.

—¡Oh!, Sí estás jodido —Rupert escupió y lo miraron los demás con desagrado por su imprudencia. Arthur movió la cabeza negando su falta de tacto, y escucho con atención las palabras del que consideraba su padre.

—Pero, no todo es malo. Por primera vez en siglos, veo esperanza. Quiero conocerla. Quiero pasar tiempo junto a ella. Quiero que me deje amarla. Sé que es egoísta quitarle su vida y sus sueños, ya que nuestra vida es demasiado peligrosa y la voy a arrastrar conmigo —la emoción de Desmond, contagió a Arthur, que deseaba que el pudiera ser feliz.

—Aférrate al amor que sientes. No será fácil para ella. Su vida va a cambiar radicalmente. Ahora está unida a ti, pero ella lo eligió en el momento en que sacó la daga de tu cuerpo —le dijo Howard, y puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—No es justo. Ella no sabía. Actuó de buena fe. Hoy en día, es difícil encontrar a una persona que sea capaz de intentar salvar a otra, sin pensar en su propia seguridad y ella lo hizo.

—Lo sé, pero así son las cosas. Todos hemos sido víctimas de las circunstancias, consciente o inconscientemente. —Howard era el que más entendía la situación y la aceptaba.

Desmond, caminó hacia la puerta. Tenía que ver como estaba Helena. Se giró y le preguntó a Rupert.

—¿Cuántas horas estuve atado?

—Casi dos.

—Tengo que regresar con ella, y que no piense que me arrepentí de lo que hicimos. Salí corriendo y actué como un imbécil, pero no quería que me viera y se aterrorizara.

—¿Vas a regresar con ella? —le preguntó Arthur sorprendido.

—Debo hacerlo. La sangre me tranquilizó un poco, no podré estar largos periodos de tiempo a solas con ella, pero intentaré manejar mis impulsos. De todas formas les pido que me vigilen, haré la transición cuando ella esté preparada. Ya recordó lo que ocurrió, pero no todo. Le inventé una historia sobre estar en peligro, aunque no es completamente falso, pero ese fue el pretexto para no dejarla marchar.

—¿Lo creyó? —Howard le preguntó.

—En parte sí, aunque cree que estoy exagerado. Me dijo que debe regresar a su casa. Está estudiando y si no regresa, perderá su beca. No imagino cómo va a reaccionar en mi presencia. Tengo que confesar que estoy muy asustado, pero también estoy feliz.

—Esto siempre ha sido una mierda de vida, me alegro que te sientas así —le dijo Rupert.

—Arthur necesito un favor, te voy a enviar un mensaje con el nombre del hotel, su maleta estará en recepción. Debemos recuperar sus cosas si vamos a irnos. Prácticamente la estoy secuestrando —le pidió al muchacho.

—Me haré cargo, no te preocupes y dime si necesitas otra cosa. No te sientas mal por mentirle Des, es por su seguridad —agregó Arthur, al ver su remordimiento.

—Me siento terriblemente mal por lo decirle la verdad, pero no quiero que piense que soy un monstruo. —Desmond, vio la comprensión en los ojos de sus amigos. En todo este tiempo, muy pocas personas sabían la verdad sobre su existencia.

—Piensa, que será más traumático para ella, si le cuentas todo de golpe, deja que lo vaya asimilando poco a poco. —Howard le sugirió.

—¿Entonces no creen que estoy haciendo mal?

—No, la situación es bastante complicada, pero no tienes muchas opciones. —Rupert admitió, cruzándose de brazos.

—Gracias por escucharme —se dirigió a todos los hombres.

—Estaremos siempre que nos necesites —Howard agregó. Desmond asintió agradecido y abandonó la habitación. Las palabras hicieron eco en su conciencia, ahora el significado de siempre tenía una connotación diferente. Si no se unía a la mujer de la que estaba enamorado no tenía ningún futuro.

Capítulo 11



Un amor más allá del tiempo.

Helena todavía no se recuperaba del shock que había sufrido. En un momento estaba haciendo el amor con William y apenas terminando el orgasmo más increíble de su vida, este abandonó su cuerpo, como si lo que había hecho le repugnara.

Temblando se levantó de la cama, y agarró una sábana cubriendo su cuerpo, sintió como el semen corría por sus piernas, cerró los ojos y comenzó a llorar. Caminó con pasos débiles hacia al cuarto de baño sollozando sin control. Abrió la regadera y entró debajo del agua caliente.

Se limpió lo mejor que pudo y luego de un rato de no poder tallarse más, se sentó y se quedó debajo del agua dejando que callera sobre su cabeza, atemorizada y decepcionada, de sí misma.

Aunque el hombre que amaba, porque tenía la certeza que lo amaba por inaudito que pareciera, la trató como algo para tomar y desechar, sabía que había una explicación a esa actitud. Lo vio en sus ojos cuando estuvieron juntos, vio amor y devoción, algo estaba mal. Pero no por eso, su corazón le dolía, su cuerpo estresado por el desconsuelo y rechazo, se estremecía sin control.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, perdida en sus pensamientos, hasta que escuchó que la puerta del baño se abrió. Desmond la miraba, al oírlo se levantó de repente, y se replegó contra la pared del baño asustada.

No quería verlo, no podía encararlo, sería demasiado espantoso ver su arrepentimiento. Desmond, caminó lentamente y tomó una bata de baño, con la misión de arroparla con esta.

—Helena —la voz de William fue como en un susurro. Escucharlo avivó el dolor en su corazón.

El sonido de la puerta de cristal hizo que levantara la mirada, estaba parado observándola detenidamente. Helena bajó sus manos por instinto cubriendo su desnudez. Desmond se horrorizó cuando vio a su mujer sollozar y ocultándose con vergüenza, ¿qué diablos había hecho?

Se acercó con paso decidido y la cubrió, para que dejara de avergonzarse, la envolvió como la flor más delicada en una gran bata esponjosa, la rodeó con sus brazos y la sacó del cuarto húmedo. Sintió como temblaba y lloraba con más fuerza.

—Por favor no llores preciosa, tengo mucho que explicarte. No hiciste nada malo, tuve que salir por tu propio bien, pero aun no puedo decirte porque —le suplicó con arrepentimiento.

Fue con ella en brazos y se sentó frente a la gran chimenea que seguía encendida. Helena comenzó a calmarse hasta que su cuerpo se relajó a tal grado que se sintió aletargada.

—Confía en mí por favor, te amo y solo necesito tiempo —ella asintió sin poder hablar, sin embargo algo dentro de su corazón sabía que tenía que confiar en William, que no le estaba mintiendo, y con esa alegría se perdió en un sueño profundo.



Pasaron varios días en donde Desmond se esforzó por recuperar la confianza de Helena. Desde el momento en que la sacó del cuarto de baño no permitió que dudara de sus sentimientos. Poco a poco, consiguió que se abriera para él, no fue fácil pero lo consiguió.

Dos días después Helena se atrevió a dejar la habitación y los acompañó a desayunar. Las presentaciones fueron rápidas y nadie se le acercó. Solo cruzaban unas pocas palabras y los dejaban solos. Helena realmente lo agradecida, los hombres eran demasiado intimidantes. Con el único que tuvo más contacto fue con Arthur.

Ahora ya casi había pasado una semana y Desmond sabía que tenía que actuar, no podía posponerlo por más tiempo. Su mujer, dormía boca abajo con la cabeza de lado. Él permanecía acostado junto a ella pero sin tocarla, recargado sobre su brazo, observándola. Absorto en sus pensamientos. No deseaba despertarla.

El día anterior, salió a hablar con Howard y tomar su dosis de sangre, algo que no dejaba pasar. Ahí en la cocina, tuvo una discusión acalorada con su amigo, que insistía en que debía completar la unión, pero no podía hacerlo. La quería más que a su propia vida. Le aterraba lastimarla, tenía que hablar nuevamente con Miguel, que le diera garantías de lo que pasaría.

Esa noche regresó a su cama y le hizo el amor, una y otra vez hasta que ella cayó rendida de agotamiento, aunque para él seguía sin tener suficiente de su cuerpo.

<<¿Cómo podría causarle una terrible agonía durante el proceso de transición?>>

Aunque le habían asegurado que era necesario todo ese calvario, para que se convirtiera en inmortal, no podía aceptarlo. Sabía que tendría que drenarla hasta que su corazón dejara de latir, para luego llenarla con su sangre. Eso le había dicho Miguel, pero nunca fue tan explícito en el proceso como lo hizo Howard.

Su compañero de batallas no le mintió, endulzándole el proceso. Sería doloroso, pero según sus palabras era el único camino.

Helena, abrió los ojos y sonrió ampliamente. Su expresión serena y tranquila, alivió un poco la conciencia de Desmond. Que seguía imaginándose, el escenario grotesco en su cabeza y eso lo tenía en vela.

—Buenos días, ¿Cómo te sientes? —Helena giró la cabeza y miró a le sonreía. Tenía el pelo revuelto y un poco alborotado, como un león.

—Adormilada. Cansada. Hambrienta —admitió sonrojándose. También se sentía feliz y amada por primera vez en su vida. Seguía desnuda debajo de las sábanas. Aunque no había lugar en donde él no la hubiera visto, a plena luz de día, era diferente.

—Yo sé lo que necesitas —sugirió pícaramente, su actitud distaba mucho de lo que había sido en el pasado, ahora a pensar de las circunstancias, tenía continuamente una sonrisa en los labios.

—¡Ah sí!, ¿Tú sabes lo que necesito? —este se acercó y le dio un beso suave en los labios, cuando bajo su rostro unos mechones desordenados cubrieron sus mejillas, la muchacha los tomó con los dedos, para despejar su cara y verlo con embelesada.

—Si mi señora. Usted requiere un masaje y luego un baño caliente, para relajarse —el hombre, bajó a su cuello y le dio varios besos, que hicieron que Helena se estremeciera.

—Mmmm...eso suena glorioso. —le encantaba cuando hablaba así, como sacado de una novela de época. Tenía un léxico de todo un caballero, lo que ella no sabía, es que de verdad lo

era.

Desmond, desapareció de la habitación para llenar con agua la tina de hidromasaje y esparcirle sales hasta que todo estuvo lista fue por Helena que seguía acurrucada en la cama.

—Arriba cariño. Vamos a tomar ese baño —le dijo extendiendo su mano, para ayudarle a levantarse.

Cuando la muchacha se movió, sintió como si hubiera corrido un maratón. Sus extremidades parecían como de plomo, le era casi imposible, levantar un solo dedo. El cansancio era apenas soportable, pero todo el ejercicio realizado una noche anterior era bienvenido. Ese hombre era insaciable y ella disfrutaba cada minuto que pasaba con él.

En contraste Desmond se sintió increíblemente renovado, su cuerpo estaba mejor que nunca, pero al verla se daba cuenta que parecía que había drenado su energía ya que lucía agotada física y emocionalmente.

Cuando Helena se quedó dormida en sus brazos. La llevó a la cama, abrió su bata y revisó su cuerpo. Sus caderas mostraban unos cuantos moretones, en donde había encajado sus dedos y en un momento había rasgado ligeramente su pecho. Su bestia rugió con el olor de su sangre, fue cuando la fuerza de sus embestidas, se hicieron más potentes. Su agarre fue feroz.

Estuvo a punto de dejarse llevar por el calor de su deseo, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se detuvo. A pesar del daño que le estaba causando, ella no se quejó. Después de eso, se dedicó a adorarla, en un intento de borrar lo bruto que había sido.

Viendo lo exhausta que estaba, la llevo en brazos al baño. Ahí la deslizó con cuidado dentro del agua y recargo su cabeza en una toalla doblada para que descansara.

—Le pedí a Arthur que nos trajera la comida de un restaurante que me gusta mucho. Cada vez que estoy en París me gusta comer ahí. Como no podemos ir en este momento, ordené su mejor platillo: solomillo con romero y ensalada de pera con arúgula. —le explicó. A Helena se le hizo agua la boca.

—Suenan deliciosos.

—Te va a encantar.

—¿Hoy es domingo?

—Sí, preciosa, ¿por qué? —Helena se sonrojó. No estaba acostumbrada a que nadie le hablara de forma tan dulce. Era difícil ver a un hombre tan imponente ser tan atento y cariñoso.

—Tengo que llamar a mi madre. Le llamo cada semana —por desgracia

Helena, no podía hablar con su madre más a menudo, porque tenía un horario bastante comprometido.

—¿Ella está en Valencia? —la cuestionó interesado. Su madre era un factor que debía considerar.

—No, sigue en México, trabaja muchas horas y sale muy tarde.

—¿En dónde trabaja?

—En una casa de retiro. Cuida a personas mayores. En un año espero traerla conmigo, quiero que deje de trabajar. Tiene problemas con sus piernas y está parada muchas horas. —su madre pasaba mucho tiempo en la casa de asistencia, cubriendo turnos agotadores, pero su hija no lo sabía a ciencia cierta, aunque lo sospechaba.

Por un momento la voz de Helena se llenó de tristeza. De seguro su mamá ya estaría esperando su llamada, mientras se preparaba algo ligero para cenar.

Desmond, sacó su móvil de su bolsillo trasero de su pantalón y se lo entregó. La confianza entre ellos había crecido esos últimos días.

—Llámale. Estaré en la biblioteca, Alexandrus quieren hablar conmigo. —le aclaro, hizo una mueca solo de pensar en su amigo. Todos esos días lo había evitado y no podía seguir con esa actitud.

Desmond salió del cuarto de baño y se dirigió a la biblioteca en donde tendría una charla con Alexandrus. No quería hablar con él, hasta que se le pasara la rabia contra su hermano, pero se dio cuenta que no era algo que desaparecería. No tenía otro remedio que enfrentarlo de una vez por todas.



La madre de Helena, entró a su casa cerca de la una de la mañana. El día fue muy duro. El señor Vargas, murió de un infarto que cogió a todos por sorpresa. Estaba hablando con él, bromeando porque su equipo de futbol había perdido ya que era un fanático del futbol que se tomaba muy apecho las victorias o las derrotas. Cuando de un momento a otro, se quejó de un dolor y en un instante se desvaneció.

Sabía que no era responsable por su muerte, pero la impotencia de no poder ayudarlo la devastó. Ese pobre anciano fue llevado a ese asilo, y aunque sus hijos tenían dinero y pagaban por su estancia, siempre estuvo solo.

De regreso a casa, todos sus pensamientos se dirigieron hacia su hija. Se dio cuenta, que ella también estaba terriblemente sola, a pesar de estar rodeada de gente.

Se preparó un simple plato con cereal, nunca cenaba nada pesado, era bastante tarde, pero no podía durar mucho tiempo sin comer o su cuerpo se descompensaba. Sacó un tazón, se sirvió una porción de cereal y le puso leche deslactosada baja en grasa. Se dirigió a la mesa y se acomodó. Mirando apesadumbrada su cena.

Reinaba un completo silencio. Se sentía como una casa abandonada, aunque estuviera limpio y todo en su lugar. El teléfono sonó y se apresuró a tomar la llamada.

—¿Mamá? —*la emoción en la voz de su hija, era evidente.*

Helena, siempre disfrutaba hablar con su madre, pero cada vez que lo hacía, se quedaba triste y llorando. Le dolía no poder transformar la situación que vivía, pero esperaba que eso cambiara pronto, por eso se esforzaba tanto.

—Helena, hija, ¿Cómo estás?

—*Muy bien, ¿y tú como estas?, ¿fuiste al doctor?, me prometiste que te harías esos estudios que has estado posponiendo —pero por supuesto que no se le olvidaría los dichosos estudios que juro se haría, aunque no se los hizo.*

Sara, cerró los ojos, por supuesto que no había ido al doctor. Nunca encontraba tiempo para hacerlo, pero más que tiempo era el miedo de descubrir que tenía la misma enfermedad que su madre.

—Claro, ya fui. No tengo nada, fue solo cansancio. No te preocupes por mí, pero cuéntame, ¿cómo pasaste el día de tu cumpleaños mi niña? —le preguntó cambiando de tema, no quería que ahondara más en el asunto.

Semanas atrás, no quiso preguntar si tenía planes, a su hija no le gustaba festejarlo, por la bajeza que le hizo su prometido. El que la engañara el día de su cumpleaños, marcó esa fecha para

siempre y no de forma positiva.

—*Mariela, me convenció de celebrarlo —confesó la muchacha.*

—¿De veras? —su madre se emocionó con la noticia.

—*Sí, vinimos a París unos días.*

—Eso es maravilloso, me alegra que salieras un poco de la rutina mi amor. Trabajas demasiado y casi no te diviertes... —la madre de Helena suspiró y se recargó en la silla subiendo los pies en la otra que estaba de frente. Tenía los pies hinchados y le dolían. —Sé que no es mucho, pero hoy te deposité en tu cuenta un dinerito extra para que te compres algo bonito. Algún vestido o unas botas que son tu debilidad.

—*Mamá, ¿por qué hiciste eso?, sé que te hace falta —protestó del otro lado de la línea, pero no podía regresárselo así que Sara sonrió.*

—Lo hago con todo mi cariño y no te preocupes, fue un dinero que recibí por trabajar unas horas extras. —declaró emocionada, esa semana no había tenido un solo día de descanso, pero era el cumpleaños de su bebé y merecía comprarse algo especial.

Ahora se sentía mucho mejor, cuando su hija le dijo que estaba en París, su corazón se llenó de gozo. Quería que tuviera todo aquello, de lo que ella fue incapaz de tener. Que visitara países lejanos y conociera diferentes culturas. Que viviera.

La madre de Helena, a pesar de ser una mujer conservadora, tenía un espíritu aventurero. Por desgracia, nunca cumpliría sus sueños de salir de la ciudad en la que vivía.

Se embarazó apenas siendo una adolescente y con eso se ganó el repudio de su padre que le quitó su apoyo. Desde ese momento, tuvo que trabajar para mantener una casa y darle a su hija una educación. Ya que el padre de Helena, apenas se enteró de su embarazo regreso a España de donde era originario y no supo más de él.

De pronto Helena, comenzó a llorar.

—No llores, voy a pensar que te deprime hablar conmigo...

—*Te amo mamá.*

—Yo también te amo más, eres lo mejor que he hecho en mi vida, estoy muy orgullosa de ti.

Helena se conmovió y decidió no reprocharle nada, su madre lo hacía por el amor que le tenía y no rechazaría su dinero. Platicaron un poco más, y ella le contó de los pocos lugares que visitó, tranquilizando a su madre, prometiéndole que pronto le llamaría nuevamente.

Helena se sintió culpable. Se había olvidado por completo de su plan de vida, dejándose llevar por el amor de un hombre al que apenas conocía. Todo por la ilusión de estar con William y su madre había quedado relegada.

Y no podía permitirlo. Necesitaba hablar con él con urgencia. No podía seguir en la burbuja en la que se encontraba, por más ilusionada que estuviera.



La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Una música suave emanaba de su interior. Alexandrus, estaba sentado en una de las butacas giradas hacia el fuego. Cada habitación tenía una chimenea y esta no era la excepción.

Alexandrus, se llevó a sus labios la copa de coñac que estaba bebiendo. El líquido ámbar era

fuerte y al deslizarse por su garganta, quemaba. Sin embargo era lo que en ese momento necesitaba. Hablar con Desmond, que lo consideraba como un hermano, no era fácil. Como podía explicarle lo que le había hecho a su mujer.

Esos días en los que todo fue felicidad y lujuria para su amigo, permaneció tan lejos como pudo. Estaba celoso. Helena comenzó a desayunar con ellos, por lo que prefirió guardar sus distancias.

Mirarla de lejos como si la estuviera espiando era patético y una tortura. Desmond, necesitaba terminar su unión o Alexandrus, se volvería loco. Era una atracción insana, pero se acabaría cuando todo concluyera. La puerta rechinó como era su costumbre y se giró para encontrarse con su hermano.

Capítulo 12



El sabor amargo de la traición.

Helena terminó la llamada con su madre y dejó el móvil de William lejos del agua caliente. Se relajó después de llorar, no podía evitarlo, extrañaba a su madre miserablemente. Ya más calmada salió de la bañera, se metió debajo de la regadera y tomó una ducha. Lavó su cabello con cuidado, ya no usaba el champo, ni el gel de William.

Ahora tenía uno con olores a jazmín y lavanda, que hacía juego con la crema corporal humectante que le encantaba frotar sobre su piel húmeda.

Dejó el baño enredada en una toalla en su cuerpo y otra sobre su cabeza. Salió y buscó en el closet, se encontró un pantalón negro de yoga y un suéter holgado para vestirse. Del cajón agarró otro juego de lencería y se vistió con avidez.

Regresó a la habitación y se secó el cabello. Estaba demasiado frío para dejárselo húmedo, aunque toda la casa tenía calefacción y había chimeneas dispersas, no era suficiente. Incluso se maquilló un poco, pero William no regresaba. Siempre lo esperaba en la habitación, pero el hambre arreció y decidió ir a buscarlo.

Le dijo que iría a la biblioteca con Alexandrus, ese hombre era un enigma para ella. En cuanto entraba a una habitación, él la abandonaba, y los pequeños instantes en los que coincidían la miraba con una intensidad que le daba escalofríos.

No había mencionado ese hecho a William, porque no quería provocar un problema. Todos los demás se habían portado muy bien con ella. Parecían una banda de motoristas vestidos de cuero, solo que hablaban como si estuvieran en una obra de Shakespeare.

Aunque al principio le dieron miedo, en esos pocos días se dio cuenta que no eran hombres malos, aun con lo excéntrico de sus aspectos. A pesar de su sentido del humor un poco ácido y que no dejaban de molestarse entre ellos, eran buenas personas. Con ella eran todos unos caballeros. Sin olvidar que eran apuestos, cada uno a su estilo, con unos cuerpos impresionantes.

Caminó por el pasillo y llegó al salón. Ahí estaba Arthur leyendo un libro. Cuando la vio levantó la cabeza y le sonrió.

—Hola, buenas tardes —saludó haciendo énfasis en el tardes.

La muchacha se sonrojó, esperaba que sus gritos y gemidos no salieran de la habitación, porque la noche anterior fue bastante ruidosa. El sexo con William se había descontrolado y fue más violento de lo normal, pero le había encantado.

—Hola, ¿has visto a William? —desde el día que tuvo la revelación de ese sueño, le llamaba William y no Desmond, como lo hacían todos los demás y a él le gustaba que lo hiciera.

—Parece que está en la biblioteca con Alexandrus, ¿Me imagino que tienes hambre?

—Dios, me muero de hambre —confesó con una enorme sonrisa.

—Ya traje lo que Des me pidió. Está en la cocina.

—¿Y está tan rico como dice?

—Delicioso, yo traje un filete para mí también —le sonrió el chico. —Vamos a la cocina, si gustas en lo que se desocupa.

—Dame un momento te alcanzo, dejé su móvil en la habitación.

Arthur asintió, y se fue a la cocina. Helena regresó a la habitación y en el cuarto de baño tomó el móvil por el que llamó a su madre. Cuando lo miró había un mensaje de Frederick, que decía que era urgente. Ese mensaje tenía más de quince minutos que había sido enviado, tal vez era algo muy importante. Sin pensarlo, se dirigió hacia la biblioteca para informarle a William.

La puerta estaba entre abierta, no podía irrumpir sin tocar. Se detuvo un momento y cuando pretendía hacerlo, escuchó los gritos de Alexandrus. Se asomó por el espacio que había entre las dos hojas de las puertas y miró a William sentado en una de las butacas mientras el otro hombre se paseaba furioso.

—¿Cuándo lo vas a hacer?, no puedo seguir así. Ya te expliqué por qué hice lo que hice, pero no puedo soportarlo más. Te juré lealtad hace más de ochocientos años, pero esto me rebasa. Dije que me iría, pero no puedo hacerlo, es una agonía y quiero que se detenga.

Su amigo vio la miseria de Alexandrus en sus ojos. El disfrutaba al lado de la mujer que amaba, mientras su hermano se revolcaba en su dolor sin poder evitarlo.

—Sé que te he juzgado duramente, pero ha sido difícil superar lo ocurrido, pero entiendo que no puedo, ni debo prolongar esto más tiempo. Lo hare mañana.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque está cansada. Anoche, fui muy duro con ella. —Desmond apretó los puños con fuerza.

—Necesito que lo completes, te lo pido. Te lo suplico hermano. Sé que no es fácil, matar a la mujer que amas, pero tiene que ser así.

—Lo sé, no he podido hacerlo, cada vez que estoy cerca, me contengo, pero sé que es inevitable... te prometo que mañana por la noche lo haré, antes de irnos a Londres.

Helena se llevó las manos a la boca, para que no se escuchara su grito de horror y dio un paso hacia atrás. Corrió despavorida y se encerró en la habitación agitada con el corazón en la boca. Buscó su bolso con su ropa, y encontró sus identificaciones. Tenía que salir lo antes posible de ahí.

<<¿Cómo fue tan estúpida de confiar en él?, ¡Quería asesinarla! >>

En que lio se había metido. No lo entendía, podía sentir que la amaba, y ella se había enamorado de él, pero no esperaba una respuesta. No era tan fácil, como pararse frente a un hombre de casi dos metros y preguntarle porque quería acabar con su vida.

Antes de poder proseguir, entró al baño y comenzó a vaciar su estómago. Todavía no comía nada, así que no había mucho que vomitar, pero la bilis subió por su garganta. La puerta del baño se abrió cuando Helena estaba reclinada sobre el váter, expulsando sus entrañas. La escena que Desmond se encontró lo horrorizo.

—¿Que te ocurre? —preguntó asustado.

Helena, negó con la cabeza, no quería que se le acercara. Él fue por una toalla, que mojó con agua caliente y se arrodilló detrás de ella, para ayudarla.

—No me digas que no te pasa nada, ¿por qué estás vomitando?, estabas bien hace rato.

Helena se levantó del baño, y fue a lavarse la cara. Lágrimas corrían por sus mejillas. Se enjuagó la boca y cogió el cepillo de dientes para deshacerse de la suciedad. Aunque temblaba sin control. Desmond, se acercó y le limpió la cara, ella dejó los brazos a sus costados, permitiendo

que el hombre la acicalara. Un sentimiento de desolación la invadió.

—Me siento mal, de repente, no sé qué me pasó. Debe ser solo un malestar estomacal —se justificó.

La muchacha recordó el mensaje de Frederick, y pensó que era la excusa perfecta para que William la dejara sola. Era demasiado doloroso tenerlo cerca. Sacó el celular de uno de sus bolsillos de su suéter y se lo entregó.

—Tienes un mensaje.

—Eso no es importante.

—Dice que es urgente.

Desmond, maldijo y tomó el móvil. Abrió mucho los ojos y miró a Helena con miedo.

—Tengo que salir, pero regresare lo antes posible por favor descansa. Le diré a Arthur que te compre algo para el estómago y te traiga un té. Tienes que comer

—No tengo hambre, mejor voy a acostarme un rato, para que se me pase —pensó que era una ironía que un hombre que quería matarla se preocupara por su salud.

Desmond le dio un beso en la frente y la atrajo en un fuerte abrazo. Helena rodeo su cintura con los brazos sin poder evitarlo y aspiró llenándose con su aroma. Era una triste despedida.

El salió de la habitación y cuando escuchó el sonido de la puerta cerrarse, corrió por su maleta, tenía que dejar ese lugar inmediatamente.

Capítulo 13



Dejando todo atrás.

Se recompuso lo más rápido que pudo, agarró la chaqueta y el pequeño bolso que contenía: su pasaporte y sus identificaciones. Por suerte tenía dinero en efectivo en su cartera. Era momento de irse, no podía perder tiempo, no sabía cuánto más estarían fuera.

Se lamentó por ser tan patética y pensar que tenía un futuro con William, inclusive se imaginó una vida a su lado. Se había enamorado como una tonta, por lo que cuando escucho al hombre que amaba decirle a Alexandrus, sobre sus planes de asesinarla su corazón hizo pedazos. Confiaba en él y se había equivocado. Debía salir de ahí y regresar a su vida y olvidarse de él para siempre.

Se preguntaba, <<¿por qué a pesar de que su parte racional estaba haciendo lo correcto, su corazón le dictaba lo contrario?>>

Aprovecharía que los hombres se habían ido dejándola con Arthur. El buen y confiado Arthur. Sería fácil burlarlo. Caminó sigilosamente deslizándose por el pasillo y llegó hasta la cocina. Ahí por casualidad descubrió una puerta trasera, una de las noches mientras cenaba. Por un descuido Rupert, que había abierto esa puerta y casi fue fulminado por la mirada furiosa de William. Ahora le serviría para su huida.

La abrió en silencio y salió cerrando con cuidado de no hacer ruido. Se encontró con un gran portón, no se miraba ni una cerradura o alguna forma de abrirlo. Revisó en la parte superior hasta que siguió con un cable. Detrás de una pared encontró un interruptor. Estaba nerviosa, y con la adrenalina recorriendo sus venas. Tendría que correr sin mirar atrás. Se preparó para presionarlo, como si fuera a competir en los cien metros planos. Sabía que haría ruido y sería descubierta. Para ganar un poco más de tiempo, atrancó la puerta de la cocina con un tubo que encontró en un costado, esperaba que retrasara lo más posible a Arthur. Miró a su alrededor y sin querer sus ojos se llenaron de lágrimas.

<<¿Cómo podía aferrarse a un hombre que conocía apenas seis días atrás y que deseaba matarla?>>, la puerta rechinó cuando las hojas de deslizaron para abrirse.

—Por favor, apúrate estúpida puerta —chilló pateando el suelo desesperada. Era cuestión de tiempo, para que Arthur intentara detenerla. Escuchó cuando la puerta de la cocina se estrelló con la barra atravesada y se sobresaltó. La habían encontrado

—Helena, ¿a dónde vas?, no puedes irte, por favor no lo hagas... —apenas por un hueco vio al joven, con el rostro desencajado empujando la puerta que no cedió.

—Me tengo que ir...

En cuanto el portón exterior se abrió lo suficiente, se escabulló y salió a toda prisa. Recorrió un pasillo hasta llegar a un callejón. Era de tarde y las luces estaban encendidas. Corrió y corrió hasta que llegó a la esquina de una calle en donde transitaba bastante gente. No quería parecer loca y llamar la atención. Se mezcló entre los transeúntes, pasando desapercibida.

Encontró la parada de autobús y se percató que estaba en Montparnesse. No conocía el lugar,

apenas estuvo en París por dos días pero sabía a donde tenía que ir. Ni cinco minutos pasaron, cuando un autobús se estacionó y abrió sus puertas. Agradeció por lo confiado de los parisinos, en esos transportes no te pedían ni dinero ni boletos para abordarlos, debían comprar una tarjeta y ellos esperaban que cada usuario tuviera uno en el bolsillo, aunque nadie se las pidiera.

Helena, agachó la cabeza esperando que no tuviera la mala suerte de encontrarse algún inspector durante la ruta. Siguió por el pasillo hasta el fondo en busca de un asiento. Tendría que transbordar varias veces para llegar hasta la estación de Lyon, en donde podía coger un tren para volver a Valencia.

Gracias a su obsesión por conocer todo de París, antes de viajar vieron diferentes opciones para llegar a la ciudad, aunque al final se decidieron por hacerlo en avión. A pesar de no conocer las rutas al dedillo, ese no era problema ya que estaban bien señaladas en mapas dentro en una pantalla dentro del autobús. De inmediato arrancó y se alejó de las calles, y de William para siempre.

La sensación de que todo mundo la miraba, como una ladrona que huía de la escena de un crimen, era difícil de evitar. Por eso, se sentó pegando su costado contra la ventana. Solo hasta que estuvo al resguardo de las miradas curiosas, se sintió aliviada.

Luego de una hora de recorrido, Helena bajó casi frente la estación del tren, que era enorme. Caminó por la acera, admirando el edificio. Una torre con reloj lo adornaba y se erguían dos arcos por los contados. El techo era abovedado de una forma muy industrial.

Nunca había estado en una estación igual, y quedó maravillada. En cuanto entró, localizó las pantallas donde mostraban los itinerarios de las salidas, pero todo era muy confuso para ella. No hablaba ni “J” de francés, y los franceses eran reacios a hablar otro idioma que no fuera el suyo. Se dirigió a un mostrador y le preguntó a la chica que se encontraba detrás por un pasaje para llegar a Valencia.

Quince minutos después estaba sentada en una pequeña sala cerca del andén en donde saldría el tren que la llevaría a un lugar seguro. Viajar casi doce horas no era muy atractivo, pero tenía que poner distancia de esa ciudad de inmediato, para llegar al que había sido su hogar, el departamento de su amiga.

Deseaba hablar con Mariela, pero no contaba con ningún teléfono a la mano, así que tendría que esperar. Se sentó lejos de la mayoría de los personas, ajustó la capucha de su chaqueta, ocultando su rostro y se replegó pasando desapercibida. No quería ser paranoica, pero si la estaban buscando, no sería un blanco fácil.

Miraba a su alrededor alerta. Esperando ver alguna cara conocida. Apretaba la bolsa entre sus dedos con nerviosismo. Una vez que subiera a ese tren se sentiría a salvo. Al oír por los altavoces que podían ingresar a los vagones, se apresuró ansiosa. No se llevaría el mejor recuerdo de París, pero su amor por William la acompañaría toda su vida.



Casi a las ocho de la mañana Helena dejó la estación del norte. Hizo una escala en Barcelona por una hora, en donde subieron y bajaron pasajeros, el viaje fue tranquilo. Sin embargo, la mayoría del tiempo permaneció despierta. Solo durante la madrugada, se durmió víctima del

cansancio y de la adrenalina que había abandonado su cuerpo.

En Valencia el clima era más cálido que en París. Cuando por fin llegó, dejó la estación de trenes y ya en la calle se abrió la chaqueta para no acalorarse. Cogió un taxi de inmediato y esperaba que Mariela estuviera en el departamento, porque no traía llaves. Era martes, sus clases comenzaban hasta medio día, su amiga debía estar durmiendo como siempre a esas horas.

Al encontrarse a las puertas de su viejo edificio, sintió un alivio instantáneo. Trotó por las escalones y aporreó la puerta con su respiración agitada. No pasó nada así que golpeó con más intensidad, y luego de unos segundos que parecieron eternos, escuchó la voz de ultratumba que contestó con furia.

—*Joder, ya voy!*— una Mariela enojada se acercaba dando pisotones, por que odiaba que la despertaran cuando no tenía que hacerlo.

No quiso gritarle, así que espero hasta que abriera. Su amiga jaló la puerta con rudeza, dispuesta a cortarle la cabeza al idiota que había osado desmañarla, cuando la miró impávida frente a ella.

—*¡Por la madre que te parió!* —si su amiga era bastante deslenguada. —Cristo bendito, ¿eres tú?

Los ojos de Helena se llenaron de lágrimas y se arrojó a los brazos de su amiga, que la recibió efusivamente.

—Sí, soy yo —dijo sorbiendo los mocos que sofocaban su nariz.

—Pensé que no te volvería a ver —cerró la puerta y colocó el seguro, para dirigirse al sofá.

Helena se dejó caer y arrojó su bolso en la mesa de madera que estaba enfrente.

—Te juro que yo también lo creí —sintió que se hiperventilaba y comenzó a llorar otra vez. Se vio sobrepasada, por un cúmulo de emociones que se volcaron de repente.

—¿Te secuestraron?, dime la verdad. —Helena asintió sin dejar de llorar y su amiga la abrazo con fuerza.

—Lo sabía, esa historia fantástica no podía ser. Te conozco, ¿Pero dónde estabas?, ¿Quién te retenía?

—Es una historia muy larga.

—Pues tienes unas horas para contarme, porque debes presentarte al laboratorio. El pecoso te ha estado buscando desesperado. El doctor gilipollas ha estado histérico por tu ausencia.

—¿Qué le dijiste? —al escuchar del doctor Tresson su cuerpo se envaró, era el que decidía su permanencia en su trabajo, con un plumazo la sacaba del programa y eso haría que perdiera su beca.

—Que te tomaste unos días porque conociste a un tío guay —Helena cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Dios, va a pensar que soy una puta... necesito un té —se levantó y fue hacia la cocina.

—Joder, lo que necesito es una pinta de tequila. Que té, ni que ostias.

—*¡Mariela!* —chilló Helena.

Se fue a la cocina, sacó la tetera, vertió agua y cinco minutos después estaban sentadas en la mesita minúscula del antecomedor, con una taza de té caliente entre las manos. Mariela, le permitió que hiciera todo eso sin acosarla, hasta que terminó.

—Ahora, si cuéntame que ya no aguanto más esta incertidumbre.

—Me fui del hotel de Cass...como sabes de madrugada.

—Ni me recuerdes a ese gilipollas... que si me lo topo nuevamente le arranco las pelotas. — Helena bajó la mirada y cogió la cucharilla con los dedos temblorosos. —¿En qué diablos estabas

pensando? Salir de madrugada en una ciudad que no conoces así tu sola, nena como se ocurre.

—Sé que fue una mala decisión, pero ya no puedo cambiar el pasado, ¿Está bien? —Mariela se calmó, respiró profundo y tomó la mano de su amiga

—Vale, perdón, prosigue...

—Cuando iba caminado de regreso, encontré a un hombre en un callejón y fui a ayudarlo.

—Pero si serás confiada mujer. —Helena levantó una ceja y Mariela retrocedió cruzándose de brazos y guardando silencio.

—Ya me conoces, no pude evitarlo. Fui y me acerqué, lo habían atacado. Lo más estúpido de mi parte fue que al parecer me resbale y me golpee la cabeza. Sus amigos que lo buscaban, nos encontraron y nos llevaron a su casa.

—¿Y por qué te secuestró?

—Me dijo que corría peligro, porque me buscarían los hombres que lo habían atacado, y no quise regresar con ese problema hasta ti. Tengo que reconocer que se portó como un caballero conmigo...y yo me deslumbré. —Helena se sonrojó y bajó la mirada para tomar un trago de té.

—¡No puedo creerlo!, ¿Cómo es el tío para que sucumbieras a sus encantos?

—Es guapo y varonil, con un cuerpo esculpido por los mismos dioses. Unos labios increíbles y con los ojos azules más hermosos que he visto —relató embelesada.

—Eres una warra, ahora lo entiendo todo, te lo estabas follando. ¿Era tan bueno para que valiera la pena el encierro? —Helena asintió, perdida en sus recuerdos. —¿Y cómo se llama el buenorro por el que tienes cara de boba?

—William, pero sus amigos le dicen Desmond o Des.

—Momento ahí. ¿Cuáles amigos?

—Había otros tipos. Conocí a cuatro, pero faltaban más...

—¿Qué era una jodida fraternidad de tíos buenos?

Helena hizo caso omiso de la burla de su amiga y siguió con su relato.

—No lo sé, pero todos vivían juntos —dijo exasperada.

Sin quererlo Helena sonrió y se mordió el labio al recordarlo. Su Will era el sueño húmedo de cualquier mujer con sangre en las venas. Suspiró pesadamente.

— Y aparte de vivir como en una comuna, ¿por qué demonios saliste huyendo?, Dame una buena razón para dejar a alguien así.

—Solo porque quería asesinarme y al parecer su grupo estaba muy de acuerdo.

Mariela abrió la boca entrecerrando los ojos, pensando en su siguiente argumento. La conocía, las piezas de maquinaria ya habían sido activadas.

—Eso es realmente jodido, ¿por lo menos fue bueno en la cama? —su amiga la miró de forma inquisitiva esperando una respuesta.

—Sí, pase cada noche en su cama como adolescente cachonda, te juro que me dio los orgasmos más increíbles de toda mi puta vida.

—¡HELENA!, esa boquita niña —replicó su amiga con una sonora carcajada.

—¿Tú me regañas por mi vocabulario?, ¿En serio?

—Sí, pero yo soy yo querida, y tú no dices esas palabrotas. —Helena puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Está bien. Fue una experiencia extrasensorial, ¿satisfecha?

Mariela le sonrió de oreja a oreja y levantó su taza para darle un sorbo al te que ya estaba bien frío.

—¡Oh sí! —contestó con sorna. —Aunque me gustaría saber de qué tamaño...

—Mariela, nunca te contaré nada de eso.

—Que delicada, ¡Vale!, no te preguntó más sobre su polla, ya anda sigue.

—Por unos días me olvidé de todo, de mi futuro de mis objetivos. Estaba dispuesta a quedarme con él, ¿Puedes ver la locura de todo eso?

Helena se recargó apesadumbrada. Le dolía la traición de Will profundamente, y para siempre esa herida quedaría a flor de piel en su corazón.

—Dios, ¿por qué los tíos buenos, tienen que estar chiflados o ser unos gilipollas?

—No lo sé, pero hice lo que toda mujer en sus cabales haría. Salir pitando sin mirar atrás.

Helena se levantó, colocó la taza en el fregadero y se giró para ver a Mariela que la contemplaba sin dar crédito a su historia.

—Sé que estoy pensando con mis hormonas, pero esa semana que estuve con él. Despertó cosas que nunca había sentido por nadie, ni si quiera por el que fue mi prometido y del que pensé que estaba enamorada. Mi lado racional me dice que debe ser alguna loca dependencia por mi captor, pero me duele. Es como si una parte de mi alma se hubiera quedado en París.

No era en sentido figurado. Esa parte de su alma la tenía Desmond.

—Todo va a estar bien —su amiga se levantó y la abrazó por un buen rato, dándole consuelo. Helena solo le susurró: gracias. Desde el fondo de su corazón.

Mariela le dijo que se fuera a descansar. Ella recogió la cazadora del sillón y la bolsa con sus cosas, para dirigirse a su habitación y darse un buen baño. Lo necesitaba con urgencia. Tendría que ir al laboratorio. Esperaba que no la despidieran.

Marielena se paró en la puerta de su habitación y bajó la mirada hacia la chaqueta color negro con un gorro con una franja de piel afelpada. Entro sin avisar y se la arrebató de las manos. Helena la miró sorprendida, mientras la rubia inspeccionaba la prenda con los ojos abiertos como si hubiera presenciado un milagro.

—¿Qué pasa? —preguntó sin entender su arranque.

—Deja me siento... —contestó agarrando aire de forma exagerada, levantó la chaqueta en dirección a Helena. —¿De dónde sacaste esta ropa?

—Will me la llevó, ¿Por qué?, ¿Que está mal? —preguntó sin entender porque tanta importancia, pero luego se asustó, ¿acaso era ropa robada?, solo eso le faltaba.

—¿Qué está mal?, ¿me preguntas que está mal? Esta chaqueta cuesta más de cuatro mil euros.

—¡Estás loca! —le dijo Helena incrédula, era imposible.

—Discúlpame, pero soy una experta en identificar prendas excesivamente caras. Esta es un chaqueta estilo cazador de Loro Piana y este de aquí es auténtica piel de zorro. —le dijo tocando la tira de peluche que estaba alrededor de la capucha.

<<¡Por lo clavos de cristo! ¿Era un broma? una chaqueta no podía costar tanto, ¿o sí?>>

—En mi vida había escuchado esa marca —pero no le sorprendía, ella no sabía nada de marcas. Solo compraba lo necesario cuando estaba en especial en los almacenes más económicos.

Mariela en ese momento vio los pantalones que vestía.

—¡Oh no puede ser!, esos pantalones de piel son de Helmut Lang.

La mujer parecía que tendría una apoplejía. Esos pantalones eran tremendamente cómodos e increíblemente calentitos, fue lo único que le importó a Helena.

—Creo que estás exagerando.

Su amiga trajo su tableta y comenzó a buscar las marcas de la ropa que vestía. Helena, se quitó

todo a excepción de la ropa interior, pero primero saco una bata de baño y se sentó en la cama.

Mientras Mariela le mostraba cada una de las prendas. Al final contando hasta los malditos calcetines el conjunto tenía un valor de más de ocho mil euros.

<<¿Quién en su sano juicio compraba ropa tan cara? >>

Ese solo era un atuendo de los muchos que había dejado en la habitación de Will. No quiso llevarse nada, solo lo que traía encima y su bolso.

—Estoy impactada. —no podía creerlo.

—Yo estoy que cago leches, ¿Quién demonios te secuestró?, ¿El hermano incómodo de Carlos de Gales? —dijo bromeando, porque sabía que Will como le decía Helena, era inglés.

—Estás definitivamente desquiciada. Me voy a bañar para presentarme en el trabajo. Espero que no me echen a patadas, porque voy a perderlo todo.

Tendría que regresar avergonzada con su madre sin cumplir lo que había prometido, todo por olvidar cuales eran sus propósitos realmente, en lugar de perseguir algo que jamás llegaría a su puerta, el amor. Después de este capítulo jamás volvería a confiar en ningún hombre.

Capítulo 14



Un descubrimiento desafortunado.

Una vez que Helena tomó ese baño tan necesario se dio cuenta que ya no tenía sueño. Se encontraba demasiado ansiosa para dormir. Se puso su clásico uniforme que usaba para ir al trabajo, estuvo tentada en agarrar las botas a las que les había cogido cariño. Pero no debía hacerlo, una vez que supo cuánto costaban esas prendas, se escandalizó. Tomó una bolsa y guardó todo en el fondo de su closet.

Si pudiera se los enviaba de regreso, pero era una mala idea. Considerando que ni siquiera sabía la dirección de la casa en donde estuvo cautiva. Mariela se despidió de Helena y se fue en sentido contrario a donde ella se dirigía. La primera clase de Mariela empezaba en media hora, y la última terminaba hasta las siete de la noche, el martes era un día relajado para su amiga, aunque no para ella.

Caminó por el pasillo que había recorrido los últimos meses todos los días, hasta su cubículo. Apenas se estaba acomodando en su silla ergonómica que tanto agradecía, por las horas que pasaba sobre ella, cuando un Harry preocupado llegó a su lado.

La levantó de los brazos y la estrechó con fuerza en un abrazo de oso. Estaba más que pasmada por la muestra de afecto. Harry era cariñoso pero nunca habían tenido mucho contacto físico antes.

—Hola a ti también —le dijo despacio, pero el chico seguía aferrado a ella, con su nariz enterrada en su cuello. Como si no quisiera soltarla nunca.

Extrañamente su cuerpo, vibró cuando un escalofrío la recorrió, provocándole un malestar chocante. Dejándole bien claro que la cercanía de Harry no era correcta, puso su mano sobre su pecho tomando distancia y para su sorpresa ese escalofrío se detuvo, cuando el muchacho la soltó. Tal vez eran ideas suyas.

—Pensé que te había pasado algo malo —el chico, se separó de ella y la revisó de arriba abajo, como si buscara heridas o algo malo.

—Yo...estoy bien —bajó la mirada y se sentó otra vez. Qué pensaría Harry de ella. Mariela le había dicho que se había ido con un hombre y aunque era verdad. Le importaba la opinión de su amigo. Que provenía de una familia bastante conservadora.

—Gracias a Dios que estás sana y salva —exclamó con toda sinceridad.

Durante la semana pensó que la había perdido para siempre, y verla fue como un bálsamo para su corazón herido. Esperaba que no fuera demasiado tarde para confesarle que estaba enamorado de ella.

Helena era una muchacha trabajadora y dedicada en cuerpo y alma. Él admiraba eso de ella. No solo le encantaba por ser hermosa. Era inteligente y esa combinación era irresistible. Si había sido un poco irresponsable por una vez en su vida, quien podía juzgarla. Él no lo haría. No le importaba lo que hizo o donde estuvo, ni con quién.

—Mariela me dijo que el doctor Tresson estaba furioso por mi ausencia —la angustia de

Helena era clara, si el buen doctor quería podía despedirla y con un solo correo electrónico acabaría de tajo con sus ilusiones. No podría concluir la especialidad ni conseguir el trabajo de sus sueños.

—Está preocupado porque yo le dije...

En ese momento el doctor Tresson se apareció como si hubiera sido invocado con un ritual satánico. En todo el tiempo que Helena había estado trabajado en el laboratorio, nunca había puesto un pie en su minúsculo cubículo. Eran tan soberbios los investigadores que ni si quiera entraban al área de internos, por lo que verlo fue como una aparición. Miró la cercanía entre ella y Harry y se acomodó los lentes.

Helena se levantó exaltada, ¿Qué demonios le iba a decir?, Su rostro palideció y se quedó sin habla.

—Helena, veo que ya estás de regreso, ¿tú mamá esta mejor?

¿Su mamá?, ¿De qué rayos hablaba? Helena volteó hacia Harry esperando entender lo que pasaba. Los ojos de Harry se abrieron y ella comprendió, su amigo le había cubierto las espaldas. No podía dejarlo en evidencia.

—Gracias por preguntar doctor. Está mucho mejor. Fue solo el susto, pero no lo pensé, salí de inmediato al aeropuerto. Le pido una disculpa por no avisarle, fue desconsiderado de mi parte.

Helena entrelazó sus manos y guardó silencio, con la esperanza de haber convencido al exigente doctor con su mentira. Se iría al infierno por mentir sobre su madre.

—No se preocupe, el señor Miller aquí presente, me informó de la desafortunada noticia. Me alegra tenerla de vuelta. En dos horas regreso, tenemos que hablar.

Helena asintió y el doctor Tresson abandonó el cubículo con la gracia que lo caracterizaba y los dejó boquiabiertos.

—¿Le dijiste que mi madre estaba enferma?

—Fue lo único que se me ocurrió cuando no llegaste el lunes pasado. Hablé con Mariela y me conto tu problema —el muchacho era demasiado educado como para repetir las palabras que su amiga había dicho. Eso la llenó de vergüenza.

—Muchas gracias por cubrirme, no tenías que hacerlo.

—Ibas a perder tu beca si no se justificaba tu ausencia.

—¡Oh Harry!, No sabes lo que significa para mí. —Helena se llevó las manos a su rostro cubriéndolo, no quería llorar.

—Lo sé, por eso me atreví a mentir por ti. No te preocupes todo saldrá bien —le cogió las manos y la obligó a levantar la cabeza. Ella le sonrió con los ojos llenos de lágrimas y asintió en silencio.

—Gracias...

—Bueno, ¿me lo podrías agradecer acompañándome a cenar? —el chico se ruborizo, era su primer movimiento y esperaba que ella no se ofendiera.

—Me encantaría.

Helena asintió con una sonrisa. El chico se fue a seguir con su trabajo y ella hizo lo mismo. Abrió su correo y verificó todo el trabajo que tenía atrasado. En la bandeja había varios correos acumulados del doctor.

Abrió el primero y descargó uno a uno los archivos para iniciar con su procesamiento. Una vez que revisó todo lo que debía graficar, supo que tendría que trabajar horas extras para poder terminar a tiempo.

Su extensión sonó y brincó sobresaltada, estaba tan absorta que la asustó el sonido estruendoso

del maldito teléfono.

—*Helena, te estoy esperando.*

La voz del doctor era impaciente. Miró el reloj de su monitor y vio que pasaban quince minutos de la hora que le había indicado.

<<*¡La reunión la había olvidado!*>>

—Lo lamento, estaba revisando el trabajo atrasado.

—*De eso quiero hablar. Te espero.*

Cortó la llamada y Helena sintió que la sangre se le iba los pies. Él estaba molesto, nunca le había hablado así. No podía perder tiempo lamentándose. Le envió un email a Harry avisándole que estaría en la oficina del doctor y que cuando saliera de la reunión lo buscaría. Escribió el mensaje con rapidez y ni si quiera apagó la computadora. Cogió su bolso, si la acompañaban a la salida por lo menos tendría sus cosas con ella.

Grabó todos los archivos abiertos y dejó el cubículo con el alma en un hilo. Esperaba que su amigo no se viera perjudicado. Ni si quiera pasó a despedirse de él, no lo preocuparía en vano. Tal vez era solo su imaginación y estaba siendo paranoica.

Llegó hasta la puerta de la oficina del doctor y escuchó una voz que le indicaba que entrara. Cautelosamente se detuvo detrás de la silla que estaba frente al escritorio. El doctor seguía leyendo un correo sin siquiera verla. Exhaló profundamente y elevó su cara hasta encontrarse con sus ojos. Helena exudaba miedo, pero no podía evitarlo.

—Siéntate, no he querido ser rudo contigo, han surgido algunos problemas...perdón si he carecido de tacto —lo miró sorprendida, nunca antes había usado su posición para hacerla sentir inferior, no podía olvidar a su amiga Mariela, diciéndole que los doctores eran un gilipollas.

Se sentó, sin hacer algún comentario, ya tenía bastantes problemas, como para agregar más. Así que le sonrió comprensivamente.

—No se preocupe, lo entiendo.

—Bueno, el principal problema es que necesito salir hoy por la noche a Zúrich. Hay asuntos que no puedo delegar y quería ponerme de acuerdo contigo para revisar esos documentos pendientes. Necesito que me los hagas llegar conforme los vayas terminando. Confío en ti, sé que te puedo dejar sola trabajando.

Ahora sí estaba sorprendida. Pensó que la echarían y le estaba dando un mérito que creyó que no se merecía. Si hacia su trabajo, pero todavía necesitaba supervisión. Sacó su libreta y revisaron uno a uno los documentos, tomando notas sobre las gráficas que deseaba de cada uno y los algoritmos que debía utilizar para el procesamiento de los datos.

Helena no desaprovecharía la oportunidad, salió volando a su cubículo para traer su portátil y ponerse a trabajar de inmediato, bajó la mirada del hombre del que dependía su futuro. Sin darse cuenta pasaron casi tres horas, estaba tan absorta trabajando lo más rápido que pudo, que no se percató del tiempo.

Afuera ya debía de estar oscuro. Ella todavía no traía móvil, esperaba que su amigo no creyera que lo había dejado plantado. Pero no podía quejarse. Como si el doctor adivinara que deseaba irse, Dominic le sonrió y comenzó a guardar el archivo en el que estuvieron trabajando con todas las especificaciones y sugerencias.

—Excelente, todo está perfecto. Me puedo ir con total tranquilidad —le dijo con una sonrisa

que llegó hasta sus ojos.

Helena sintió que una carga fue liberada de sus hombros. No le volvería a fallar aunque tuviera que trabajar día y noche para lograr los compromisos que había aceptado.

—Le prometo que cumpliré con cada tarea.

—Tengo plena confianza en tu trabajo, sé que lo completarás satisfactoriamente.

Helena se levantó y agarró la bolsa del piso. El doctor más que feliz por el resultado de la reunión la acompañó a la puerta.

—Nos vemos en cinco días Helena. —Tresson, le dijo con anhelo.

—Por supuesto, que tenga buen viaje.

Helena extendió la mano y Dominic la estrechó como siempre. Cuando sus dedos se tocaron pegó un grito de dolor. Sintió como si su piel se hubiera fundido con una plancha caliente. Retrajo la mano e hizo una mueca. Sus dedos estaban negros.

<<¿Pero qué había ocurrido?>>

Dominic la miró anonadado. El único contacto que había tenido con Helena fue estrechar su mano. A él le gustaba la chica, por eso había intentado llevársela a Zúrich, pero era un hueso difícil de roer.

Esas marcas no podían ser, ¿Cómo era posible? Antes que Helena pudiera salir de su oficina corrió para cerrarle el paso.

Ella se asustó y se dio a vuelta para escabullirse, pero él era más rápido, mucho más rápido. Con un movimiento estuvo frente a la puerta bloqueándola, a una velocidad fuera de los límites de un humano.

—¿Quién eres? —le preguntó observándola, pero ella no entendió que pasaba y negó con la cabeza.

—Soy yo doctor... —cubrió sus dedos negros con su otra mano, el dolor seguía latente pero era soportable.

—¿Qué fue lo que cambió? —le dijo evaluándola y olfateándola. Las pupilas de Dominic se dilataron. No lo había percibido antes.

El dio un paso hacia ella y tomó su muñeca izquierda para hacer una prueba más. La muchacha gritó nuevamente y los dedos dejaron otra marca negra alrededor de sus delgados huesos. Las rodillas de Helena se doblaron y cayó al suelo.

¡Dominic no lo podía creer!

Corrió y cogió un par de guantes de su escritorio, luego sacó un frasco y un pañuelo. Se arrodilló frente a Helena que lloraba sin parar. Su cara estaba descompuesta. Ella nunca había sentido tanto dolor en su vida ¿o sí?

Como si dentro de su cabeza se disparara una nube negra tuvo flashazos que le mostraron imágenes en su mente. Se miró a ella sosteniendo una daga y luego vio una luz seguida de una agonía tal que pensó morir. Ahora que recordaba, no era lo más doloroso que había sentido.

Se sintió aturdida, la imagen de Will apareció. Era como si pudiera tocarlo. Helena seguía paralizada con los ojos cerrados intentando asimilar lo que le fue revelado. Cuando el dolor cesó abrió los ojos y se encontró al doctor arrodillado frente a ella, con un frasco de un líquido transparente y un pañuelo en la otra mano.

Su instinto le dijo que estaba en peligro, que tenía que huir lo más lejos posible de ese hombre. Por primera vez lo miró claro como el cristal. Su rostro estaba demacrado, esa aura que antes había alrededor ahora ya no estaba. Algo había en su olor que era repugnante. Olía a muerte.

—Lo siento preciosa...

—Yo no voy a decir nada, lo juro...

—No te puedo dejar ir...

Helena se levantó dispuesta a marcharse pero velozmente llenó el pañuelo con el líquido del pequeño frasco y se lo colocó sobre el rostro cubriéndole la nariz y boca, su cuerpo cayó al piso. La levantó recostándola en el sofá de cuero de su oficina.

Cerró la puerta para evitar que entrara alguien indeseado. Sospechaba que el joven Miller estaba enamorado de Helena y sería un obstáculo. Levantó el teléfono y digitó varios números.

—*Sí, doctor Tresson, ¿qué es tan importante que osa en interrumpes? —la voz de una mujer sonó en la línea con hartazgo y molestia.*

—Le pido una disculpa por importunarla, pero es importante se lo aseguro. Tenemos un problema. —Dominic se escuchó sumiso. Hablar con esa mujer siempre lo ponía nervioso. Un paso en falso, y su cabeza rodaría.

—*¿Qué clase de problema?*

El doctor le explicó lo que había ocurrido y la mujer se sentó, poniendo su total atención. Eso era como sacarse la lotería.

—*Es la mejor noticia que he recibido en más cien años. Venga inmediatamente, tenemos que hacerle pruebas. Voy a dar instrucciones para que alguien la saque de ahí. Usted es responsable de ella. No quiero errores.*

—No se preocupe, no los habrá.

—*Esto será recompensado de una forma muy generosa.*

El doctor sonrió y colgó el auricular. Ahora si había dado un paso importante en la organización y fue de pura suerte. Siempre supo que Helena era valiosa, pero no sospechaba a que grado.

Capítulo 15



Errores imperdonables.

Arthur recorrió las calles sin éxito. Parecía que Helena se había esfumado. Estaba en serios problemas. Le había fallado al que consideraba su padre. Sabía lo importante que era la muchacha para Desmond y permitió que se fuera. Dejándolo vulnerable. El tiempo se acababa y entre más se acercara la siguiente luna llena, más rápido su tutor se convertiría en una bestia incontrolable que debía ser eliminada.

El estómago se le retorció, con su descuido había condenado al hombre que le salvó la vida y al que le agradecía todo lo que era.

<<¿Cómo había sido tan estúpido?>>

¿Cuántas veces había exigido que fuera tomado en serio entre los caballeros?, ¿Ansiaba participar activamente en su lucha, buscando venganza por la muerte de su padre.

Y no pudo vigilar a una chica que apenas alcanzaba el 1.60 de estatura, con la fuerza de un niño de diez años, y quería enfrentarse a monstruos que lo superaban en fuerza y destreza.

<<¡Joder!, No era estúpido, era un imbécil>>

Se dio por vencido muy a su pesar y regresó a la base. Revisó nuevamente el perímetro y las instalaciones, como debió de haber hecho anteriormente. El alba despuntaba y los caballeros todavía no volvían.

Analizando el escape de Helena, se dirigió a la habitación de Desmond. Revisó el closet y miró que la ropa que había comprado para ella, seguía en su lugar. No se había llevado nada, solo lo que traía puesto. Cerró los ojos y recargó su rostro contra la puerta del vestidor.

La puerta se azotó y en un santiamén la enorme figura de Desmond estuvo a su lado. Ya sabía que Helena no estaba. La derrota se reflejaba en el rostro de Arthur.

—¿Que ocurrió Arthur? —le pregunta era evidente, Desmond no lo miraba.

—Helena se escapó utilizando la salida de la cocina. No pude alcanzarla...bloqueó la puerta. Encontró el interruptor de la puerta eléctrica y salió.

Desmond levantó su puño y lo estrelló contra la pared. Pedazos de yeso volaron dejando un agujero en un costado de la puerta. Estaba furioso.

—Sé que es un error imperdonable...yo te fallé...—la voz de Arthur se llenó de vergüenza—. Si no deseas volver a verme te entiendo...

El gran hombre levantó la cara y lo miró, pero lo que vio lo estremeció. Casi podía ver el dolor que sentía.

—Sabía que algo estaba mal y no regresé. Estoy furioso conmigo...no contigo. Era un riesgo latente. No le hemos explicado nada de lo que está pasando. Como todo esto le afecta y me afecta. Debí parecerle un loco psicópata que la estaba reteniendo contra su voluntad, pero me dio miedo que me mirara como un monstruo.

Caminó de regreso a la habitación y el joven lo siguió sin entender las palabras del hombre más sabio que había conocido. ¿Era posible que tuviera miedo?

Desmond salió de la habitación y llegó hasta la cocina. Sacó una botella de agua y bebió hasta dejar vacío el recipiente. Arrojo la botella de plástico en el contenedor de basura y tomó otra botella fría. Alexandrus entró con ojos llenos de pánico. Él también podía sentirla o más bien, no la sentía.

—¿Se fue? —Desmond asintió y se bebió la otra botella que tenía entre las manos. Su boca estaba seca, se sentía como si hubiera recorrido el desierto y no se hubiera hidratado por días.

—Tenemos que ir por ella. No puede marcharse. Hay que buscarla. —Alexandrus estaba visiblemente desesperado. Más desesperado de lo que parecía Desmond, que era el más afectado.

—Por supuesto que vamos a buscarla, ella es mi vida, no voy a perderla. No sé lo que ocurrió, que fue lo que paso que hizo que huyera.

De pronto, Desmond tuvo una dolorosa revelación.

—¿Helena salió a buscarme cuando estaba en la biblioteca Arthur?

—Sí, yo estaba en la sala leyendo.

—¡Dios mío! —Desmond, se sentó y recargo los codos sobre sus rodillas, no podía ser cierto. ¿Acaso ella había escuchado cuando hablaba con Alexandrus de como tomaría su vida?, Alexandrus palideció.

—¿Crees que escucho nuestra conversación? —Alexandrus le preguntó a Desmond.

—Estoy seguro. Debe creer que soy un psicópata, ¡Maldita sea!

—¿Dices que los escuchó cuando hablaban de como tenías que matarla? —preguntó Howard, horrorizado. Desmond, solo asintió—. Amigo, no la culpo por salir huyendo —espetó con los brazos cruzados.

—La he perdido. Después de eso no volverá a confiar en mí. No puedo obligarla —dijo Desmond afligido y con el corazón destrozado, por la estupidez que cometió.

—No tienes opción. Hay que ir por ella. Tendrás que hacer lo que esta tengas que hacer, cuando llegue el momento.

Arthur, se sentó perdido en su miseria. El sería culpable de la muerte del hombre que lo crió y le dio una vida digna salvándolo de gente malvada. ¿Y así le pagaba?, era un inútil y ahora le quedaba bien claro.

Desmond abandonó la cocina y dejó a los hombres desconcertados. Alexandrus no podía aceptarlo, no se rendiría sin luchar.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos. —Alexandrus no permitiría que su amigo se diera por vencido. No señor, no lo haría.

—No quiere forzarla.

—Eso es pura mierda. Esto es solo un malentendido. —Arthur asintió.

—Desmond es un hombre honorable. Sé que ama a esa mujer y es capaz de poner su bienestar sobre el suyo.

—Me importa poco si el idiota se cree la madre Teresa, yo soy un cabrón egoísta y no voy a permitir que muera como un animal. Hay que buscarla y traerla a la fuerza si es necesario. Además no sabemos que le ocurrirá a ella si Desmond muere.

—No sabemos en donde vive.

—Yo tengo una copia de sus identificaciones. —Howard admitió, Arthur levantó la cabeza y lo miró sorprendido.

—Lo hice por precaución. En cuanto despierte Rupert vamos armar un plan. Si estás tan

arrepentido por tu error ayúdame.



Desmond, regresó a la habitación. En el vestidor revisó la ropa colgada de Helena. ¿Cómo era posible que estuviera enamorado con tal intensidad? Creía que nunca se enamoraría de nadie. No era digno de ser amado. Además de no ser merecedor, no podía permitírselo. Era una forma de pagar sus culpas. Fue un hombre cruel que corrompió un alma pura y la llevó a su muerte.

El rechazo de su esposa fue como un cuchillo clavado en su corazón, con el que había cargado por siglos. Ella lo aborreció después de la noche de bodas. No estaba preparada para ello. La muchacha, le confesó que quería ser monja y dedicar sus días a cuidar de los niños abandonados, pero su padre no lo permitió. La obligo a casarse, y él participo haciéndola infeliz.

Pero como el hombre soberbio que era, creyó que ese encaprichamiento por dedicar su vida a Dios pasaría. Después de todo, los matrimonios en aquella época eran arreglados, y todo mundo aceptaba el hecho de que no tenías que estar perdido de amor para tener una familia.

Fue tanto su remordimiento por forzarla durante la noche de bodas, que nunca volvió a tocarla otra vez y cuando ella supo que estaba embarazada, amenazó con quitarse la vida. Así fue como el partió embarcándose en esa travesía sin sentido a la llamada tierra Santa. Tratando de expiar sus culpas.

Lo peor fue enterarse que ni su esposa ni su hijo, habían sobrevivido al parto. Los siglos de soledad, fueron abrazados por Desmond.

La palabra amor estaba fuera de su vocabulario. Era un sentimiento desconocido. Enamorarse de Helena era el regalo más precioso y lo atesoraría siempre. Había estado muerto en vida hasta que ella apareció. Despertándolo de ese letargo de dolor e indiferencia, respiraba solo con el propósito de cumplir su cometido. No para ser feliz. Ni para tener ningún tipo de placer, porque no lo merecía.

<<¡Claro que no! >>

Su maldición era vivir eternamente como un hombre vacío. Dedicado a su única tarea. Pero ahora que había saboreado el placer de tener a una mujer entre sus brazos que se entregó a él, en cuerpo y alma. No sería posible regresar atrás.

Si tenía que morir. Lo haría con gusto, porque vivir más años, no serían soportables. Prefería que su existencia acabara, antes de estar sin ella.

Como un hombre enfermo y desesperado, cogió la blusa del pijama de Helena y se lo llevo a la cara, olfateándolo. Todavía estaba impregnaba su esencia. En cuanto el aroma entró por sus fosas nasales su cuerpo se calentó y su virilidad se agitó.

Había estado viviendo en un estado permanente de excitación. Desde la primera vez que tomó su cuerpo. Aunque solo habían sido pocos días que había compartido su cama y que durmió con Helena entre sus brazos. La mayor parte de esas horas, las pasó contemplándola, como si supiera que esa felicidad no duraría.

Hacerle el amor una y otra vez, no fue suficiente. Tenía sueños húmedos en donde la mujer que amaba permitía que la poseyera y se alimentara de su pecho. Su sangre sería el manjar más exquisito sobre la faz de la tierra. Era lo único que había faltado para sellar su destino a su lado.

Pero ahora ya no era posible, ella se había ido. Asustada. Temerosa. Lejos para siempre.

Se desnudó y se metió a la regadera. Quería limpiar su cuerpo del hedor de la batalla. No quería ensuciar las sábanas de la cama, que guardaban el recuerdo de su amada. Su cuerpo se tensó y comenzó a masturbarse mientras en su mente miraba su rostro y los gestos que hacía cuando tenía un orgasmo.

Su agarre fue brutal. Su mano subía y bajaba con dureza, echó la cabeza hacia atrás y rugió liberando su semen contra la pared de la ducha. Su pecho agitado, hinchándose con las bocanadas de aire que llenaron sus pulmones, subía y bajaba, pero lejos de la liberación que esperaba, fue como si hiperventilara.

Se lavó con jabón y su ira se incrementó cuando se dio cuenta que a los pocos minutos seguía como si no se acabara de vaciar, apenas hacía unos instantes. Se enjuagó ignorando su necesidad. Se retiró de la regadera y cogió una toalla para secar su cuerpo. En la habitación tiró la toalla al piso y se metió debajo el edredón y se quedó dormido. Con la imagen en su cabeza del rostro de Helena.



Arthur y Alexandrus estaban en el estudio detrás de una computadora haciendo búsquedas en internet. El pasaporte de Helena decía que era española, aunque no había nacido en España. Por desgracia ni el DNI, ni el pasaporte mostraba su dirección actual.

Alexandrus recordó que Desmond, le había dicho que vivía en Valencia. Era una ciudad por la que empezar. Tendría que esperar unas horas antes de localizar a un amigo que podía investigar el paradero de Helena.

Lo único que se le ocurrió, era irse de inmediato a Valencia y comenzar a rastrearla como un perro hasta encontrarla. Rupert entró tallándose los ojos, acababa de levantarse. Su cabello despeinado, daba fe de ello.

El día anterior resultó herido así que se fue a descansar, por lo que no se había enterado de todo el drama del escape.

—¿Qué hacen levantados tan temprano?

—No es temprano ya son las ocho de la mañana —contestó Alexandrus.

—Para mí es de madrugada, ¿Qué están haciendo? —se paró detrás, cruzándose de brazos esperando una respuesta.

—Helena se fue.

Rupert, estiro los brazos, mientras lanzaba un bostezo. Restándole importancia a la noticia, por la que Alexandrus y Arthur estaba comiéndose las uñas.

—¿Y Desmond?, ¿A qué hora salimos por ella?

—No quiere buscarla. Quiere sentarse y esperar su muerte.

—Eso es una pendejada. No puede darse por vencido.

—Hasta que dices algo que tiene sentido —le reclamó Alexandrus. Entre ellos siempre hubo diferencias en el pasado, aunque se respetaban, pero en los últimos días se habían agravado.

—Cállate imbécil —contestó Rupert molesto.

—Dejen de pelearse —dijo Arthur poniendo paz entre los dos.

—Mira. Sé que eres brillante y cuentas un coeficiente impresionante, pero no tenemos la puta dirección, solo que es de nacionalidad española por parte de su padre y vive en Valencia. Hay que esperar hasta que...

Rupert le sonrió satisfecho y se cruzó de brazos con orgullo. Alexandrus se irritó por la evidente soberbia por parte de su amigo.

—Esto voy a disfrutarlo.

—Ya di que sabes que nosotros no, cretino arrogante —espetó Alexandrus, Rupert lo ignora, se acercó al escritorio y abrió un cajón. Sacó una tableta que encendió.

—Como soy un hombre previsor, coloqué un dispositivo de rastreo en sus ropas.

Alexandrus abrió los ojos. Nunca pensó en algo así. Rupert era el que se encargaba de buscar gadgets que pudieran servirles en su labor. Giró el artefacto mostrando un mapa de España y luego un indicador de búsqueda comenzó a rodar mientras localizaba a Helena. Un minuto después, tenían una ubicación fija en la pantalla.

—Sí, está en España...en Valencia. Veo que está estática. Eso significa, que está dormida.

Revisó a detalle, y le dictó la dirección del departamento de Helena a Alexandrus. Abrieron un mapa e ingresaron la dirección. En un instante tenían la foto del edificio donde vivía. Tendrían que enviar una avanzada en lo que llegaban a la ciudad.

Capítulo 16



Luchando por su vida.

Harry revisó su reloj, estaba esperando que Helena se comunicara avisándole que ya estaba lista para irse. Había terminado su trabajo hacia una hora ya, pero no se iría sin ella. De seguro el antipático de su jefe la tenía encerrada en su oficina aprovechándose de la culpa que sentía, por los días que estuvo ausente.

Ese hombre no le daba confianza. Era un dolor en el culo. Prepotente y pagado de sí mismo. No sabía cómo su amiga lo toleraba. Todo mundo se burlaba a sus espaldas diciendo que solo santa Helena podía aguantarlo y trabajar con él. Era una persona que no se tentaría el corazón para destrozarse una carrera. Ya lo había hecho con varios internos.

Con la única que parecía domesticado era con ella. Evidentemente era porque le gustaba, ¿pero como no podía gustarle una chica como Helena?

El cabrón era un zorro con piel de oveja, cobijado por la autoridad de su puesto. Tenía una fama que lo precedía. Había historias sórdidas que giraban a su alrededor. Mujeres hermosas que habían llegado y luego de irse con él en algún viaje a las oficinas centrales, no volvían.

Unos decían que las afortunadas ahora estaban trabajando en un puesto bien remunerado en Alemania o Suiza. El último caso según las malas lenguas, ocurrió un año y medio atrás. Sin embargo no había nadie para confirmarlo, por lo que él no se atrevía a repetir lo que había escuchado. Nunca le había dicho nada a Helena, no quería que trabajara incómodamente con el tipo que al parecer no había tenido un mal comportamiento con ella, al menos no todavía.

Revisó otra vez el reloj y se dio cuenta que ya eran las ocho de la noche. Demasiado tarde. Ya habían pasado cuatro horas desde que Helena envió el mensaje. Apagó su computadora y tomó su saco que colgaba del respaldo de la silla. Los cubículos estaban desiertos. Ya no quedaba nadie, todo estaba vacío.

Aunque estaba seguro que Helena no se iría sin avisarle, se dirigió a su cubículo solo para verificarlo. Encontró su lugar desierto, la computadora seguía prendida, pero su portátil faltaba. Bajó la vista al piso y vio una cartera color chocolate debajo del pequeño escritorio. La levantó, abrió el cierre y encontró que sus identificaciones. Seguro, la debió perder con las prisas. La cerró y la metió en una bolsa interna de su saco. Se la entregaría más tarde.

Sin importarle las consecuencias caminó hacia la oficina de doctor Tresson. Lo que encontró, lo desconcertó. Las luces estaban apagadas. Se paró frente a la puerta y giró la perilla. Esta no cedió. Estaba bloqueada con llave. Revisó alrededor pero todas las oficinas se encontraban cerradas y las luces apagadas.

<<¿Dónde se había metido?, tal vez se habían trasladado a una sala de juntas. >> pensó.

Se dirigió al área de salones destinados para eso, pero otra vez no encontró nada. Era extraño que no hubiera nadie en el edificio. El anteriormente había trabajado hasta altas horas de la noche

y siempre había gente, por lo menos los guardias haciendo rondines, que ahora no se veían por ningún lado.

Se rascó la cabeza y frunció el ceño. Sacó su móvil y le llamó, dio varios timbrazos enviándolo al su buzón de voz. Intentó varias veces pero no obtuvo respuesta. Le dejó un mensaje y se dirigió a la salida.

Escuchó voces que venían de uno de los pasillos, y se apresuró a su encuentro. Ahí se topó con el doctor Tresson, ya sin la bata que usaba de costumbre.

—Buenas noches doctor, estoy buscando a Helena.

—Ya se fue señor Miller. Me dijo que tenía prisa —el joven no se tragó lo que el doctor le dijo, porque eso no era posible.

Él tenía su cartera y ella necesitaba su dinero para un taxi o su tarjeta prepago para tomar el bus a su casa. Su amiga ya debía haber abandonado la universidad.

El doctor se dio la vuelta y Harry lo siguió en cuanto dobló por la esquina. El hombre sacó un celular y comenzó a hablar en un idioma desconocido. El laboratorio era como un laberinto y no lo conocía en su totalidad.

Había muchas áreas restringidas a los que ellos como internos no tenían acceso. El doctor abrió la puerta de un almacén y se perdió. Harry estaba en una disyuntiva, ¿Que debía hacer?

Pensó, al diablo con la seguridad, su sexto sentido le decía que Helena necesitaba ayuda. Esperó unos minutos y luego abrió la puerta. El lugar estaba oscuro. Caminó sorteando unos estantes, para ver al doctor cara a cara y a un par de tipos que parecían militares. El hombre estaba recargado en un escritorio, con los brazos cruzados, esperándolo de eso no tuvo duda.

—Señor Miller. Aunque no lo crea me cae bien. Es bueno en su trabajo, pensé que tenía futuro, es una lástima que sea un entrometido —le dijo mirándolo solemnemente mientras negaba con la cabeza.

Uno de los tipos se acercó y sacó un arma de sus pantalones cargo y supo que estaba perdido. De entre las sombras apareció otro hombre que traía cargando sobre un hombro a Helena. Sus extremidades caían flácidas por la espalda del sujeto que la llevaba.

—¿Qué le hiciste? —Harry corrió hacia la muchacha, pero el hombre de seguridad se interpuso y lo cogió del cuello. Él era alto pero no tenía la condición, ni los músculos de ese hijo de puta.

El primer golpe aterrizó justo en su mandíbula azotándolo contra el piso de mármol.

—No lo mates aquí imbécil. No podemos dejar un cuerpo en el edificio —le ordenó el doctor Tresson, al sujeto que estaba a punto de romperle el cuello. El hombre volteó y miró al doctor con furia.

—¿Qué vamos a hacer con él?

—Lo dejaremos tirado de camino al aeropuerto. Déjasele a uno de tus hombres. Que parezca que se resistió a un asalto. No quiero testigos —ordenó sin rastro de remordimientos.

Harry lo miró con la boca abierta, pero el sujeto levantó su arma y lo golpeó en la sien, dejándolo inconsciente. El otro hombre presionó un dedo sobre su oreja y habló en clave. Otros dos ingresaron y arrastraron el cuerpo de Harry hasta los elevadores, se dirigieron al sótano para evitar miradas curiosas.

Subieron a dos autos diferentes y dejaron el edificio. El polarizado de los vidrios de las camionetas hacía imposible que nadie pudiera ver a ningún pasajero. Protegiéndolos con el anonimato.



Desmond se levantó y se dio un baño antes de abandonar la habitación. Debía hacer maletas para regresar a Londres, en donde terminaría sus últimos días. Quería estar en su hogar con sus recuerdos. Era tiempo de irse de la ciudad.

Sujetó su cabello en una coleta baja, debía cortarse el pelo, sería lo primero que haría cuando llegara a casa. Luego se puso sus pantalones de cuero, tomó sus botas de combate y se las calzó. Deslizó un suéter con cuello en V de lana por su cabeza y fue por su gabardina de piel. Revisó su reloj y se dio cuenta que ya era de mañana. Había estado encerrado desde el día anterior, como un adolescente deprimido. Bueno. No era un adolescente, aunque estaba deprimido.

<<*Jodidamente deprimido!*>>, en la sala estaban Arthur, Rupert y Alexandrus.

—¿Listos para irnos? —cuestionó a los hombres que lo esperaban con ansias.

—Tenemos noticias de Helena. —Alexandrus lo encaró.

—No quiero hablar de ella por favor...

—Escúchanos Desmond. Ayer enviamos a un rastreador. Estuvo esperando afuera del edificio donde vive en Valencia, con una compañera de piso y cuando salió la siguió hasta su trabajo...

—¿Y cuál es el punto? —zanjó Desmond y se cruzó de brazos mientras cuestionaba a Alexandrus, que parecía estaba a punto de subirse por las paredes. Este no entendía como su amigo estaba tan tranquilo, después de perder a la mujer de la que estaba enamorado y la que se había llevado la mitad de su alma.

Alexandrus, estaba desesperado, después de Desmond, era el más afectado por la mujer. Ella había despertado algo que creyó muerto y respetaba a su amigo, pero si no iba detrás de ella lo haría él.

—¿A que no sabes en donde trabaja? —inquirió con ironía el moreno.

—Ilumíname —contestó con sarcasmo.

—En Zukunft. —Desmond levantó la cabeza irguiéndose cuando escuchó el nombre del lugar.

Esa empresa pertenecía al clan rojo. Era su principal fuente de ingresos. Con más de dos siglos de fundada había generado enormes ganancias, gracias a las patentes que habían registrado por décadas. Fueron pioneros en procedimientos quirúrgicos revolucionarios y medicamentos.

Todos creían que era una empresa que salvaba miles de vidas anualmente, debido a sus descubrimientos. Lo que desconocían, era el costo de estos milagros. Sus experimentos eran brutales, pero el mundo no conocía como se realizaban sus investigaciones. Si sumaban las muertes que habían dejado a lo largo de los años, sumaban miles. Gente inocente era despedazada y devoradas por estas bestias.

—Debe ser una coincidencia. No creo que Helena sepa que hacen en ese lugar. —le contestó furioso. Ni por un segundo cruzó por su mente que ella fuera cómplice de esas aberraciones.

—Tranquilízate. No estoy acusándola de nada. Investigué y es alumna de la universidad de Valencia: es analista en bioinformática. Está becada por Zukunft. El problema es que entró al laboratorio...pero nunca salió.

—Tal vez tenía mucho trabajo y sigue ahí —sugirió cruzándose de brazos.

—No te ciegues. Sé que estas dolido...porque se fue, pero algo no está bien. Necesitamos saber a ciencia cierta, si no está en peligro —externó Rupert con tono preocupado. —Puede estar

a manos de ellos, ¿Imagínate lo que le harán si saben que está vinculada contigo?, parece que no te importa —por primera vez en siglos Rupert lo enfrentó.

Desmond reaccionó agarrando por el cuello a Rupert, que aunque era casi de su tamaño, no era rival para él. Si se enfrentaban, lo haría pedazos.

—No vuelvas a decir que no me importa. Me importa tanto que prefiero morir, que obligarla a hacer algo que no quiere —le gritó a la cara con furia. Rupert, lo empujó soltándose de su agarre.

—Pues entonces actúa como si lo hiciera. Podrían estar torturándola...

Desmond, se volvió contra Rupert, para arremeter contra el hombre, pero Alexandrus se metió entre los dos.

—No saquemos conclusiones precipitadas. —se volvió hacia Desmond, y lo miró desaprobando su decisión. —Tienes que aceptar que es una posibilidad. Realmente espero que no sea así.

Alexandrus, los soltó a los dos y camino hasta el mueble del bar para tomar un vaso con whisky. Necesitaba algo para calmarse la jodida ansiedad. Los hombres lo siguieron y se sentaron en el sofá que estaba frente a la chimenea. El fuego estaba encendido todavía.

—¿Qué pasa con ese hombre que enviaste? —Desmond se sentó, levantó la mirada y le preguntó a Alexandrus, intentando que su voz no se quebrara.

El mero pensamiento de que Helena pudiera estar en manos de esos seres malvados, desgarró su corazón. No podría sobrevivir si por su culpa, ella moría.

—Puso vigilancia en su casa y en el laboratorio. No se moverán hasta recibir nuevas instrucciones.

Asintió y paso su mano por su frente, estaba desconcertado por el giro de la situación.

—¿Cómo la encontraron? —le preguntó con genuino interés. Conocía muy poco de Helena. Le quiso dar tiempo que ella se abriera, no quiso presionarla. Sabía que ella también lo amaba, lo supo desde el primer momento que se unió a ella en cuerpo y alma. Ahora en todo lo que podía pensar, era en correr detrás de la mujer que amaba.

—Puse unos dispositivos en su ropa. —le explicó Rupert sin ningún sentimiento de culpa, ya que era prioritario conocer su localización. La vida de su amigo dependía de ello. Podía ser un imbécil testarudo, pero no permitiría que muriera.

—¿Tienes forma de localizarla? —mil pensamientos negativos, inundaron su cabeza.

—Desgraciadamente se quitó las botas que llevaba y siguen en su departamento. Si hubiera podido, le hubiera insertado un puto chip debajo de su brazo, pero no tuve tiempo —suspiró Rupert, exasperado.

—Está bien. Vamos a buscarla, pero le daremos unos días para poder acercarme de nuevo. No sé cómo demonios voy a ganarme su confianza otra vez —se aferró a esas palabras. Tenía que estar bien.

Alexandrus levantó las manos y Rupert asintió. Este último no estaba seguro que ella estuviera bien.



Aterrizaron en Valencia tres horas después. El jet rodó hasta un hangar en donde una camioneta blindada y con los vidrios polarizados los esperaba. Todos esos siglos habían pasado

desapercibidos, porque eran muy cuidadosos de no mostrarse en público. Ahora era cada vez más difícil guardar el anonimato con la tecnología y las redes sociales. Sus rostros eran un misterio y no querían dejar huella con el paso del tiempo.

¿Cómo explicar por qué no envejecía?

Antes de abandonar el avión, cambiaron sus ropas, por algo menos llamativo. No era inteligente caminar en una ciudad con 25 grados centígrados usando una gabardina y pantalones de piel. Así que se decidieron por algo más adecuado.

Desde el momento que Desmond supo que Helena podía estar en peligro, una furia contenida se desató. Intentó mostrarse indiferente pero fue muy difícil hacerlo. No quería que sus amigos supieran que estaba casi al borde del colapso.

Su pulso estaba acelerado. Estaba ansioso y no se quedaría tranquilo hasta que corroborara que su mujer estaba bien, pero a la vez no quería volver a verla porque no sabía si sería capaz de dejarla ir. Prometió que pondría su bienestar sobre sus deseos, pero los sentimientos de posesión eran muy fuertes.

Subieron a la camioneta que contaba con tres hileras de asientos y se acomodaron. El chofer era un hombre de confianza de Rupert.

—Bienvenido señor. —el hombre moreno y de origen marroquí, los saludó con respeto.

—Hola Omar.

—Un placer verlo, aunque sea bajo estas circunstancias. Los muchachos están haciendo guardia como lo pidió. —Rupert asintió.

—¿Qué noticias me tienes? —le cuestionó, interesado.

El hombre con lentes oscuros, no despegó la vista de la carretera. Manejaba como un profesional entrenado.

—La policía está en el edificio de Helena.

—¿Por qué?, ¿Ya salió del laboratorio?

—Negativo, aunque si le soy sincero no creo que siga ahí. Mi informante, nos avisó que encontraron a un joven a cinco kilómetros de los laboratorios. Lo apuñalaron, está muy grave.

Desmond, se inquietó en su asiento.

—¿Y qué tiene que ver Helena en todo esto? —le preguntó Desmond, cada vez más ansioso.

—Encontraron una identificación de Helena adentro de saco.

Vacilante, Arthur miró por el retrovisor a Alexandrus, que negó con la cabeza. No era momento de hacer ningún comentario. Era peor de lo que todos temían.

—Eso es muy malo Omar. —el hombre, asintió con la cabeza. Cuando llegaron al frente del edificio, se encontraron con un carro de policía, que abandonaba el lugar. Omar se estacionó y Desmond se dirigió sus amigos.

—¿En qué departamento vive? —le preguntó a Rupert.

—En el tercer piso. —Rupert le mostró el mapa del edificio y la ubicación exacta del pequeño departamento.

—Voy a hablar con su amiga.

—Yo voy contigo. —Alexandrus, no dejaría solo a Desmond. Ya lo había hecho una vez y no lo haría de nuevo.

—Es solo una mujer, no hay ningún peligro. Si vamos los dos la podemos asustar. Es imperativo que me de la información que necesitamos.

—Déjalo que lo haga solo. Estaremos afuera como apoyo. —Rupert estuvo de acuerdo con Desmond.

Bajaron del vehículo y Rupert se acercó al hombre que vigilaba el departamento y que tenía el reporte de la policía. Desmond cruzó la calle y se perdió en el umbral del edificio. A cada paso revisó con cuidado el lugar. No había cámaras. Carecía de medidas de seguridad. Ese lugar era una trampa mortal. Los corredores estaban vacíos. Fácilmente podrían entrar sin que nadie se enterara. Era una locura que vivieran ahí dos chicas solas e indefensas. Subió las escaleras en lugar de usar el ascensor y verificó las salidas de emergencia, para corroborar lo que ya había percibido. El sitio era jodidamente inseguro.

Se paró frente a la puerta del departamento y respiró varias veces. Suavizó su rostro en un intento de no parecer tan amenazante, y luego tocó la puerta. Una chica rubia lo recibió distraída, mientras revisaba su teléfono móvil. Ni siquiera miró que él estaba parado frente a ella.

<<¿Cómo era posible que fuera tan descuidada?>>

—¿Dígame oficial que se le olvidó? —Mariela levantó la cara y abrió la boca casi hasta el suelo cuando vio al hombre frente a ella.

Pensó que se encontraría al joven detective que acababa de tomar su declaración, pero lo que se encontró, fue a un tipo como sacado de una novela de época con tintes eróticos. Abrió los ojos y admiró al desconocido.

Era enorme. Lo barrió de arriba abajo. Ella con su 1.75 se sintió pequeña junto a él. Vestía informal con una suéter color carbón que se ajustaba a sus hombros anchos y sus brazos voluminosos.

¡Dios esos brazos!

Sus facciones eran duras y cinceladas como los de un guerrero medieval. Tenía unos ojos de un azul profundo y unos labios gruesos pero bien definidos, con el cabello sujeto en una coleta. Entonces cayó en cuenta a quien se parecía el desconocido. Recordó las palabras de su amiga. Lo había descrito perfectamente.

—¿Qué demonios haces aquí?, ¡maldito hijo de puta! —le gritó casi incrédula, pero debía ser él. Encajaba perfecto en la descripción. No le quedaba duda. Desmond se sorprendió que la mujer lo reconociera.

—Sí, mucho gusto, busco a Helena —le contestó sin importar los reclamos de la mujer.

—Luego que mi amiga saliera huyendo por que la querías asesinar, no sé si estás loco o eres estúpido en venir a buscarla —Desmond, levantó las manos, como un acto de rendición.

—Te juro que todo fue un malentendido. Yo amo a Helena. Estoy aquí porque estoy muy preocupado por ella.

El hombre no parecía un asesino y su rostro demostraba un dolor auténtico. Mariela se llevó las manos al rostro y se soltó llorando. Su amiga había desaparecido otra vez, y ahora presentía que le había pasado algo muy malo. Se dio la vuelta y lo dejó entrar al minúsculo departamento.

Por un motivo desconocido, y aunque era un extraño, tuvo la corazonada que podía confiar en él. Desmond, cerró la puerta y siguió a la muchacha. La chica se fue hasta la pequeña cocina y le hizo un gesto para que se sentara en la silla del comedor.

No era realmente un comedor, solo era una mesita con dos sillas plegables que habían comprado en el bazar un domingo. Mariela adoraba ese lugar en donde platicaba con su amiga.

La chica se sentó y se apoyó, colocando la mano sobre el mantel que su amiga había hecho con tanto cariño y lo acarició. Ese recuerdo le sacó un sollozo. Necesitaba calmarse. Cuando llegó la policía buscando a su amiga, casi se había desmayado al darle la noticia de que el amigo de Helena estaba al borde de la muerte. Bajó la mirada en sus manos y cerró los ojos, tomando aire.

—No ha regresado desde ayer... —se llevó una mano para acallar un sollozo. Cogió una

servilleta y se limpió la nariz. Tenía la cara roja y sus ojos mostraban signos de haber llorado por horas.

—Tengo miedo. Encontraron a Harry casi muerto, no murió de milagro, pero está en coma. Él es un compañero de Helena...trabajan juntos— su voz se oía rota, ella esperaba lo peor. —Lo apuñalaron y lo dejaron tirado cerca de los laboratorios. Él es la última persona que la miró.

—¿Está en coma? —el estómago de Desmond se retorció, Helena estaba en peligro, ¿Cómo fue tan estúpido de no cuidarla mejor y permitir que se escapara tan fácilmente?

—Sí, casi se desangró, me dijo el policía que aguanto porque es un tío bastante grande. Encontraron en su ropa una identificación de Helena, por eso vinieron a buscarla. Me dicen que lo robaron, pero no lo creo, ¿por qué no le quitaron la jodida billetera?, no tiene sentido.

Mariela era una mujer muy inteligente. Para Desmond, era evidente que el pobre chico estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. Eso solo podía significar que Helena estaba en manos del Clan. Ahora lo importante era saber a dónde se la habían llevado. Era peor de lo que pensaba, si ellos la tenían era porque sabían que estaba ligada a él.

—Vamos a encontrarla, te lo prometo —colocó su gran mano, sobre la de ella y la apretó ligeramente, consolándola.

Permitió que Mariela se desahogara. Una hora después, abandonó el apartamento con una sola misión. Recuperarla así le costara la vida.

Capítulo 17



Sangre y desesperación.

Un jet privado arribó al aeropuerto de Zúrich cerca de media noche. En medio de una tormenta invernal. Llovía tan fuerte que parecía como si el cielo se fuera a caer. Las turbulencias arremetieron en contra del avión, prácticamente todo el viaje.

Una ambulancia los esperaba en donde trasladarían a Helena, para no levantar sospechas. Durante el vuelo, el doctor Tresson le administró un narcótico muy potente para mantenerla sedada. Le conectaron una vía intravenosa y la ingresaron al país alegando que estaba muy enferma, traían las órdenes de admisión a un hospital que pertenecía a la farmacéutica.

La ambulancia abandonó el aeropuerto luego de cumplir con todas las normas necesarias, era un paciente más que llegaba al país para recibir tratamiento médico avanzado. Pero en lugar de dirigirse al hospital como informaba el manifiesto, salieron de la ciudad.

Helena recobró la conciencia de poco a poco, despertando después de quien sabe cuántas horas de estar inconsciente. Su lengua seguía pesada y todavía no la controlaba completamente. La droga continuaba en su cuerpo. Podía sentir los efectos. Sus extremidades se sentían débiles. Como si no tuviera fuerza más que para pestañear.

Lo primero que vio, fue una luz blanca sobre su cabeza que hacía que todo resplandeciera. Sus ojos se encandilaron por el destello tan fuerte. Se dio cuenta que estaba acostada sobre una mesa parecida a la de un quirófano. Intentó moverse pero no pudo, con un esfuerzo casi sobre humano, levantó su cabeza estirando el cuello, y vio que tenía amarradas con correas de velcro sus piernas y brazos, inmovilizándola.

Miró alrededor con detenimiento, pero no encontró mucho. La habitación era pequeña, las paredes desnudas de color blanco estaban forradas totalmente de azulejos que se mezclaban con el piso. En la esquina había una rejilla, parecida a un resumidero. No quiso ni pensar para que necesitaban un resumidero en la habitación. Desvió la mirada y regresó su atención al techo.

No tenía los zapatos puestos, pero su ropa estaba intacta. Eso fue un alivio, por lo menos no le habían hecho nada, al menos todavía. Una puerta con una pequeña ventana de vidrio estaba cerrada, atascada con una barra de hierro que la atravesaba y un panel en un costado controlaba el acceso. El silencio era sepulcral. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido. No supo si fueron minutos u horas, cuando la puerta se abrió y una mujer entró por ella.

Era hermosa. Su cabello rojo ondulado era tan largo que le llegaba hasta la cintura. Con una figura como de una modelo de pasarela y unas facciones casi angelicales, pero era solo su aspecto. Sus ojos mostraban maldad. Su cuerpo sabía que había algo muy negro dentro de ella.

Caminando detrás, apareció el doctor Tresson. Vestía algo totalmente diferente a lo que acostumbraba. Traía un traje gris carbón, con un suéter de cuello alto color negro.

La pelirroja se detuvo, colocándose detrás de su cabeza y el doctor a su costado. Estaban tan cerca que podía olerlos. Era un olor repulsivo. No sabía cómo clasificarlo, pero era

desagradable. Antes no lo había notado en el doctor, ahora lo percibía. Lo raro era que los dos olían igual.

—Hola Helena, me da gusto conocerte. Tresson me ha hablado mucho de ti —su voz era ronca, como la de un fumador crónico, y tenía un acento raro. Le recordaba a una compañera que era de Berlín, debía ser de Alemania. Hablaba un inglés muy marcado.

La mujer le sonrió, de forma escalofriante. Sintió que estaba bajo un escrutinio feroz. No podía ser tan transparente y dejarles ver sus pensamientos, aunque sabía que era casi imposible no hacerlo. Era pésima para mentir o disimular, y no le ayudaba lo asustada que estaba.

—¿Por qué estoy aquí? —dijo en un hilo de voz.

—Aquí nuestro amigo, encontró algo fascinante y queremos cerciorarnos que no se equivocó querida.

—¿Y yo que tengo que ver?, ¿Por qué estoy amarrada?

—Como te dije. Tenemos que hacer algunas pruebas para tener la seguridad de que no estamos cometiendo un error. Si nos equivocamos no tienes de que preocuparte, pero si eres lo que creemos, piensa que ayudarás haciendo un bien mayor.

<<¿Qué significaba eso?>>

Helena parpadeó rápidamente, sin entenderlo, el hombre con el que había trabajado por casi seis meses y que creyó era su mentor se acercó, como un depredador a su presa. Se estremeció cuando le acarició una mejilla, todavía tenía los guantes puestos. No podía olvidar el horrible dolor, que sintió cuando puso sus dedos desnudos sobre su piel. Cogió un mechón de su cabello y lo retiró de su cara, provocándole escalofríos.

La puerta se abrió y un hombre entró con una tableta en la mano y se la entregó. El tipo era pálido y muy alto, con una complexión muy parecida a la del doctor y curiosamente vestía igual.

<<¿Sería algún tipo de uniforme?>>

El hombre la miró con la boca entreabierta como si hubiera visto al diablo. La mujer le lanzó una mirada severa, el visitante agachó la cabeza en señal de sumisión y dejó la habitación.

—Necesito que veas esto. Dime si reconoces a alguien —el doctor, giró la tableta y le mostró las imágenes de Desmond y de cada uno de sus los hombres que conoció en París.

<<¿Ellos los conocían?>>, pero Helena permaneció muda.

—Eres más importante de lo que piensas. Necesitamos que cooperes con nosotros. ¿Conoces a estos hombres?, Míralos bien. Son muy peligrosos. He lidiado con ellos desde hace cientos de años.

<<¿Cientos de años? Esta mujer debe estar demente. >> pensó.

La pelirroja no parecía tener más de treinta años. Debía estar pirada para creer que tenía más de cien. Le mostraron varias imágenes, pero negó con la cabeza. Nunca delataría a Will, tal vez no se lo merecería, pero no lo traicionaría. Si ella estaba perdida, no arrastraría a nadie más a su suerte.

—¿Así que no los conoces?

—No. Lo siento. —desvió la vista y miró hacia la puerta. Esa mujer era mala. Lo sentía en los huesos.

—¿Sabes?! Mentir es un pecado muy feo —la ira de la mujer era evidente, sabía estaba mintiendo, después de todo era muy mala escondiendo sus emociones.

—No estoy mintiendo. No conozco a esos hombres —insistió. La mujer se acercó y le rasgó la blusa dejando su pecho expuesto.

—¿Entonces qué es esto? —le preguntó señalando la marca sobre su seno, ¿Cómo sabía de esa marca? No le había dicho a nadie.

—Un arrebato... me lo hice en una borrachera —respondió de inmediato.

La mujer se carcajeó y al girarse estrelló el dorso de la mano contra la cara de Helena, quien se mordió el labio por el impacto contra su quijada.

—No te burles de mí inteligencia, niña estúpida. —se giró hacia el doctor y habló con exigencia. —¡Muéstrame!

Tresson, bajó su mano, deslizándose por su brazo hasta llegar hasta donde había dejado la marca negra de su toque, como si hubiera carbonizado su piel. El hombre le hizo un movimiento a la mujer que estaba parada detrás de ella y se acercó con curiosidad. Horas antes, había enviado las imágenes de las afrentas que dejó en su cuerpo cuando la tocó como evidencia de que Helena estaba atada a un caballero.

—Esto es increíble. —exclamó sorprendida. Helenaladeó la cara para ver a la altura de sus manos. Se quedó como de piedra, cuando no miró la marca negra que había dejado el doctor. Era como si nunca hubiera existido.

La mujer agarró su mano, ella cerró los ojos y apretó los dientes, esperando que tuviera el mismo efecto como cuando Tresson la tocó, pero no ocurrió nada.

—Es lo que pensaba. No reacciona contigo.

—¿Eso qué significa?

—Ya está vinculada. Permíteme darte una pequeña demostración —se ofreció el hombre.

Tresson sonrió malévolamente y se quitó los guantes, mientras se acercaba. Helena abrió los ojos.

<<¡No otra vez no!>>

—Por favor doctor no lo haga, se lo suplico.

—Lo siento es necesario.

Tresson puso su palma sobre el seno con la marca, y Helena gritó de dolor. Se sacudió en un vano intento por resistirse, pero como podría si estaba vulnerable. El dolor le nubló los sentidos, haciendo que todo diera vueltas a su alrededor. Su piel ardía por la quemazón, como si hubiera sido quemado con tizón de hierro. Comenzó a gritar sin control, cuando el hombre tomó el otro pecho con su mano libre, y lo apretó brutalmente.

Cuando el maldito estuvo satisfecho, retiró las manos. La figura de sus dedos, estaban dibujados sobre la piel de Helena. La mujer se acercó y miró la agresión con detenimiento. Sin siquiera inmutarse por los gritos de dolor y las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Es fascinante, ¿Cuánto tardan en desaparecer?

—Alrededor de una hora.

—¿Se recupera también de las heridas?

—No sé todavía.

—Bueno Dominic, tienes una tarde entretenida —declaró con una risotada, como si fuera algo divertido.

Helena abrió los ojos anegados de lágrimas. Su rostro estaba rojo, con una mueca de dolor, sin poder hablar.

—Siéntete orgullosa, tú serás la oblación, para nuestra diosa. Es un honor...

—¡Estás loca!, ¿Debería estar agradecida porque seré sacrificada?, ¡Vete al demonio tú y tu estúpida diosa! —las palabras salieron con un chillido de sus labios.

<<¿Una secta satánica?, seguro era eso>>, solo podía rezar para que ocurriera un milagro porque sería lo único que la salvaría.

El doctor se acercó y la abofeteó marcando la mita de su rostro, quemando hasta las pestañas de su ojo y ceja. Helena gritó de nuevo y se sacudió.

El hombre se acercó y le termino de arrancar la blusa. Quemando donde sus dedos tenían contacto con su piel. Se fue a sacar sus pantalones y los rompió para retirarlos de las tiras que mantenían sujeta a Helena. Ahora si estaba expuesta, solo sus pequeños calzones la cubrían.

—Córtala, hazle lo que quieras, no me importa llevarla al altar del sacrificio en hecha pedazos. Vamos a ver si su piel y órganos se regeneran —bramó con furia la malvada bruja.

Tresson asintió obediente. La mujer se dio la vuelta y abandonó la habitación. Azotando la puerta.

—No, por favor... —le suplicó.

—Shhh, preciosa. Estas marcas no duraran mucho. Solo un par de horas y luego se borrarán. Tu cuerpo se regenera asombrosamente. Esas son las pruebas que queremos hacer.

El la sujetó de la cara colocando sus manos en sus mejillas y devoró su boca con un beso que casi la hizo devolver el estómago. Arrastró sus manos por su abdomen y comenzó a manosearla, besándola desde su cuello bajando por su pecho. El dolor era insoportable. Era como si las llamas del infierno la estuvieran consumiendo.

Gritó y gritó, desesperada hasta que fue tanto su dolor que entro en shock y su cuerpo se apagó, como una máquina que se protege para no sufrir un daño mayor y perdió el conocimiento.

El sádico de Dominic, se maravilló con la reacción del cuerpo que tenía sobre la mesa. Aun dormida se sacudía con espasmos que casi la levantaban de la camilla. Pero no se detuvo, hasta que el cuerpo estuvo completamente ennegrecido. Había arrancado lo que quedaba de su ropa interior y ahora estaba desnuda bajo su mirada lujuriosa.

La admiraba como su obra de arte macabra. La había deseado desde que la vio, y la tenía en donde quería. Esperaría un par de horas y volvería a empezar.



Lentamente Helena abrió los ojos. Su cuerpo temblaba violentamente. El aire helado aliviaba el ardor que sentía sobre su piel. Su garganta estaba seca y no tenía ni la saliva suficiente para mojar sus labios. Bajó su mirada sobre su cuerpo desnudo y no podía creer lo que veían sus ojos. Su piel estaba recuperada. No había signos de ningún daño.

<<¿Cómo es posible?, ¿acaso estoy alucinando?>>

Pero había sido tan real, todavía podía recordar el dolor que el doctor le había causado. El olor a piel quemada no la olvidaría nunca. Era un olor nauseabundo. No, no podía ser su imaginación.

La puerta se abrió y una mujer entró, vestía totalmente de azul, con un cubre bocas y la cabeza

cubierta, como si acabara de salir de un quirófano. Caminó al interior empujando un carrito con ruedas, que llevaba material quirúrgico.

—Ayúdame por favor... —apenas le había salido un hilo de voz ronca.

La mujer solo la miraba con curiosidad insana. Estudiándola como a un animal en observación, pero en sus ojos no había ni pizca de empatía o compasión. Dejó el carro en el fondo del lúgubre cuarto y se fue sin decir una palabra ante las súplicas de Helena.

No paso mucho tiempo cuando la puerta se volvió a abrir, y ahora el que entró fue el doctor Tresson con su clásica bata blanca y una libreta en la mano. Su cuerpo reaccionó cuando lo miró. Su memoria le mostró imágenes de las cosas tan aberrantes que le había hecho unas horas antes.

—Hola querida —el hombre la escudriño de arriba a abajo, con detenimiento. —Veo que te recuperaste —declaró maravillado.

Tresson alargó su mano para tocarla, con pánico Helena tiró de sus restricciones, con un esfuerzo inútil por alejarse de ese hombre repugnante.

—Aléjate de mí, eres un miserable —le gritó entre sollozos.

Se acercó y agarró un puñado de su cabello, jalando con tanta fuerza que hizo que doblara su cuello en un arco doloroso. El maldito pegó su cara contra su oído pero sin tocarla.

—Ay Helena, ¿No te has dado cuenta que voy a hacer contigo lo que me plazca?, Tengo 48 horas para experimentar contigo, y luego serás sacrificada como un cordero —le aclaró con gozo.

—Ustedes están locos.

—Entre otras cosas. Pero tú eres una puta, que se metió con un asesino y ahora pagarás con tu vida y no solo morirás tú, también arrastraras a ese hijo de puta a su muerte. Así que utilizaremos tu cuerpo para saber qué tan rápido se regeneran esos cabrones y usaremos tu sangre para analizarla en busca de lo que los hace tan especiales —las amenazas del doctor la atemorizaron. Esta gente estaba loca. No encontraba otra explicación.

Le soltó el cabello y se replegó hasta el carrito. Cogió un par de guantes de látex y se los colocó. Tomó un bisturí y regresó hasta donde yacía amarrada.

Tresson se dirigió directamente y tomó el pecho en donde estaba la marca de vinculación con Desmond. Hizo un cuadrado perfecto alrededor y lo arrancó extirpando algo de su carne durante el proceso.

Los gritos de Helena, llenaban la habitación. El dolor era tan intenso que apenas podía respirar. Suplicó una y otra vez, sin detener la obra siniestra del desquiciado doctor.

La misma mujer regreso, cargaba un recipiente de plástico que colocó a los pies de la camilla.

—Gracias Hannah.

—¿Otra cosa doctor?

—No por el momento. Cuando esté lleno te aviso para que preparen su sangre para el banquete.

—Esperaré afuera. Esta mujer me repugna —espetó con crueldad.

Helena, no podía ver con claridad. Su agonía la estaba consumiendo. Solo quería que todo terminara.

Pero el sádico ahí no se detuvo. Deslizó el bisturí, sobre cada uno de sus brazos haciendo cortes largos y luego se fue sobre sus piernas. Helena tenía su garganta a carne viva de los gritos. Un torrente caliente se deslizaba por sus extremidades. Estaba desangrándose. Tresson siguió cortándola, marcando su cuerpo que se convirtió en una masa sanguinolenta.

El recipiente comenzó a llenarse de sangre, poco a poco. El doctor dejó el escarpelo en la charola y tomó un pequeño martillo. Helena, agradeció el estado de shock en el que ingresó su

cuerpo. Ya no había más dolor. Un frío la invadió y dejó de sentir su piel.

Entreabrió los ojos y miró a Tresson que se acercaba. Lo único que deseaba era que todo se terminara. No quería sentir más dolor.

—Vamos a ver si te recuperas de esto —declaró antes de azotar el objeto que tenía en la mano contra su muñeca. Ella sintió como sus huesos se quebraron. Tres golpes certeros le aseguraron que le había deseado los delicados huesos de su mano.

Mareada y sin fuerzas se deslizó en un espiral de dolor que la atrapó y le dejó fuera de combate. El mal nacido, tomó su otra mano y también se la destrozó a golpes. Todo porque deseaba saber si su cuerpo era capaz de regenerar sus huesos. Estuvo satisfecho, hasta que rompió sus piernas y brazos, agotado por la tortura dejó la habitación.

Capítulo 18



El sacrificio de un inocente.

La camioneta con Rupert y el equipo de vigilancia seguía aparcada esperando. Desmond subió al asiento del copiloto y azotó la puerta con tanta fuerza que el carro se balanceó con violencia.

—Esos hijos de puta se la llevaron. —Rupert se aclaró la garganta.

—Des, tenemos noticias de Fredic. Hay una reunión del clan rojo, pero no sabemos en donde todavía. Howard, cree que si hay una ceremonia Helena será sacrificada. —Desmond cerró los ojos, sintiéndose culpable.

—Ellos esperan que si ella muere alguno de nosotros también lo haga —dijo Rupert convencido.

—Tenemos que ir al hospital, el amigo de Helena está en coma, podemos despertarlo y saber quién se la llevó, así será más fácil rastrearla. —Desmond, explicó sus planes y todos estuvieron de acuerdo.

Se dirigieron al hospital IMED de Valencia, le proporcionó los datos del pobre muchacho que fue atacado a Omar para que consiguiera la información necesaria para encontrarlo.

Harry se encontraba en terapia intensiva y su pronóstico no era nada favorable, como no había ningún familiar que respondiera por él, no lo desconectaron esperando que su cuerpo se rindiera.

Una vez que arribaron, solo Desmond y Rupert entraron al hospital. Desmond se jugó la carta del pariente lejano y con facilidad fueron enviados al área de UCI, en donde se encontraba un Harry agonizante.

Al entrar a la habitación, vieron a un joven entubado y lleno de aparatos que monitoreaban sus signos vitales. Esperaban obtener información, pero ver en las condiciones tan críticas, en las que se encontraba sería difícil lograrlo.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Rupert a Desmond. —¿Está entubado como vas a darle sangre? —Desmond miró alrededor y de pronto tuvo una idea. Se acercó a un cajón con equipo médico y comenzó a hurgar. Tomó dos catéteres y una manguerilla.

—Tendré que improvisar, espero que sea suficiente, no pensé que estuviera tan mal. Ven ayúdame —subiendo su manga de su suéter, presionó su muñeca y clavo uno de las agujas que ya tenía enganchada a una manguera, su amigo sujetó el otro extremo y la insertó en el cuello de Harry directamente a la yugular.

La sangre comenzó a fluir y apretó con fuerza su puño para bombear la mayor cantidad de sangre. Pasaron varios minutos, pero Desmond no se detenía. Lo único que quería, era saber que había ocurrido. No podía perderla otra vez y daría su vida para encontrarla de ser necesario.

—Ya hombre, te vas a quedar seco —le dijo su amigo preocupado. Apenas iba a replicarle cuando un ruido los distrajo.

Harry levantó una mano con intenciones de quitarse lo que tenía sobre la cara. Al ver esta

acción, Desmond arrancó la jeringa de su mano y Rupert vació todo el contenido de sangre que todavía estaba dentro de la manguera. No iban a desaprovechar ni una gota.

Harry abrió los ojos desorientado, su corazón latía a mil por hora, como si fuera a explotarle, parecía que había recibido una dosis alta de adrenalina. No reconoció el lugar, pero se percató que era un hospital.

Dos hombres realmente extraños estaban de pie y no tenía ni idea de quienes eran, pero de pronto recordó los sujetos que lo habían atacado y cayó en pánico. El miedo se reflejó en sus ojos y Desmond sin importarle el daño que le causaría se acercó y le arrancó de tajo la mascarilla de oxígeno extrayendo el tubo de su tráquea, no perdería más tiempo, una enfermera podía entrar y sorprenderlos, lo que los obligaría a salir corriendo.

Harry forcejeó con Desmond y Rupert corrió a la pared a desconectar el respirador, porque los aparatos comenzaron a pitar y alertarían al centro de control de terapia intensiva.

—¿Quiénes son ustedes? —su garganta estaba lastimada y un hilo de sangre se deslizó por la comisura de su boca. Sin embargo Desmond no tuvo remordimientos, el hombre estaba a punto de morir, pero con su sangre sus heridas habían empezado a sanar, le había salvado la vida, algo que estaba en contra de las reglas, pero no tenía opción.

Los doctores lo considerarían un milagro, como todo lo que la ciencia no podía explicar, pero no estaría para que le hicieran preguntas.

—Dime que paso con Helena —la voz fría y amenazante, prendieron las alarmas del muchacho, que seguía confundido.

—Doctor...Tresson...se la llevó... —Harry se tocó la garganta y haciendo un esfuerzo sobrehumano, contestó como pudo, a pesar del dolor que cada palabra le provocaba.

—¿Trabaja en el laboratorio? —Harry asintió lentamente.

—Zúrich...—cerro los ojos y recordó. —Schwarzenbach... —contestó con muchísimo esfuerzo.

Eso era más que suficiente, Desmond conocía perfectamente el lugar a donde habían llevado a Helena. Se acercó a Harry y le susurró al oído.

—Gracias, todo estará bien —presionó un punto en su cuello y el joven, cayó inconsciente.

Desmond y Rupert salieron con rapidez dirigiéndose al elevador, para abandonar el hospital, con el objetivo de llegar a Zúrich lo antes posible.

Capítulo 19



Entre las alas de un ángel.

Helena despertó sobresaltada. Se incorporó y se dio cuenta que se encontraba en su habitación en casa. Las paredes de color lila y la cama de madera blanca, que a su madre tanto le costó comprarle, no le dejaba lugar a dudas.

Estaba casi en penumbras. Las pesadas cortinas floreadas en tonos uva, estaban cerradas impidiendo que entrara la luz de la única ventana que tenía su dormitorio. Se talló los ojos incrédula.

<<¿Estoy soñando o alucinando?>>, cuestionó su cordura.

Se preguntó si estaba soñando. Era imposible que estuviera en su casa, que se encontraba a miles de kilómetros de ahí y en otro continente. Desde que llegó a Valencia, no había regresado. No podía darse el lujo de pagar un avión, apenas le alcanzaba con la beca que recibía mensualmente.

Bajo la mirada sobre su cuerpo y se dio cuenta que vestía su camión favorito. Uno que incluso tenía años que ya no usaba, porque se había estropeado con el paso del tiempo. Al tocar la tela entre sus dedos, sintió nostalgia.

Si era un sueño, agradecía tenerlo, era como estar realmente en ese lugar. Uno que la arropaba y le daba un poco de paz a su alma herida.

—Sí, es una especie de sueño —una voz profunda le contestó. Su mirada se dirigió a la silueta de un hombre sentado en el sofá que estaba en la esquina contraria. En el rincón que Helena usaba para leer, pero no pudo verle el rostro. No podía distinguirlo por la oscuridad que la rodeaba.

—¿Quién eres?, ¿Qué eres? —la lamparilla que estaba a un costado del sillón se encendió. La luz le cegó por un momento, pero luego le permitió distinguir las facciones del misterioso individuo que se encontraba frente a ella.

Lo que miró, le dejó perpleja. Era un joven que no tenía más de veinticinco años. Hermoso de una forma casi sobrenatural, con un halo que lo rodeaba. Sus facciones cinceladas, les recordaron a los ángeles que encontrabas en las bóvedas de las iglesias a las que siempre asistió con su madre de pequeña.

—¿Qué soy?, soy un sirviente de Dios, y sí, como lo pensaste soy un ángel, bueno en mi caso un arcángel, pero Helena ¿ya te olvidaste de mí, olvidaste la última vez que platicamos? —la cuestionó con una sonrisa ladeada, Helena lo miró abriendo los ojos, reconociéndolo.

—Esto no puede ser, yo estuve soñando, no puedes ser un ángel...

—Me decepciona saber que dudes de todo lo que te ha enseñado tu madre. Sara es una de los seres humanos con más fe que he conocido —afirmó con una sonrisa.

Helena levantó la vista y lo observó. Su lado racional siempre la hacía dudar, pero ella sabía que su madre era una mujer con una fe inquebrantable. Aunque una cosa era creer en algo que

hipotéticamente podía ser cierto, y otra era tenerlo frente a ella, aceptando una verdad difícil de asimilar.

De pronto algo hizo click en su cerebro, ¿uno de los seres humanos con más fe que ha conocido?

— ¿Mi madre te ha visto?

—Nunca me he presentado ante ella tan claramente como contigo, pero si ha estado en mi presencia. Las almas nobles nunca son dejadas al olvido, en contra de lo que pudieras pensar.

Resignada cerró los ojos y recordó las atrocidades que le había hecho el desgraciado, que creyó su mentor y que admiró por tantos meses. Abrió los ojos anegados por las lágrimas y se encontró con el mismo hombre que creyó se había imaginado, parpadeo, el joven y hermoso desapareció, mostrando el rostro y aspecto otra vez de un hombre mayor con el que tuvo la primera revelación.

—¿Cambiate? —le preguntó sorprendida.

—Solo por tu comodidad —aceptó, sonriéndole amablemente.

—¿Entonces eso significa que estoy muriendo?

—Desgraciadamente, la muerte es parte de tu destino. Pero no temas, eres afortunada. Tu muerte será muy importante para Dios —declaró serenamente.

Ella creció bajo una doctrina católica. Desde pequeña, siempre escuchó que la muerte era solo un paso, para la vida eterna. Que aunque su cuerpo moriría, su alma nunca lo haría y que mientras creyera en Dios y su hijo, le recibirían en su reino, perdonando todos sus pecados cometidos durante su vida carnal.

Sin embargo por azares del destino, ese momento que pensó llegarían en un futuro lejano, se presentó mucho antes de lo que jamás se imaginó posible. Siempre se vio como una madre, que envejecería a lado de un hombre bueno, que juntos mirarían crecer a sus hijos. Se vio como una profesional, que trabajaría día y noche, para hacer algo de bien con su carrera.

—No entiendo como puede ser mi muerte importante —susurró negando con la cabeza. No era fácil asimilar esa información.

—Tú fuiste capaz de entregar parte de tu alma a un soldado de Dios, que la necesitaba. Tuviste la compasión suficiente por un extraño que encontraste en un oculto callejón agonizando, exponiendo tu propia seguridad. No es fácil encontrar a una persona que sea capaz de hacer algo así, cualquier otro hubiera corrido en sentido contrario, preocupándose por su propia vida.

El la observaba interesado. Lo que le había dicho no era más que la verdad. Los hombres y mujeres con el paso de los siglos, perdieron su compasión y su humanidad. Diariamente, miraba como se destrozaban unos a otros, ante la indiferencia del resto. Era lo más decepcionante.

Miguel siguió hablando, su voz era relajada y eso se lo transmitía a Helena, que lo escuchaba atenta, hipnotizada por su presencia.

—El sacrificio que hiciste cambiará el rumbo de la guerra que libramos contra el mal. Moverás la balanza a nuestro favor.

—¿Te refieres a Wi...lliam...? —asimilar que William o Desmond, ese hombre tan oscuro del que había caído perdidamente enamorada, ¿era un soldado de Dios?, era un hecho casi inconcebible, de no haber estado sentada, se hubiera caído de espaldas. Con esa revelación entendió tantas cosas.

La chica recordó las palabras de William, él dijo que ella debía morir, eso significaba que no

estaba mintiendo.

—Por supuesto, y al resto de los hombres que conociste. No creo que pensaras que un puñado de sujetos como esos, sean simples mortales —señaló en tono irónico.

—Bueno, si me pareció raro, pero ni si quiera me lo cuestioné —susurró la muchacha.

—Fue muy malo que abandonaras a Desmond. Al rechazarlo, lo condenaste a una muerte abominable, él te necesita.

—¿Cómo querías que me quedara a su lado?, escuché que iba a matarme, ¿Quién en su sano juicio se quedaría a esperar su muerte? —Helena chilló molesta, porque no le dijo la verdad, aunque siendo sincera lo hubiera tachado de lunático, pero pudo intentar explicarle un poco más, al menos no hubiera salido corriendo como lo hizo.

El ángel ladeó la cabeza y asintió llevándose una mano sobre la quijada, en un gesto de comprensión.

—Entiendo que fue imprudente de su parte ser tan indiscreto y evidenciar lo que haría, pero es no puede evitarse. El proceso de vinculación todavía no está terminado. Tú debes morir en sus manos. El será el encargado de extraer de ti la vida terrenal para recibir su regalo, que es la vida inmortal.

—¿Esto no puede estar pasando?, es difícil de creer y de aceptar —se abrazó a sus rodillas y comenzó a mecerse desesperada. Su cabeza estaba hecha un lío.

—Comprendo tu confusión, pero tienes que tener fe. Siempre has sido una mujer de fuertes creencias religiosas. Aférrate a eso. En esta vida hay cosas que solo tenemos que aceptarlas y no cuestionarlas. Tu madre siempre estará a tu lado, esa es mi promesa para ti. —Helena lo miró desconcertada, ¿qué significaba eso?

Parecía una historia de ficción, era difícil digerir que ese mundo de ángeles y demonios que ella había conocido como meras situaciones hipotéticas, para recibir una enseñanza eran totalmente reales. Lo más inaudito era que había quedado atrapada en el por asares del destino.

Sin embargo, el que su cuerpo se regenerara después de haber sido quemado, cortado y desangrado las últimas 24 horas, era prueba fehaciente de que no estaba alucinando. El dolor que le prodigaba el bastardo que disfrutaba torturándola era muy real.

—El doctor Tresson, me ha estado torturando por horas y mi cuerpo se ha curado milagrosamente, ¿Cómo es posible? —había llegado a desear que su cuerpo dejara de curarse, por las asombroso que fuera.

—Como te dije, hay un vínculo con Desmond, para poder hacer su trabajo les fueron concedidos varios dones y uno de ellos es sanar con rapidez. Ellos no pueden morir, pero tú sí. Si te causan heridas demasiado severas, morirás.

El engranes comenzaron a correr en su cabeza. Si él estaba enlazada a ella, ¿cómo le afectaría que se rompiera ese vínculo?

—¿Qué pasa con William si yo muero? —su preocupación se trasladó hacia el hombre del que sin entender porque estaba enamorada, era claro que ese hombre no era su alma gemela, era parte de su alma.

—Mientras no estén totalmente vinculados, tú eres su debilidad. Si mueres, él lo hará contigo.

Helena sintió un hueco en el estómago con la noticia, a pesar de que estaba en graves problemas, se sintió responsable por ponerlo en peligro. Un nudo se formó en su garganta y sintió unas ganas terribles de llorar.

—¿Pero qué puedo hacer?, estoy totalmente indefensa —prácticamente sollozo. Era peor de lo que pensaba.

Se llevó las manos a la cara angustiada, iba a ser la culpable de la muerte de un hombre sobre el que cargaba una gran responsabilidad y que Dios le había encomendado una tarea muy importante. Ahora lo veía claramente.

—Rezar. Dios ya te escuchó una vez, puede hacerlo de nuevo...

Levantó la mirada, pero el hombre ya no estaba. Literalmente se esfumó. Se bajó de la cama y corrió hacia la puerta, cuando tocó el picaporte, una luz cegadora inundó la habitación. El lugar desapareció y de pronto se encontró nuevamente con la visión de la lámpara alógena que colgaba sobre su cabeza.

Un chorro de agua helada le golpeo el rostro, ahogándola en el proceso. Intentó levantar las manos para cubrirse la cara, pero le fue imposible porque seguía sujeta a la mesa sobre la que estaba acostada.

Giró la cara para que el agua dejara de entrar por su boca y nariz y comenzó a boquear, necesitaba aire, se estaba ahogando. El ardor recorrió sus vías respiratorias y tosió con desesperación.

—Veo que ya despertaste —esa voz la tenía grabada con sangre, solo de escucharlo su cuerpo temblaba en respuesta. Cada vez que el entraba, era para hacerle daño y sus torturas iban en aumento.

La manguera cambio de dirección y sintió como su cuerpo fue rociado de agua. La sangre que tenía pegada en sus extremidades fue diluyéndose con el agua a presión. La estaba lavando.

—Ahora si preciosa. Esta es tu prueba final.

—Por favor, ya no me haga más daño, ya no lo soporto.

Levantó la mirada y se encontró con el doctor que sostenía un cuchillo en una mano. No podía ser, era parecido al que había arrancado del cuerpo de William. En sus ojos, no encontró ni una sola señal de compasión. Ese hombre era malo. No pudo decir una palabra. Supo que su tiempo había llegado a su fin.

Respiró lentamente, serenándose y aferrándose a una fe renovaba luego de hablar con Miguel, entendió que dejaría todo en manos de Dios.

—Lo sé y deberás que lo siento, pero no puede ser de otra forma. Aunque no has querido decirme a quien estas unida, eso ya no importa. Porque si tú mueres él también lo hará. Ese es tu destino.

El hombre se acercó y sin poder evitarlo se estremeció. Su estómago se revolvió y sus entrañas se estremecieron ante la amenaza.

—No podrán matarlos a todos. Ustedes nunca podrán ganar, porque el mal no puede superar al bien. Dios no lo va a permitir —sus palabras salieron de sus labios, casi en un susurro lleno de desprecio. El hombre cínicamente se rio a carcajadas.

—Lamento decirte que eso es incorrecto. Tu Dios ha permitido que torturemos y asesinemos a nuestro antojo por siglos y no ha hecho nada. ¿Por qué ahora iba a ser diferente?, eres tan ingenua —negó con la cabeza.

—Él nunca nos abandona...

—Vamos a ver si en este momento envía a algún de sus ángeles lame culos a detenerme, o a uno de tus caballeros que tanto has defendido.

Antes de emitir cualquier réplica, el malvado doctor comenzó a apuñalarla una y otra vez. Los gritos desgarradores llenaron la pequeña habitación. Ríos de sangre comenzaron a fluir en el suelo de azulejos blancos.

Helena cerró los ojos y pidió perdón por todos los errores que cometió. Comenzó a rezar entre

sollozos. Era todo lo que le quedaba. No se sintió con fuerzas para seguir soportando tanto sufrimiento. El dolor era brutal. Su cuerpo se enfrió aún más y su respiración disminuyó. Apenas podía tomar aire, se estaba asfixiando. El puñal entró una y otra vez en su carne y crujía contra sus huesos.

Por un instante se sintió lejos de todo ese horror y pensó en su madre y en Will, en las palabras que no pudo decirle y se arrepintió profundamente de haber dudado de su amor.

Capítulo 20



El asalto a la fortaleza del infierno.

De nuevo llegaron al hangar en donde su avión los esperaba y despegaron directo a Zúrich, Desmond Arthur, Rupert y Alexandrus que se les unió horas más tarde. Con la información que les dio Harry, fue suficiente para determinar en donde se reuniría el clan rojo.

El doctor Tresson estaba en verdaderos problemas, Desmond ya tenía toda la información sobre él y no descansaría hasta hacerle pagar por haberse llevado Helena.

Les informaron que un chárter llegaría a media noche con el líder supremo. Contaban con un castillo fortificado donde realizaban sus rituales. Pero aun así, no exponían a la reencarnación de la diosa.

Dos siglos atrás, durante un conclave del clan, los caballeros los golpearon a todos reunidos y mermaron a los seguidores de Istar. Incluso llegaron a pensar que habían eliminado a todo el clan, pero desgraciadamente no fue así. A pesar de que no fueron muchos los que escaparon por los túneles subterráneos, fueron suficientes para reconstruir el clan unos años después y más poderosas que nunca.

A partir de ese incidente, las líderes tomaban precauciones extras. Solo los miembros más allegados a las sacerdotisas principales conocían la ubicación de todos los cuarteles que se usaban en el mundo.

El vuelo fue una jodida pesadilla para Desmond. Tenía 24 horas sin dormir, pero no era posible que lo hiciera. Sabía que su amada, la estaba pasando muy mal. Lo sentía con todo su ser. La oía gritar y sollozar en su cabeza y eso lo estaba volviendo loco. En cuanto el avión tocó tierra. Brincó de su asiento preparándose para abandonar la maldita aeronave en la que estuvo recluido las últimas horas.

—Carajo contigo hombre. Entiendo que estas desesperado, pero espera a que este aparatejo se detenga, cálmate —Desmond, se giró para enfrentarse con un Fredic, molesto y con los ojos cansados. Era verdad, que estuvo insoportable desde que abandonaron el hospital en donde estaba el amigo de Helena, pero estaba justificado.

—¡No tienes puta idea de lo que siento!, así que deja de decirme que me calme —rugió amenazante.

Dispuesto a lanzarse contra Fredic, Alexandrus se interpuso entre los dos hombres. Su hermano, estaba al borde del colapso, pero no era momento de pelear. Arthur se acercó y le dio una bolsa de sangre, era tiempo que aplacara su sed que los podía meter en graves problemas.

Tomó la pinta a regañadientes, pero la ingirió por completo. Durante el vuelo había consumido bastante sangre para compensar la que había perdido con Harry, y seguía sediento.

—Vamos a tranquilizarnos. Sabemos que no podemos ni imaginar por lo que estás pasando,

pero Fredic, tiene razón en pedirte un poco de calma. Ya estamos muy cerca —le pidió Arthur. Desmond asintió y se alejó de los hombres esperando que les abrieran las puertas del avión.



El castillo al que se dirigían estaba a las afueras de la ciudad, a unos cuarenta minutos de Zúrich. La propiedad aparecía registrada a nombre de un noble, quien a su vez la arrendaba a los laboratorios.

Al llegar, se encontraron con una fortaleza. Su acceso era bastante complicado. Además de los metros de nieve que cubrían el lugar, una muralla de más de 700 años rodeaba los edificios resguardándolos de ataques enemigos.

Los hombres miraron a su alrededor. Se estacionaron manteniendo la distancia. No sería fácil irrumpir sin ser detectados. Rupert estaba seguro que dentro debía haber un batallón de seguidores bien armados que tratarían de detenerlos. De inmediato localizaron decenas de guardias apostados en cada entrada del castillo.

—Tendremos que esperar hasta la noche, son demasiados. Además no sabemos en qué ala puede estar —siseó Fredic. La edificación era enorme y si debían recorrerla de cabo a rabo para encontrarla, alertarían a todos los que estuvieran dentro, perdiendo el factor sorpresa.

—Está muy cerca. Estoy totalmente seguro... está sufriendo, la deben estar torturando. Siento su dolor y agonía —exclamó Desmond, apretando los dientes. Su conexión se había fortalecido cuanto más se acercaban, la sentía.

Ahora sabía que ella se encontraba sola a la merced de sus enemigos y sufría, no tendría piedad de ninguno. Se arrepentirían de haberse atrevido a hacerle daño a su mujer. Todos pagarían con su vida.

—No puedo dejarla... —Rupert, se giró para verlo de frente y se encontró gran dolor en los ojos de su amigo.

—Si nos atrapan, no le servirá de nada. Debemos ser capaces de entrar por ella y a plena luz del día es imposible. Fredic tiene razón, es necesario que anochezca para poder penetrar este lugar. Nos quedaremos cerca, no falta mucho para que oscurezca —le explicó con pesar.

—Está bien, pero les pido que el que encuentre a Tresson, no lo mate. Lo quiero vivo —todos asintieron. El todo terreno se dio la vuelta y se alejaron. Desmond, tenía todo el derecho de vengarse. Ese hombre pagaría caro su atrevimiento.

Llegaron a una posada, para comer y descansar un poco en lo que anochecía. Solo Arthur se dejó ver dentro de la taberna para conseguir información del recinto, era el único que no parecía sospechoso. El resto de los caballeros, eran simplemente atemorizantes.

Platicó con la mesera del lugar, una chica muy agradable que tenía la lengua bastante floja. Le preguntó sobre el precioso castillo y esta con facilidad, le dio santo y seña de la estructura del lugar. El abuelo de la muchacha, fue velador durante casi treinta años, y conocía a la perfección las formas de entrar y salir sin ser detectados.

Arthur, la incitó a que le contara, alegando que no podía conocer tan bien el lugar, por lo que la rubia, para demostrarle que se equivocaba le hizo un mapa de los túneles de desagüe por donde podían entrar sin que nadie se diera cuenta.

Luego de dos horas y de una generosa propina, Arthur dejó la taberna para informales a los demás, lo que por suerte se había enterado.

Capítulo 21



Muerte a sus enemigos.

Tal y como la chica le informó a Arthur, encontraron una rejilla de más de metro y medio de diámetro, por donde descargaban las aguas de lluvia que cincuenta años atrás tuvieron que instalar para que los calabozos y mazmorras no se inundaran. Eso sin querer, abrió una brecha que utilizarían para entrar sin ser detectados.

Retorcieron los barrotos de acero para ingresar, y se encontraron con un túnel lleno de hielo y nieve, bastante difícil de recorrer. Además no sabían que se encontrarían cuando llegaran hasta su destino.

La entrada se encontraba en un lugar muy visible, pero dentro del corredor que llevaba a las celdas. Estas no fueron modificadas, ya que por un tiempo el castillo sirvió como atractivo turístico, hasta que fue arrendado por el clan diez años atrás, que fue cuando el abuelo de la chica fue despedido.

—Arthur necesito que regreses y prepares todo para nuestro escape, no sabemos que nos vamos a encontrar dentro y no quiero que salgas lastimado —le ordenó Desmond, el muchacho bajó la cabeza sin discutir con el que era como su padre.

—Haré lo que quieras y creas que es lo mejor —expresó de acuerdo.

—No es porque no fie de ti, entiende que es demasiado peligroso que te quedes aquí. No vamos a salir por este lugar, no con Helena. —Desmond tocó su hombro y lo miró seriamente.

—Entiendo, todo estará listo. —Arthur se sintió importante y sonrió satisfecho. No le volvería a fallar.

Desmond asintió y se giró para ingresar con mucha dificultad en el túnel. Acomodar sus casi dos metros de altura por un pasaje tan estrecho sería todo un reto. Sus armas fueron amarradas en su espalda con cuidado para no perder movilidad.

—Joder, se me va a congelar el culo con estos pantalones y este hielo —dijo Rupert que ya había ingresado al hueco y se deslizaba detrás de Desmond.

—Deja de quejarte, no es como si te fuera a matar un poco de hielo en el trasero. —Alexandrus le contestó a Rupert, mientras Desmond solo resopló y siguió avanzando.

Siguieron arrastrándose metro a metro hasta que llegaron a una especie de bóveda en donde caía agua del techo. A lo lejos se oían pasos y voces. El suelo estaba desnudo y las paredes muy retiradas para treparlas.

—No hay nada para subir —dijo Rupert. Alexandrus se cruzó de brazos y lo miró, incrédulo.

—El hombre que mide 1.95 se queja, no tienes imaginación, agáchate —Rupert lo miró de mala forma, pero hizo lo que le pidió. Alexandrus se giró hacia Desmond y asintió.

Desmond colocó una pie sobre las manos de Rupert quién lo impulso, dando un brinco tan alto que quedó colgado de las rejas que bloqueaban la entrada a las mazmorras. Girando su cuerpo y con una fuerza descomunal, arrancó la placa metálica y desmoronando la piedra alrededor de la

reja de desagüé. Al hacerlo cayó de pie aventando el metal retorcido al fondo del túnel.

—Yo entro primero. —Alexandrus se preparó y repitió la misma acción que Desmond, perdiéndose por el agujero.

En cuanto se irguió, se encontró con un pasillo lúgubre con luces fluorescentes en el techo de piedra. Tomó un cuchillo de su bota y lentamente avanzó intentando no hacer ruido, preparado para atacar.

Al virar se encontró un guardia de espaldas que hablaba por radio. En cuanto cortó la comunicación, tomó su cuchillo y le rajó el cuello sin darle oportunidad de reaccionar. Jaló el cuerpo sin vida, alejándolo del corredor. No quería alertar a nadie con su presencia.

Siguió caminando hasta llegar a una puerta de metal, esta se abrió y salió una mujer enfundada en un uniforme quirúrgico manchado de sangre empujando un carro de acero inoxidable, el cual llevaba lo que parecía un contenedor lleno de sangre. Un mal presagio lo invadió, esos malditos estaban desangrando a Helena. Solo esperaba que resistiera lo suficiente.

Alexandrus le bloqueó el paso y la mujer lo miró horrorizada, con una velocidad impresionante se acercó hasta ella y le cubrió su boca con su mano, para que no gritara. No la mato porque después de todo, no podía matar a una mujer, pero la dejaría fuera de combate para que no les causara problemas.

De pronto escucho los gritos que provenían de la puerta que acababa de cerrarse y como un borrón Desmond apareció a su costado. Dejó a la mujer en el suelo de piedra y se apresuró junto a su amigo. Que jaló la puerta arrancándola de sus bisagras y al hacerlo quedaron horrorizados.

Se encontraron un cuarto forrado de azulejos blancos salpicados de sangre, sobre una camilla de metal vieron un cuerpo desnudo, cubierto de cortes y marcas ennegrecidas que lo cubrían por completo. La pobre muchacha se desangraba por cada una de sus extremidades.

Un hombre parado frente a ella se giró viendo con malicia a Desmond y a Alexandrus. En sus manos tenía una enorme daga llena de sangre que colocó rápidamente contra el cuello de Helena.

—Mira que tenemos aquí —el doctor Tresson miró a los hombres con repugnancia, tan impresionados que sus rostros estaban desencajados. —¿Quién es la pareja de esta puta?

Desmond sintió una furia creciente que comenzó a bullir por sus venas. En lo único en lo que podía pesar era en destripar al maldito hijo de puta que había torturado a la mujer más bondadosa y pura que había conocido en su vida. Este imbécil pútrido se había atrevido a lastimarla, su muerte no sería suficiente para pagar sus atrocidades.

—¡Eres un malnacido hijo de puta! —Desmond rugió, mientras que Alexandrus se acercó con cautela, viendo la maldita daga en sus manos.

—Lo sé, pero si se acercan le arrancaré la cabeza, ha resistido por horas pero eso no creo que lo soporte. Es increíble como su cuerpo se ha regenerado una y otra vez, me gustaría poder estudiarla más, pero ya se me ha acabado el tiempo —escupió con descaro. Desmond dio un paso de la puerta decidido y Tresson lo miró con odio.

—Así que eres tu maldito perro. —Desmond sacó un cuchillo de su espalda, no quería matar infeliz tan rápido, pero no estaba dispuesto a arriesgarse con Helena tan vulnerable.

—Es mi mujer y te arrepentirás por lo que le has hecho —anunció con furia.

—Ella era mía y tú me la quitaste —el doctor clamó. Espuma salió de su boca furiosa. La piel mortecina de Tresson no dejaba a dudas que era uno de los hombres del clan rojo.

Alexandrus se lanzó sobre Tresson quien sorprendido levantó la daga en sus manos alejándola de Helena y atravesó al guerrero derribándolo lejos de la camilla, pero con él se llevó también al doctor.

Tresson se levantó de un salto deshaciéndose de Alexandrus, pero cuando intentó escapar Desmond lo tomó del cuello, el doctor por más que lo intentó no pudo zafarse del agarre del caballero.

—¿Qué diablos eres? —le dijo Tresson incrédulo, él sabía de la fuerza de los caballeros, pero la fuerza del gigante rubio, era increíble.

Desmond sonrió maliciosamente, sabía que nunca se habían enfrentado a un caballero tan fuerte y eso era solo el principio.

—Esto es lo que les espera a todos esos hijos de puta pútridos que tienes por compañeros, y cuando los arrasemos mataremos a las responsables de seguir propagando esta peste en seres miserables como tú —declaró. Ejerció más presión y Tresson comenzó a patear en el aire en un intento infructuoso por liberarse.

Un grito agónico salió de su garganta cuando Desmond tomó una de sus quijadas y desgarró su rostro, fracturando su mandíbula y lo tiró al piso para que se ahogara con su propia sangre.

Se giró a su amigo que seguía con la daga enterrada en su cuerpo.

—Maldita sea Alexandrus, pudiste haber muerto —Desmond se agachó y pudo extraer la daga del hombro de su amigo para limpiarla y meterla en una funda en su pierna. —Si hubiera acertado en tu corazón, nadie hubiera podido extraerla, al menos ninguno de nosotros —Alexandrus se levantó y sintió como su herida comenzó a cerrarse.

—Gracias...es momento, hazlo ahora —le dijo Alexandrus. —Estaré afuera. Vamos a matar a estos hijos de puta.

Desmond se acercó a Helena que seguía inerte. Tocó su cuello y su pulso era prácticamente nulo.

—Estás muriendo...lo siento preciosa... —Desmond la cogió en brazos y gritó desgarradoramente. Su boca se extendió y sus colmillos se desplegaron clavándose en su pecho sobre la marca, absorbiendo la poca sangre que quedaba en su cuerpo. Helena abrió los ojos, asustada, cuando se dio cuenta que era Will se relajó, sabía que era lo correcto.

—Te amo... —dijo como un susurro mientras una lagrима corrió por su mejilla. El corazón de Desmond se regocijó y se llenó de una paz indescriptible.

El cuerpo de la mujer convulsionó y luego su corazón se detuvo. Desmond rajó su brazo y abrió su boca, la sangre comenzó a fluir por su garganta derramando sangre por sus labios hasta que vio como el cuerpo lastimado de su mujer inicio una recuperación milagrosa. Sus cuerpos se iluminaron juntos y sintió como sus almas se enlazaron por toda la eternidad. Creando una conexión indescriptible, por un segundo se dio cuenta que no estaba solo y que nunca más la estaría.

—Veo que lo hiciste. —la voz vino del fondo de la habitación. Desmond seguía aturdido y rebasado por lo que acababa de ocurrir.

—No merecía pasar por todo esto —contestó Desmond con amargura. Miguel se acercó cruzándose de brazos, vestido de blanco con una túnica que llegaba hasta el piso.

—Ella es tu regalo, abrázala con fuerza y protégela, cosas buenas te serán enviadas. No le falles —colocó su mano sobre su hombro.

—Gracias —expresó con gratitud, apretó con fuerza a la mujer que seguía en sus brazos, mientras podía sentir los latidos de su corazón de nuevo.

—Esta guerra será sangrienta pero debe acabar. Reúnan fuerzas las necesitarán —Miguel puso su mano sobre su frente Helena y de pronto desapareció.

La luz se disipó y Desmond levantó a Helena en sus brazos para abandonar aquel miserable lugar. Caminó por el largo corredor hasta subir por unas escaleras. Vio un atrio de piedra rodeado por muros, lleno de una masa sanguinolenta que dejaban los cadáveres putrefactos de los necros, haciendo contraste con la nieve que cubría el lugar. Sus amigos se acercaron bañados de sangre.

—Las mujeres se fueron, solo quedaron estos idiotas —le contestó Rupert.

—¿Cómo pudieron matar a tantos ustedes solos?

—Tuvimos un poco de ayuda divina. —Rupert tomó su espada y la limpió con la tela de sus pantalones para guardarla en su espalda. —Joder esto realmente apesta —escupió Rupert con desagrado.

—Miguel. —contestó Alexandrus.

—Estuvo hablando conmigo. —Desmond dijo sorprendido. Mientras el ángel hablaba con él, luchaba con sus amigos destrozando cuerpos, nunca intervino en una lucha, pero sabía que si no lo hubiera hecho, no habrían logrado acabar con ese pequeño ejército.

—Ya sabes, un ser celestial siempre ayuda —explicó Rupert acomodando el resto de sus armas. —Larguémonos de aquí, necesito sacarme de encima toda esta sangre podrida. ¿Ella está bien? —preguntó observando a Helena, que Desmond cubría lo mejor que podía para que sus hermanos no vieran su desnudez.

—Ya se unieron —celebró Alexandrus agradecido, sus emociones habían vuelto a apagarse.

—Ella está bien, Miguel creo que la durmió para que se recupere, su cuerpo ha pasado por demasiado dolor y tortura —explicó con amargura.

Dejando atrás el hedor y podredumbre, se dirigieron hacia la salida. Rupert y Alexandrus no exageraban, el arcángel apareció de pronto, eliminando a su paso todo lo que se movía y así como llegó desapareció, sin decir una palabra.

Al salir del lugar Arthur los esperaba, al ver a Desmond con un cuerpo ensangrentado e inerte entre sus brazos, saltó para darle una manta para cubrirla. La mujer estaba desnuda y el frío era congelante. Arthur se acercó y pasó la manta por la espalda de la joven que fue arropada por Desmond, en cuanto subió a la parte trasera del auto.

—Vamos al aeropuerto —la acercó más a su pecho y cerró los ojos agradecido, mientras besaba su frente. Nunca más se iría de su lado.

Capítulo 22



El renacer a una nueva vida.

Warwickshire Inglaterra, Castillo del Duque de Rothgar

La luz del sol, se coló por un gran ventanal, despertando a Helena que dormía plácidamente. Abrió los ojos poco a poco, sintiéndose todavía mareada. Curiosamente, no sentía dolor y al incorporarse se percató del lugar en el que se encontraba.

Unas pesadas cortinas color dorado arrojaban la enorme cama en la que estaba acostada. Se sentó y levantando el edredón con pequeñas flores, para deslizar sus piernas desnudas, solo vestía una gran camiseta negra y supo que era de William, por su olor.

La habitación era muy grande y aunque la decoración era diferente, se dio cuenta que conocía el lugar. Un gigantesco candelabro de cristal colgaba a unos cuatro metros del enorme techo abovedado con molduras blancas, lienzos y tapices que cubrían el cielo, parecía en museo.

Caminó despacio admirando la enorme chimenea, enmarcada en piedra y madera, pero que fue restaurada ya que no había hollín en ella. Era el lugar que había soñado, en donde vio a la mujer por la que William había sufrido tanto.

Sobre la chimenea vio un pequeño caballito de madera que llamó su atención y sin poder evitarlo se acercó para tocarlo, cuando sus dedos tuvieron contacto con la madera pintada en tonos chocolate, fue como si la hubieran transportado siglos al pasado.

Se encontró con un pequeño niño jugando frente a la misma chimenea en donde se quemaban varios troncos de leña expuestos, de donde salía un poco de humo y las paredes internas estaban ennegrecidas.

Al dar un paso hacia atrás, se tropezó con una mesilla tirando un jarrón, llamando la atención de pequeño. Helena se sorprendió cuando el niño se giró y la miró directamente a los ojos con curiosidad. La estaba viendo a ella a Helena, no a otra persona.

—¿Quién eres? —una voz infantil la cuestionó. Ella se agachó para sentarse a su lado sobre el tapete de pieles en el que descansaba.

—Helena...me llamo...Helena —susurró insegura.

<<¿Cómo puedo estar hablando con alguien del pasado?>>

—Tu piel es bonita —le contestó el niño tocándole un brazo y ella se estremeció, cuando vio sus ojos azules y ese hoyuelo en la mejilla. El pequeño le sonrió encantadoramente y fue cuando se dio cuenta.

<<Ese niño era el hijo de William?>>

Helena confundida recordó, que la esposa de William y su hijo habían muerto durante el parto.

—Gracias, ¿Qué haces? — pensó que podría ser era un fantasma, pero no le dio miedo estar tan cerca de esa criatura, al contrario la conmovió.

—Estoy jugando con mi caballito, era de mi padre.

—¿Él te lo dio?

—No, nunca lo conocí, pero mi abuelo me dijo que era un hombre muy valiente.

—Es muy bonito. —el niño se quedó pensativo por un momento y luego la miró seriamente.

—Cuando tengas un hijo quiero que lo tenga. —las palabras del pequeño conmovieron a Helena. —¿Tú se lo darás? —el pequeño la miró expectante entregándole el pequeño caballo, ella le sonrió y lo tomó. Sintió un hueco en el estómago. Eso era imposible, ¿cómo decirle a ese pequeño que nunca podría tener hijos?

—Yo no puedo...

—Mi caballo se llama Heros...dile a mi padre que lo amo y que no tengo nada que perdonarle —el pequeño sonrió y Helena abrió sus brazos, este la abrazó con fuerza. Un pequeño sollozo se le escapó de la garganta y de pronto la imagen se desvaneció. Seguía llorando cuando unos brazos la levantaron del suelo. Toda la habitación volvió a su estado original.

—Preciosa, ¿estás bien?, ¿qué hacías en el piso? —Helena elevó su rostro y miró a William con el rostro preocupado, por primera vez lo vio rasurado y con el pelo más corto, aunque todavía estaba largo.

Al contemplarlo de nuevo una emoción envolvió su corazón y sin pensarlo se aferró a sus brazos y comenzó a llorar, pero no era de dolor, sus lágrimas eran de alegría.

—Amor, no llores por favor, pensé que no volvería a verte. Temí perderte para siempre —le suplicó con adoración. William, balbuceó y ella, le sonrió en medio de un torrente de lágrimas.

—También te amo —declaró, él se levantó llevando a mujer hasta el sillón y comenzó a besarla con desesperación.

—No vuelvas a dejarme, no podría vivir sin ti —sus frentes apenas se tocaron, pero sus cuerpos seguían unidos.

—Nunca, nunca te dejaré —le prometió con regocijo.

—Eres tan hermosa, no puedo creer que alguien tan puro como tú pueda querer a alguien tan corrompido como yo —ella se conmovió. Will, estaba equivocado, no era un hombre malo.

—Él también te ama, ¿sabes? —le aclaró y la miró sin entender sus palabras.

—¿Quién me ama? —Helena giró la vista hacia el pequeño caballo que seguía en el piso, presta se levantó y lo agarró para regresar al lado de William. Mostrándoselo.

—¿Este es tu caballo verdad?

—Sí, mi padre lo hizo cuando era un niño. Son de las pocas cosas que pude rescatar en el incendio, ¿pero qué tiene que ver ese caballo con todo esto?

—Hace un momento tuve una visión, eso creo. Hablé con un niño rubio y de ojos azules que jugaba en ese lugar con este caballito de madera —le dijo señalando el punto exacto donde había visto al pequeño.

—¿Eso como puede ser? —le cuestionó azorado.

—No lo sé, pero tengo la seguridad que ese pequeño es tu hijo.

Las manos de William se posaron sobre su frente y un sollozo surgió desde su pecho. William avergonzado bajó la mirada escondiéndose de Helena, ella se sintió el dolor tan profundo de su poderoso hombre, por la pérdida de su hijo.

En un intento por consolarlo, Helena colocó sus manos a los costados de su cara y forzó que la mirara.

—William, él te ama y no te tiene ningún rencor, debes perdonarte por todo lo que pasó, eso ya quedó atrás. Él es feliz, en un mejor lugar.

Él se abrazó a su cuerpo y por primera vez en muchos siglos, lloró y sintió como su alma se

limpiaba, dejando atrás todas las culpas que había cargado por tanto tiempo.

Capítulo 23



De vuelta a casa.

Transcurrieron cuatro días desde que Helena se despertó en el hogar ancestral del William y aunque al principio le pareció intimidante, con el pasar de los días aprendió a apreciar el maravilloso castillo.

Helena no estaba acostumbrada a vivir en un lugar tan frío y nebuloso, con un cielo encapotado casi todo el tiempo, por lo que el gran invernadero que construyó William en memoria de su madre para cultivar las rosas que tanto amaba, se volvió su lugar favorito en cuanto puso un pie dentro. El sitio climatizado la enamoró.

Con un área para relajarse y varias mesas de jardín para desayunar, comer o tomar un apetitivo contemplando la fuente de piedra rosada rodeada de flores.

—Hoy es domingo y es día de hablar con mi madre —declaró y le dio un sorbo a su café, bajó la mirada a su regazo apretando la servilleta que tenía en una mano.

Ese día despertó con una gran tristeza y remordimiento. Una opresión en el pecho de angustia se estacionó ahí, sin poder mitigarlo,

—Te veo preocupada, ¿qué es lo que pasa? —William bajó su taza de té y se reclinó para tomar su mano de, que lo miraba con sus grandes ojos.

—Me siento mal por olvidarme ella, trabaja demasiado y yo aquí rodeada de todo esto...— dijo viendo la belleza a su alrededor —permitiendo que siga pasando apuros y agotándose hasta la extenuación. Soy una egoísta —exclamó en un susurro.

—Eres la persona menos egoísta que he conocido...

—¡Claro que lo soy!, hemos hablado de nuestro futuro juntos, ¿y mi madre?, ni siquiera la he mencionado. Se supone que una vez que consiguiera un trabajo me la traería a vivir conmigo. No tienes ni idea los sacrificios que ha hecho durante su vida, y mírame: estoy aquí despreocupada, desayunando plácidamente. —balbuceó afligida, las lágrimas se derramaron por sus mejillas sin poder contenerlas.

Helena jaló su mano y cubrió su rostro mientras sollozaba sin control. Él la miraba desconcertado por su reacción, gracias a su conexión podía sentir que su sufrimiento era real. Había estado sufriendo cambios intempestivos de humor, que William sentía como propios.

—Preciosa no llores. Tenía una sorpresa, pero creo que te lo diré ahora para que te tranquilices —la joven alzó la cabeza y se limpió las lágrimas, mientras hipaba.

—¿Qué sorpresa? —le preguntó con la voz ahogada.

—Arthur está organizando todo para viajar a casa de tu madre —las emociones que emanaron de Helena.

—¡Oh Dios no puedo creerlo! —la muchacha se levantó, arrojándose a los brazos de William impulsivamente y comenzó a reír con un llanto entremezclado.

—Si tu deseo es que tu madre venga a vivir nosotros así será. Siento tu angustia y tu dolor,

pero no tiene razón de ser. Solo es cuestión que lo pidas. No me gusta verte así —tomó una servilleta y limpió su rostro con una gran sonrisa.

El corazón de Helena se estremeció, su unión era real, tan hermosa y agobiante que todavía debía acostumbrarse. William era su caballero de brillante armadura y literalmente, lo era. Aunque nunca había buscado un hombre que fuera su salvador, ahora lo tenía y lo atesoraría para siempre.

William tomó su rostro y la besó con pasión pero con dulzura. Saboreando y disfrutando el colofón de sentimientos que fluían entre ellos, generando una conexión tan poderosa que cada toque, cada caricia, era como tocar el cielo.

Era increíble que después de pasar una eternidad, solo, aislado y privado de cualquier contacto físico, Helena se convirtió en su todo. En la razón por la que respiraba. Su misión era cumplir con la promesa que le hizo a Miguel siglos atrás, porque con ello velaba por el trozo de alma que le fue entregado por la mujer de la que estaba devotamente enamorado. No había nada que no haría por ella.

—Vamos a terminar de desayunar y más tarde planearemos el viaje, ¿te parece? —Helena asintió y sonrió.

—William gracias —exclamó con emoción, por fin ver a su madre, después de tanto tiempo, la lleno de alegría.

—No tienes que darme las gracias, la razón de mi vida es protegerte y hacerte feliz —declaró con devoción —¿Vas a decirle que iremos?

—Prefiero darle la sorpresa, no quiero darle una noticia tan importante por teléfono —respondió con una enorme sonrisa. La felicidad inundó su pecho y se sintió eufórica. Volvería a ver a su madre, y esta vez no tendría que separarse de ella nunca más.



Helena no había tenido contacto con su amiga, pero en cuanto William le proporcionó un nuevo móvil, comenzó a mensajearse con la rubia. Su amiga del alma, aceptó con tristeza que no regresaría a Valencia.

Le informó del viaje a México y de sus intenciones de ir por su madre. Mariela lloró de alegría, deseaba que su amiga fuera feliz.

Abandonaron el castillo para dirigirse al aeropuerto de Gatwick. Donde tomarían el avión que los llevaría hasta su hogar. Helena sonrió al leer el mensaje de Mariela, esta le respondía que estaba ansiosa por regresar y ver a su madre.

Mientras tanto, William hablaba con Arthur que los acompañaba en el viaje. El chico le informó de los hallazgos encontrados por el resto de los caballeros, que luego del asalto a la fortaleza en donde rescataron a Helena, se marcharon a su base de operaciones en San Servolo. Una isla en Italia propiedad de Alexandrus Massimo, que había pertenecido a su familia desde la época de las cruzadas.

William quería seguir al tanto de lo que ocurría, pero no podía estar tan inmerso en sus planes, necesitaba estar con Helena, ella debía acostumbrarse al cambio. Todos acordaron darles espacio a la pareja, ya que entendieron que necesitaban tiempo para recuperarse.

El auto se detuvo y Arthur bajó para dar indicaciones a la tripulación, mientras William y Helena aguardaron.

—¿Estás emocionada? —William le preguntó, Helena con una amplia sonrisa asintió y metió su móvil en su bolso. Si no lo hacía no dejaría de conversar con Mariela.

—Mucho, falta muy poco y por eso me siento impaciente, pero he esperado bastante tiempo, unas horas se me pasaran rápido —le aclaró.

—Me alegra cariño. —William se dio cuenta, que las últimas noches Helena no dormía mucho y su apetito se había visto muy mellado. Aunque lo atribuía a los nervios estaba preocupado. A pesar de ser consiente que nada podía matarla, al menos no una enfermedad, estaba desconcertado de las reacciones de su cuerpo.

William bajó la ventana y miró el enorme avión que estaba a un costado de la limosina. Helena se inclinó para tener una mejor visión, y quedó totalmente impresionada.

—William esto es demasiado, ¿no crees?

El tamaño del avión era gigantesco, perfectamente podían viajar más de un centenar de pasajeros y ellos solamente eran cuatro contando a su mamá, cuando regresarán.

—Preciosa, recuerda que soy una persona que ha vivido por más de nueve siglos. Tengo que ser muy precavido. No puedo simplemente caminar en un aeropuerto lleno de cámaras y de personas.

—Todo esto es...abrumador —soltó un suspiro.

—Soy un hombre muy rico al igual que el resto de los muchachos. Aunque éramos acaudalados en nuestra época, la mayoría perdió todo cuando trataron de borrarlos del mapa, pero como el oro era la moneda corriente, eso nos ha dado unas fortunas incalculables. Además hemos invertido en infinidad de negocios, pero no creas que hemos sido egoístas, tenemos varias fundaciones que ayudan a diferentes causas.

—Eso increíble, y muy noble de su parte —la joven reconoció con ilusión.

—Llega un momento, que te das cuenta que no necesitas tanto para vivir. Los años han pasado uno tras otro, sin que lo hayamos notado.

—¿Cómo han hecho para mantener todas sus fortunas? —le preguntó intrigada.

—Cuando los tiempos cambiaron y la economía surgió como hoy la conocemos, fundé una corporación que ha manejado mi dinero. Hay un grupo de hombres que se encargan de administrar mi fortuna y me dan cuentas. Yo soy mi *tatatataranieto* el accionista mayoritario. —le dijo con una sonrisa.

—¿Así de sencillo? —William asintió.

—Al no ser personas públicas, ha sido fácil reemplazarnos a nosotros mismos. Me mandan informes que revisó anualmente, pocas veces he pisado las oficinas centrales que están en Londres y cuando lo he hecho, he esperado algunos años en volver para que la gente que me vio, pues ya no esté trabajando ahí.

—¿O sea que ya está muerta? —le preguntó sorprendida. William se encogió de hombros, confirmando sus sospechas. Helena abrió los ojos desmesuradamente entendiendo la situación. —¿Eso mismo pasará conmigo, tendré que dejar de ver a las personas que conozco para que no se den cuenta que no he envejecido?

—Cruzaremos ese puente, cuando llegue el momento —la puerta se abrió cortando la charla y Arthur les sonrió.

—Todo listo, podemos abordar. Las maletas están en el dormitorio.

—Excelente, vámonos. —Helena los miró confundida, por lo que William le tomó de la mano

para ayudarla a salir.

<<¿Dormitorio?!>>, *Su cara de desconcierto lo dijo todo.*

—Vamos te lo mostraré —comentó, la tomó de la mano y salieron del auto.

Capítulo 24



Dejando todo atrás.

Tal fue la conmoción de Helena que cuando subió al enorme avión, que quedó pasmada. En lugar de encontrarse con decenas de hileras de asientos reducidos para aprovechar el espacio al máximo, con lo primero que se encontró fue la pantalla más grande que había visto en su vida.

Luego vio una sala con sofás esparcidos estratégicamente y un comedor en el que fácilmente podían sentarse una decena de personas. Los interiores eran lujosos. Todo se veía brillante, de maderas lustrosas, con alfombras y tapetes esponjosos.

Arthur de inmediato se adueñó de una sección de la sala sacando los documentos que había comentado con William y comenzó a trabajar. Sin embargo ella y William siguieron caminando hasta el fondo, en su camino hacia la habitación, se encontró con cuatro azafatas que le sonreían de una forma exagerada, pulcramente uniformadas.

De estar con un humor maravilloso, paso a uno sombrío y funesto. No dejaba de pensar en su madre. ¿Si ella no envejecía?, su mamá tarde o temprano se daría cuenta.

<<¿Cómo le explicaría su nueva situación?>>

La realidad era difícil de asimilar. Todo se volvió agobiante con tal rapidez, que fue como si su cerebro le hubiera ordenado a su cuerpo dormir y dejar de pensar. Un fuerte dolor de cabeza la atacó de pronto. Se suponía que era inmortal, entonces porque se sentía tan mal y con cambios de humor tan raros, que ni ella lo entendía.

Como si fuera una vía de escape para dejar de atormentarse por algo que estaba fuera de sus manos, optó por descansar. Ya que curiosamente tenía varios días, con un cansancio crónico, que le estaba pasando factura. No le dijo nada a William para no alarmarlo en vano, aprovecharía para dormir y esperaba que con eso fuera suficiente.

William se acostó a su lado y estuvo contemplándola, hasta que prefirió dejarla descansar. Salió de la habitación sin hacer ruido y se dirigió a la sala principal en donde encontró que Arthur seguía trabajando.

De inmediato se le unió y comenzó a leer el informe enviado por Rupert. Pasaron horas antes que uno de los sobrecargos, se acercara a los hombres que se encontraban sentados alrededor de una mesa cuadrada ensimismados leyendo atentamente. Les notificó que faltaba poco para aterrizar.

William levantó su vaso con whisky le dio un trago.

—Te veo preocupado Des —le dijo Arthur. Era el único que nunca lo abandonaba, a donde su tutor fuera lo acompañaba.

William estaba acostumbrado que sus compañeros le siguieron nombrando Desmond, aunque Helena ahora le llamaba William.

—Helena ha estado extraña, demasiado emocional.

—Ha pasado por muchas cosas —la justificó el muchacho.

—Lo sé, tal vez estoy siendo demasiado aprensivo, pero me aterra que le ocurra algo — suspiró y se terminó el líquido de su vaso. —Voy a despertarla para que coma algo, no hay probado bocado desde ayer.

—Voy a pedir que nos sirvan una comida ligera.

—Pide una crema de pollo, con pan por favor. —Arthur asintió y William caminó hacia la habitación.

Se dirigió hacia su mujer y cuando entró a la cabina, la encontró dormida. Se sentó en la orilla de la cama y le acarició una mejilla. La sacudió un poco y Helena se despertó.

—Arriba dormilona, ¿ya te sientes mejor?

—Sí, pensé que ser inmortal me quitaría todos los dolores —le dijo con una sonrisa. Él pensaba lo mismo ya que el solo tenía dolor cuando lo golpeaban y aun así se recuperaba.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, ya no me siento tan nerviosa.

—Falta poco para llegar.

—Quiero ducharme. —Helena declaró, se acercó a su maleta y sacó un cambio de ropa. Giro y lo miró ladeando la cabeza.

—No te he preguntado, ¿qué le diremos a mi madre? —cuestionó a William.

—Le diremos, la verdad —abrió los ojos impresionada.

—¿Le vamos a decir que eres un caballero templario inmortal y que vivirás hasta que no destruyas los clanes del mundo? —William negó riéndose.

—Se te olvidó la parte de caballero templario maldito —Helena lo jaló y William cayó sobre la cama.

—Tú ya no eres maldito mi amor, recuérdalo —le dio un beso rápido, rodeándole el cuello con sus brazos.

—Le diremos que somos novios y que nos casaremos porque no puedo vivir sin ti. Que queremos que nos acompañe, porque no voy a permitir que la mujer que amo sufra más tiempo por estar alejada de su madre, ¿Qué te parece eso?

—¡Dios!, es hermoso lo que me dices. Siempre haces algo para sorprenderme cada vez. —William la beso y se giró trayéndola sobre su cuerpo.

—¿Qué te parece si aprovechamos para ducharnos juntos?, quiero tallarte la espalda —llevó sus labios al cuello de Helena que cerró los ojos, deleitándose.

—¿La ducha es tan grande para hacerlo juntos?, recuerda que estamos en un avión y tú eres enorme.

—No lo he olvidado y créeme que no tendremos problemas —lo que ella no sabía, era que esa ducha, fue construida pensando precisamente en su tamaño. Todo el avión fue diseñado especialmente para él.



Más de catorce horas después, estaban aterrizando en el aeropuerto de la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Cuando tocaron tierra, Helena había degustado una deliciosa sopa servida con pan de ajo como le gustaba, además de tomarse un té chai y un delicioso trozo de pastel de

chocolate.

William se sorprendió verla con tan buen apetito, pero se alegró por ello. Helena se sentía feliz, estaba lista para ver a su madre y tenía bien clara la situación en la que se encontraba. Su felicidad no cabía en su pecho, su madre por fin dejaría de estar sola y regresaría para mostrarle una vida diferente a la que hasta ese momento había vivido. Sus días de jornadas agotadoras habían terminado.

La revisión de documentación se realizó por el personal de vuelo y cuando todo fue supervisado por las autoridades, dejaron el hangar en donde el avión fue alojado.

Entre las horas de vuelo y la diferencia horaria, llegaron de noche a la ciudad. Una lluvia ligera los recibió. Aunque su madre ya estaría descansando, Helena no quiso esperar más tiempo, así que se dirigieron directamente a su casa. Arthur realizó arreglos para quedarse en un hotel no muy lejos de ahí, también contrató bastante seguridad que los escoltaría en sus traslados. A pesar de que habían viajado tomando todas las precauciones, siempre era un riesgo.

William fue muy claro con Arthur, no permitiría que otra vez la que sería su esposa cayera en manos de sus enemigos. Miguel le dijo que Helena no moriría mientras estuviera vivo, pero no se arriesgaría que volviera a ser torturada. Además no podía olvidarse de la madre de Helena, su vida sí peligraba en caso de un atentado.

Las dos camionetas negras, pronto dejaron atrás el aeropuerto. Con cada kilómetro que avanzaba el corazón de Helena latía más aprisa, el tiempo y la distancia se acortaba. Luego de casi dos años de no poder abrazar a su madre, la emoción corría como oleadas de adrenalina.

No le sorprendió ver las calles atestadas, a pesar de la hora, como era fin de semana siempre había gente. Tardaron en llegar un poco más de cuarenta minutos hasta su hogar, Helena volvió a ver los lugares en los que creció y que sin darse cuenta tanto añoraba. Las casas que encontraron por las aceras, eran modestas, pero cuidadas. Se detuvieron en la dirección que les había dado con anticipación. En cuanto el vehículo paro su marcha, Helena trató de bajarse pero William la detuvo.

—Calma preciosa ya estamos aquí. Deja que revisen el perímetro —sus manos temblaban de emoción y tenía el impulso de entrar corriendo por la puerta.

—William, estoy en casa —le aclaró sonriendo ampliamente. No veía en donde estaba el riesgo. Su vecindario no era lujoso, pero era seguro.

—Prefiero no correr riesgos, espera un momento. —Helena se acomodó nuevamente y entrelazó sus manos, respirando pausadamente.

Luego de unos minutos que le parecieron eternos, pudieron bajar seguros de que todo estaba bien. Helena miró su hogar con anhelo. La casa le pareció pequeña, ella la recordaba más grande. La pintura estaba un poco estropeada y el faro de la entrada seguía fundido, a pesar de que cuando se marchó su madre prometió arreglarlo.

Se acercó lentamente con William a su espalda y aunque sabía dónde estaba la llave de repuesto, prefirió tocar la puerta. Respiró profundamente agarrando valor, luego deslizó su dedo sobre el timbre que estaba a un costado. Escuchó los pasos que provenían del interior, después la luz de la sala se encendió. La puerta se abrió de inmediato y la imagen de su madre la recibió, como un baldazo de agua fría.

Vestía un suéter delgado y unos pantalones cómodos. Su rostro se veía cansado, sus ojeras eran pronunciadas, su piel estaba demasiado pálida y demacrada. Su madre no estaba bien de salud y se lo había estado ocultando.

La cara de la madre de Helena pasó de la indiferencia a la sorpresa en un segundo.

—¡Dios mío hija!, regresaste. —Helena no lo pensó y abrazó a su madre emocionada. Las dos mujeres comenzaron a llorar.

—Mamá, estoy en casa —le dijo entre sollozos. Su madre se separó un poco y la tomó de la cara observándola sin poder creerlo, pero con una sonrisa enorme en su cara.

—Estás hermosa mi niña...no sabes lo que te extrañé —las lágrimas surcaban sus mejillas, pero la felicidad que sentía era evidente.

—Yo también, perdóname por no regresar antes —Helena la abrazo nuevamente y comenzó a llorar. Abrazar a su madre era maravilloso.

—No llores corazón, así debía ser. Te fuiste para tener una vida mejor —le dijo dulcemente.

William seguía estático viendo como madre e hija se abrazaban y lloraban. Aunque no le gustó verla llorar, entendía que era algo por lo que tenía que pasar.

—He vuelto para que te vayas conmigo... —le informó y su mamá la miró sin entender, pero de pronto se dio cuenta de la presencia del enorme hombre que estaba detrás de su hija.

Helena se recuperó, se dio cuenta que seguían en el portal de la casa y que William estaba detrás de ella sin ser presentado.

—¿De qué hablas?

La muchacha se giró atrayendo la atención de su madre, sobre el hombre que aguardaba en silencio. William, hablaba español aunque estaba un poco oxidado en cuanto a frases actuales. Siglos atrás vivió en España por más de una década y aprendió el idioma.

—Mamá, te presento a William, es mi novio —el hombre se acercó tomando la mano Helena y sonrió a su madre.

—Mucho gusto conocerle señora. Soy William Hertford el novio de su hija —le dijo solemnemente, aunque omitió darle todo su nombre. Cuando regresaran a Londres, se enteraría. Se percató que Helena era muy parecida a su madre.

—Mucho gusto joven —cuando le dijo joven, a William le pareció gracioso. Aunque seguía pareciendo de no más treinta años, era un anciano a su lado. Si tan solo supiera su verdadera edad, se caería de espaldas. —Sara Álvarez para servirle, pero entren, es muy tarde para estar fuera —ella movió permitiendo que pasaran y miró hacia la calle.

Se encontró con los dos vehículos estacionados frente a su casa y cuatro hombres vestidos con uniformes. Cerró la puerta de inmediato, esperaba que los vecinos no se dieran cuenta. Helena llevó a William a la pequeña sala y se sentó junto a él, esperando a su madre.

—Me alegra de tenerte aquí, pero ¿por qué volviste antes de lo planeado?, ¿qué es lo que pasa hija, William estudia contigo? —Sara le preguntó interesada.

Su madre sabía que estaba en Valencia, así que contarle la verdad a medias sería lo más sensato. Tenía que decirle que no regresaría a la universidad.

—Tuve un problema en la empresa en la que estaba haciendo mis prácticas mamá, me vi forzada en dejar la universidad ya que estaba ahí porque el laboratorio me pagaba la matrícula.

—¿Por qué ocurrió eso? —su madre se llevó una mano al rostro preocupada.

—Fue culpa de mi jefe inmediato, tuvimos dificultades que no podían arreglarse. —el rostro de su madre se llenó de rabia.

—¿Te hizo algo ese hombre? —a Helena no le gustaba mentirle a su madre, pero no le diría que su jefe la había torturado por horas y estuvo a punto de matarla. William la atrajo en un abrazo y le dio un beso en la cabeza, dándole valor.

—Si mamá, pero William me salvó.

—¿Denunciaste a ese malnacido? —Helena negó agachando la mirada a sus manos.

—No es tan sencillo mamá, pero solo te diré que ya no le hará daño a nadie. Además me di cuenta, que el lugar no era tan bueno como yo pensaba.

—No te preocupes por eso hija, siempre has sido una muchacha brillante y muy trabajadora, sé que encontrarás algo mejor.

—Ya lo hice mamá —Sara sonrió y miró a William, era evidente que ese hombre amaba a su hija y su niña estaba loca por él.

—Usted es muy importante para Helena. Queremos casarnos. Lamento importunar a esta hora, pero su hija no quiso esperar.

—No te preocupes, mi hija conoce mis horarios. Sabe bien que trabajo todo el día —Helena se levantó y se puso de rodillas frente a su madre.

—Mamá, quiero que vengas conmigo. Ya no hay nada aquí para ti —la miró suplicándole.

—Hija, si te vas a casar no quiero ser un estorbo, ¿qué va a hacer una vieja como yo, en medio de un matrimonio?

—Nunca digas eso. Primero que nada no eres vieja, apenas vas a cumplir 47 años. Siempre te dije que regresaría por ti y es lo que estoy haciendo. No podría dejarte sola mamá, te necesito demasiado.

Su mamá se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar. Sara era una mujer trabajadora acostumbrada a salir adelante por sus propios medios. El día que su hija se fue de México le prometió que regresaría, pero ella nunca pensó que realmente lo haría, la amaba pero nunca sería una carga para nadie.

Era la ley de la vida, sabía que llegaría el día que volaría y encontraría su propio camino. Con una vida mejor a la que ella le pudo dar.

—Será un placer, que venga con nosotros —le dijo William son una amplia sonrisa.

La madre de Helena era admirable. Se veía cansada y a pesar de la humilde casa en la que vivía, el lugar estaba impecable. Si trabajaba tanto como Helena le había contado, era todavía más sorprendente el esfuerzo que hacía.

— ¿Cuándo piensan casarse?

—En cuanto regresemos y estés instalada haremos la boda —su mamá la miró sorprendida.

— ¿Estás embarazada? —la preguntó alzando la voz.

—Por supuesto que no mamá. Eso no puede ser —Sara los miró frunciendo el ceño.

—Pues no veo cual es el impedimento. Los dos son jóvenes y saludables, es normal que tengan hijos. Tal vez no ahora, pero quizá más adelante.

William sintió una punzada de dolor. Hacía mucho tiempo que no pensaba ni remotamente en la idea de ser padre, era algo fuera de su alcance.

—Le aseguro que no es por eso que nos casamos.

— ¿Entonces te vas a ir con nosotros? —Helena insistió, y su madre asintió, su hija se lanzó a sus brazos otra vez.

—Gracias mamá, gracias por todo.

Luego de un rato, William le dijo a Helena que tenían que irse y dejar que se su madre descansara. Por la mañana renunciaría a su empleo y no sabía que tan fácil sería. La casa de retiro en la que trabajaba siempre estaba falto personal.

Tenían mucho que preparar para poder dejar su casa para siempre.

Aunque Helena quiso quedarse, pero su madre le dijo que no sería una buena idea. Su turno iniciaba a las 6 de la mañana y no tenía caso que se quedara sola, todo el día. Así fue como la convenció que se fuera al hotel y regresara a otro día, por si quería a empacar las cosas de su

habitación. Ya que todo seguía igual desde el día que partió a Valencia.

Capítulo 25



Una despedida pendiente.

Una semana bastaría, para que Sara y Helena abandonaran para siempre su país de origen. Helena no se llevaría el mejor de los recuerdos de la ciudad que la vio crecer. Era consiente que su madre sufría porque su familia nunca la aceptó nuevamente después de salir embarazada, por eso se mudaron de la ciudad donde vivían sus abuelos. Su madre no quería que su hija, creciera conociendo el rechazo y los chismes que esparciría su propia familia por su deslíz.

Para una adolescente llegar sola a una ciudad desconocida, y encima embarazada fue muy duro, pero ella se abrió camino, y aunque empezó de cero, con los años pudo proveerle un techo y seguridad a su hija.

Aprovecharon el tiempo dejando todo en orden. Renunciar a toda una vida, era demasiado osado para una persona tan chapada a la antigua como Sara, pero confiaba en su hija y no quería empañarle su felicidad.

Por lo que su casa en lugar de venderla, la cedió a préstamo sin renta a una amiga de su trabajo. Quedaría en buenas manos, con una persona que tenía la necesidad de un hogar. Solo se llevaría una maleta con ropa, sus prendas eran escasas, siempre andaba de uniforme.

Además Helena la convenció que no necesitaba muchas cosas. Sabía que su ropa no le serviría a donde iban, donde las temperaturas invernales eran espantosas.

Un día antes de partir, Sara le pidió a Helena que la acompañara a la iglesia para despedirse del sacerdote de la parroquia a la que siempre asistían. Aunque no era el encargado de officiar misa, siempre se confesaba con él. Sara no quería marcharse sin darle las gracias a la única persona que la escuchó y ayudo durante tantos años.

Entraron al atrio de la iglesia y se dirigieron a la pileta de agua bendita, donde mojaron la yema de sus dedos, para santiguarse.

—¿Cree que esté aquí el padre Julián? —le preguntó su hija.

—No lo sé, siempre vengo en domingo y cuando entro al confesionario ya está ahí. Esperemos que esté hija, me dará mucha tristeza no despedirme de ese buen hombre.

Un sacristán salió de la pequeña oficina donde guardaban los artilugios propios de la misa y se acercaron de inmediato para preguntarle por el sacerdote. Era un muchacho bastante joven, alto y desgarrado.

—Joven, disculpe ¿se encontrará el padre Julián? —le cuestionó Sara con respeto.

—¿El padre Julián? —contestó confundido. —El padre Anselmo es el que officia misa aquí señora.

—No, el no da misa. Solamente confiesa los domingos. Tal vez esté en otra parroquia —le dijo sonriendo.

—No tengo conocimiento de que otro padre confiese aquí, aunque no asisto los fines de

semana. Tal vez acuda de voluntario —respondió pensativo.

—Bueno muchas gracias —le pareció raro que no supiera del padre con el que estuvo confesándose tantos años. Quizá por ser nuevo no tenía toda la información.

—Que les vaya bien —el chico salió dejándolas solas y sin respuestas.

Sara quedó un poco desconcertada. Era una pena no despedirse del único hombre al que le confió mucho de sus problemas por los últimos 25 años.

William se había quedado en el hotel, para que su mujer tuviera el cierre con su vida anterior, que tanto necesitaba, pero la envió escoltada sin descuidar su seguridad. Las dos mujeres abandonaron la iglesia, decididas a pasar una tarde, juntas.

Helena le prometió a su madre, que no se preocuparía nuevamente por nada, pero Sara era muy escéptica sobre la situación. Nunca volvió a fiarse de ningún hombre, por lo que le era muy difícil poner toda la confianza en un desconocido.



El viaje de regreso fue todo un descubrimiento para Sara. Todo fue novedoso y emocionante. A sus 47 años, nunca subió a un avión antes y eso le ponía de nervios. Sin embargo no fue tan malo como pensó, al contrario. Terminó siendo una experiencia inolvidable. Helena disfrutó la emoción de su mamá cuando subió al enorme y lujoso avión.

Lo que más la abrumó fue al llegar a la casa del que sería el esposo de su hija. La recibió un castillo como el de las historias medievales, con torres y hasta un lago, eso la dejó de piedra.

Al bajar de la camioneta que parecía blindada y que los trasladó desde el aeropuerto hasta su destino, una hilera de sirvientes los recibió como si se tratara de una película de época.

Sara se preguntaba, ¿qué hacía ese hombre para tener tanto dinero?, pero cuando el mayordomo los recibió soltando sin aire el nombre completo de su yerno, se quedó impactada, ¡el hombre era un Duque!

Lo que no se explicaba era como conoció a su hija. Dudas que seguían en el aire. Ya que Helena evadió las preguntas que le hizo y respetaba su silencio, aunque no dejaría de estar alerta.

La boda se llevaría a cabo el siguiente fin de semana. El novio no quería esperar más. Le pareció precipitado, pero no se opuso. A pesar de los tiempos actuales, el prometido de su hija, era un hombre extremadamente conservador. Era evidente en la forma de comportarse y de expresarse, como si fuera de otra época.

Los primeros días, para Sara salir de la suntuosa habitación fue atemorizante, pero poco a poco estableció una rutina con su hija que parecía se había adaptado con rapidez. Pero todo mejoró cuando unos días después, conoció a Mariela, que llegó acompañada de sus padres a petición de la novia.

Helena le contó a su madre lo que tuvo que pasar mientras estuvo sola, así que después de conocer lo bien que se portaron con su niña, entendía porque no podían faltar en ese día tan importante.

Sara les estaría eternamente agradecida, por haberla acogido cuando llegó a Valencia. Si no hubiera sido por ellos, con el dinero de su beca, no habría podido vivir y pagar una renta. Y lo poco que ella le enviaba, entendía que no le servía de mucho, fue muy ingenua por haber creído a

Helena cuando le aseguro que no tenía ningún problema.

Su hija, también le platicó sobre su amigo Harry. La muchacha tenía remordimientos por la forma en que terminaron las cosas entre ellos. Sin embargo no le contó, que puso en riesgo su vida por ayudarla. No se sentía bien por ocultarle tantas cosas a su madre, pero no era posible explicarle la verdad por el momento.

Solo le dijo que el joven no quiso asistir a la boda y Sara se percató que era debido a los sentimientos que había desarrollado por su hija. Que era tan despistada que no se dio cuenta. A su madre, solo le quedó esperar el día de la boda y tener fe que todo sería para bien. Lo único que deseaba es que su hija fuera feliz.

Capítulo 26



Planes de boda.

William propuso a Helena una cena en el salón azul para dar la bienvenida a su madre y amigos, a pesar de los siglos seguía siendo un hombre con costumbres antiguas muy arraigadas. Toda su vida mortal, había vivido en el protocolo de lo que se esperaba de un Duque y ahora que se casaría nuevamente, cumpliría con lo que su madre hubiera esperado.

Helena salió del enorme vestidor de la habitación que compartían, con el vestido negro sencillo que decidió usar. Estaba maquillada y peinada lista para la cena. William entró a la habitación usando un pantalón negro y camisa azul marino. Cuando Helena lo miró sonrió ampliamente, con el amor reflejado en el rostro.

—Te ves preciosa —le dijo y la encerró entre sus brazos, bajó su rostro y le dio un beso en los labios. Todo era demasiado bueno para ser verdad, William se sentía inmensamente feliz, como nunca en su vida.

—Te ves guapísimo y con el nuevo corte de pelo —lucía totalmente acicalado y con un cabello pulcramente cortado. Se veía mucho más joven. Además tenía un aspecto menos intimidante.

—No quiero que piensen que te casas con un bárbaro andrajoso. —Helena soltó una carcajada y William se sonrió coquetamente, haciendo una mueca.

—Vanidoso. Eres hermoso con el pelo largo o corto. Nadie pensaría eso de ti y lo sabes —la muchacha lo veía con fascinación.

—¿Lista para enfrentar al interrogatorio que nos espera?

—Mientras estés a mi lado, siempre estaré lista.

—Eso no lo dudes, ¿ya te sientes mejor? —William trató de estar muy atento a las necesidades de Helena, ya que sentía que algo no estaba bien, pero no comprendía bien que era.

—Mucho mejor. De hecho me siento excelente —contestó efusivamente, las molestias un día antes aminoraron y su energía regresó como por arte de magia.

—Me alegro, estaba muy preocupado, prométeme que si algo te molesta me lo dirás —le tomó de las manos y la miró seriamente. Helena sonrió y asintió lentamente.

—Te prometo que me siento me siento bien, pero si regresan las molestias te lo diré. Ahora vamos a disfrutar nuestro tiempo con la gente que nos quiere —el tiempo seguía siendo un tema sensible para ella, pero no deseaba seguir atormentándose.

—Está bien, por cierto ¿cuándo se irán tus amigos? —William dejó pasar el tema, pero no se lo tomaría a la ligera.

—Al día siguiente de la boda. Desgraciadamente de Mariela tiene exámenes finales y su madre debe regresar al hospital —la mirada de Helena se ensombreció, su carrera universitaria se truncó abruptamente y no creía que algún día regresaría.

—¿Extrañas la universidad? —William le preguntó adivinándole el pensamiento. Ella se encogió de hombros solamente.

—Desde que tengo uso de razón, no había dejado de estudiar. Mis metas siempre fueron bien claras, ahora me siento... —dudó en contestar pero quería ser sincera —perdida.

—Te entiendo, sé que será difícil, pero piensa que ahora el tiempo es irrelevante. Ya te dije puedes hacer lo que quieras. Cuando regresen los muchachos podemos encontrar algo que te interese. Recuerda que tenemos varias fundaciones, en las que te podrías involucrar, con las precauciones necesarias —le advirtió.

—¿En serio?, eso sería maravillo. —Helena se emocionó con la sola idea de pensar, que podría trabajar ayudando a quien más lo necesitaba.

—Totalmente en serio, pero ahora no te preocupes. ¿Qué te parecería ir a Venecia para nuestra luna de miel?

—¿Tendremos una luna de miel? —le preguntó abrió los ojos sorprendida y emocionada a la vez.

—Por supuesto, preciosa. Quiero disfrutar de esta paz aunque sea temporal. Ahora vamos que no me gusta llegar tarde.

Ella le sonrió y lo tomó del brazo. Cenarían con los que consideraba su familia y los disfrutaría el tiempo que estuvieran con ella. Tenía fe y esperanza en el futuro junto al hombre del que se sentía profundamente enamorada y al que le había dado una parte de su alma.

Capítulo 27



Un salto de fe.

Sara se colocó los pendientes de plata que tanto le gustaban. Sabía que su guardarropa no estaba a la altura del lugar en el que se encontraba. Ella se consideraba una persona sencilla, que siempre había vivido más para trabajar que para salir y divertirse, así que no pensaba mucho en cómo se veía o que se pondría.

Pero esa noche deseaba verse bien, no quería dejar en ridículo a su hija luciendo inapropiadamente. Se miró en el gran espejo del tocador antiguo de su habitación evaluando su aspecto. Ocultó lo más que pudo sus ojeras, pero no sabía cuánto tiempo podría hacerlo, esperaba que fuera el mayor tiempo posible. Lucía terriblemente demacrada y cada día sería más notorio, además sus funciones físicas se irían mermando día con día. Un mes antes de que llegara Helena, el dieron el diagnóstico: enfermedad de Huntington. La cual era progresiva y mortal, sin cura ni tratamiento para detener la enfermedad y como si eso no fuera suficiente, también le detectaron un tumor alojado en la hipófisis. Lo sabía, pero no podía hacer nada.

Miró a su alrededor con desesperanza, todo era precioso sin dudarlo, pero para su gusto demasiado suntuoso. El lugar le daba escalofríos. Desde que llegó sentía que alguien la observaba y eso le provocaba una sensación de incomodidad permanente.

Se miró nuevamente y decidió que era tiempo de reunirse con su hija y su prometido. Cerró la puerta con cuidado de no hacerlo con demasiada fuerza. De inmediato se incorporó al larguísimo corredor con pasos apresurados. Ese castillo parecía un laberinto. Giró hacia la izquierda y luego a la derecha. El sonido de sus pasos repiqueteaba contra la duela lustrosa, provocando un eco espeluznante que poco a poco hizo que se le pusiera la piel de gallina.

Con el miedo atenazándola, caminó lo que le pareció una eternidad hasta que se dio cuenta, que no sabía dónde se encontraba. Todo se veía igual. Sin embargo continuó hasta toparse con una puerta, de hoja doble que casi triplicaba su altura, de la que emanaban una luz cálida por debajo de ella.

Cuando escuchó ruido que provenía de dentro, no lo pensó y se precipitó para abrir la puerta. No se consideraba una persona miedosa, pero todo el lugar la tenía de nervios.

Al empujar la puerta con premura, se encontró con una biblioteca enorme. Hileras e hileras de estantes que contenían lo que parecía cientos de libros, rodeaban el lugar y llegaban hasta el techo. Un escritorio de madera labrado y dos lamparillas encendidas sobre este, estaban a un costado. Además de una gigantesca chimenea encendida en la pared más alejada de la habitación.

Unos sillones de piel café, con varias butacas rodeaba la chimenea. El ambiente era cálido, y de pronto de la nada se encontró a un hombre, al que no podía verle completamente el rostro, por la sombra que generaba el fuego.

Sara se llevó una mano al pecho de la impresión pero se recompuso rápidamente, pensando que había hecho el ridículo actuando como una jovencita asustada. Cuando era una mujer madura

que no debía caer en pánico.

Suspiró con alivio y avanzó hacia el desconocido. Tenía que llegar al salón en donde se llevaría a cabo la cena, y necesitaba ayuda.

—Lo siento, no sé si me entiendes, pero creo que me he perdido —le confesó nerviosa, una de las principales barreras que encontró a su llegada fue el idioma, la mayoría de la gente que trabajada en el castillo no hablaba español y ella no hablaba nada de inglés.

—No te preocupes Sara, te estaba esperando —la mujer, se congeló cuando escuchó una voz conocida.

<<¡No podía ser posible! >>

Una sensación de desasosiego la invadió y nuevamente su miedo se disparó. Giró hacia la salida y miró la puerta entreabierta con anhelo. La idea de salir corriendo cruzó por su mente, pero la puerta se cerró de golpe. Antes que pudiera reaccionar, el hombre que se encontraba varios metros alejado ahora se para frente a ella.

La luz iluminó su rostro y lo vio claramente. Era el padre Ignacio, el sacerdote del que no pudo despedirse. Su vista se nubló, y sintió como sus piernas no fueron capaz de sostenerla. El hombre alcanzó a tomar a Sara, antes de que tocara el suelo y la levantó para llevarla a uno de los sillones cerca de la chimenea.

—Bien Miguel, lo has hecho muy bien —el arcángel se reprendió en voz alta.

En cuanto la recostó, tocó su frente y se dio cuenta de lo fría que estaba. Cerró los ojos y una luz que emanó de la palma de su mano, impregnó el cuerpo de la mujer. Llenándola de una calidez que hizo que todo su ser creara una onda que invadió su torrente sanguíneo y cada célula comenzó a sanar.

Sara se arqueó abriendo su boca y sus ojos. La luz que había entrado por su cabeza salió disparada en todas direcciones, mientras Miguel la sostenía fuertemente. Después de unos instantes la luz se desvaneció y poco a poco recobró la conciencia.

Su cuerpo antes frío, ahora estaba tibio. Su rostro demacrado ahora se veía sonrosado, y sus labios antes resecos brillaban bajo la luz del fuego. Entreabrió los ojos y se encontró nuevamente con el rostro del sacerdote con el que había conversado tantas veces y que no era más grande que ella. Si acaso tendría 50 años.

—No te desmayes otra vez Sara, por favor —la voz cálida del sacerdote la terminó de despertar. Miguel la ayudó a sentarse mientras lo miraba detenidamente. Vestía de negro, pero sin su alzacuello que siempre usaba cuando no llevaba una sotana.

—¿Usted?! ¿Cómo es posible? —le preguntó, totalmente confundida de encontrarlo en ese lugar a miles de kilómetros de su casa.

—Todo es posible para los deseos de Dios, ¿o acaso tu fe ya no es la misma? —Miguel la cuestionó.

—Claro que mi fe sigue siendo inquebrantable, pero esto está más allá de toda explicación. Estamos en otro país. No solo en otro país, en otro continente, ¿cómo me encontró?, ¿cómo entró aquí? —inquirió con vehemencia.

—Los caminos de Dios a veces son misteriosos. Siempre te dije que soy un servidor del señor, pero soy algo más, soy un soldado de Dios.

—¿No entiendo que tengo que ver en todo esto?

Miguel se sentó nuevamente en el sillón y tomó un vaso con un líquido ambarino que tenía en un costado, le dio un trago y suspiró.

—Este lugar es un santuario Sara. William, más conocido como el Duque de Rothgar, es un

caballero a mi servicio. Helena y tú son las piezas que faltaban para iniciar el final de una era oscura que ha cubierto a la tierra los últimos siglos.

Sara se llevó los dedos a su frente intentando asimilar lo que Miguel le estaba confesando. Era el mismo hombre, pero su actitud era muy distinta.

—¿Mi hija y yo?, pero somos simples mujeres. Usted conoce mi historia. Apenas he sido capaz de criar a Helena yo sola.

—No te subestimes. Te conozco desde hace mucho tiempo. Aquella noche que llegaste a la ciudad con un bebé en brazos y fuiste al templo para resguardarte, supe que eras especial. Oraste toda la noche con tal fervor, para que Dios te indicara que tenías que hacer y me impresionaste.

—¡Eso es imposible, esa noche no había nadie!

—Yo estuve ahí. Sara, yo no soy el padre Ignacio.

—¿Entonces?, ¿Quién es?

—Soy Miguel —ella comprendió de inmediato a que Miguel se refería. —Te he acompañado en tu camino, pero desgraciadamente era necesario que vivieras todas esas experiencias. Fueron pruebas que superaste una tras otra. Ahora estás preparada y empezará una misión más para ti.

—¿Para mí?, ¿Qué puedo hacer yo de especial?

—Mucho, pero todavía no lo comprendes. Cada vez que has estado presente cuando un alma ha partido de este plano, lo has ayudado a cruzar. Has estado para darles consuelo, a pesar que ha tenido un final doloroso.

Sara recordó la muerte del último residente de la casa en la que asistía a los ancianos. A pesar de su fe, no podía entender cómo era posible que Dios permitiera tanto dolor a gente tan bondadosa.

—Pero es tan injusto —exclamó, apretando los puños.

—No te equivoques Sara. Todos ustedes eligen sus vidas terrenales. El sufrimiento, la felicidad incluso la maldad de la que un ser humano es capaz. Son pruebas que servirán para que cada alma madure. Hasta que pueda elevarse a otros niveles de conciencia, a los cuales la mayoría no puede acceder. Te aseguro que esas personas que has ayudado, se han ido satisfechas y en paz.

—¿Tu puedes verlos?

—Por supuesto, yo soy un ser de luz al que se me ha encomendado una tarea. Hace mucho tiempo, en otro lugar fuera de este mundo, ya recorrí este camino terrenal.

—¡Pero eres un ángel! —dijo enfática.

—La humanidad ha decidido llamarme así —Miguel se encogió de hombros. —Nos vieron como ángeles o seres divinos, cuando lo único que queríamos en la antigüedad era ayudarlos, pero no resultó del todo acertado de nuestra parte.

—¿Y qué pasa con Dios?, ¿realmente existe?, ¿Tú lo has visto?

—Claro que existe pero yo no lo he visto.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó consternada.

—Sara, ni el mismo Cristo lo vio. Recuerda que por eso te dije que tenías que tener fe.

—Pero la iglesia nos ha enseñado... —Miguel la detuvo y negó con una mueca.

—Dios no es una iglesia Sara, su mensaje fue tan simple que nadie lo quiso escuchar. Él no te dijo que vivieras oprimida y temerosa de cometer pecado a cada paso que dieras, con el remordimiento constante por tus acciones, ¿Qué fue lo que siempre te dije?

—Que lo importante era vivir respetando a los demás y dando amor a nuestros semejantes.

—Exacto, son simples verdades universales. Amate y ama a los demás, respétate y respeta a

los demás. Tu eres un ser de luz, todos lo son, pero han estado tan encerrados creando su propia jaula llena de barrotes autoimpuestos que no saben vivir.

—¿Por qué me dice todo esto hasta ahora con esta claridad?

—¿Me hubieras creído si lo hubiera hecho hace 20 años? —Sara meditó en las palabras de Miguel, sabía la respuesta. Era un no contundente.

Sara seguía en shock, pero creía cada palabra que el hombre le había dicho. Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar. Miguel se acercó y le puso su mano sobre su hombro, ella levantó la cabeza develando las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Creo todo lo que me ha dicho, pero no entiendo como una mujer moribunda, podría ayudarte. —Miguel le sonrió y le ofreció un pañuelo que sacó de uno de sus bolsillos.

—Ahí está la Sara combativa que siempre he admirado —la mujer tomó el pañuelo y se limpió las mejillas. —Ya no tienes de que preocuparte, esa enfermedad y ese tumor que tenías en tu cabeza se ha ido. Ahora podrás ver todo lo que se supone debes ver.

—¿Sabía que estaba enferma?, ¿A qué te refiere con que tenía?, Ese tumor es inoperable y la enfermedad intratable.

—Por supuesto, todo lo sé —sin decir nada solo se encogió de hombros. —Como te dije eres importante igual que Helena, así que para que puedas ayudar en esta gran labor que tenemos por delante, nunca más estarás enferma.

—¿Nunca?

—Tu vida, está unida a la de tu hija y a su vez está unida a William. Ella te necesita igual que el resto de los caballeros. Son buenos hombres aunque cometieron muchos errores. Han luchado incansablemente por reestablecer el orden natural de las cosas, pero como es demasiado complicado para explicártelo, te lo mostraré.

Miguel le ofreció su mano. Era un salto de fe, que ella tenía que dar. Sin dudar lo Sara se levantó y Miguel le sonrió satisfecho. Al tocar la mano del hombre, desaparecieron de la habitación.

Capítulo 28



El salón azul.

William y Helena entraron al salón, en donde los estaban esperando Arthur y Joseph el mayordomo. Un hombre orgulloso de ser el encargado del castillo cuando el Duque se encontraba ahí. William le tenía mucho aprecio, porque lo conocía desde que era un niño de tres años, que correteaba cuando su padre lo llevaba a trabajar y se la pasaba haciendo travesuras.

Joseph solemne como siempre, se apresuró a abrir la silla para que la señorita que se convertiría en la próxima duquesa se sentara. Helena le sonrió agradecida, como hacía con todas las personas que amablemente les servían y aunque al principio se sintió incomoda, después de que William hablara con ella entendió todo el protocolo y tradiciones bajo las que se regían.

Por otro lado Arthur estaba feliz por la alegría del que era como su padre. En medio de toda esa oscuridad en la que vivió siglos completos, había encontrado el amor y eso lo llenaba de agradecimiento hacia Helena. En sus pocos años había estado a su lado, y conocía de primera mano su sufrimiento.

La puerta se abrió una Sara renovada apareció sonriente. Detrás de ella un hombre que de casi dos metros, con el cabello castaño claro y los ojos azules, caminaba con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. William lo reconoció de inmediato. Lo había visto con varios aspectos y ese fue uno de ellos.

<<¿Cómo era posible que un jodido ángel caminara como un simple mortal detrás de la madre de la que sería su esposa?>>, pensó incrédulo.

Helena se dio cuenta que su madre había cambiado. Se veía fácilmente diez años más joven. Su piel lucía radiante y saludable. Sin poder dejar de notar que había una luz que irradiaba su cuerpo, que ahora podía observar. No entendía que había ocurrido, pero estaba más que complacida por eso.

—Buenas noches, una disculpa por la tardanza, pero es que me perdí —Sara se disculpó acercándose a su hija para darle un beso en la mejilla.

—¿Será eso cierto Miguel? —inquirió William y el aludido se sonrió ampliamente, sabía que no era una casualidad que su suegra hubiera perdido el rumbo.

—Vaya, veo que me reconoces. —Miguel se acercó y le abrió la silla a Sara, que se sentó a un lado de Helena y le tomó la mano reconfortándola. —Es descortés de mi parte, unirte sin invitación, pero quería ser partícipe de tu felicidad William. Felicidades Helena —dijo con una familiaridad que Helena no entendió.

—Gracias, sé que es extraño, pero siento que lo conozco —respondió Helena dubitativa.

—Soy un aliado del grupo y un viejo amigo de tu madre. Te conozco desde que eras un bebé —declaró.

Helena se confundió aún más, el hombre parecía estar a finales de los treintas, ¿cómo podía

conocerla desde hacía tanto tiempo? Su rostro bastante expresivo alertó a su mamá que se giró de inmediato.

—Yo te lo explicaré... —Sara exclamó, pero fue interrumpida. Las puertas se abrieron, dando paso a la familia de Mariela que llegaba tarde, pero eso no le sorprendió a Helena, ya que su amiga no era muy puntual.

Mariela se adelantó despreocupada, mientras sus padres se veían notablemente apenados. Los hombres se levantaron para recibirlos y en poco tiempo todos estaban sentados.

Sin poder aclarar nada, inicio el servicio de la cena. Las copas de vino se llenaron y se dio paso a una charla más ligera. Todo giro alrededor de la boda, la cual se celebraría dos días después en la capilla del propio castillo

Ahora solo faltaba que arribaran los demás. El resto de los caballeros llevarían por la mañana del gran día, para sellar la unión del par de enamorados, que no dejaban de verse con adoración.

Capítulo 29



Compartiendo la eternidad.

Capilla del Castillo de Warwick

La capilla se construyó diez años antes de que William partiera a las cruzadas, a petición de su madre y hasta el día de hoy permanecía igual. Su hijo se había encargado por siglos de su restauración y mantenimiento constante.

El edificio estaba anexo al ala oeste, la más alejada del castillo. No era muy grande, apenas podía albergar a 100 personas, pero era hermosa. El altar fue tallado totalmente en piedra y al fondo tenía vitrales que fueron hechos en Murano. Con los rayos del sol cayendo al atardecer, el espacio se convirtió en un crisol de colores. Dando un espectáculo de luces y sombras. Por eso mismo, William sugirió que la boda se celebrara por la tarde.

Los pocos invitados estaban ya en el interior, esperando a la novia. William aguardaba nerviosamente vestido con un frac negro, llevaba una pajarita en blanco satinada y una levita del mismo tono. Acomodados en la primera banca, estaban los seis caballeros y Arthur todos también de frac, pero para diferenciarse del novio habían optado por pantalones grises con rayas muy delgadas color negro.

Unos grandes ramos de rosas blancas y lirios adornaban el altar. Mientras el estrecho pasillo y pegadas sobre las bancas, había ramos de flores silvestres decorando cada espacio disponible. Mariela junto a su madre y padre, se situaron en lado contrario.

A la espera de la novia que entraría del brazo de su madre, ya que fue la mujer que no solo le dio la vida, además gracias a su esfuerzo le dio todo lo que estuvo a su alcance para que saliera adelante.

Helena le pidió encarecidamente a Mariela que no subiera fotos a las redes sociales a las que era adicta, y aunque su amiga se vio renuente a hacerle caso, al final la convenció.

Sabía que sería un peligro para todos, estar expuestos de esa forma ante sus enemigos. Sin olvidar de lo que pasaría si esas fotos eran vistas después de cincuenta años, pero no era algo que pudiera explicarle a su amiga.

De pronto la música de piano del ave María comenzó a sonar y William suspiró emocionado, esperando a la mujer que se convertiría en su esposa. Que ahora era parte de su corazón para siempre.

Helena apareció caminando por el pasillo lentamente y con una sonrisa nerviosa. Eligió un vestido blanco sencillo en corte princesa, con escote modesto en corazón. Elaborado en su totalidad en organza de seda bordada. El velo le cubría el rostro por completo y tenía el cabello recogido en un moño bajo.

Las únicas joyas que lucía, eran unos delicados aretes de diamantes en forma de gota que el novio le regaló. La sonrisa de Helena se ensanchó cuando lo miró esperándola al final del pasillo.

Se veía imponente y guapísimo. Su corazón comenzó a latir con fuerza y esta emoción la transmitió a William que se llevó la mano a su pecho. La conexión que compartían cada día se hacía más fuerte. Al llegar hasta la escalinata el novio se acercó para tomar la mano de la novia.

—Te entrego a mi hija, porque sé que la harás feliz para toda la eternidad —Helena abrió los ojos con sorpresa por las últimas palabras de Sara. —Ahora lo entiendo.

—Soy un hombre muy afortunado, gracias por entregarme a la mujer más hermosa y valiosa del mundo. —William se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Sara.

La mujer que ahora era su suegra, se acercó y le susurró, *“Cuida a mi niña, no dejes que se exponga demasiado al sol. No es bueno para su estado, pero no se lo digas aun. Déjala que disfrute esa semana antes de regresar a la realidad.”*

El cuerpo de William se envaró, giró mirando el rostro resplandeciente de su amada con su corazón latiendo desbocadamente.

<<*¡Eso era imposible!, ¡Helena estaba embarazada!>>*

Sara se alejó y se acomodó en la banca donde se encontraban los padres de Mariela. De inmediato un apuesto Miguel se coló a su lado. Mariela lo notó en seguida y se quedó estupefacta. Ese hombre era lo más hermoso que había visto en su vida. Desde la cena no podía quitarle los ojos de encima.

Miguel se agachó para susurrarle a Sara, totalmente indiferente a las miradas que la rubia le tiraba. Mientras los novios tomaban sus lugares.

—¿No pudiste esperar a que regresaran de luna de miel? —la mujer emitió una risita y negó suavemente.

—Mi hija es muy imprudente y sé que si no hay alguien que la detenga es capaz de tirarse de un paracaídas, más ahora que sabe que casi nada la daña, pero no sabemos que pueda pasar con un embarazo.

Regresó su atención al sacerdote que iniciaba la ceremonia. Miguel ni siquiera recordaba cuanto tiempo había pasado, desde que se mostraba con su verdadero rostro entre los mortales.

Tal vez milenios y ahora estaba ahí, en su propia piel. William no era el único que había regresado del letargo en el que se encontraba, el mismo sentía que había despertado.

Capítulo 30



Los milagros existen.

La ceremonia fue breve pero muy emotiva. Al finalizar la liturgia todos los asistentes abandonaron el lugar, para pasar al interior del castillo en donde se celebraría una cena con los novios.

El comedor principal en donde antaño los duques y padres de William dieron exquisitos banquetes, con invitados de la nobleza, acogió a los pocos invitados a la celebración.

Una larga mesa rectangular de madera de cedro se encontraba en el centro del salón. Adornada con una guía de flores blancas entrelazadas, alternando espacios en donde se encontraban antipastos dispuestos artísticamente. Compuestos de: carnes, embutidos, aceites y panes. Así como quesos y frutas.

La decoración había fascinado a Sara y a Mariela, que fueron las que supervisaron todo el montaje. Con candelabros bajos que portaban velas que le daban un aire romántico al lugar, que de por sí ya era impresionante. No permitieron que Helena viera el lugar, querían darle una sorpresa y lo lograron.

Helena no quiso una cena demasiado elaborada. Deseaba que las horas que pasaran reunidos, fueran amenas y agradables. Así que entre las tres idearon la cena perfecta, para un grupo pequeño.

Así que con una cena sencilla de tres tiempos, dio paso a la sobremesa. Con los vinos que Alexandrus trajo de regalo para la boda directamente de sus viñedos en la Toscana.

Un mesero se acercó para llenar la copa de vino de la muchacha, pero William se apresuró para indicarle que no le sirviera más vino. Sacó de una cubitera que tenía a su lado una botella de champán. Cuando llenó el vaso de su esposa, miró a su suegra y le guiño un ojo. Evidenciando que era libre de alcohol.

Cuando se acercaba la media noche. William se levantó para hacer un brindis. Todos guardaron silencio y voltearon para ver al novio ponerse de pie.

—Quiero agradecerles por acompañarnos este día tan especial. Un día que hace mucho tiempo creí nunca llegaría —dijo solemnemente. Los seis hombres con quien había compartido todos esos centenares de años, levantaron sus copas, comprendiendo sus palabras. —Gracias por este tiempo. No sabemos que nos depara el futuro, pero hoy tengo la seguridad, que sea lo que sea podré enfrentarlo, gracias al regalo más maravilloso que pudo darme la vida —giró y miró directamente a Miguel que se encontraba sentado a un lado de Sara y que no se despegaba de la mujer ni a sol ni a sombra.

El resto levantaron sus copas y brindaron. Se podía sentir el optimismo en el resto del grupo. Albergaban la esperanza de que en el corto plazo, cada uno pudiera encontrar lo que su amigo tenía al lado de su esposa.

Cerca de la una de la mañana, los novios se marcharon a su habitación. Tenían todo listo para

partir al día siguiente. Originalmente irían a Venecia, pero William cambio de opinión y se dirigieron a una isla griega en el mar Jónico, propiedad de Alexandrus. Ahora era un refugio seguro que estaba bien resguardado.

Al llegar al umbral de la puerta de su habitación. William levantó a Helena en brazos, tomándola por sorpresa.

—Will, espera... —le dijo con un gritito de sorpresa. —Con este vestido peso una tonelada —este soltó una estruendosa carcajada.

—Esposa mía, nunca voy aburrirme con tus ocurrencias. Creo que tengo la fuerza suficiente para cargar a mi mujer hasta el lecho nupcial y pasar toda la noche cumpliendo con mis obligaciones matrimoniales.

Helena, lo miró entrecerrando los ojos y abrió la boca con indignación, pero su esposo siguió caminando, dando grande zancadas hasta dejarla sobre la cama.

—¿Así que soy una obligación? —el hombre sonriente asintió y le tomó de la cara, para plantarle un beso que la dejó sin aliento.

—Una obligación, un privilegio y un placer. Eres lo más hermoso que han puesto en mi camino. Gracias por no dejarme morir en ese oscuro callejón. Aunque antes de ti, estaba muerto en vida.

—¡Oh, William!, Yo soy la que nunca me cansaré de estar a tu lado. Cada día te amo más. No creí posible sentir tanto en tan poco tiempo —le puso las manos en la mejillas y con los ojos anegados de lágrimas rio con una felicidad que no le cabía en el pecho. —Nunca, nunca me arrepentiré de haber dado parte de mi alma por ti.

William se levantó y se inclinó sobre Helena, para arrastrarla hasta el centro la cama. Levantó su vestido y deslizó lentamente sus manos debajo para encontrarse con algo que tenía que ver. De inmediato levantó la falda del vestido para descubrir un ligero en color marfil, que sujetaba las medias de seda que llegaban hasta los muslos de su esposa. Unos calzones de encaje la cubrían y a pesar de no ser muy atrevido, fue la visión más erótica de su vida.

—¿Te pusiste un ligero? —preguntó alzando la cabeza para ver a Helena que luchaba con la tela que le bloqueaba la vista, mientras levantaba su torso recargándose sobre sus codos estirando el cuello.

—Bueno, quería darte una sorpresa, pensé que te gustaría —contestó con una sonrisa. Su amiga Mariela, no pudo convencerla de usar una tanga y una *baby doll* o picardías como le decía ella, digno de un Ángel de Victoria Secret. Sin embargo prefirió algo sexy, pero no tan atrevido.

—No me gusta, me encanta. Será un placer desenvolverte como un precioso regalo.

William metió la cabeza entre sus muslos empujando toda la tela a su alrededor y le dio un beso a cada uno rozando entre las medias de seda. Tocando la poca piel expuesta. Ella se estremeció con ese pequeño contacto.

Con todo lo que había sucedido, no la había tocado, aunque todas las noches dormía entre sus brazos. Sabía que estaba esperando. Pero Helena lo necesitaba, y aunque fueron años sin necesidad de sexo, el estar con William era una necesidad innegable. Tenerlo ahí, sintiendo su respiración rozando su piel fue casi enloquecedor.

—Como te he extrañado —sin decir más, con las dos manos desenganchó los ligeros torpemente, para deshacerse de su ropa interior. Dejándola completamente expuesta.

La jaló agarrándola de las caderas, para dirigirse a su carne tierna y comenzar a besar con desesperación. Helena gritó cuando su lengua hizo remolinos alrededor de ese nudo de placer y se

aferró al edredón de la cama.

—Por favor...por... — sin tregua la levantó, agarrando sus nalgas y pegándola más a su rostro. Solo pudo gemir sin terminar de hablar. El cuerpo de Helena, se sacudió cuando un orgasmo atravesó su cuerpo. Cerró los ojos y con un bramido dio la bienvenida al placer después de un clímax tan intenso.

Helena seguía en una nebulosa de placer y éxtasis, cuando sitio como William la libero de sus manos. Abrió los ojos y lo miró sonriendo con el cabello despeinado y no pudo reprimir una risita consternada. Ella había hecho ese desastre con sus manos, y ni si quiera se dio cuenta.

Contempló como se desnudaba, ofreciéndole un espectáculo maravilloso. Cuando estaba terminando de quitarse toda la ropa, quedándose solo en unos boxers negros, William le ofreció la mano para ayudarla.

—Ven vamos a quitarte ese vestido y los zapatos, antes que me los vuelvas a clavar en la espalda.

—¡Por Dios! se me olvidaron los zapatos, ¿no te hice daño? —su rostro de perdió el color y se llevó las manos a la boca, con preocupación.

—No mujer estoy jugando, gírate por favor. — Helena se incorporó y le dio la espada para que le desabrochara el vestido.

Buscó el cierre escondido detrás de un botón y lo deslizó por su espalda. Dejando al descubierto que solo llevaba un sostén de encaje a juego con los calzones que ya no llevaba puestos.

—Quería usar un corsé pero mi madre se opuso —le explicó encogiéndose de hombros. —Me dijo que sería demasiado incómodo y que el vestido era lo suficiente ajustado.

—Tu madre es una mujer sabia, escúchala —le dijo con voz profunda. William conocía el motivo real, del porque su suegra se había opuesto a que usara un artilugio tan apretado.

No sería bueno ni para ella ni para el bebé. Entonces recordó, que él también tendría que tener mucho cuidado, ya que todavía estaba en los primeros meses de embarazo.

La desnudo dejándole solo las medias puestas. La agarró por debajo de los brazos y la llevó de nuevo a la cama, colocándola con sumo cuidado.

—Ahora si somos marido y mujer. Eres mi esposa y la dueña de todo lo que poseo, y lo más importante eres dueña de mi corazón.

—Eso es lo único que me importa. Mientras tenga tu corazón seré feliz.

—No puedo esperar más —murmuró impaciente.

—No lo hagas.

William, con destreza se colocó sobre sus brazos para no aplastarla o hacerle daño con su peso y dejó que su sexo se guiara solo, hasta el lugar que tanto anhelaba.

Era como si sus cuerpos se conectaran de forma natural, a pesar de la diferencia de tamaño. Lentamente se deslizó entrando profundamente, dejando que Helena se acostumbrara a su invasión. Fue tan intenso que cerró los ojos y apretó sus mandíbulas, haciendo muestra de todo el autocontrol del que pudo echar mano. Era como tocar el cielo, pero no se precipitaría. Siguió adelante al pendiente de los gestos que hacia su esposa.

Ella jadeó cuando se asentó completamente y con un movimiento pausado pero constante, empezó a moverse estimulando todas las terminales sensibles de su cuerpo. No solo eran sus sexos conectados, era un enlace que los envolvía. Uniéndolos en un solo ser.

Helena se sentía plena. Nunca antes había experimentado con nadie, lo que vivía con William. El simple roce de su piel disparaba un cosquilleo que recorría su cuerpo y hacía que sus vellos se

erizaran.

En la noche se oían los gemidos y ruidos que emitían, mientras hacían el amor. Ella se aferró a sus hombros y se dejó llevar. Disfrutando plenamente de la intensidad de cada penetración que recibía.

Poco a poco, el placer fue elevándose. Sus cuerpos fueron rodeados de lazos energéticos, intercambiando una luz maravillosa que los catapultó a un orgasmo tan sublime, que hizo volar sus mentes. Tenían una química sexual impresionante, pero su conexión espiritual era todavía más álgida. Fue como una combustión instantánea.

William terminó con un bramido ronco y se giró llevándose a Helena en sus brazos. Apenas podía contener el aliento. Ahora entendía lo que era el significado de sentirse pleno.

—Eso fue, mejor de lo que recordaba. —Helena contestó con la respiración entrecortada.

—Mucho mejor. —William le dio un beso a Helena que recargó su cabeza sobre su pecho, no pasó mucho cuando se dio cuenta que se quedó dormida.

A pesar de todo lo que le esperaba y de las batallas que debía librar, tenía un propósito, más allá de redimir sus culpas. Tenía una familia a la que cuidaría con su vida, si fuera necesario, pero se encargaría de que nunca nada los lastimara.

FIN

Epílogo I



Revelaciones.

Cuando Sara y Miguel entraron a la gran biblioteca. Todos los caballeros estaban esperándolos. Reemplazaron sus atuendos por algo más cómodo y ahora vestían sus ropas casuales. Sara llevaba puesto un suéter de cuello alto de color negro y unos pantalones de lana color carbón, con unos zapatos bajos. Aunque todavía seguía con el maquillaje y peinados de la boda.

Casi amanecía, pero lo que tenía que decirles no podía esperar. Los hombres de inmediato reaccionaron ante la presencia de Miguel. No lo conocían con esa apariencia, el único que había hablado con él, era William.

—¿Se puede saber para que nos convocaste y quién diablos es este hombre? —Edward fue el primero en decir lo que los demás pensaban.

—Primero que nada, quiero que se sienten, porque lo que tengo decirles puede ser difícil de digerir —contestó Miguel utilizando el tono severo y se dirigió por un trago. —Barón de Montague, debo decir que no me sorprende que sigas igual de impulsivo como cuando tu padre te envió a tierra santa, para que dejaras de acostarte con todas las esposas de los lores —dijo irónicamente y resopló haciendo una pausa. —Aunque todo mundo pensó que te ibas para cumplir con la corona, pero en realidad era porque estaban arruinados y el rey a cambio le perdonó la gran deuda que contrajo para poder cubrir la dote de tus hermanas.

—¿Cómo sabes eso? —Edward se sentó de la impresión, eso nunca nadie lo supo. El juró a su padre que ese secreto se lo llevaría a la tumba.

—Fácil, soy el que les salvó cuando regresaron de tierra santa. Convertidos en demonios sedientos de sangre. Tan rápido olvidan a un aliado —les increpó con ironía. Todos se quedaron en shock, con esa noticia.

—¡¿Eres el arcángel Miguel?! —expresó Alexandrus con total seguridad.

—¡Dios mío! —exclamó Arthur y se arrodilló de inmediato, postrándose con respeto.

—Por favor hijo, levántate. Vengo a hablar con ustedes, luego de siglos de acatar las órdenes de otros, tienen derecho de saber qué es lo que realmente está pasando.

Howard el más escéptico le contestó.

—Entonces explícate, de que es de lo que nos hemos perdidos después de siglos de vivir en este mundo pagando por un pecado del que no fuimos consientes, pero que gracias a las decisiones estúpidas de tu iglesia, nos mandaron al matadero.

—En primer lugar no es mi iglesia, ni soy un ser divino con alas como siempre han pensado.

—¿Entonces que jodidos eres? —Rupert se levantó confundido. —Me dices ahora que todo este tiempo hemos luchado una causa equivocada.

—Para empezar Conde mida sus palabras. No es una causa equivocada, están reparando lo que ustedes provocaron con sus acciones. El hombre que los mandó, fue un ser nefasto deseoso de

poder sin importarle lo que le pasaba a la gente, lo admito, pero la decisión de entrar a ese lugar y masacrar a esas personas, fue suya —les escupió a la cara y todos hicieron un gesto de vergüenza.

Sara se acercó y se sentó a un costado de Miguel.

—Ahora contestando a tu pregunta de que soy. Es muy sencillo, les diré que soy un general que pertenece a un ejército que ha vigilado a la humanidad desde el inicio de la creación.

—¿Por qué? —Arthur se atrevió a preguntarle.

—Porque nosotros los creamos —contestó con arrogancia.

—¿Entonces Dios no existe? —el horror se reflejó en los ojos de Alexandrus.

—Claro que existe, su Dios es el nuestro, pero en nuestra soberbia creímos, que podíamos sembrar vida en este mundo y verlos desarrollarse. Desgraciadamente muchos no pensaron igual y vinieron para tener contacto con ustedes mostrándose como falsos dioses, para ser venerados.

—Me vas a decir que son extraterrestres —Rupert soltó una risa y negó con incredulidad.

—Llámanos como quieras. Si ser un ser que viene de otra dimensión y otro mundo me convierte en extraterrestre, entonces si lo soy, pero entonces tú también lo eres. No fuiste producto de la evolución. La biblia no miente, el hombre fue creado y traído a este paraíso terrenal. Que se han encargado de transformar en un infierno.

—¿Y entonces que pasa con la maldición, con los clanes, con la maldita diosa?

—Pertenece a facciones diferentes —dijo encogiéndose de hombros. —Siempre hemos tenido problemas con ellos. Al principio de los tiempos tuvimos mucho contacto con el hombre, pero les hicimos mucho daño confundiéndolos con la verdad. Por lo que se nos prohibió que nos reveláramos ante la humanidad. Lamentablemente ya no pudimos cambiar su percepción primitiva y así han pasado milenios.

—Bueno, ¿y si eres tan poderoso y somos tan primitivos, por qué no vas y les pateas el culo a todo el clan y esto se acaba para siempre?

—No es tan sencillo, si intervengo de forma directa se desataría una guerra en la tierra de fuerzas que ni si quiera pueden imaginarse. Les hemos dado tecnología y pequeñas ayudas, pero no podemos transgredir las reglas abiertamente.

—Si tanto temes que eso suceda, ¿por qué estás aquí?

—Estoy jugando con sus propias reglas, yo no intervendré, pero en Sara y Helena tienen dos aliadas poderosas. Helena liberó el potencial de Desmond y Sara al deshacerse de un tumor cerebral, dejó abierta su conciencia. Su mente tiene el poder que todavía los humanos no pueden utilizar. Al menos no en este plano.

Miguel se llevó las manos al cabello desesperado, había tantas cosas que no podía decir o hacer, pero trataría de ser lo más claro posible.

—Entiéndanlo. Esto no es nada divino. El poder está en cada uno de ustedes, pero necesitan un nivel de conciencia para poder utilizarlo. Se necesita tener un alma lo suficientemente madura y pura para poder alcanzar ese potencial. Sin embargo Sara está lista, hace muchos años la encontré por casualidad y supe de inmediato que ella sería la indicada para esto.

—¿Hemos estado engañados rezándole a un Dios equivocado? —Alexandrus, siempre fue muy religioso, como la mayoría de los caballeros, pero era el que se sentía más traicionado.

—Dios no está equivocado. Ustedes son los que utilizaron ese conocimiento para someterse entre ustedes. En lugar de darles el mensaje verdadero, como fue nuestra intención. Las religiones han manipulado todo. Tienen que entender esto, no solo es destruir al clan, es acabar con los socios del clan. Hay una especie que ha estado entre ustedes desde el inicio de los tiempos y que ahora controla a la elite mundial, a cambio de sangre, sufrimiento y sacrificios. La adrenalina que

sus cuerpos generan cuando son sometidos a las barbaridades más atroces, inunda su sangre y el laboratorio en el que estaba trabajando Helena, está extrayéndolo como una droga que consume gente muy poderosa.

—¿Quiénes son estas víctimas? —los recuerdos de las torturas regresaron a la mente de Arthur.

—Niños. Niños de todo el mundo, pero principalmente de los países más pobres. Cada año desaparecen cientos de miles de niños, y nadie hace nada.

—¿Pero por qué ahora?

—Estamos entrando en un cambio radical del cosmos, si la tierra no detiene toda esta energía negativa emanando de las muertes de inocentes, la mayoría de la humanidad no podrá trascender.

—¿Que va a pasar con los que no lo hagan?

—Se quedaran aquí estancados para siempre o perecerán.

—Todo esto parece sacado de una película de ficción —exclamó Cal, más conocido como Lord Langford.

—¿Me lo dice un hombre que parece que tiene 25 años y tiene más de nueve siglos? —este hizo una mueca.

—¿Que tenemos que hacer? —Frederic se levantó y se dirigió a Miguel.

—Sara será su enlace. Su mente es un canal que recibe toda la información y la procesa. Ella les dirá que deben hacer. Yo no poder estar aquí siempre, tengo obligaciones que cumplir. —reconoció con disgusto.

—Tuve un sueño —declaró Sara de pronto, y todos la miraron. —Más bien fue como una visión. Miré el cráter de un volcán activo y miles de cuerpos de niños despedazados siendo arrojados en su interior.

—¿Sabes en donde se encuentra ese volcán? —la cuestionó Howard.

—No. —Sara miró a Howard y movió la cabeza. Los sueños o visiones que estaban manifestándose, la dejaban cansada. Miguel le dijo que poco a poco controlaría los efectos secundarios de llevar su conciencia a otras frecuencias.

—Tenemos trabajo que hacer. Hay que ir a ese lugar cuanto antes —contestó Rupert.

—Solo tiene que ir una persona a investigar —indicó la mujer, giró su cabeza y señaló directamente a Alexandrus. —Tiene que ir él.

—Que vaya una sola persona es muy arriesgado —refutó Arthur.

—Si van más, se darán cuenta de inmediato. Debe ir solo. No entiendo porque, pero lo sé.

—Estoy dispuesto a hacerlo —la voz de Alexandrus fue decidida.

—Desmond, ya cambió. Eso está de nuestra parte. Si todos encuentran esa mujer que los complementa, tendrán de regreso su alma. La necesitan para poder trascender cuando llegue el momento. De lo contrario quedarán atascados. —les dijo Miguel pasando una mano por su cabello.

—Realmente no me importa perecer, solo quiero que este infierno se acabe. Avísame cuando tengas más noticias. —Alexandrus le dijo a Sara y dejó la habitación. Como el resto de los caballeros.

Tenían que confiar en Sara, las palabras de Miguel no era sencillas de asimilar. Sabían que no mentía, pero de pronto todos se sintieron defraudados.

Epílogo II



En la boca del lobo.

La humedad recibió a Alexandrus cuanto se paró en lo alto de la escalerilla del avión. Después de viajar desde Londres más de 20 horas se sentía con ganas de respirar aire limpio y no filtrado. Managua era una ciudad con un clima tropical: lluvioso, caliente y sumamente húmedo. Inhalo con fuerza, el aire ya olía a lluvia, y apenas se vislumbraban algunas nubes en el horizonte.

Se quitó el saco de lino, quedando solo en una camisa blanca de algodón y unos pantalones beige ideales para el clima de la ciudad a la que había arribado. Sacó sus lentes de sol, pero tuvo que prescindir de ellos cuando se empañaron de inmediato. Con una maldición se los guardó en la bolsa de la camisa.

Un auto lo estaba esperando en la pista de aterrizaje. Su entrada al país se justificó como un enviado de la UNICEF. Su misión era revisar específicamente un programa que apoyaría a más de cien mil niños que sufrían el abandono de sus padres, estos habían huido del país meses atrás en caravanas que tenían como objetivo llegar a Estados Unidos.

El volcán que Sara había visto en su sueño, resultó ser el Masaya. Se encontraba a las afueras, apenas a 20 kilómetros de la mancha urbana. El contacto con la que se dirigiría era la doctora Valeria Guillén, la asistente del doctor John Miller, epidemiólogo encargado de la salud de los niños que eran llevados a los refugios.

Dichas aldeas de esperanza como les llamaban, fueron construidas por un grupo de filántropos que estaban muy preocupado por el destino de estos inocentes. El gobierno estaba más que encantado de que alguien se encargara de un problema al que no podía, ni quería hacerle frente.

El auto salió de la pista de aterrizaje y lo llevó al hotel en donde se hospedaría durante una semana, el tiempo que tenía para investigar que estaba mal en un proyecto que parecía tan loable e inocente. Por la tarde realizaría el primer recorrido a las instalaciones.

Alexandrus entró al Hotel para registrarse. El lobby era austero y pequeño, no quería un lugar lujoso que llamara demasiado la atención. Respetó los protocolos que usaba en la organización para no levantar sospechas. Se acercó a la recepción y una mujer morena lo recibió.

—Buenas tardes señor en que puedo ayudarle —le dijo con una encantadora sonrisa.

—Tengo una reservación a nombre de Roberto Ferrara —contestó mientras deslizaba sobre el mostrador una identificación italiana falsa. Alexandrus, hablaba perfecto español.

—¿Viene de vacaciones?

—No, de trabajo —la mujer sonrió tontamente mientras registraba sus datos y le asignaba una habitación. Después de agradecerle, tomó su maleta y se dirigió a los elevadores.

Subió hasta el tercer piso y caminó con tarjeta en mano a su habitación. Deseaba darse una ducha y cambiarse de ropa. Ya estaba sudado y eso que no tenía ni una hora en la ciudad.

Deslizó la tarjeta y al tomar el picaporte de la puerta para entrar, sintió un pinchazo en la nuca que lo dejó inconsciente en el acto. Un hombre lo agarró para arrastrarlo hasta el elevador de

servicio. Dos hombres estaban detrás esperándolo.

—Este malnacido es enorme —dijo uno de los que lo emboscaron.

—Hay que levantarlo. Muévase esto debe ser rápido —lo apresuró su cómplice.

El otro tipo jaló un carrito de ropa sucia que ya tenían preparado y lo metieron ahí. Los dos tipos eran morenos con el pelo y ojos negros. Vestían el uniforme de botones del hotel. Entraron en el elevador y uno de ellos sacó un radio de onda corta.

—Base, lo tenemos, cambio... —el ruido de estática llenó el lugar.

—Aquí los esperamos... —dijo una voz apenas audible por el radio. El hombre si giró a su compañero y sonrió abiertamente.

—Esto fue malditamente fácil, ¿no decían que este tipo era un demonio?

—Me importa una mierda quien sea. Solo quiero mi dinero y largarme, esta gente es peligrosa. —confesó, y no estaba equivocado. Nerviosos apresuraron el cierre de las puertas.

Alexandrus abrió los ojos y maldijo por la postura tan incómoda en la que lo habían colocado, pero no podía moverse. Ese par de imbéciles creían que lo habían atrapado.

<<¡Qué empiece el juego! >>, Pensó.

Libros Publicados en Amazon:

¿Crees en el Destino?

Trilogía Siempre te Amaré:

Rescátame

Perdóname

Ámame

Libérame: La Historia de Alexander

Serie Exilio:

Ángel Traicionado - Calen

Escríbeme

lorenas-2014@hotmail.com

Sígueme en Instagram



Cuenta de Facebook

Lorena Salazar

9 798888 882120